

# *Annapurna Primer ochomil*



MAURICE  
HERZOG se

El tres de junio de 1950, Maurice Herzog y Louis Lachenal llegaban a la cima del Annapurna, convirtiéndose en los primeros seres humanos que coronaban una montaña de más de ocho mil metros, escapando milagrosamente de la muerte.

En los meses siguientes, mientras se recuperaba en el hospital de sus terribles amputaciones (que le dejarían sin los dedos de las manos y los pies), Herzog dictó Annapurna primer ochomil, una de las obras cumbre de la literatura expedicionaria de montaña.

Gocemos de la fuente de inspiración más rica que podemos imaginar: las huellas de estos aventureros que nos dejaron una historia real de valor y camaradería. De exploración y pasión por la aventura.



Maurice Herzog

# **Annapurna. Primer ochomil**

ePUB r1.1  
akilino 22.09.13

Título original: *Annapurna. Premier 8000*

Maurice Herzog, 1953

Traducción: María de Quadras

Diseño de portada: akilino

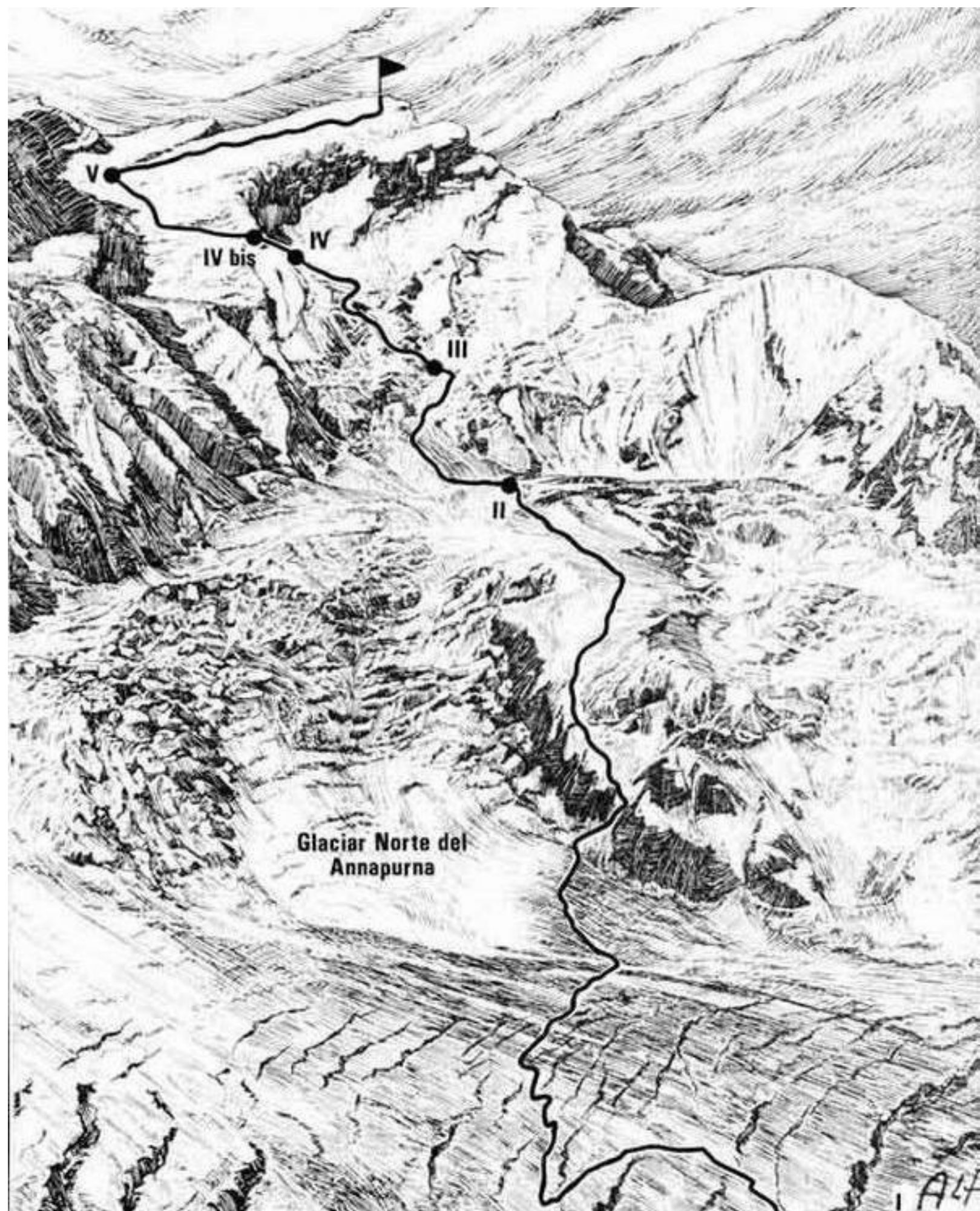
Editor digital: akilino

Segundo editor: JeSsE

Corrección de erratas: JeSsE

ePub base r1.0





Esquema del itinerario de la primera ascensión al Annapurna.



# Prólogo

Es la primera vez que escribo un libro.

Ignoraba que fuera un trabajo tan largo.

Aunque en ciertos días me costara hacerlo, empecé la tarea para dar testimonio, en nombre de todos mis compañeros, de una terrible aventura a la que hemos sobrevivido gracias a una sucesión de milagros que todavía hoy me parecen increíbles.

Las páginas que siguen relatan los hechos de unos hombres asidos a una naturaleza despiadada, y expresan sus tormentos, sus esperanzas y sus alegrías.

Concienzudamente, he intentado ceñirme a la verdad; he procurado, en todo lo posible, destacar el aspecto humano de estos acontecimientos y la atmósfera extraordinaria en que se desarrollaron.

Este libro ha sido enteramente dictado en el Hospital Americano de Neuilly, en el que estoy pasando todavía tristes momentos.

El fondo del relato es, desde luego, el recuerdo que me queda de los acontecimientos. Si es completo y preciso, lo debo al diario de la expedición, llevado con admirable tenacidad por Marcel Ichac. Este documento esencial fue escrito a veces en el mismo minuto en que la acción se desarrollaba. El diario personal de Louis Lachenal y las precisiones de todos mis camaradas me han sido de la mayor utilidad. Este libro es, pues, también obra de mis compañeros.

El texto, muchas veces en estilo «hablado», ha sido corregido y puesto en su punto por mi hermano Gerard Herzog, con quien compartí los primeros goces de la montaña, así como también las primeras vicisitudes de la vida. Sin la confianza que tenía en esta interpretación y sin su apoyo cotidiano no hubiera podido nunca llevar a buen término la empresa.

El nombre de Robert Boyer, que tanto hizo por nuestra expedición, no aparece en este relato, y, sin embargo, su lúcida amistad fue un cálido estímulo para mí en las horas más duras.

Esta obra nos será cara a los nueve del equipo por varios conceptos.

Fuimos iguales en el trabajo, en la alegría y en el dolor. Mi más ferviente deseo es que estos nueve compañeros, unidos ante la muerte, sigan siendo hermanos durante toda la vida.

Al superar la medida de nuestros medios, al alcanzar los límites del universo del hombre, nos dimos cuenta de su verdadera grandeza.

En las horas de agonía me pareció descubrir el profundo significado de la vida, que no había comprendido hasta entonces; vi que era más digna la sinceridad que la fuerza. Los recuerdos de esta prueba han quedado grabados en mi carne. Al salvarme, conquisté mi libertad, una libertad de la que ahora poseo un agudo sentido y que provoca en mí ese estado de lozana serenidad del hombre que ha conseguido realizarse, llenándome de la alegría inmensa de amar aquello que antaño despreciara. Una vida nueva y muy hermosa comienza para mí.

Esta narración es más que el relato de una aventura: es un testimonio. Lo que en apariencia carece de sentido, tiene a veces un significado: la justificación de un acto presidido por el desinterés.

# Capítulo I.

## La revolución en el palacio

La salida está próxima. ¿Conseguiremos despegar?

Todo el personal del Club Alpino Francés está en pie de guerra.

No queda ni un minuto para arreglar nada. El correo afluye de todas partes. Impresionantes pilas de papeles se amontonan sobre las mesas.

Los repartidores, en medio de un ruido ensordecedor, traen pesadas cajas de trajes de montaña, calzado, balones de oxígeno, paquetes de galletas, clavos de todas las medidas, montones de abrelatas automáticos, sacos de tiendas de campaña, cantinas...

En el número 7 de la calle de la Boétie las luces están encendidas hasta muy tarde. La sobreexcitación es general. El Comité del Himalaya se reúne casi todas las noches. A las nueve, puntuales como relojes, van entrando uno tras otro estos personajes de los que depende la suerte de la expedición. En sus concilios secretos se preparan las más graves decisiones. El Comité fija el presupuesto, prevé los azares, sopesa los riesgos y, finalmente, designa a los participantes.

Desde hace pocos días sabemos quiénes componen la expedición. Estaré bien acompañado.

Jean Couzy, alto y distinguido, es el benjamín del equipo con sus veintisiete años; es un brillante politécnico, ingeniero de aviación, y desde el primer momento fingimos tomarlo por hombre perdido en sus ecuaciones. Recién casado, no vacila en dejar a su esposa Lise para intentar la gran aventura. Silencioso, con la mirada lejana, parece siempre estar meditando en los últimos problemas de la electrónica. Una noche, en medio de la fiebre general, se acerca a mí y, traicionando su origen meridional (es de Nérac), empieza una interminable discusión, apoyada por gestos, sobre el arte y la manera de determinar las dificultades en la escalada.

—Mira este gráfico —me dice.

—¡Hermosa escalera!

—¡Es la pared norte de los Drus! —exclama triunfante—. Aquí está todo explicado.

—¿Y si sobreviene una tempestad en el recorrido?

—Evidentemente, pero... ¡Bueno, entonces el gráfico cambia!

Marcel Schatz será también de los nuestros. Es el compañero habitual de Couzy y constituyen una cordada admirable. Schatz tiene dos años más que su camarada y es ancho de hombros y de aspecto robusto. Viste siempre con elegancia y tiene motivos para ello: es gerente de una de las importantes casas de confección de su padre. Es aficionado a la buena organización, al orden y al método. En las excursiones no se hace rogar para preparar el vivac.

Apasionado por el alpinismo y soltero, nada le impide pasar sus vacaciones en la alta montaña. A pesar de ser parisiense, y por tanto alejado de su paraíso, es raro que un *week-end* lo halle en la ciudad.

En cuanto a Louis Lachenal, años atrás montañero por afición, es ahora profesor de la Escuela



Nacional de Esquí y Alpinismo. Para los de Chamonix es «extranjero», lo cual quiere decir que no es natural del «valle». Es de Annecy. A pesar de este nacimiento, impuro a los ojos de las gentes de allá arriba, que defienden su montaña, ha realizado, como Gastón Rebuffat y Lionel Terray, la difícil hazaña de ingresar en la famosa compañía de Guías de Chamonix, única en el mundo por la calidad y el número de sus miembros. De mediana estatura y de mirada viva y penetrante, tiene en la conversación temibles ocurrencias. Le encanta todo lo excesivo; sus juicios son terribles. Leal consigo mismo, no vacila en reconocer sus faltas cuando es preciso. Siempre que pueden, él y Lionel Terray emprenden como aficionados las ascensiones más importantes de los Alpes.

Lionel Terray, aunque nacido en Grenoble, es también guía de Chamonix, y forma con Lachenal la cordada «irresistible». Son dos verdaderas «locomotoras». Al igual que su amigo, Terray se siente inclinado hacia las opiniones definitivas y extremas. Entre ellos hay siempre un pugilato para ver cuál de los dos exagera más. Pero Terray no se rinde nunca. A pesar de ser hijo de un médico y poseer una buena cultura, le gusta hacerse pasar por un bárbaro sin otra ley que el músculo. Ha venido a la montaña atraído por un ideal, y su oficio de guía le apasiona. Durante la guerra explotaba una granja en las Houches. Podían incorporarse a ella los amantes de la montaña que no tuvieran miedo al trabajo (comparaba las posibilidades de los otros a las suyas, lo que resultaba peligroso). Actualmente se halla en el Canadá, en donde estuvo ya el año pasado enseñando los nuevos métodos franceses de esquí. De allí trajo una gran cantidad de interjecciones inéditas. «En este momento —me escribe— estoy haciendo esquí en tabernáculo». Llegará ocho días antes de la salida y entre tanto es preciso prepararlo todo por carta, lo cual no facilita la tarea.

Gastón Rebuffat tiene un origen afrentoso para un alpinista; y sobre todo para un guía: ¡nació a la orilla del mar! La Compañía de Guías necesitará muchos años para lavar esta mancha. Sin embargo, en los acantilados de Les Calanques, entre Marsella y Cassis, hizo sus primeras armas. Es el más alto de la expedición: apenas llegamos a su hombro. Ha hecho los mayores recorridos de los Alpes, a veces sin interrupción. Francisca, su joven esposa, y su hija le ven poco durante la temporada: Chamonix, Cortina d'Ampezzo, Zermatt... En este momento está dando una serie de conferencias en Italia, pero voy a rogarle que regrese urgentemente.

Todos ellos constituyen lo que se denomina los equipos de asalto. Sería imposible hallar gente mejor en Francia. Por otra parte, no ha habido la más pequeña desaprobación, ni siquiera muda. Si se hubiese organizado un plebiscito entre los montañeros, habrían salido los mismos nombres.

Y para el cine, ¿cómo vacilar? Marcel Ichac viene, y ésta es una gran ventaja. Estuvo ya en el Himalaya en 1936 y ha tomado parte en numerosas expediciones; en seguida que llegue podré beneficiarme de sus consejos. De momento se halla en Groenlandia con Paul-Emile Victor; luego dará un salto hasta los Estados Unidos para realizar una película sobre los campeonatos mundiales de esquí en Aspen. No llegará hasta pocos días antes de nuestra salida para la India. A decir verdad, su misión será múltiple; consistirá, en primer lugar, en hacer una película sobre nuestra expedición, y tendrá vara alta en todo lo referente a fotografía. Cada uno de nosotros llevará una máquina, pero la

conservación, aprovisionamiento y cuidado de las películas impresionadas correrán a su cargo. Como es inteligente, emprendedor y de espíritu curioso, se ocupará también de la documentación científica.

El principal peligro para un alpinista es la mujer. Para todos nosotros es algo fundamental. Ichac, por su parte, ha resuelto el problema casándose con una alpinista.

Jacques Oudot es el *toubib*<sup>[1]</sup>. Un cirujano de categoría. Podremos permitirnos el lujo de una fractura. Su trabajo le ocupa mucho. Prudentemente, ha dado la orden de que no se le moleste en el hospital de la Salpêtrière, donde hace operaciones de cirugía vascular bajo la dirección de su profesor Mondor. Lo que se atreve a realizar me parece tan increíble, que siempre le pregunto; «Y... ¿no se ha muerto...?». ¡Ah! ¡Inocencia de los ignorantes! Mis preguntas sobre cirugía parecen siempre divertirle mucho.

Los cirujanos alpinistas son escasos. Conozco bien a Oudot y sé de lo que es capaz. En el Himalaya nos sería preciso.

—¿Te decides, Oudot?

—¡En este momento estoy muy ocupado!

En sus maliciosos ojillos se adivina un movimiento de retirada.

—¡Mañana te lo diré! —promete.

Esta pugna hace una semana que dura, y tanto Devies como yo estamos desesperados. Dos días antes de la marcha le arrancamos por fin el deseado «sí».

Su misión consistirá en mantenernos en buena salud, cuidarnos cuando sea preciso e informarme en todo momento del estado físico de mis compañeros y de su grado de aclimatación... Por otra parte, ejercerá su arte con toda la amplitud posible entre los indígenas.

Una cuestión espinosa: el oficial de enlace. Preferiríamos un francés, con el que nos sería más fácil entendernos. Robert Tézenas du Montcel nos habló hace unos días de un diplomático joven de la Embajada de Nueva Delhi. Exigimos mucho de él. Además de inglés, debe saber y hablar el indostaní y los principales dialectos locales: el *gurkhali*, el tibetano... Tendrá que ocuparse de las cuestiones de transporte y será además responsable de las buenas relaciones diplomáticas con las autoridades del Nepal, tanto en Katmandú, la capital, como en las regiones que atravesaremos. Francis de Noyelle sería ideal. Sabe lo que es la montaña, por ser un ferviente alpinista, y esta cualidad es esencial en nuestro equipo.

Es el único a quien no conozco. Sus padres y su hermana me han hablado en tales términos de él, que lo considero ya como a un amigo. Se trata de un muchacho fuerte, de mirada viva, desenvuelto, acostumbrado a tratar con toda clase de gente. Ha efectuado hace poco un viaje a Katmandú para acompañar a nuestro embajador en la India y el Nepal, Daniel Levi, cuyo prestigio es considerable en aquellos países. Tomó parte en las negociaciones que consiguieron la autorización excepcional de penetrar profundamente en el territorio del Nepal. En Darjeeling, el profesor Rahaul, que ha tomado parte ya en varias expediciones al Himalaya, le ayudará a reclutar los sherpas<sup>[2]</sup>, a la mayoría de los cuales conoce personalmente.

Éste es el equipo. Son hombres «duros», de acusada personalidad y caracteres salientes.

Todos desean ardientemente ir a las «Islas»<sup>[3]</sup>, de las cuales hace años hablamos entre nosotros, y están dispuestos a los mayores sacrificios, como lo expresa perfectamente Lachenal:

—¡Iríamos aunque fuera de rodillas!

—Y agradecidos —añade Rebuffat.

Sí, hay que decirlo: intentan la gran aventura con una pasión del todo desinteresada. Saben, al marchar, que nada les pertenece y que no deben esperar nada a su regreso<sup>[4]</sup>. Un ideal muy puro es el único móvil de estos hombres. Un ideal que los unirá por encima de sus orígenes diversos e incluso opuestos.

Los días que faltan para marchar pueden contarse con los dedos de la mano. Schatz y yo visitamos a los proveedores. Cada noche los paquetes más heterogéneos, los bultos de algunos gramos o de más de cien kilos son desembalados y amontonados.

Tenemos los brazos doloridos por las numerosas inyecciones que hemos soportado: fiebre amarilla, cólera, viruela... Pero ¿qué importa? Todos hacemos cuanto podemos. Es preciso que esté todo dispuesto.

Esta noche, 28 de marzo, última sesión del Comité del Himalaya. Todos los miembros de la expedición están presentes.

El presidente, Lucien Devies, gran promotor de la expedición, hace una breve reseña histórica de la epopeya del Himalaya y dice lo que espera de nosotros.

—El Himalaya ha merecido, por su amplitud, el título de tercer polo. Veintidós expediciones de diversas nacionalidades han intentado vencer un «ocho mil». Ninguna lo ha conseguido.

Luego señala nuestros objetivos.

—El Dhaulagiri, de ocho mil ciento sesenta y siete metros, o el Annapurna, de ocho mil setenta y cinco, en el corazón mismo del Nepal. En caso de imposibilidad, lo cual no tendría nada de humillante, deberán ser alcanzadas algunas cumbres de «consolación». La expedición, con sus seis toneladas de material y de víveres, deberá franquear la frontera de la India y penetrar en el territorio hasta ahora prohibido del Nepal. Después de tres semanas de marcha para subir hacia los altos valles, llegará a Tukucha, el «Chamonix» del Nepal, cuya situación geográfica es notable. En efecto, este pueblo está situado entre el Dhaulagiri y el Annapurna.

»Hasta ahora, las expediciones al Himalaya escogían sus objetivos en regiones ya exploradas y conocidas. Nosotros no poseemos ninguna documentación sobre nuestros dos «ocho mil». Ignoramos completamente sus vías de acceso. Los mapas de que dispone la expedición son sumarios y casi inutilizables en alta montaña; tanto es así que lo primero que deberán hacer nuestros compañeros al llegar a Tukucha, su cuartel general, será reconocer los dos macizos, y no empezar ninguna tentativa hasta que el terreno les sea familiar y hayan podido señalar un itinerario de ataque...

Nuestro amigo Lucien Devies prosigue:

—... Deberán llevarse a cabo investigaciones médicas, geológicas, etnográficas, meteorológicas, geográficas...

¡La tarea es inmensa!

Estoy seguro de mis camaradas. Es el mejor equipo que puede reunirse actualmente. Todos tenemos conciencia de la calidad de cada uno de nosotros. El material que llevamos aumenta todavía nuestra confianza. La industria francesa ha realizado un esfuerzo excepcional. El material más ligero que existe, el más sólido y más cómodo ha sido concebido y realizado en pocos meses.

¿Hay que decir algo más? ¿Hay que aclarar algún punto?

El oscuro y sombrío despacho en que nos hallamos me parece esta noche grande y solemne.

¡No hay que añadir nada! Después de este silencio estaremos enfrascados en aventuras extraordinarias que no podemos imaginar, pero que presentimos como alpinistas.

Los puentes están cortados entre estos graves y sensatos personajes y estos hombres bronceados y llenos de vida.

Bruscamente, Lucien Devies se levanta. Después de un breve silencio dice, pronunciando claramente cada sílaba:

—Éste es el juramento que debéis prestar como vuestros predecesores de mil novecientos treinta y seis: «Prometo por mi honor obedecer al jefe de la expedición en todo cuanto me ordene para la buena marcha de la expedición».

Los alpinistas no suelen ser aficionados a las ceremonias. Mis compañeros están en pie, torpes y emocionados a la vez. ¿Qué deben hacer?

—Vamos, señores... Tú primero, Matha<sup>[5]</sup>, ya que eres el más antiguo.

Henry de Ségogne es el hombre del momento. Jefe de la expedición de 1936, no ha regateado su trabajo ni sus consejos para hacer ganar a la nuestra su primera batalla: la partida.

—¡Anda, Matha! —dice Ségogne.

En el mismo momento que la de Ichac, y confundiéndose con su voz, la respuesta de Terray se deja oír, casi tímidamente. Uno después de otro, mis compañeros juran obedecer en todas las circunstancias, y sobre todo en los momentos decisivos, al jefe de la expedición. Es tal vez su vida lo que ofrecen. Y ellos lo saben.

Todos confían en mi espíritu de equidad. Yo hubiera querido decir unas palabras, pero soy incapaz de pronunciarlas. Ningún sentimiento tiene más valor que esta mutua confianza.

El equipo ha nacido en este minuto; ahora debo ocuparme de su existencia.

El Comité obra magnánimamente, y si me da todas las responsabilidades de la ejecución, me deja también plena libertad de iniciativa.

Esta reunión, que quedará siempre viva en mi memoria, termina ya y siento un gran pesar: Pierre Allain, gran figura del alpinismo francés, que tanto ha hecho por nosotros, no vendrá; su salud, quebrantada durante la guerra, no le permite ya estas largas expediciones. Mejor que nadie sé lo que el Himalaya representa para él: esta noche le parece un paraíso perdido. Pero su rostro no deja traslucir nada; al contrario, sonrío, contento de vemos marchar. Lejos, en tierras de Asia, pensaremos muchas veces en este amigo, separado de nosotros por el destino.

Hoy, 29 de marzo, las personalidades que nos ayudan a organizar nuestra empresa están aquí, en los salones de la calle de la Boétie. Han venido a animarnos en vísperas de la partida. Henry de

Ségogne da algunas explicaciones mientras yo voy del uno al otro.

Loubry, piloto jefe de la U. A. T.<sup>[6]</sup>, me llama por teléfono.

—Al habla Loubry. Estoy en el aeródromo de Le Bourget. ¿Sabe usted cuánto pesa el equipaje?

—Un poco más de tres toneladas y media.

—¡Cuatro toneladas y media!

—...

—¡Arréglese como pueda! No puedo llevar más que tres toneladas y media. El resto de la carga se compone de medicamentos urgentes para Indochina.

Estoy consternado. Cada uno de nosotros puede disponer de un peso determinado. Todos los paquetes, cantinas, cajas, estaban, contados y repartidos... ¡Hay que rendirse a la evidencia! Se comprende que una tonelada más en un *DC-4* es mucho.

El embalador me decía:

—Es preciso que todo sea muy sólido.

Me había costado mucho convencerle de que no pusiera armazones de hierro. En cuanto a Oudot, le había repetido numerosas veces:

—Por nada del mundo debes sobrepasar el peso máximo de ochenta kilos que tienes asignado.

—Oye, es posible que lleve algunos kilos de más...

Esta mañana me confesó:

—¿Sabes cuántos kilos llevo?

—¡Por lo menos cien, con tus cantinas!

—¡Doscientos cincuenta!

La noticia había sido acogida fríamente... ¿Podía adivinar que el principal consumidor de sus productos farmacéuticos había de ser yo?

—Espere, comandante... ¡Tal vez haya alguna solución! —Mi voz se ahoga en la garganta. ¡Los directores de Air France estaban allí!—. ¡No se retire, comandante!

A última hora se halla la solución. Los medicamentos viajarán en otro avión de la línea regular y no sufrirán retraso.

Regreso al salón, afectado todavía por el contratiempo. La mayoría de los invitados se han ido después de desearnos suerte, y esta velada, la última, se acaba muy tarde para mí.

Fatigado y con los nervios de punta, procuro en vano conciliar el sueño. Durante horas enteras paso revista mentalmente a todo el material que llevamos, temiendo haber olvidado algún objeto esencial. Si, por ejemplo, llegara a perderse el fardo de los crampones, la expedición no podría salir de ninguna manera.

El sueño sigue sin venir.

La visión cómica de Oudot nadando sudoroso en medio de montañas de medicamentos en la antesala del Club Alpino Francés acude a mi memoria. ¿No le faltará nada? ¿Le habrá sugerido el doctor Carie, miembro de la expedición de 1936, todo cuanto a él le enseñó la experiencia? ¿Tendrá todos los productos necesarios para cuidar a los indígenas, indispensables al prestigio del «Doctor Sahib»?

No me duermo todavía.

—¿Les habrán sido puestas todas las inyecciones a Louis Lachenal, Gastón Rebuffat y Lionel Terray? ¿Tendrán todos los papeles necesarios? Si no es así, al pasar por Karachi corremos peligro de ser detenidos. ¿Encontraremos mosquiteras suficientemente eficaces para protegernos contra la malaria?

Sigo sin dormir.

Y las montañas, ¿cómo se presentarán? Tukucha se halla a 2500 metros, y las cumbres, a 8000: 5500 metros de desnivel, en el curso de los cuales todas las dificultades y todos los peligros serán acumulados por la Naturaleza.

¿Nuestra resistencia física y moral y nuestro espíritu de equipo resistirán la prueba de la altura y todas sus consecuencias? ¿No se adelantará el monzón?

No duermo todavía, no puedo dormir.

La aurora viene a poner término a estas angustias nocturnas. Mi última noche europea se acaba.

Ahora debo levantarme y dirigirme al aeródromo de Le Bourget.

## Capítulo II.

### Las “Islas”

En seguida de despegar, Oudot se duerme, rendido de cansancio. Prácticamente no se despertará hasta Delhi. De vez en cuando abrirá un ojo para gritar: «¡Al demonio las escalas!». A veces también para preguntarle a Ichac: «¿Cómo va mi ratita? ¡Cuidado que no se escape!».

Esta ratita será recibida como un tesoro por los médicos indios. En efecto, se le ha inoculado un virus cuyo espécimen puro ha desaparecido de aquel país y que es necesario para el estudio de ciertas variedades de paludismo.

¡La India! Momento ideal en que, a través de la ventanilla, la vista panorámica me permite evocar la antigua ciudad de Mohenjo-Daro, la invasión de los arios, los Vedas, este primer monumento de la Humanidad.

Daniel Levi, nuestro embajador, y todo el personal de la Embajada de Nueva Delhi nos reciben al llegar a Palam y nos ayudan a resolver las complicaciones administrativas. La aduana india no ha visto llegar nunca por avión una expedición con armas y bagajes.

—Quiero ver la lista completa, en inglés, de todo lo que ustedes llevan, con indicaciones de peso, valor, dimensiones...

—¡Pero si llevamos más de cincuenta mil artículos!

Sin hacer caso, el alto funcionario añade:

—Están ustedes admitidos en tránsito. Es preciso que al regresar vuelvan a atravesar la aduana con el mismo material.

Nosotros comeremos mientras estemos en el Nepal. ¿Y si perdemos o regalamos un fusil o una tienda?

Desde luego, la cuestión es peliaguda. Con una sonrisa acomodaticia, el jefe de aduanas me propone:

—Dejaremos todo el material consignado mientras dure la expedición. Nadie lo tocará.

—Pero... ¿y nosotros?

—Ustedes pueden ir al Nepal. Cuando regresen podrán recogerlo.

El cariz que toman los acontecimientos me llena de angustia. «¿El Himalaya? —parece interrogar nuestro aduanero moviendo los ojos—. Allí no van más que los peregrinos...».

Nosotros también somos peregrinos, me digo para mis adentros, peregrinos de la montaña. Pero no me atrevo a interrumpir las meditaciones en las que le veo sumido.

—Muy bien... —Tengo el presentimiento de que todo va a arreglarse—. En este caso, tomaré el avión con ustedes.

Vuelvo la cabeza para ver si Loubry no se desmaya.

El problema acabará por solucionarse, como todo en la India si no se lleva prisa. En un rincón, Ichac, que es muy inflamable, desconfía de sí mismo y se venga dibujando el cráneo del aduanero.

—Es una figura geométrica perfecta y, sin embargo, difícil de expresar en ecuación —le susurra Couzy.

Después de franquear la aduana, al cabo de dos días de tratos, embarcamos nuestro material en la estación de Vieja Delhi<sup>[7]</sup>. No resulta cosa fácil. La operación se lleva a cabo por la noche; las lámparas despiden débiles destellos sobre las tristes fachadas de las tiendas; lámparas de acetileno, de brillo deslumbrante y cegador; lámparas de aceite, humosas y parpadeantes, iluminan a la muchedumbre que pasa y proyectan sombras fantásticas alrededor. El ruido es infernal y me asquea el hedor repugnante. Las *tongas*<sup>[8]</sup> arrastradas por bicicletas amenazan a cada momento con atropellarme.

En la estación, en medio de un desorden indescriptible, me encuentro con Schatz, que chorrea sudor. Encaramado a una montaña de cajas, está gritando órdenes a una cuarentena de culis, mugrientos, miserables, muchos de los cuales tienen los dientes teñidos de rojo por el betel, mascado durante todo el día. El distintivo de sus funciones consiste en un turbante rojo y una insignia prendida en su tahalí de cuero.

—¡Nueve, diez *annas*! ¡Bravo! Ahora tú... Pero... ¿no habías pasado ya? ¡Fuera! ¡El siguiente...!

No se ve apenas. Schatz se desorienta.

—¡Cómo! ¿Todavía no hay bastante?

Los culis chillan, gritan, lloran, gesticulan. Por fin hay que ceder.

—*Tin annas!*<sup>[9]</sup> —ruge Schatz acumulando todos sus conocimientos del indostaní.

Apenas termina de pagarles, y el concierto de reclamaciones se reanuda con nuevos bríos.

—Ahora piden la propina, la *bakschicha* —me dice deprimido—. Vámonos.

Rebuffat y Terray quedan encargados de vigilar y escoltar el material que no puede ser enviado por vía aérea.

Los demás salimos en avión hacia Lucknow. Acabamos de instalarnos en el aparato de la «India Airways» y entran tres magníficos *sikhs*<sup>[10]</sup>, colosos de nobles gestos y exuberantes barbas. Con la cabeza cubierta por un inmenso turbante, con su tez de color bistre y sus ojos profundos, tienen un porte estupendo. A su lado parecemos unos chiquillos con pantalones cortos.

—Mira —dice Couzy—, se les van a enredar los pies en sus ropajes al subir la escalera.

—¡Magníficos tipos! —comenta Ichac, admirativo.

—¡Si son los pilotos! —exclama Oudot.

Y durante nuestro corto viaje de Delhi a Lucknow nos maravilla la maestría y suavidad con que conducen.

En Lucknow veo por vez primera a Angawa, el benjamín de nuestra futura tropa de sherpas, y su *sirdar*<sup>[11]</sup>, Ang-Tharkey. En Nautanwa, el último pueblo de la India antes del Nepal y término del ferrocarril de vía estrecha, conozco a los restantes.

Con emoción y curiosidad contemplo a estos hombrecillos amarillos de compleción rolliza, contrariamente a los indios, que son descamados. Los sherpas, cuya fidelidad y abnegación son proverbiales, serán verdaderos colaboradores nuestros. Vigilaré que sean tratados como tales: su equipo, sus comodidades, serán idénticos a los nuestros. Me preocuparé antes que nada de su seguridad.



Ang-Tharkey, el *sirdar*, es un hombre enérgico que posee una autoridad indudable sobre sus compañeros y sobre los culis. Budista ardiente y convencido, su influencia moral es enorme.

Los otros sherpas, Panzi, Dawatoundu, Sarki, Foutharkey, Aïla, Angawa y Adjiba, han salido ya otras veces. En el curso de la expedición tendrán numerosas ocasiones de demostrar su capacidad. Con los sherpas, nuestros nuevos amigos, descendemos en Nautanwa bajo un ardiente sol; nuestras cuatro toneladas y media de material se juntan a los mil quinientos kilos que nos esperan ya en el andén, gracias a la previsión de Noyelle.

El día 5 de abril, por fin, el reino del Nepal nos abre sus puertas.

El Nepal, el país más elevado del mundo junto con el Tíbet, encierra dentro de sus fronteras prohibidas ocho de las catorce cimas más altas de la tierra. A caballo sobre la gran muralla del Himalaya, este país de siete millones de habitantes tiene seiscientos kilómetros de largo y doscientos de ancho. Sus confines indios, el Terai<sup>[12]</sup>, están cubiertos de una vegetación tropical, malsana y desordenada.

Estas regiones, tan pronto abrasadas por un sol de fuego que todo lo quema como ahogadas por las lluvias torrenciales del monzón, presentan un sorprendente aspecto.

Budistas en el Norte, indos en el Sur, pero todos recelosos del extranjero, los *guskas* han prosperado al amparo de esta fortaleza natural, la más formidable que pueda imaginarse. Muy respetuosos con sus tradiciones, han conservado intacto el patrimonio de sus antepasados. Son hombres de la montaña que poseen mucho carácter y sentido de grandeza.

El *jeep* que me lleva avanza por una carretera empedrada y polvorienta. Estamos a diez kilómetros apenas de Kapilavastu —actualmente Rumindei—. En este paraje de líneas sencillas, sin ninguna majestad, al pie de las Siwalik, tan queridas por Kipling, nació hace miles de años un hombre que tuvo, según la tradición, una juventud impregnada de poesía y una vida llena de sabiduría y cordura. El Gautama Buda vivió durante toda su juventud en el país que tengo ahora ante mí. ¡El fundador de una religión revelada, una de las más sabias y hermosas que existen, habrá hollado tal vez los caminos que ahora recorreremos!

Butwal, primer pueblo del Nepal, señala el término de la gran llanura del Ganges y el principio de los montes. Procedemos a las operaciones de cambio, pues en la montaña y sobre todo más allá, en los países del interior, los indígenas no tienen ninguna confianza en los billetes y exigen monedas de plata, metal empleado en casi todos los pueblos de Asia.

Lachenal y Terray, que deben salir en vanguardia, examinan con desconfianza los miserables caballos que se les proporciona.

Los preparativos del grueso de la tropa se eternizan bajo un sol de plomo. Poco a poco se preparan las cargas, a razón de un *maund*<sup>[13]</sup>, y se distribuyen entre unos doscientos culis.

—*Bara Sahib, umbrella, please?*<sup>[14]</sup>.

Un nepalés bien parecido me tiende amablemente su paraguas. De este modo casi fortuito trazo conocimiento con G. B. Rana, al que pocos días después consideraremos como un verdadero amigo. Por encargo del Maharajá del Nepal, debe servirnos en todas nuestras andanzas. Ha servido durante muchos años como oficial en los regimientos *gurkas*, las mejores unidades del Ejército inglés.

De pronto, el ruido de un desenfrenado galope resuena sobre la tierra endurecida y resquebrajada por el calor. Los caballos de Lachenal y Terray, sin sillas y cubiertos de espuma, aparecen por las gargantas de la Tinau-Khola<sup>[15]</sup>.

—Debes comprender —me explicará luego Lachenal con dignidad— que a los verdaderos montañeros les repugnan estos medios artificiales de locomoción.

Al llegar la noche de esta primera etapa, G. B. nos conduce a una rústica *rest-house*<sup>[16]</sup>.

—*Of His Highness*<sup>[17]</sup> —declara respetuosamente.

—Muy honrado.

En esta tierra, el Maharajá es algo así como el marqués de Carabás. Poco a poco iremos viendo que todo el Nepal pertenece al Maharajá.

El día 10, el resto de la expedición llega a Tansing, capital de la provincia, en donde se detiene tres días para reagrupar las fuerzas, revisar las cargas y reclutar nuevos culis.

Después de instalado el campamento, que protegemos con cuerdas de la multitud de curiosos, nos encaramamos a la colina que domina la ciudad y desde la que se divisan las lejanas montañas. ¡El momento en que descubrimos el objeto de nuestros ensueños es emocionante!

Todos hemos leído muchos libros sobre el Himalaya y hemos discutido largamente con nuestros camaradas que en 1936 fueron a Karakoram. Hemos dirigido a Ichac, el único veterano del Himalaya, las más descabelladas preguntas, y cada uno de nosotros se ha forjado una imagen personal de estas montañas. ¿Quedaremos decepcionados?

En verdad, el espectáculo que nos depara en la cima de esta colina sobrepasa todo lo imaginado. A primera vista no distinguimos más que algunas brumas vaporosas; pero al observar con más atención nos es posible discernir, a considerable distancia, verdaderas murallas de hielo que se elevan sobre la niebla a gigantescas alturas y obstruyen el horizonte hacia el Norte en centenares y centenares de kilómetros. Esta resplandeciente muralla se nos muestra colosal, sin la menor falla. Las cimas de 7000 metros suceden a las de 8000. La grandiosidad del espectáculo nos anonada.

¡El Himalaya! ¡Nuestras «Islas»!

Desde ahora en adelante, esta visión no nos abandonará.

El problema parece sencillo en este momento. Es preciso alcanzar lo antes posible aquellas cumbres y dar la batalla.

Por la noche, acostados en nuestras tiendas, todos soñamos con la empresa.

Salimos de Tansing. La vanguardia lleva un día de ventaja sobre el grueso de la tropa.

Poco después de nuestra salida, cerca del mediodía, diviso a un energúmeno que se nos acerca a grandes pasos, casi corriendo. Reconozco con sorpresa a nuestro amigo Terray, vestido a la nepalesa, es decir, muy ligeramente, con la mirada iracunda y el rostro reluciente de sudor. Maneja su piolet con tanto brío, que todos se apartan respetuosamente para dejarle paso.

¿Qué sucede? ¿Ha ocurrido algún drama? Me inquieto al pensar en Lachenal, e interpeleo a Terray:

—¿En dónde está Biscante<sup>[18]</sup>?

—¿Biscante? —repite, sorprendido.

—¡Sí! ¡Explicáte!

Terray está ahora junto a nosotros.

—¡Ah, Biscante! Allí está.

—Nos habías asustado.

—No hay que bromear. Esto va muy mal.

—Pero ¿qué ha sucedido?

—Se han declarado en huelga.

—¿Quién? ¿Los culis?

—¡No vamos a ser nosotros! Esta mañana se han declarado en huelga sin previo aviso.

—¿Y la carga? ¿Está en lugar seguro?

—Biscante se ha quedado a vigilarla. Además, no creo que tengan malas intenciones. Quieren que les paguemos más... Quieren... no sé qué, porque no entiendo su jergonza. El caso es que están allí, cerca de Waiga, a un lado de la pista. Se niegan a caminar; han dejado sus cargas y no hay quien los haga moverse ni un milímetro.

Los labios de Lionel se contorsionan más aún que de costumbre para dejar paso a una serie de interjecciones sonoras. Nos rascamos la cabeza, perplejos, mientras él añade:

—¡Es un verdadero chantaje! ¡Qué lío!

—Esto es de la incumbencia de G. B. —digo yo entonces.

—No sé cómo se las podrá arreglar.

—Bueno, ahora veremos si tiene autoridad sobre esta gente. Los contratos han sido hechos en buena y debida forma, y los culis deben cumplir lo pactado.

—¡Deben! ¡Claro que deben...! En fin, lo mejor es ir allí lo más pronto posible.

Inmediatamente nos ponemos en marcha.

Al final de la tarde llegamos junto a los «huelguistas». Lachenal, que suele estar siempre de broma, tiene un aspecto sombrío. Al ver a nuestro oficial, los porteadores estrechan las filas y se dirigen a él en tono chillón, seguramente para exponerle sus reivindicaciones. En cuanto a nosotros, nos instalamos con toda calma para comer y beber a gusto. La serenidad no hará más que aumentar nuestro prestigio. Con la mayor flema, nos descalzamos para que los pies descansen, realizando todos los movimientos con estudiada lentitud.

¡G. B. debe de atacar! No es posible comprender lo que les dice. Durante media hora ejecuta una brillante perorata de la que todos guardaremos recuerdo. El tono, sencillo y moderado al principio, va elevándose gradualmente hasta convertirse en un verdadero trueno que resuena en la cañada en que nos hallamos como en una catedral. Las exigentes reclamaciones de los culis se transforman como por encanto en argumentos tímidamente enunciados. G. B. responde con fuerza y con aplomo. Su autoridad no deja lugar a dudas. De pronto, un culi pronuncia unas palabras, probablemente injuriosas para nuestro oficial, y vemos con estupor que éste se abalanza sobre él y empieza a molerlo a golpes, hasta que el recalcitrante se da a la fuga. El efecto de esta escena brutal no se hace esperar: ante nuestros ojos, los porteadores, uno a uno, vuelven a coger sus cargas y reemprenden la marcha.

Al acercarnos a Sedhi Khola<sup>[19]</sup> encontramos en la pista a unas lindas nepalesas, engalanadas y

descalzas, que andan a pasitos cortos y rápidos. A medida que avanzamos, distinguimos por los caminos inmediatos multitud de *saris*<sup>[20]</sup> de vivos y brillantes colores que convergen hacia un mismo lugar. Ang-Tharkey me dice que una gran fiesta religiosa, la *Kumbh-Mela*, que se celebra cada doce años, tiene lugar precisamente hoy. ¡Qué suerte!

Al llegar allí nos cuesta trabajo abrirnos paso entre la colorida muchedumbre, agitada y ruidosa. Al pie de una gran roca, un *sadhou*<sup>[21]</sup> lanza fervientes invocaciones. Unos sacerdotes, rodeados de un devoto gentío, leen en voz alta los textos védicos. Numerosos fieles se dirigen hacia el río sagrado: el Kali Gandaki. Hombres y mujeres se desnudan y se sumergen por turno en las aguas, y después mojan en ellas hojas de loto, con las que se golpean la frente varias veces.

Algunas forman con gruesas hojas una especie de conchas, en el centro de las cuales colocan velitas encendidas; luego ponen delicadamente estos cirios ambulantes sobre las aguas, que los arrastran lejos, muy lejos, hasta el Ganges.

Nuestra caravana reanuda la marcha a regañadientes.

El día siguiente, un grito de Ichac, por un reflejo ridículo, me sobresalta.

—¡La policía!

No estamos ya en la fiesta. En un recodo del camino nos topamos con una docena de hombres, de terrible mirada, alineados y en guardia.

—¡Lo más selecto! —prosigue Ichac—. Es la milicia de Baglung que nos rinde honores.

Baglung es el último pueblo grande antes de los altos valles. Llegamos a él un día después, el domingo 16 de abril.

No faltan más que tres o cuatro etapas para llegar a Tukucha, pero son las más duras, pues desde una altura de 700 metros, poco más o menos, hemos de alcanzar la de 2500.

Esta mañana hay que levantarse pronto: paga de los culis, reclutamiento, revisión general de las cargas.

—*Khanna!*<sup>[22]</sup>

Noyelle, siempre el primero en levantarse, lanza su grito de guerra en el campamento dormido. La reacción es viva.

—Pitando —dice Couzy, que todavía no ha olvidado su lenguaje estudiantil.

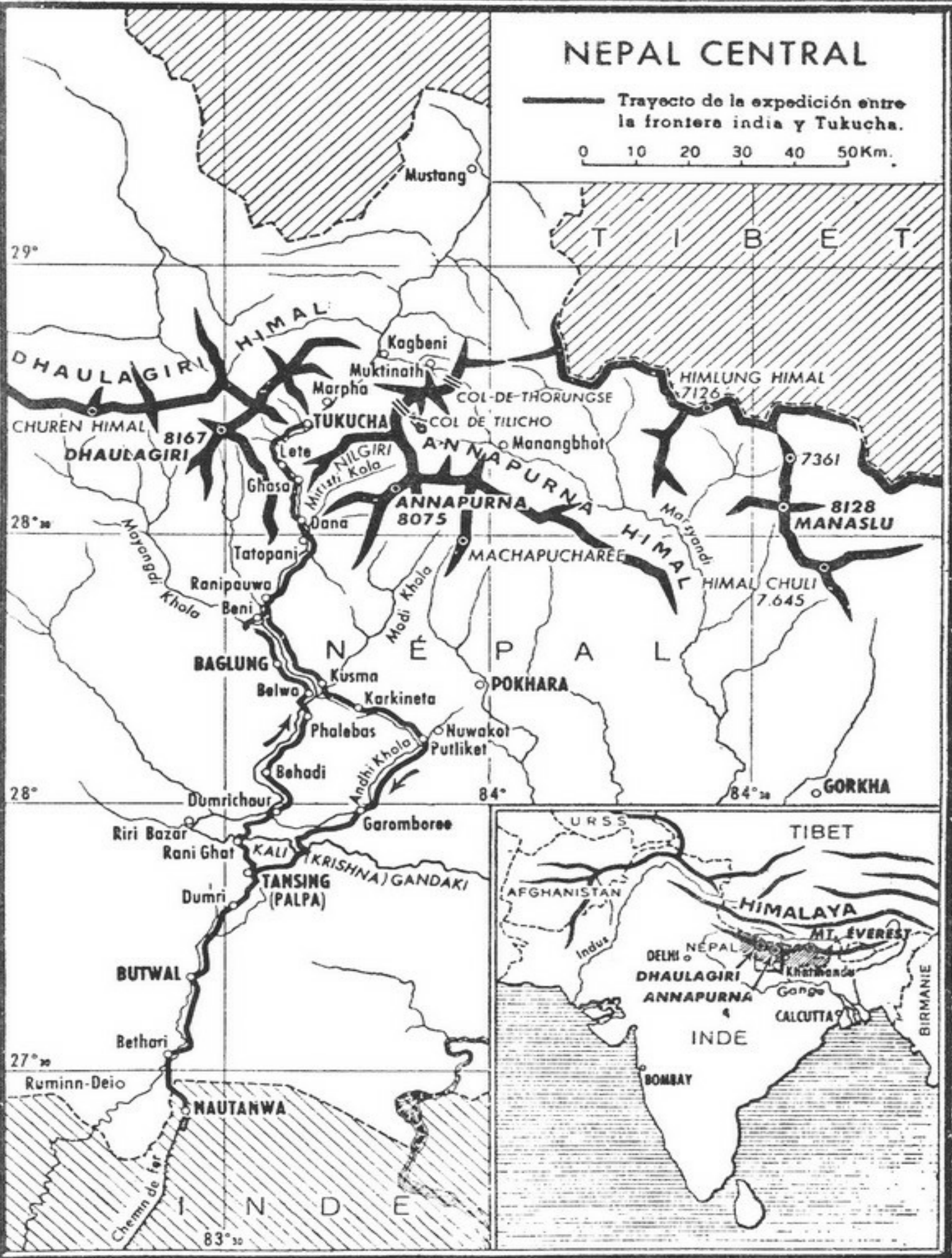
—*Sarpé!*<sup>[23]</sup> —se desgañita Rebuffat.

—Basta ya. Tengo un dolor de vientre que voy a reventar —ruge Terray.

# NEPAL CENTRAL

Trayecto de la expedición entre la frontera india y Tukucha.

0 10 20 30 40 50Km.



—¡Has comido demasiado! —exclama Oudot entre dos ronquidos.

—¡Oudot es un asesino! ¡Es su cloro!<sup>[24]</sup> —chilla Lachenal, que se aprieta también el abdomen.

—¿Qué tiempo hace?

—¿Han llegado los culis?

—¡Chicos! ¡El Dhaulagiri! ¡El Dhaulagiri!

¡El Dhaula! Es Noyelle quien desde fuera aúlla de alegría. ¿Cómo? ¿Es posible? En un momento, todos nos reunimos en el terraplén.

Cada uno cubre su desnudez con lo primero que encuentra. Algunos han salido metidos en sus sacos de dormir, como para una carrera de sacos; otros llevan un pañuelo en lugar de calzoncillos. Lachenal se distingue por su gorro de punto.

Una inmensa pirámide de hielo, centelleante al sol como un cristal, se yergue a más de 7000 metros sobre nosotros. La cara sur, azulada por la atmósfera y las brumas matutinas, es irreal y sublime.

Nos quedamos con la boca abierta ante la montaña cuyo nombre nos es familiar, por haberla evocado mil veces, pero cuya realidad trae a nuestros espíritus una conmoción que nos enmudece.

Luego, paulatinamente, las razones de nuestra presencia aquí se superponen a las consideraciones estéticas y sentimentales, y empezamos a examinar la gigantesca silueta desde un punto de vista práctico.

—¿Te has fijado en la arista de la derecha?

—Sí, no vale la pena ir a verla de cerca.

Es una ducha fría.

El espectáculo es magnífico, pero, en el orden alpino, la cara sur no deja lugar a grandes esperanzas.

—Si sois buenos, os enseñaré el Annapurna dentro de dos días —dice Ichac, que acaba de hacer con Couzy misteriosas alineaciones.

Durante todo el día presido la «paga» instalado a la sombra de grandes bananos. Los culis pegan su nariz con interés y circunspección a la balanza. Reciben un anticipo de seis rupias y un paquete de cigarrillos, saludan con las manos juntas al modo indio y luego firman<sup>[25]</sup> en la lista de G. B. Rana. La lista se alarga. Cuando es preciso, se pegan a ella suplementos de pergamino. ¡Al acabar las operaciones tendrá cerca de cuatro metros!

Antes de que los culis pasen al «control», Terray distribuye las cargas. Tantea las pantorrillas, los bíceps; examina la capacidad torácica, como lo hacía en su granja de las Houches. El *strong man*<sup>[26]</sup>, como le llaman los sherpas, manipula con desconcertante facilidad las más pesadas cantinas. Los porteadores le miran con gran respeto.

Luego se acercan a su vez, miden las cargas con una ojeada, las sopesan y observan discretamente las de los demás. Con mucha habilidad confeccionan bolsas enrejadas de bambúes y lianas.

Las cargas son recogidas una después de otra. Los culis las sostienen con unas bandas que pasan alrededor de la frente. De este modo, a lo largo de doscientos kilómetros de caminos montañosos, nuestras seis toneladas de material llegarán a su destino.

¡En marcha hacia Tukucha!

Los culis se escalonan hasta perderse de vista a lo largo de las orillas del Kali Gandaki. Hacia la mitad de la jornada hallamos un afluente importante: el Mayangdi Khola. Marcel Ichac está completamente desorientado.

—Es tan importante como el Gandaki. Si desaguara únicamente la vertiente sur del Dhaulagiri, como indica el mapa, no sería más que un torrente<sup>[27]</sup>.

En efecto, según el mapa, el itinerario previsto para la escalada del Dhaulagiri sale de nuestro cuartel general de Tukucha y remonta sin dificultades aparentes un valle que se pierde en la vertiente norte. Si este valle desciende hacia el Oeste, en lugar de descender hacia Tukucha, como empezamos a sospechar por la importancia del torrente, una cadena no señalada en el mapa debe interponerse entre Tukucha y la pared norte del Dhaulagiri, cosa que obstaculizaría nuestros proyectos de ascensión.

—Evidentemente —me veo obligado a confesar—, antes del monzón, el Mayangdi Khola debería llevar mucha menos agua.

—Ya lo sé —dice Ichac con notable intuición—. Deben de ser todas las aguas del Norte y del Oeste.

—Pero el mapa...

—¡Está equivocado! No cabe duda.

El razonamiento me parece lógico. Sin embargo, quiero esperar pruebas más formales antes de acusar al mapa.

Un mes después habremos hallado estas pruebas y el misterio quedará aclarado...

Al día siguiente, 20 de abril, intentamos localizar las aristas y cumbres secundarias del Annapurna.

—¿No quedamos en que nos enseñarías el Annapurna? —pregunto a Ichac para refrescarle la memoria.

No vemos el Annapurna, pero delante de nosotros desemboca el profundo y tortuoso valle del Miristi Khola. Este desfiladero conduce, por un camino perfectamente señalado en el mapa, al collado de Tilicho, desde donde un corto recorrido de arista lleva hasta la cumbre del Annapurna.

—No parece muy atractivo este valle del Tilicho —dice Schatz.

—Según el mapa, hay un sendero...

Noyelle se acerca con aire taciturno después de consultar a los *shikoris*<sup>[28]</sup>.

—¿El collado de Tilicho? Nadie ha oído hablar de él.

—¡Esto es excesivo! ¡Otra bromita del mapa!

—Sería demasiado pedir —declara Rebuffat—: un collado a más de seis mil metros ¡y el ocho mil al alcance de la mano!

Más tarde, la exploración del país nos demostrará que los desfiladeros del Miristi son infranqueables y que el famoso collado del Tilicho no se halla en el lugar señalado.

El camino bordea los precipicios. A través de las coníferas se distinguen apenas las tumultuosas y rugientes aguas del Krishna Gandaki. Potentes cascadas brotan de vez en cuando de las paredes

calcáreas. Insensiblemente vamos ganando altura; diversos indicios nos lo señalan: el paso se torna pesado, la marcha de la caravana se hace más lenta.

En Ghasa, Lachenal y Terray, muy excitados, descubren una «fábrica» de calzado. Algunos artesanos, en tiendas contiguas, apalean sin descanso una piel curtida con orines.

—No usan cola —observa Lachenal.

—Fíjate, Biscante, no hacen costuras. En lugar de hilo untado de pez, usan finas tiritas de piel.

—¿A quién estarán destinados estos borceguíes?

A decir verdad, no los usan más que los notables, y el colmo de la elegancia consiste en llevarlos sin atar. G. B., por su parte, ha aumentado considerablemente su prestigio al calzar un par de botas de montaña que le hemos regalado.

Empieza a refrescar, pues nos hallamos a 2000 metros. Aún hemos de subir 500 para llegar a Tukucha. Aquí no hay ya plátanos ni arroz, sólo unos míseros cultivos, sobre todo de cebada.

Un poco más lejos divisamos los declives superiores del Dhaulagiri, estriados de hielo azul. La arista sudeste, que baja hacia nosotros y acerca de la cual abrigábamos alguna esperanza, se alarga sin fin, aguda como la hoja de un cuchillo, erizada de torres de hielo y de cornisas de nieve. Inexpugnable, vista desde aquí.

Nos torcemos el cuello mirando estas murallas gigantescas que se pierden seis kilómetros más arriba, allá entre las nubes y el azul del cielo. Las partes rocosas son oscuras, de color castaño; la nieve, deslumbrante. La luminosidad es tan intensa, que nos obliga a entornar los ojos.

Imaginar un itinerario nos parece muy atrevido. Sin embargo, no podemos ocultar nuestra alegría. Todos nos sentimos felices de hallarnos por fin en la montaña y de poder consagrarnos en adelante al objeto final de esta aventura. Yo, por mi parte, voy a dejar por fin un papel que más parece de transportista o empresario que de jefe de una expedición alpina.

En Lete atravesamos con sorpresa, y no sin emoción, un bosque de abetos parecidísimos a los de nuestros Alpes. Los mismos árboles, las mismas rocas de granito y el mismo musgo refrescante. Poco podía imaginarme que dos meses más tarde este encantador paraje, lleno de poesía, sería testigo de mi agonía.

Poco después desembocamos en una larga llanura pedregosa, trabajada desde hace siglos por el curso impetuoso y desigual del Gandaki. El río ha conseguido abrir un colosal corredor a través de la gran cadena del Himalaya.

La llanura está barrida por poderosos y desordenados ciclones que nos inmovilizan. Las ráfagas se desencadenan durante todo el año, impidiendo cualquier clase de vegetación. El polvo se eleva en torbellinos en este infierno de piedras. La luz es escasa. Ichac, que se protege como puede, me grita al oído:

—¡Parece que estuviéramos en el Karakoram!

Los culis, agazapados y apretujados los unos contra los otros en pequeños grupos, dan la impresión de protegerse mutuamente. Van descalzos. ¡Todo el mundo tiene prisa por llegar a Tukucha!

Ang-Tharkey se siente en su centro. Budista convencido, acaba de divisar, flotando sobre todas las casas de Larjung, las sagradas banderolas, a las que el viento arranca oraciones.



A lo lejos, al final del desierto de piedra, distinguimos un pueblo alegrado por centenares de mástiles oratorios y rodeado, al parecer, de fortificaciones.

—¡Tukucha, Sahib!

Todos apresuramos el paso.

Vademos un rápido torrente: el Dambush Khola, del que hablaremos de nuevo más adelante. Es la entrada de Tukucha.

Hay allí mucha menos gente de lo que pensábamos. Numerosos chiquillos sucios nos rodean, observando con curiosidad nuestros menores gestos. Se arrastran por el canalón central, en donde las mujeres lavan su vajilla y cogen el agua para el té. Recelosos ancianos permanecen en el umbral de las puertas, desconfiando de estos hombres blancos venidos por razones y con intenciones muy oscuras. En pocos minutos atravesamos el pueblo y llegamos a una gran plaza. Sobre un templo búdico de paredes color de rosa, los estandartes restallan al viento. Aunque el lugar resulte poco acogedor, es el único que conviene para la instalación de nuestro campamento. Una peña gris, sin vegetación, se yergue sobre nuestras cabezas y da un aspecto triste a nuestro campamento.

Se acabó la marcha de aproximación. Estamos a 21 de abril y hemos empleado quince días para atravesar casi enteramente el Nepal.

Esta noche nos limitaremos a instalar algunas tiendas y preparar una comida sustanciosa que calme los estómagos. Hace frío. Por primera vez nos ponemos las chaquetas de plumón. Todos los *sahibs*, todos los sherpas están aquí, con aspecto abatido, algo pesimistas: el viento nos ha debilitado.

Necesitaremos el sol radiante del siguiente día para que la alegría vuelva a nuestros corazones.

## Capítulo III.

### El valle desconocido

El programa inmediato es sencillo. Ante todo hay que instalar el campamento, desembalar, apuntar y almacenar el material y los víveres. Cada uno de mis camaradas tiene un quehacer previsto durante cuarenta y ocho horas. Pronto los veo agitarse en esta cantera, sucios y afanosos. El espectáculo es pintoresco: Ichac bucea en sus preciosas cajas de películas e instrumental. Oudot desaparece detrás de sus vendas y cantinas de farmacia. Por su parte, los sherpas montan las tiendas, ayudan a los *sahibs* a almacenar, instalan la cocina...

El tiempo es magnífico y la montaña se ha engalanado para esta primera jomada en el «cuartel general». ¡Qué alegría descubrir por fin el aspecto de estas agujas que nos rodean! El valle del Gandaki es una larga perforación a través de dos bloques inmensos: el macizo del Dhaulagiri al Oeste, a 8167 metros, y el macizo del Annapurna al Este, a 8075. La niebla es frecuente en el fondo de esta hendidura y da más majestad todavía a las paredes completamente inaccesibles que nos dominan. Las airosas Nilgiris<sup>[29]</sup> centellean, a 4500 metros. Hacia el Norte, el cielo aparece más despejado y la vegetación escasea, por lo que podemos juzgar desde aquí: es la dirección del Tíbet.

Tukucha es un laberinto de callejones en los que se hace muy difícil percibir la vida del pueblo. Las casas son verdaderos fortines. La mayoría de ellas son posadas en las que los viajeros pueden pasar la noche. La mayoría de los quinientos habitantes son budistas, y la pared del «molino de oraciones» atestigua su piedad. Nuestros sherpas, al pasar, no dejan nunca de hacer girar alegremente el cilindro metálico, lo cual resulta mucho más práctico que rezar.

En los patios, oscuros y malolientes, o en las salas bajas de las chozas suelen verse telares muy primitivos que permiten tejer, con pelo de *yak* o con lana de cordero, unas telas extraordinariamente sólidas. Los hombres de aquí hilan como nuestras pastorcitas. Mientras Ichac Sahib y Cucú<sup>[30]</sup> Sahib se desgañitan en los micros de sus *walkies-talkies*<sup>[31]</sup> con las antenas desplegadas, estas criaturas, agachadas, hacen girar pacientemente su ancestral huso hasta la noche. Cómicos contrastes...

Al amanecer no se oye en el solitario Tukucha más que el gong del templo vecino, cuyo sonido grave, extraño y armonioso se difunde por los aires.

Una especie de larga letanía se eleva de la tienda colocada frente a la mía. La monótona salmodia tiene bruscos descensos que parecen lamentos. Otras voces responden con el mismo tono. Ang-Tharkey y sus compañeros rezan sus oraciones.

—*Good morning, sir.*

—*Good morning, Panzi* —respondo alzando la cabeza.

—*Tcha for Bara Sahib?*

Un rostro bondadoso y risueño asoma por la entrada de la tienda.

—*Yes, thank you...*<sup>[32]</sup>

Reunidos en la plaza, unos caravaneros, tal vez tibetanos, discuten animadamente rodeados de un enjambre de chiquillos. Las mujeres visten graciosos delantales de colores alegres. Su rostro mongólico lleva un «maquillaje» de boñiga de vaca aplicado en ambas mejillas. Seguras de su

encanto, ríen enseñando los dientes. Esto basta para hacer levantar en seguida a mis compañeros.

—Son apetitosas —murmura Terray, enternecido.

—Lo que me gusta más son las botas —dice Lachenal, más positivo.

Pronto el gentío rodea a los tibetanos, que empiezan una danza endiablada.

Las figuras de los danzantes se destacan sobre un magnífico fondo de montañas nevadas... El baile, perfectamente regulado, parece expresar el dualismo eterno de la alegría y el dolor, de la vida y de la muerte. Su estética es ruda, primitiva. La danza refleja siempre el alma de un pueblo. La que estamos contemplando tiene un indiscutible interés.

De pronto todos se detienen.

Una tibetana coloca en medio del círculo una bandeja de cobre y los bailadores ejecutan una expresiva mímica dirigiendo alternativamente sus miradas del plato a nosotros. El Bara Sahib, con digno ademán, pone unas rupias en la bandeja.

Gran éxito. La danza se reanuda, más violenta todavía.

Luego se detiene de nuevo.

El Bara Sahib debe demostrar otra vez su generosidad. Luego marchamos a reunimos en la tienda-comedor para el frugal desayuno.

Desde nuestra llegada a Tukucha, todos abrigamos la secreta esperanza de hallar una arista, fácil y sin peligro, susceptible de conducirnos rápidamente a la cima del Dhaulagiri o del Annapurna. La arista sudeste del Dhaulagiri, tal como aparece señalada en el mapa y que hemos divisado desde Baglung, alienta algo esta esperanza, pero no poseemos ninguna certeza. Está también la arista norte, de hielo ciertamente, pero que, por su pendiente moderada y débil desnivel, parece favorable a una tentativa.

Tal vez con algunos campamentos...

En cuanto al Annapurna, la proximidad del camino de Tilicho hace de él una cumbre de fácil acceso y, por tanto, de un relativo interés deportivo.

Al día siguiente, Couzy sale de exploración con Panzi, a fin de hacer observaciones desde el mirador (4000 metros) que domina Tukucha.

A las once puedo comunicarme con él por medio de la radio.

—Al habla Cucú. Acabo de llegar a la cima. La vista es maravillosa; el Dhaulagiri surge muy por encima del resto. ¡La arista sudeste es terrible! Muy larga, con numerosas torres de hielo. Los emplazamientos para las tiendas son problemáticos.

—Buena recepción. ¿Y la arista norte?

—Enteramente glaciado y, según parece, muy pendiente. Las dificultades técnicas serían grandes. La parte más delicada se sitúa hacia la mitad, pero existe otra dificultad: la vía de acceso a esta arista. Desde aquí, el glaciar Este<sup>[33]</sup>, por el cual debería pasarse normalmente, parece extremadamente accidentado.

—¿Puedes ver la cara norte?

—La cara norte es muy peligrosa por la presencia de grandes muros de *seracs*. Hay una pendiente bastante suave en su base que debe permitir el acceso a la arista noroeste, pero desde

donde estoy no se ve muy bien.

—¿Qué piensas de las Nilgiris?

—¡Todo es vertical! Hay pocas esperanzas sobre esta vertiente.

—Gracias, amigo Cucú. Hasta ahora.

—Adiós, Maurice. Fin de la emisión.

Estos primeros datos no alientan mucho nuestro optimismo. Cuando Couzy esté de regreso procederemos a un primer examen con ayuda de sus croquis.

Por la noche, los *sahibs* discuten animadamente bajo la tienda-comedor. Entre dos tazas de té, Couzy nos confirma lo dicho por radio.

—Es preciso ganar el pie de la pirámide terminal —empieza Rebuffat.

En este punto todos están conformes, pero las opiniones difieren en cuanto a los medios de acceso.

¿Qué debe hacerse? ¿Remontar el glaciar Este del Dhaulagiri, tan accidentado y sin duda peligroso? ¿Rodear la punta de Tukucha, donde termina la arista norte, para alcanzar la cuenca norte del Dhaulagiri, siguiendo el famoso valle en forma de ángulo indicado en el mapa?<sup>[34]</sup>

—Es preciso hacer reconocimientos en todas direcciones —digo—, y para ello es necesario que nos dividamos. Durante este período de exploración en tomo al Dhaula y al Annapurna, bastará actuar en cordadas de dos.

—En el Annapurna puede hacerse algo —declara Schatz, pensativo—. Un collado a seis mil metros, un camino...

—El Dhaula tiene mal aspecto. Prefiero ir hacia el otro —confiesa Couzy.

—¡Muy bien! Mañana, todos en marcha. Tú, Lachenal, y tú, Gastón, iréis a explorar el glaciar Este. El *toubib* y Schatz cogerán los caballos y, ganando altura por encima de Lete, darán una ojeada al collado de Tilicho y al Annapurna. Matha y yo daremos una vuelta por lo alto del valle del Dambush Khola. Tal vez veamos la vertiente norte del Dhaulagiri.

—¿Y yo? —interroga Couzy, profundamente decepcionado.

—Tú descansarás en el campamento. No te apures, habrá trabajo para todo el mundo. Estamos a veintitrés de abril; falta tiempo todavía para el monzón<sup>[35]</sup>. Y tú también, Lionel, procura no enfriarte.

—Y... siempre a dieta —aconseja Oudot.

—Me siento algo mejor —asegura Terray, que parece muy debilitado de resultados de una indisposición.

—Entonces, ¿yo me quedo haciendo el vago? —pregunta Noyelle.

—Su Excelencia se pondrá en contacto con los notables del pueblo y se dignará ayudar a Cucú en la instalación total del campamento.

A las cinco, en pie.

Lachenal y Rebuffat salen con dos sherpas que llevan los esquís y una unidad de altura<sup>[36]</sup>. Un *shikari* los guiará para atravesar la zona media, que, con sus hondonadas y bosques, les podría hacer perder mucho tiempo.

—¡Adiós, Maurice!

—¡Adiós! ¡No os olvidéis de hacer croquis!

—¡Hasta mañana!

Oudot y Schatz están ya dispuestos, y a las siete montan a caballo. Espero que durante el día podrán subir a suficiente altura para divisar el famoso collado de Tilicho y esclarecer su misterio.

Ichac y yo dejamos el campamento satisfechos por anticipado de hallarnos en la montaña. En pocos momentos llegamos al Dambush Khola, por cuyo valle ascenderemos todo lo posible.

—Es verdad que este torrente es pequeño.

—No quiero forzar tu opinión, Maurice, pero estoy casi seguro de que la vertiente norte del Dhaulagiri no tiene salida por aquí. Ha de haber un valle al otro lado, y, por consiguiente, una arista debe separarnos de la cara norte.

—¡Ya lo veremos!

Una espesa selva nos ofrece sus magnificencias. Los primeros rayos del sol vienen a saludarnos. Unas flores rosadas exhalan a esta hora matinal un perfume delicioso, al que se mezcla el olor familiar de unos abetos recién cortados. Empieza a hacer calor...

Saltando de una piedra a otra, escalando rocas, franqueando obstáculos en precario equilibrio, con peligro de caer en el torrente, ganamos pronto altura.

—¡Primera nieve! —grita alegremente Ichac.

—Nos sentimos más a gusto en este terreno, ¿verdad, Matha?

—¡Qué contrastes tan grandes! ¡Qué distinto es de los Alpes! En estos países no hay más que un paso de la selva a la nieve.

Siguiendo el acantilado de la izquierda, esperamos descubrir algunas vistas interesantes, y tal vez distinguir la vertiente norte. Tenemos esperanzas en ella, pues sabemos que en el Himalaya, por diversas razones de orden meteorológico y geológico, las vertientes norte suelen ofrecer las vías de acceso menos difíciles y empinadas.

Desde hace un momento estamos bordeando los acantilados.

—Parece el Circo de Gavarnie, pero mucho mayor —observa Ichac.

La punta de Tukucha, un «siete mil», obstruye literalmente la vista con sus hermosas y aterradoras murallas. A nuestro alrededor, las cascadas brotan de las rocas, y bancos de nieve se aferran desesperadamente a los flancos de la montaña. El invierno se acaba.

¿Cómo se manifestará la misteriosa potencia de la primavera en estos parajes? La vegetación, desmedrada, aplastada, retorcida, aparece bajo la nieve que se funde o se desmorona. Los pájaros y los insectos emigran hacia la altura en busca de sustento. ¡Dentro de pocas semanas, el verano!

—La expedición ha llegado en buen momento, ¿no te parece?

Ichac coloca la mira. El altímetro indica 3400.

—Nilgiris norte, ciento once grados Este. Punta de Tukucha, doscientos setenta grados Oeste. ¡Este mapa es falso! Es evidente. El inmenso circo del Dambush Khola está limitado al Norte por una arista que baja de la punta de Tukucha. En la base norte del Dhaula debe existir otra cuenca, no cabe duda. Pero si es preciso atravesar esta arista para llegar a la cuenca antes de atacar la cara norte, no acabaremos ni dentro de un año.

Empiezo a convencerme de que tiene razón, pero por hoy debemos dejarlo así.

—¡Bajemos si queremos estar en el campamento esta noche!

Salvamos grandes pendientes deslizándonos por la nieve. Nos detenemos. Hacemos fotografías. De vez en cuando recogemos algunas piedras para los geólogos, y a las seis y media, felices y quemados por el sol, saboreamos en el campamento de Tukucha un maravilloso té con leche.

—¡Cómo! ¿No habéis visto el Dhaula?

Nuestros camaradas parecen sorprendidos. ¡Sin duda esperaban que al regreso de nuestro paseo les trajéramos un mapa de 1/20 000 en colores y en relieve!

—No os hagáis ilusiones. Muchas veces se consigue poca cosa con un reconocimiento. ¡Es todo tan inmenso! Seguramente se necesitarán días y días de marcha para ver la vertiente norte, aunque sea de lejos...

—¿No hay correo? —pregunta Ichac.

—Nada —responde Noyelle—. Se lo he dicho a G. B. y ha prometido informarse.

—¿Y el Annapurna? ¿Lo habéis visto? —les pregunto a Oudot y Schatz, que llegan en aquel momento.

—Sólo la parte de arriba...

—¡Ah, por fin!

—Lo poco que hemos podido ver parece simpático. Nos ha causado buena impresión, ¿verdad, Oudot? En cambio, para llegar a él... temo que sea un verdadero rompecabezas. Pero hay que decir que lo hemos visto desde muy lejos.

—Encima de las gargantas del Miristi hemos notado una vaga depresión que parece practicable por la vertiente que nos daba la cara. De la otra vertiente no sabemos nada. Sería preciso ir a verla más de cerca...

—Tienes razón, hemos de saberlo de una vez —le digo al *toubib*—. En cuanto hayáis descansado, podéis volver a marchar, pero por varios días...

De momento seguimos nadando en pleno misterio. Las discusiones son interminables, pero no adelantamos lo más mínimo con ellas.

—¡Oye, Maurice! El gran patrón.

Noyelle llega con G. B. y con un personaje de unos cuarenta años, bien vestido y calzado. Tiene un hermoso bigote caído y su mirada es inteligente. Es el *suba*, el prefecto del distrito.

Nos saludamos al estilo indio.

—*He is of Thinigaon* —dice G. B. señalando a un indígena que permanecía apartado—. *A friend of the Great Man*<sup>[37]</sup>.

Empezamos a hacerle un trabajoso interrogatorio, pues el hombre es un *shikari* que pretende conocer a la perfección el collado de Tilicho. Le ponemos el mapa delante de los ojos.

—¿Collado de Tilicho, al pie del Annapurna...? ¿No? Aquí. ¡Ah!

—¡No es posible! ¿Al norte de las Nilgiris? ¿No al sur? ¿No hacia el Miristi?

—Debe confundirse con otro collado: el Thorungse, encima de Muktinath.

—No, fíjate, dice que no.

—¡Esto se pone serio! Si el collado de Tilicho está al norte de las Nilgiris, sería preciso

atravesarlas para ir al Annapurna, lo cual es imposible, o dar un gran rodeo por el Norte.

—¿Puede conducirnos al collado de Tilicho? ¿A dos días de marcha? ¡Esto ya es otra cosa! Sobre el terreno lo veremos.

Efectivamente, en el mapa hay una estrella señalando un paso al norte de las Nilgiris.

—Sin embargo, el collado de Tilicho está señalado entre las Nilgiris y el Annapurna. ¿Tal vez los topógrafos habrán confundido el nombre...? De todos modos, debe existir un collado. Pregúntale al hombre de Thinigaon si existe algún paso entre Dana y Manangbhot.

—Dice que nunca ha oído hablar de él.

¿A quién debemos creer? No hay más que una solución: ver el Tilicho del hombre de Thinigaon. Pero iremos más tarde, pues esto concierne a la exploración del Annapurna. De momento nos dedicamos al Dhaulagiri.

Al día siguiente, Lachenal y Rebuffat regresan entusiasmados. El guía los ha conducido completamente a la derecha del glaciar Este del Dhaulagiri, casi bajo la punta de Tukucha.

—El *shikari* es un as —declara Lachenal, que es un entendido en la materia.

—A su lado, somos unos chiquillos inexpertos —añade Rebuffat.

—Es bueno saberlo para el porvenir. ¿Cómo es el glaciar?

—Hemos subido hasta la altura del Mont Blanc —responde Rebuffat—, después de haber vivaqueado a unos cuatro mil metros. ¿El glaciar Este? Una cascada de hielo. Tal vez sea posible subirlo, pero no será ningún paseo.

Lachenal prosigue:

—Suponiendo que podamos remontar el glaciar, no veo la manera de alcanzar la arista norte. Me parece que no hay que pensarlo. Una verdadera Walker<sup>[38]</sup>, con *seracs* suspendidos.

—Tal vez hacia el Sur sea más fácil de alcanzar —interviene de nuevo Rebuffat—. Vista desde abajo, no tiene mala pinta. Es larga, claro está, pero poco inclinada. Con los gemelos hemos visto torres de hielo. ¡Pero no creo que sea infranqueable!

—Desde luego, nos habíamos equivocado en las proporciones. Todo es mucho mayor de lo que creíamos, ¿verdad, Gastón?

—Sí, desde luego.

La técnica alpina está fuera de lugar. La táctica de campamentos escalonados se impone, y la aventura individual ha de dejar paso a la empresa colectiva. Nuestros compañeros se dan cuenta de cómo hay que actuar en el Himalaya y de lo que resulta indispensable: un equipo.

Estas primeras exploraciones, aunque poco alentadoras, nos han permitido tomar contacto con el Himalaya y penetrar hasta el fondo de los problemas que plantea. No se trataba de resolverlos en cuarenta y ocho horas. En este momento es cuando podemos empezar a disponer en regla nuestros objetivos.

Mientras Couzy, Oudot y Schatz irán a estudiar el acceso al Annapurna por el Miristi Khola, Ichac, Terray y yo exploraremos la vertiente norte del Dhaulagiri y sus vías de acceso por el Dambush Khola.

En la madrugada del 26 de abril, las dos caravanas se ponen en marcha para varios días. Nos acompañan algunos sherpas con esquís y «unidades de altura».

El shikari de Lachenal y Rebuffat nos conduce hasta los primeros heleros, pero no ha sobrepasado nunca este límite. Después de almorzar lo despedimos.

Hace un calor aplastante; la nieve está como una sopa. Nos calzamos los esquís para no hundirnos tanto, pero a los sherpas, que tienen nieve hasta la cintura, la subida les resulta penosa.

¡Las cinco! Todos los sherpas, menos Ang-Tharkey, han de volver a bajar. Es preciso instalar el campamento.

No podemos quitarnos las lentes especiales, porque la reverberación es demasiado intensa para nuestros cansados ojos. Chorreante de luz, la inmensa cara norte de la aguja de Tukucha parece anonadarnos.

¡Primera noche de altura!

Las tiendas son minúsculas. Las denominamos tiendas-ataúd y hemos de entrar a rastras en ellas, pero no pesan más que dos kilos, pues son de nylon y duraluminio. Pueden llevarse en una mochila. Metidos en los sacos de dormir y echados de bruces sobre los colchones neumáticos, Ichac, Terray y yo «cocinamos». Hay que tener cuidado con los movimientos bruscos: los centímetros están contados. Se necesita una sólida moral para resistir la opresión de un universo tan limitado...

Al día siguiente, desde la salida, el ritmo de la marcha es rápido bajo la dirección de Terray. ¿Quiere acaso desquitarse? Su indisposición le había debilitado de tal modo que andaba con dificultad. Nos cuesta trabajo seguirle. La pendiente es empinada hasta el límite de adherencia de nuestras pieles de foca, y a veces nos vemos obligados a apoyarnos en los bastones. El sol está ya sobre nuestras cabezas. El terreno se pone difícil y dejamos los esquís clavados en la nieve para recogerlos al bajar. La altura, que es más o menos la del Mont Blanc, nos fatiga, pero, a pesar del hambre que nos atenaza, seguimos subiendo para llegar a un rellano. Terray ha confiado demasiado en sus renacidas energías y necesita de todas ellas para alcanzar el lugar fijado.

—No tengo fuerzas —dice dejándose caer en la nieve—. Me parece que voy a reventar.

Por prudencia, bajará otra vez al primer campamento después de tomar un té caliente.

—Es el «mal de montaña» —dice Ichac—. No estabas aún bastante restablecido. Al perder altura mejorarás rápidamente.

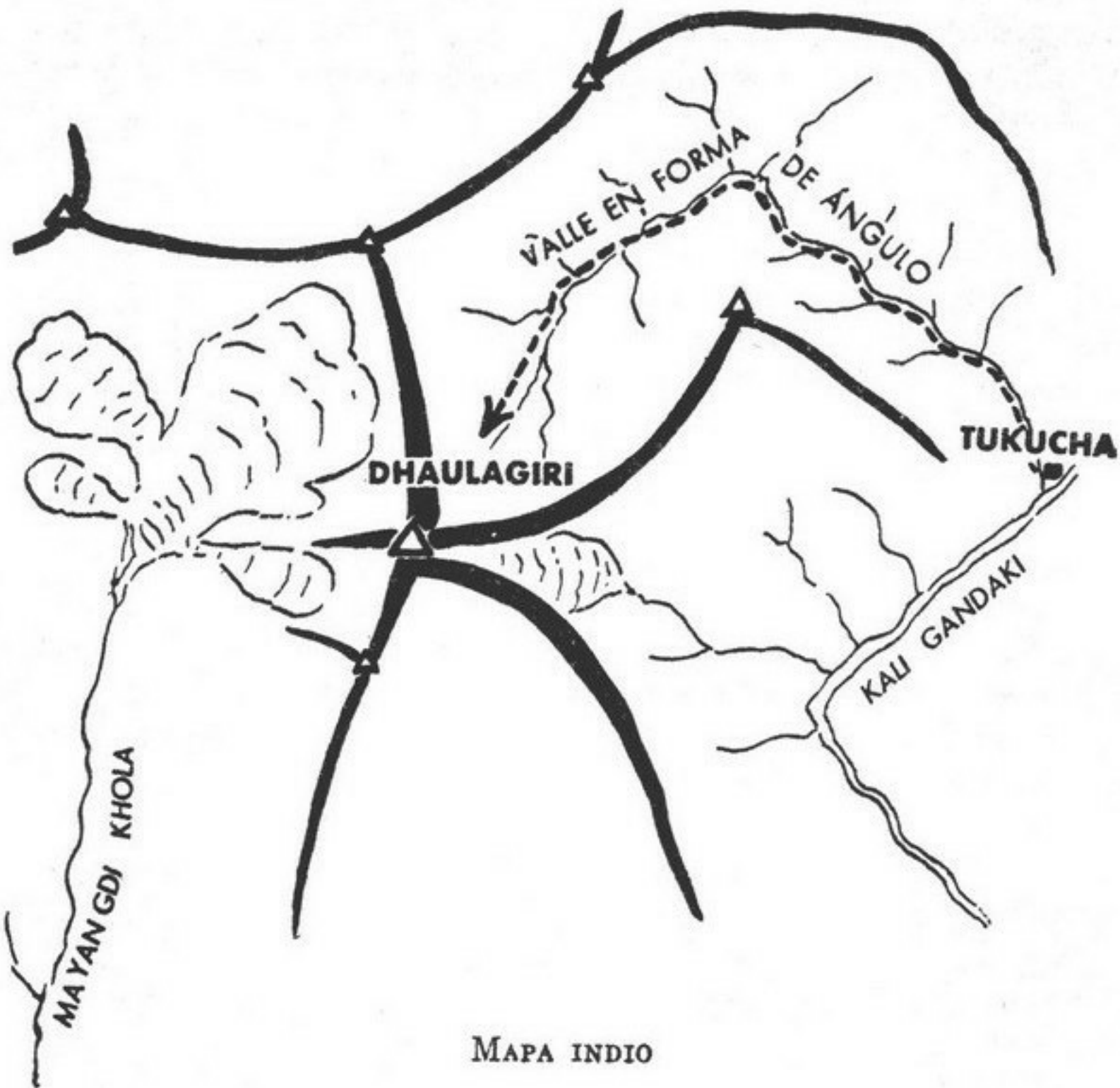
Ang-Tharkey, después de ayudarnos a instalar el segundo campamento, bajará a reunirse con Terray.

Nos despedimos de nuestro compañero y atravesamos al sesgo unas vastas pendientes de nieve, dominadas por grandes paredes de *seracs*. El peligro de los aludes es real, si no excesivo, pero aceptamos el riesgo. Alcanzamos con la rapidez posible el borde de la pendiente que nos ha de llevar al collado y empezamos una larga ascensión, que la altura hace en extremo penosa; no estamos aún lo bastante aclimatados.

El collado está lejos todavía, y decidimos despedir a Ang-Tharkey. Un islote de piedras en plena pendiente puede servir para instalar la tienda. Después de dejar su carga, Ang-Tharkey regresa rápidamente para que no le sorprenda la noche.

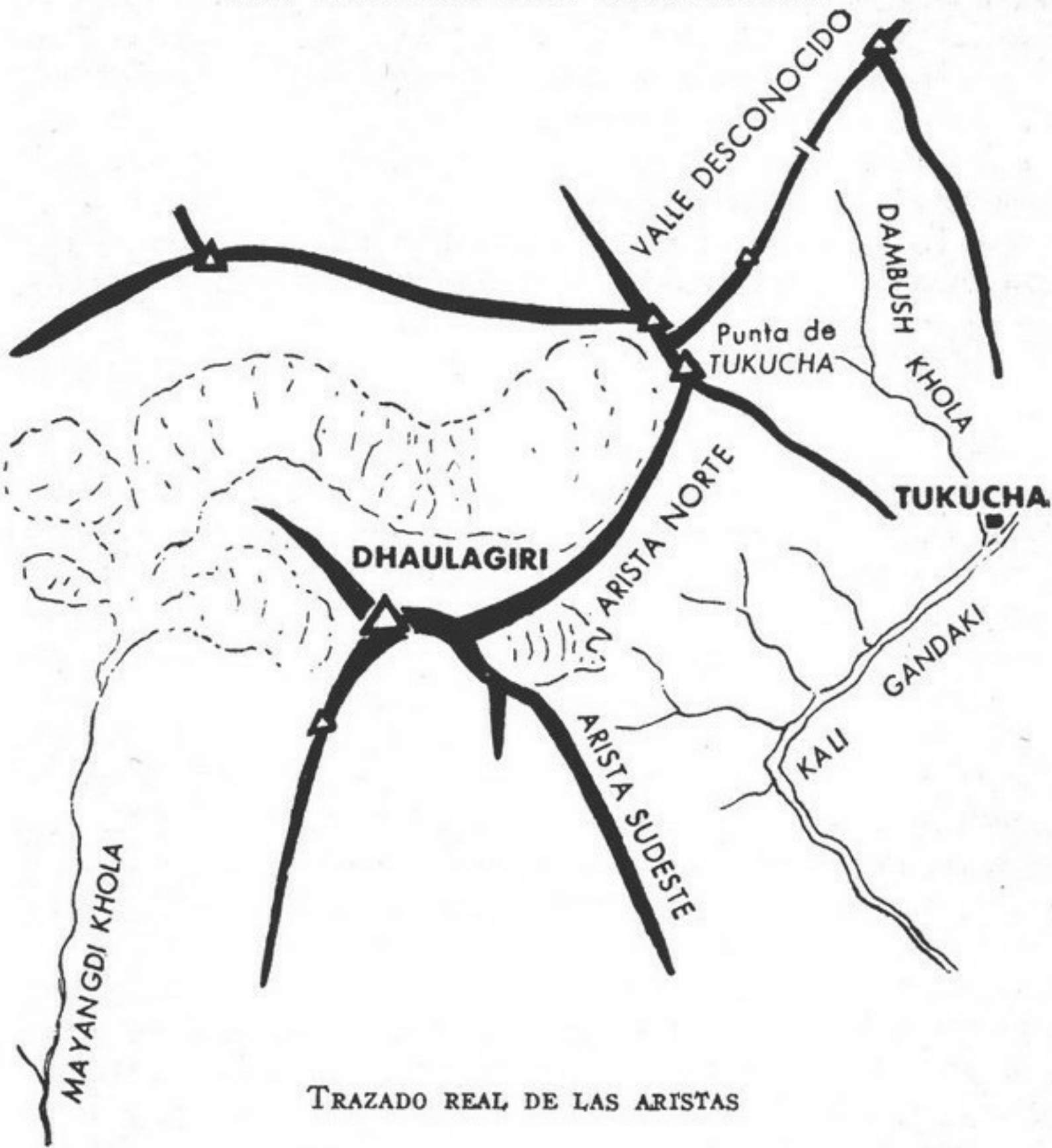


# LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI



Este croquis y el siguiente nos dan a conocer las diferencias fundamentales entre el mapa indio y el trazado real de las aristas del Dhaulagiri. La elección de Tukucha como base había sido inspirada por la proximidad de este «valle en ángulo» que parecía dar acceso a la vertiente norte del Dhaulagiri, así como a la vertiente este, en la cual un pequeño glaciar se introducía entre las aristas nordeste y sudeste. En realidad, el Dhaulagiri no tiene arista norte, pero tomamos la costumbre de designar con este nombre la arista nordeste que lo une a la Punta de Tukucha.

# LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI



TRAZADO REAL DE LAS ARISTAS

A partir de los 5000 metros de altura, los dolores de cabeza son frecuentes. Se manifiestan pronto con violencia, y las pastillas de aspirina que Oudot, previsor, nos ha distribuido, son bien recibidas. Aunque los dos estamos muy cansados, no podemos pegar el ojo. Al salir el sol partimos en dirección al famoso collado, dejando la tienda en su lugar. Subimos mucho más deprisa que el día

anterior, y en poco menos de una hora alcanzamos el collado. El sol de la mañana da colores muy puros y un relieve extraordinario a la arista que se alarga ante nuestros ojos.

—¡Ay, amigo!, esto no es todavía el verdadero collado —le digo a Ichac con decepción.

En vez de desembocar en un valle, tenemos delante un circo de nieve endurecida por el viento.

—¡Maurice, mira hacia allá! El collado está al otro lado, por lo menos a dos horas de distancia.

La falta de entrenamiento, a pesar de las jornadas de aproximación, y la escasa adaptación a la altura se manifiestan por un cansancio anormal.

—Es preciso que todo el mundo, hasta los sherpas, salga de reconocimiento y pase alguna noche entre cinco mil y seis mil metros —le digo a Ichac—. Hoy me doy cuenta de que sin aclimatación previa es imposible subir muy arriba.

Al acercamos al collado, nos recibe un viento glacial y nos ponemos los anoraks y los pantalones de nylon azul, impermeables a la nieve y al viento.

¡Qué cosa tan rara! ¡Un valle que arranca cerca de aquí!

—¡No aparece en el mapa! —me asegura Ichac—. ¡Es un valle desconocido!

—Baja hacia el Norte y se divide en dos inmensos ramales.

—¡No se ve el Dhaula! Sólo su doble, esta pálida imitación que tenemos delante —dice, mi compañero señalando una cumbre de siete mil metros que se parece mucho al Dhaulagiri.

Delante de nosotros, el «Valle Desconocido», según la expresión de Ichac, al cual le encanta bautizar, baja en suave pendiente. Es poco profundo, ancho y de tipo glaciar. Las alternativas de nieve y de hierba amarillenta recuerdan la piel manchada de un tigre.

—Para ver la cara norte del Dhaula tendríamos que ir hacia la izquierda, a la otra punta del valle; debe de haber una vista estupenda sobre la otra vertiente.

Pero mis palabras no parecen despertar gran entusiasmo en Ichac.

—Ahora es demasiado tarde —responde—, y no tenemos el material de campamento necesario.

—Tienes razón.

—Baja un poco si quieres; tomaré una panorámica y nos iremos.

Al otro lado de Tukucha, encima de las Nilgiris, surge una importante cumbre que Ichac identifica: es el Annapurna. Hace un rápido croquis mientras bajo a su encuentro. El viento es fuerte, empieza a nublarse. Después de tomar el contenido de un tubo de leche condensada, emprendemos el regreso...

Caminamos sin hablar, perdidos en nuestros sueños, con el paso automático y la mirada fija. La respiración es insuficiente. Evoco el dulce valle de Chamonix; los árboles, de un verde tierno y apaciguador; los sombreados caminos, por los que resulta tan agradable pasear.

Siento que mis fuerzas flaquean. La última subida hasta el collado es penosa. Ichac abre la huella; yo procuro seguirle, pero en vano. Cada diez pasos me dejo caer en la nieve.

—¡No puedo más!

Mi compañero me dirige invectivas, único remedio en tales casos.

Llegamos por fin a la arista. ¡Qué satisfacción! Pero falta todavía todo el descenso.

Con gran sorpresa mía, apenas empiezo a bajar me parece tener alas, y nos precipitamos hacia el campamento, al que llegamos en pocos minutos. Ésta es una experiencia nueva para mí: al subir se

sufre de la altura, de falta de oxígeno, de sofocación; al bajar, nada de todo esto, al contrario, todo resulta fácil.

Mientras calentamos el agua para el té, Ichac me cuenta lo que le sucedió en la meseta.

—Yo iba andando maquinalmente. De repente me pareció oír detrás de mí a alguien más..., un tercer hombre que nos seguía. Quería decírtelo y no podía. Furtivamente echaba ojeadas hacia atrás para tranquilizarme, pero la sensación de una presencia extraña volvía como una idea fija. Luego todo se calmó. En aquel momento sobrevino tu crisis de depresión.

—Esto demuestra que a semejante altura la lucidez disminuye en proporciones considerables.

Estamos rendidos, con las piernas flojas y la cabeza pesada. Desgarrando las nubes que nos rodeaban, el sol empieza a brillar.

—¡Aquí viene Ang-Tharkey! —grita Ichac, que acaba de distinguir un puntito negro en la pista.

—¡Estupendo! Nos ayudará a llevar el material.

Muy excitados, dejamos para más tarde las delicias de los sacos de dormir y nos calzamos como buenamente podemos las heladas botas. El campamento es desmontado a toda velocidad. Cargados como borricos, descendemos con prudencia la pendiente de nieve, que está en malas condiciones.

—*Salam*, Ang-Tharkey.

—*Tired, sir?*<sup>[39]</sup>

Quiere llevarlo todo, y es un suplicio resistir a la tentación, porque tengo los hombros molidos, pero resulta más sensato repartir el esfuerzo. ¡En marcha! Bajamos las pendientes, que no me inspiran gran confianza, ya que a esta hora es más fácil que se produzcan aludes. Llegamos a la arista, pesadilla de Terray, y recogemos los esquís.

Ang-Tharkey sigue caminando hasta el campamento mientras nosotros dibujamos, a pequeña velocidad, hermosos arabescos en una nieve muy desigual.

Al día siguiente somos recibidos triunfalmente en Tukucha. Terray, que bajó el día anterior, está mejor, pero se siente todavía muy fatigado. Nuestros camaradas nos acosan a preguntas.

—Entonces, el Dhaula ¿cómo es?

—¿Adónde va a parar esa famosa vertiente norte?

—A la luna...

## Capítulo IV. El glaciar Este

Todo el mundo está aquí, menos Couzy y Schatz. Buen momento para examinar la situación.

Oudot, que los ha dejado hace poco, nos cuenta que el 27 de abril estuvieron en la depresión «bastante simpática» divisada por primera vez desde Lete.

—Pesada, pero accesible a los culis. Desde allí se ve el Annapurna..., aunque muy lejos. De las aristas superiores desciende un espolón al valle del Miristi Khola. Tal vez...

—¿Y el collado?

—Ningún collado de Tilicho a la vista. Yo no pasé de allí; los otros dos siguieron.

—En el fondo —digo al cabo de un momento— son tres los problemas planteados. Para el Dhaulagiri es preciso explorar la región norte y sus vías de aproximación. El reconocimiento que hemos hecho Ichac y yo ha levantado una punta del velo, pero no ha resuelto el problema.

—No es un problema —interviene Ichac—, es un misterio. Yo tengo ya mis ideas sobre esto, pero es evidente que hay que verlo sobre el terreno.

—Entonces, es preciso organizar un nuevo reconocimiento. Está muy lejos y a mucha altura; habrá que «echar el resto».

—¡Yo quiero ir en cuanto pueda! —exclama Terray—. Ya estoy harto de enfermedad. Me fatigué terriblemente el otro día con Ichac y Maurice y quiero desquitarme. Dentro de dos días estaré restablecido.

—No quiero imponerme —dice entonces Oudot—, pero confieso que me gustaría marchar también. Ya he pasado mucho tiempo distribuyendo medicamentos a los «clientes» de Tukucha.

—El prestigio, Oudot. Y, además, acabas de llegar.

—Nuestro prestigio es tan sólido que podría prescindir de mí por algunos días.

—¿No te divierten ya las respuestas de las lindas nepalesas cuando les preguntas si tienen fiebre? —pregunta Noyelle riendo.

—Lo pintoresco acaba por perder interés. Después de verlas tragarse los polvos insecticidas o los calomelanos ya está visto todo.

—A decir verdad —intervengo entonces—, me molesta que el médico de la expedición se ausente demasiados días de Tukucha, pero, en cambio, es conveniente que tú también te aclimates.

—Entonces nos iremos los dos —decide Terray.

—Conformes.

—Te aviso —dice Terray a Oudot— que yo voy hasta el final.

—Yo también.

—Por largo que sea el itinerario, por muchos collados que tengamos que atravesar, por muchas dificultades que encontremos, no me volveré atrás.

—Basta que lleguéis a un punto desde el cual podáis dibujar un croquis de toda la región norte del Dhaula —les digo.

—Muy bien —responde Terray—, pero no me conformo con poca cosa en cuanto a los medios. Necesitaré dos sherpas, seis portadores y víveres por lo menos para ocho días.

—Ya lo estudiaremos en detalle.

—¿Segundo punto? —interroga Lachenal, evidentemente excitado por la fiebre de acción de Terray.

—El segundo punto es el Annapurna. Hay que estudiar el asunto a fondo, pero antes de decidir nada tendremos que esperar el regreso de Couzy y de Schatz. En cuanto al tercer punto...

—¡Ah!, esto va para nosotros —le dice Lachenal a Rebuffat.

—Es un problema que todavía sigue en pie.

—Pero no por mucho tiempo —grita Lachenal.

—¡Si no sabes de qué se trata...!

—¡Cómo que no!

—¡El glaciar Este del Dhaula! —exclama Gastón.

—Exactamente. ¿Puede remontarse? Y, en caso afirmativo, ¿existe acceso después a la arista sudeste, a la izquierda, o a la arista norte, a la derecha? El reconocimiento que hicisteis con Biscante no ha sido lo bastante completo para formarse una idea precisa.

—Lo suficiente, de todos modos, para mostrarse bastante pesimistas —responde Gastón—. Creo que la subida directa por el glaciar no será cómoda. Por lo que hemos podido ver, es una inmensa pendiente obstruida por *seracs* y atravesada por numerosas grietas. A cada momento hay aludes. No resulta muy simpática.

—Yo iré con vosotros —les digo a Lachenal y Rebuffat—. Iremos a caballo lo más arriba posible y montaremos un campamento base al pie del glaciar. A ver si logramos resolver este problema de una vez.

El día siguiente es de reposo para todo el mundo. Por la mañana, Ichac, Noyelle, Rebuffat y yo lo aprovechamos para subir a un promontorio, al sur de Tukucha, desde el que se ve perfectamente el Dhaulagiri. Con los gemelos localizo los obstáculos del terrible glaciar Este. Pasando por la izquierda, es decir, por su orilla derecha, se pueden evitar la mayoría de los *seracs*, menos en la parte de arriba. El problema consiste en alcanzar una de las dos aristas.

El Dhaulagiri es magnífico visto desde aquí; las brumas matinales se arrastran todavía por el valle; la nieve y el hielo tienen un brillo deslumbrador; el cielo es azul pastel. Sobre otro picacho rocoso, a doscientos metros apenas de nosotros, un buitre inmóvil nos observa.

¡Hace ya un mes que estamos en Asia! Por la mañana nos despertamos descoyuntados.

—¿Cuándo llegan esos pencos? —pregunta Biscante a G. B.—. Levántate, Maurice; todo está dispuesto.

Confieso que esta mañana tomo muy poca parte en los preparativos.

Atravesamos a caballo la gran llanura rocosa del Gandaki. Los sherpas nos hacen pasar por Larjung, sin duda para hacer girar los molinos de oraciones. El pueblo, cuyos callejones están cubiertos con un tejado quizá porque en invierno la nieve es abundante, resulta muy pintoresco. Un kilómetro más allá abandonamos nuestras caballerías y la caravana se desparrama por unos declives cubiertos de hierba, que numerosos *yaks* y vacas pacen con ardor. En los flancos de la montaña, nuestra ruta está jalonada por árboles llenos de flores perfumadas cuyo color sigue toda la gama del

rosa al encarnado. Es difícil observar un horario en semejante paraíso, y los porteadores se sorprenden de que los dejemos descansar cada vez que lo reclaman. Resulta paradójico pensar que pocas horas después de haber visto estas flores gigantes, esta hierba acogedora, caminemos sobre glaciares de una amplitud tal que nuestra osadía se transformará en respeto más o menos aterrorizado.

Nos pasamos el día subiendo. Queda atrás la zona de los árboles, y sólo una hierba mísera y rasa atestigua que la vegetación continúa a tal altura. Las cargas suben de un modo regular. Los neveros se multiplican. Por la noche, después de montar el campamento base sobre la última superficie de tierra, instalamos la antena de radio que permite emitir y recibir a más de diez kilómetros. Establecemos contacto con Tukucha y oigo con una satisfacción casi pueril la voz de mi amigo Ichac, que me transmite las últimas noticias y los últimos chismes del pueblo.

—*¡Allo, Matha!* Celebro que hayas llegado bien. Esto resulta lúgubre por la noche. Estamos todos acostados...

—Noyelle saldrá mañana por la mañana para reunirse con vosotros. Couzy y Schatz han regresado.

—*¡Ah...!* ¿Qué hay del Annapurna?

—Después de caminar tres días lograron alcanzar el fondo del Miristi Khola.

—*¡Bravo!*

—Lo han atravesado y se han encontrado con un espolón que baja del Annapurna.

—¿El que vieron con Oudot el veintisiete de abril?

—El mismo. Al parecer, es inmenso. Después de un principio simpático, debe de unirse a la arista cimera, pero el empalme es invisible desde abajo.

—¿No han ido más lejos?

—No. Les parece que no hay modo de rodear el espolón para ir a ver la vertiente norte.

—¿No han visto el collado de Tilicho?

—Ni rastro de ningún collado. Si en realidad existe un collado de Tilicho que conduce a la vertiente norte del Annapurna, estará en otra parte.

—*¡El hombre de Thinigaon tenía razón!* ¿No están demasiado fatigados?

—Sí, ahora descansan. ¿Qué tiempo hace ahí arriba?

—Mucho frío, y estamos entre nubes. Adiós, recuerdos a todos.

—Recuerdos y... buena suerte.

De pronto me acuerdo de los culis que han subido hasta aquí. ¿En dónde dormirán? Hay una tienda de suplemento. Algunos, un poco apretados, podrán meterse en ella...

Después de beber una taza de té voy a inspeccionar la instalación.

—Ang-Tharkey, ¿los culis?

—*Yes, sir.*

—*Where?*

—*Here, Bara Sahib*<sup>[40]</sup>.

¿Cómo? ¿Aquí? ¿En la tienda? ¡Son seis! Voy a dar un vistazo. En la oscuridad distingo mal los brazos, las piernas, pero se nota un olor... como para caerse de espaldas. ¿Cómo pueden respirar?

De madrugada nos dirigimos a buen paso hacia la cascada glaciár. De cerca y al amanecer resulta impresionante. La caravana se compone de mis dos camaradas Lachenal y Rebuffat y de los sherpas Ang-Tharkey, Fourtharkey y Sarki, que van a tropezar por vez primera con grandes dificultades técnicas.

Todo el día transitamos entre inmensas barreras de hielo a lo largo de las grietas abiertas, buscando los puentes de nieve<sup>[41]</sup>. Sin poder evitarlos, avanzamos bajo la amenaza de gigantescos *seracs* a punto de desmoronarse. Con el rabillo del ojo, mientras marcamos peldaños o adelantamos clavando los crampones, vigilamos el equilibrio precario de los enormes bloques de hielo.

La pendiente se hace más empinada y debemos tallar numerosos escalones. Los sherpas pasan apuros con sus mochilas de veinte kilos. El tiempo, amenazador desde las once, empeora bruscamente. Es preciso instalar el campamento sobre un rellano, al abrigo de las caídas de *seracs*. ¡Son las dos de la tarde y no hemos llegado más que a la mitad del glaciár!

Está nevando. Hoy ya no podemos hacer nada más.

La noche es bastante agitada. Mis compañeros no pueden pegar ojo.

Por la mañana nos levantamos temprano, pues todos los días se desencadenan tempestades desde las dos de la tarde; y casi siempre el retumbar de los truenos, que repercute sin fin sobre las paredes que nos rodean, se oye ininterrumpidamente hasta la noche.

Empieza a clarear. La primera cordada escala la pendiente de hielo inmediata al campamento. La «quincalla»<sup>[42]</sup> tintinea en nuestras mochilas. Los sherpas usan los crampones correctamente, pero despacio. Tal como habíamos visto ayer desde nuestro picacho de observación, el mejor, si no el único itinerario, es el que sigue la orilla derecha del glaciár.

Al llegar cerca de los 5000 metros empezamos a jadear. Los sherpas, cuando se detienen, se apoyan sobre el piolet, doblados por la cintura, y vacían sus pulmones con un sonoro silbido que se nos hace familiar. Algunos culis ya resollaban así durante las jornadas de aproximación.

Aunque no existen criterios rigurosos, me parece que sufro menos de la rarefacción del oxígeno que Lachenal y Rebuffat, efecto favorable de las últimas noches pasadas a 5000 metros. Esta observación me confirma la necesidad de hacer pernoctar a todo el mundo entre los 5000 y los 6000 metros antes de un ataque en gran estilo.

Ha llegado ya el mediodía. Nos hallamos todavía a 300 metros de la altiplanicie que señala el término de las dificultades.

Un glaciár es análogo a un río. A los rellanos en que se extiende plácidamente, suceden accidentadas cascadas. El recorrido de estos 300 metros es problemático.

—¡Mal aspecto! —dice Lachenal.

—No resulta muy tranquilizador. Fíjate en los bloques de hielo que han caído ya —exclama Rebuffat.

—Por todas partes, hielo vivo —digo, descorazonado—. Y una pendiente terrible. Será preciso atravesar todo el glaciár para intentar la orilla izquierda.

—Antes de enfrascarnos por este lado, podríamos probar todavía por aquí encima, y después hacia la izquierda, junto a la roca —dice Rebuffat.

—Id vosotros a ver si es factible. Yo me quedo aquí con los sherpas.



Lachenal y Rebuffat dominan en un momento la primera pendiente de hielo verde, pulida y muy empinada.

—¡Bravo! ¡Es un trabajo estupendo! —no puedo menos de gritarles.

Esta maestría me anima. Los sherpas están estupefactos. Al cabo de unos momentos oigo a Lachenal que me llama.

—¡Oye, Maurice...! No vayas hacia la izquierda. Puedes subir; vamos a explorar un poco hacia la derecha.

—¡Muy bien! Id con cuidado.

El cielo lívido presagia el mal tiempo cotidiano.

Mis dos compañeros se pasean por un terreno extremadamente peligroso. A cada momento puede caerles un *serac* encima.

—*Go!*<sup>[43]</sup> —les digo a los sherpas, que no las tienen todas consigo.

Me veo obligado a tallar para ellos cómodos y numerosos peldaños, y presas para las manos. Las molestas mochilas los desvían hacia el vacío. ¡La pendiente es tan acusada, que sin inclinarse se puede lamer el hielo!

—¡No hay nada que hacer! —me grita una voz desde arriba.

—Una grieta enorme obstruye todo el glaciar —ruge la otra.

Un cierto número de sonoras interjecciones puntúa su desengaño.

—¿No se puede seguir? —pregunto al reunirme con ellos detrás del *serac*—. Entonces debemos atravesar. Tal vez haya un paso al otro lado...

Nieva un poco. Las nubes están bajas. El trueno retumba sin cesar, poniendo a prueba nuestros nervios. Los seis nos hallamos en medio de *seracs* gigantescos, anegados por las dificultades imprevistas que nos opone la montaña. Siniestros crujidos hacen temblar los grandes bloques de hielo sobre los cuales nos aventuramos. El glaciar es lívido; la luz, blanquecina.

Valerosamente, aunque impresionados, Lachenal y Rebuffat exploran en la dirección indicada.

Mientras los esperamos, nadie dice nada. A veces, el glaciar se agita en significativos temblores. Es el momento de permanecer impassibles.

Los otros regresan con mal semblante.

—¡Imposible! —declaran.

—No se presenta muy bien —dijo, perplejo—, pero... si no puede hacerse nada más...

—Maurice, es mejor bajar —asegura Rebuffat—. La cosa se pone fea.

Bruscamente, un prolongado chirrido se deja oír. Nos agachamos. ¡Esta vez no ha sido para nosotros!

—¡Vamos, vamos! Dejaremos la piel aquí. ¡Recto hacia abajo! —ruge Lachenal.

—¡Escapemos! —aúlla el otro.

El redoble sin fin de los truenos aumenta el terror general. No se trata ya de una retirada, sino de una huida frente a la montaña que se dispone al ataque.

—Si nos escapamos de ésta, estamos de suerte —tiene tiempo de murmurar Lachenal, precipitándose en la pendiente con un sherpa al extremo de su cuerda.

—¡Hala! ¡Aprisa! —le grito al mío, demasiado lento a mi parecer.

En fila india bajamos por la pared de hielo. Un violento granizo cae sobre nosotros. Hacemos lo indecible para no precipitarnos, para realizar cada movimiento con la necesaria habilidad.

—¡Cuidado con los sherpas! ¡Que no se despeñen! —advierto a Lachenal en medio del vendaval.

—¡Sería un salto mortal! —responde sin detenerse ni un instante.

El granizo disminuye. Al llegar al pie del muro estamos fuera de peligro.

—¡Ahora que nos faltaba tan poco!

—En estos casos es necesario no insistir.

Pienso que, aun habiendo llegado a la altiplanicie, hubiera sido una locura intentar que pasara por allí el grueso de la expedición. El riesgo era demasiado grande. Ninguna victoria bastaría para justificar una víctima humana.

Al granizo sucede la nieve; la niebla nos rodea. La visibilidad queda reducida a cinco metros. Sombras grises aparecen de vez en cuando, veloces fantasmas se deslizan hacia el campamento. Aludes de nieve reciente se desmoronan continuamente con terrible estruendo.

El infierno se aleja. Para nosotros quedará como una pesadilla.

Hacia las cinco de la tarde, en el campamento base, saboreamos un agradable té caliente preparado por Noyelles al vernos aparecer.

—¿Cuándo subiste? ¿Ayer?

—Me fue fácil encontrar el campamento. Al llegar mandé al joven Angawa a Tukucha. Aquí era una boca inútil..., y Terray lo necesitaba.

—Pero ¿en qué día estamos? ¡Hemos perdido la noción del tiempo!

—Hoy es día tres.

—¡El tres de mayo ya! Nos queda un mes hasta el monzón.

—¡Y no hemos averiguado nada decisivo sobre el Dhaula! Para agotar el problema, sería preciso ir a ver los contrafuertes de la arista sudeste, allí, delante de nosotros.

—¡Podríamos ir! —exclama Lachenal.

—Conformes; en cuanto tengáis los esquís podéis subir a la gran cumbre nevada que hay en el extremo.

—¡Estupendo! ¡Una excursión en esquís!

—¡Podré sacar fotos de la cara sur!

Noyelle me propone que comunique por radio con Tukucha.

—Hablé con Ichac hace dos horas, pero la antena zumbaba de tal modo que preferí cerrar la emisión.

—¿Tenías miedo de que se te estropeará el aparato? —bromea Biscante.

Algunos minutos después, la comunicación con Tukucha queda establecida.

—Al habla Herzog. ¿Qué hay de nuevo por Tukucha?

—Al habla Ichac. Todo va bien en el campamento. No hay nada nuevo. Lionel y Oudot marcharon esta mañana. ¿Y vosotros?

—No hemos podido llegar hasta lo alto del glaciar, pero ya estamos suficientemente enterados.

—¿Habéis encontrado la buena pista?

—¡Ni pensarlo! Estas montañas... ¡son inaccesibles! Es imposible que la expedición pase por

aquí.

—¿Qué vais a hacer?

—Yo bajo mañana. Lachenal, Noyelle y Rebuffat subirán en esquís a la Cumbre Blanca, de cinco mil quinientos metros, sobre la arista sudeste del Dhaulā. Desde allá podrán observar toda la cara sur.

—¿Necesitáis algo?

—Manda víveres suplementarios y tres pares de esquís...

—Muy bien. Si bajas mañana, tendrás *thar* para comer.

—¿Y qué es eso de *thar*?

—La gamuza del Himalaya. G. B. y el *great man* han ido a cazar con nuestros fusiles y han matado tres. Han dejado uno para nosotros...

—¡Entonces, seguro que bajo mañana! Y Lionel... ¿se ha marchado de todos modos?

—¡No te apures, se ha llevado un buen pedazo!

—¡Hasta mañana!

—¡Recuerdos a todos! Fin de la emisión.

Al día siguiente, temprano, abandono a mis camaradas, dando antes una lección de técnica glaciar a los sherpas sobre la hierba del campamento. Bajo solo hacia Tukucha.

Este descenso es un encanto. Procuro no perder demasiado tiempo, pero no puedo evitar detenerme cada cien metros. Paso bajo los árboles de flores encarnadas, atravieso canturreando las pendientes herbosas cubiertas de primaverales corolas.

Entre dos abetos, púdicamente escondido por colinas cubiertas de bosque, un lago verde de límpidas aguas refleja la imagen de las airosas Nilgiris. Los alerces que lo rodean tienen un aspecto menos austero que los abetos. Las orillas están tapizadas de verde musgo...

Los caminos que bajan hacia la llanura pedregosa del Gandaki son muy malos. Las aguas han subido, y será preciso mojarse los pies... El temor a las ampollas me hace vacilar.

Por suerte, un tibetano se acerca comprendiendo lo que sucede. La costumbre local es muy cómoda. El hombre me carga delicadamente sobre su espalda. Con los pies descalzos, atraviesa el ramal crecido del Gandaki, a pesar de la corriente y de la carga, y me deposita en tierra firme. ¿Cómo demostrarle mi agradecimiento? Le tiendo una rupia y me saluda con mucho respeto tres veces seguidas. ¡Pobre hombre! La generosidad no es muy corriente en estos desolados países. «Toma, aquí tienes otra». El tibetano no puede creer lo que está viendo. Después de inclinarse profundamente, se acerca... y me besa los pies. No sé qué hacer, y adopto una actitud digna y señorial. Luego me alejo, algo avergonzado...

A la una del mediodía llego a Tukucha, en donde Ichac y Couzy me reciben muy alegres.

—Por una vez tenemos carne —digo entre dos bocados—. Vale la pena de felicitar a G. B. por el *thar*.

Me siento en perfecta forma y rivalizo en apetito con Terray.

—Cuéntanos cómo es el glaciar Este.

—Técnicamente, debe ser comparado a la cara norte del Plan<sup>[44]</sup>, pero mucho más peligroso. Biscante es del mismo parecer. ¡Hemos pasado un pánico allá arriba...! Para bajar parecía que

tuviésemos alas. Los sherpas resbalaron varias veces.

—No resulta muy divertido todo esto —observa Couzy.

—Hasta ahora no hay nada perdido.

—¡Si! El tiempo, los días que van pasando... El Dhaulagiri se defiende bien.

—Nada impide que mañana halleemos un itinerario posible.

Ichac dirige una mirada a Couzy; luego me responde:

—Mañana, me extrañaría. Supongo que acabaremos por encontrar un camino, pero lo que me desanima es que ninguno de nosotros ha podido descubrir nada que pueda darnos esperanzas. Quedan muchas exploraciones por hacer.

—Existen todavía posibilidades de acceso a la arista sudeste. Además, el extremo superior del glaciar Este, que nos detuvo ayer, podría evitarse pasando por la muralla de la izquierda.

—Perdóname, Maurice, pero...

—Sí, yo también soy algo escéptico —debo confesar.

—Schatz y yo estamos disponibles —observa Couzy.

—Es verdad. ¿Estáis ya descansados?

—¡Completamente!

—Muy bien, mataremos dos pájaros de un tiro: os aclimataréis a la altura, como todos nosotros, y reconoceréis definitivamente la parte alta del glaciar Este.

—¿No tienes miedo —pregunta Ichac entonces— de que esta salida no sea más que la repetición de lo que verán Lachenal, Noyelle y Rebuffat desde la Cumbre Blanca?

—No, porque ellos no podrán localizar más que las posibilidades de la arista y de la vertiente sur.

—De vertiente en vertiente y de arista en arista, un día u otro acabaremos por dar la vuelta al Dhaulagiri —concluye Couzy—. Mañana salimos.

—*Congratulations for the thar*<sup>[45]</sup>—le digo a G. B., que penetra en aquel momento en la tienda y que se siente orgulloso de ser un excelente tirador.

Esta noche comprendo que tiene ganas de hablar. Con dificultad, empezamos una conversación sobre el Nepal, los gurkas, la familia de los Rana, omnipotente en esta tierra.

Con un mes de retraso saca de la cartera las órdenes que le confieren su misión. ¡Hubiera podido enseñarlas antes! Son unos pergaminos (de papel de bambú) cubiertos de escritura en sánscrito y revestidos de varios sellos complicados: ¡parecen los diplomas de nuestros primeros reyes!

Con nosotros descubre un mundo nuevo. Tenemos absoluta confianza en él y lo tratamos de igual a igual.

—G. B., *rice*?

—*Thank you, sir*<sup>[46]</sup>.

Su negativa se escuda en motivos religiosos, pues los creyentes nepaleses no pueden compartir ninguna clase de alimento con gente impura. Pero en las circunstancias actuales la religión se lo permitiría: la verdadera razón es que nunca ha usado tenedor. Come con los dedos, como todos los de aquí, y se avergüenza de hacerlo delante de nosotros.

Al día siguiente, 5 de mayo, Couzy y Schatz salen del campamento hacia las ocho de la mañana.

Ahora les toca a ellos roer el hueso del glaciar Este. Ichac y yo nos quedamos solos en Tukucha, dónde reina una gran calma.

—*Soldier for Tansing. Letters?*<sup>[47]</sup>.

Desde luego, tenemos un montón de cartas. ¿Pero en dónde está el correo de Francia? ¡Hace más de cinco semanas que estamos sin noticias! Con ayuda de G. B. escribimos una carta en *gurkhali* para el *post-master*<sup>[48]</sup>, a fin de poner en claro este asunto.

El anteojo de larga vista, que aumenta veinticinco veces, está sobre el trípode de la cámara. No tardamos en descubrir en la cima de la Cumbre Blanca a nuestros compañeros, que se disponen a bajar. Ichac y yo nos disputamos el catalejo.

A pesar de la nieve en apariencia mediocre, hacen una brillante demostración del método francés de esquí. Reconozco por su estilo a Lachenal, que ejecuta deslumbrantes virajes ante la atónita mirada de los sherpas, que prefieren bajar sentados.

Por la tarde tienen lugar curiosas procesiones. Las mujeres del pueblo, con sus mejores vestidos y llevando jarras y vasijas, salpican de agua a todo el mundo. La ceremonia se celebra para atraer, con invocaciones y rezos, la lluvia, que escasea. En la montaña no pasa un día sin que haya tempestad, pero en el valle no llueve casi nunca, con gran detrimento de las cosechas.

En la calle principal, Ichac ametralla con su cámara a todo el que pasa. Nuestro prestigio de *sahibs* no nos protege y somos abundantemente rociados, entre las risas de la concurrencia, con gran perjuicio de nuestra dignidad. La cámara queda pronto fuera de combate, y emprendemos la fuga hacia el campamento.

A su regreso, Rebuffat nos cuenta con terror lo que ha visto desde la Cumbre Blanca. Le acosamos a preguntas.

—¿Cómo es la pared sur? —interroga Ichac. Y añade sin esperar respuesta—: Cuando la vimos desde Baglung me pareció inmensa.

—¡Si la hubierais visto de cerca...! Una muralla desmesurada, de muchos kilómetros de altura, sin un rellano, algo así como tres veces la pared norte del Cervino. Biscante, Noyelle y yo nos miramos con los ojos muy abiertos... Con la cara sur es mejor no contar.

—Muy bien, ya estamos enterados. ¿Y la arista sudeste? El otro día, cuando la vimos desde el glaciar Este, estabas más optimista y decías...

—Me equivocaba. En primer lugar, es larguísima, de una altura increíble, pero sobre todo es técnicamente muy difícil: paredes, torres de hielo, rocas, terreno desigual, «gendarmes»..., es el cuento de nunca acabar.

—¿Emplazamientos para acampar?

—Ninguno.

—Todo esto no resulta muy alentador —digo.

—¡Oh! —me responde—. Es completamente imposible pasar.

—Me parece que ninguno de nosotros se hacía grandes ilusiones sobre la arista sudeste —dice Ichac—, así como tampoco sobre la cara sur.

—¿Conclusión?

—Hay que desechar estas dos vías.

Bastante afectados por tan malas noticias, nos reunimos para comer en la tienda-comedor.

Al día siguiente recibimos la visita de un lama budista que habíamos visto en Baglung. Su traje de color granate es de dudosa limpieza. Su rostro refleja una bondadosa jovialidad. Ichac, que aprecia la sencillez y la espontaneidad de los lamas budistas, lo convida a comer. Nuestro lama nos habla con entusiasmo de Muktinath. La conversación, que se desarrolla actuando Ang-Tharkey de intérprete, no deja de ser pintoresca.

—¿Marcháis ahora hacia Muktinath? —le preguntamos.

—Mañana estaré allí —responde con una amable sonrisa.

—¡Pero si está lejísimos de aquí!

Aunque sea lama, y capaz de oráculos y prodigios, no creo que posea las botas de siete leguas.

—Hay que venir —prosigue—; todos los días hay milagros; salen llamas del suelo y los sacerdotes hacen predicciones.

—¡Seguramente iremos! Tal vez dentro de algunos días...

Ichac tiene de pronto una idea genial:

—¿Subiremos al Dhaulagiri?

El lama se recoge. Pasa las cuentas de un enorme rosario, dirige la mirada al cielo, vuelve a bajarla hacia sus manos... La escena dura más de cinco minutos, durante los cuales permanecemos inmóviles y mudos. ¿Vamos a ser testigos de hechos extraordinarios? Muchas veces nos han hablado de los lamas como de seres sobrenaturales.

El lama parece volver paulatinamente a la tierra y por fin se decide a hablar.

—El Dhaulagiri no os es favorable...

Luego añade, después de un silencio:

—... Es mejor dejarlo y dirigir hacia otro lado vuestros esfuerzos.

—¿Hacia qué lado? —interroga Ichac.

¡La cuestión es muy importante para nosotros!

—Hacia Muktinath —dice el lama como si se tratara de una cosa evidente.

¿Quiere significar el Annapurna? El tiempo nos lo dirá.

¡Por fin, algo nuevo! Comparece Lachenal, muy bronceado por el sol.

Hacía algunos días que observaba en su pecho un granito que iba creciendo. Su naturaleza exuberante lo ha alimentado tan bien que se ha convertido en un forúnculo de extraordinarias dimensiones. Ichac no puede resistir a la tentación de sacar una fotografía en colores de esta erupción fenomenal.

Lachenal ha dejado a Couzy y a Schatz en el campamento del glaciar. Sus emisoras de radio no funcionan, por lo que estaremos algunos días sin noticias.

Hacia las cinco y media de la tarde, nuestros amigos Oudot y Terray aterrizan (la palabra no es exagerada) del acantilado que domina el campamento. Terray está muy excitado y lleva una barba que le da un aspecto terrible.

—Al Dhaula, hijos míos..., ¡ya iréis cuando os dé la gana!

Sus labios van a buscar las palabras más lejos aún que de costumbre. Habla muy alto, casi airadamente.

—Has de reconocer, Maurice, que tu Dhaula es imposible... ¡No hay quien lo suba!

—Venid a sentaros y a beber. ¡Estáis a cubierto de polvo y sudor!

Al decir esto espero que se calmarán un poco.

—¿No hay nada para comer? —reclama Terray.

—Ahora te preparan algo. ¿Qué es lo que habéis visto?

—Os lo contaré desde el principio —explica sosegadamente Oudot—. El día tres instalamos las tiendas hacia los cuatro mil quinientos metros, entre los dos campamentos vuestros. La noche siguiente la pasamos en el Valle Desconocido. Nos costó un poco convencer a los culis al pasar la cumbre, pues nunca la habían rebasado. Ayer, a primera hora de la mañana, Lionel y yo alcanzamos el collado que visteis de lejos y que limita la cuenca norte del Dhaula. Al llegar allí...

—¿Qué visteis?

—Todavía sudo al pensarlo —no puede menos de gritar Terray—. Unos desfiladeros espantosos.

—¿Pero en dónde?

—Teníamos el Dhaula delante —prosigue el *toubib*—, el verdadero, porque al subir lo confundí con el falso. Al fondo, frente a nosotros, un inmenso glaciar completamente agrietado...

—¡Un cochino lugar! —interrumpe su acólito.

—... un glaciar agrietado que discurre por un cañón cuyas murallas tienen varios kilómetros de altura.

—Tenía razón yo —observa Ichac—. Todas las aguas deben ir a parar al Mayangdi Khola.

—Y todo esto, inmenso, un verdadero mundo —añade Terray—. En cuanto a la arista norte, que separa el glaciar de que hablamos del glaciar Este, que ya conocéis, es un espolón mitad roca y mitad hielo, en extremo pendiente. La arista noroeste, la que no habíamos visto todavía, cae sobre el desfiladero.

¡Esto es descorazonador! Todavía pregunto:

—¿Completamente inaccesible?

Ichac exclama con aire de satisfacción:

—Ya nos lo dijo el lama hace un momento: «¡El Dhaulagiri no os es favorable! Id hacia el lado de Muktinath...». Así que...

—¡Así que es preciso ir! —digo enérgicamente—. ¡Y mañana mismo!

—¿Hacia el Tilicho? —pregunta Gastón.

—Pasaremos por el Tilicho, al norte de las Nilgiris, señalado por el hombre de Thinigaon, y cogeremos al Annapurna por detrás.

—¿Por qué no utilizamos la exploración del Miristi Khola hecha por Couzy-Oudot-Schatz? ¡Desde allí vieron el Annapurna!

—Sí, pero desde muy lejos, y no vieron la vertiente norte. Resulta muy complicado ir por allí, y además el contrafuerte no me acaba de gustar. Y a ellos tampoco...

—Mira el mapa —interrumpe Ichac—: por el Tilicho economizamos muchas jornadas.

—Ya verás como nos plantamos en seguida en la vertiente norte —digo yo—. Y las vertientes norte son muchas veces las más fáciles en el Himalaya. ¡Iremos tan lejos como sea preciso para encontrar el Annapurna! Aunque sea hasta Manangbhot...

—¡Todavía estamos así...! En busca del Annapurna —observa Ichac, desengañado.



## Capítulo V.

### En busca del Annapurna

¡Aprisa, Oudot! Tengo el estómago en los talones.

Lachenal y Terray no se divierten mucho esta mañana. Oudot los somete a varios *tests* médicos.

Sesiones de metabolismo, *tests* de Flack<sup>[49]</sup> se suceden durante más de una hora. Es preciso estar en ayunas, lo que resulta pesado, pues el apetito es grande al regresar de una exploración.

Apaciblemente, mientras su camarada sufre todavía, Lachenal, que ha terminado ya, corta enormes rodajas de salchichón. Terray, de vez en cuando, lo mira de reojo.

—¡Biscante, vete más lejos con tu salchicha!

—Cállate, vas a falsear los resultados —interrumpe Oudot sin compasión.

Estos exámenes tienen una extrema importancia. Yo temía que Oudot fuera más alpinista que médico, pero no es así. Es a fondo las dos cosas. ¡Deseo un Oudot a toda expedición futura!

Por él me entero de un modo regular del estado de mis camaradas y del progreso de su aclimatación a las alturas.

Mientras Terray se fastidia, Ichac, Rebuffat y yo nos preparamos para dirigimos a Manangbhot.

El ataque al Annapurna por el Miristi parece muy problemático. Por la vertiente de Manangbhot sería lógico que se presentara mejor.

—¡Recuerdos a Tilman! —bromea Lachenal, que ha terminado su almuerzo.

¡Tilman, gran nombre ligado al Himalaya! Él es quien ha ascendido a la cumbre más alta conquistada por los hombres, el Nanda Devi, de 7820 metros. Al marchar nosotros nos enteramos de que se disponía a explorar precisamente la región de Manangbhot. Su prestigio es inmenso entre nosotros. Dado el equipo de que dispone, sus objetivos deben de ser, a mi entender, el reconocimiento de las vías de acceso al Manaslu<sup>[50]</sup> o al Annapurna. ¡Pero los alpinistas son tan discretos en cuanto a sus proyectos! Sería ridículo que dos expediciones atacaran la misma cumbre.

Foutharkey se adelanta para preparar el acantonamiento en Thinigaon. Llevamos víveres para ocho días. Antes de nuestro regreso, Oudot y Terray tendrán tiempo, si Couzy y Schatz fracasan, de explorar el glaciar Este.

Los dos últimos días de reposo han sido saludables para mí. Me han permitido escribir a Francia, poner al día la pequeña contabilidad de la expedición y verificar la buena marcha del campamento. Pero la vida sedentaria no me conviene y me alegra marchar de nuevo.

Numerosas caravanas cargadas de sal y arroz se escalonan en la carretera del Tíbet. Atravesamos la pequeña ciudad de Marpha, cubierta de banderolas de oraciones, en la que los indígenas nos rodean alegremente.

Los tibetanos son todavía más numerosos que en Tukucha. Distribuimos todos los caramelos de la expedición entre una multitud de chiquillos que mariposean a nuestro alrededor. Marpha nos recordará. Más tarde hallaremos la recompensa, pues los culis de aquí se alistarán en gran número cuando los necesitemos.

Encontramos a menudo muros de oraciones adornados con láminas de roca en las que leemos la

clásica inscripción: «*Om mane padme om*»<sup>[51]</sup>. Respetuosos con las costumbres religiosas de esta gente, nunca dejamos de pasar por la izquierda de los monumentos. Poco a poco el terreno se transforma. El aspecto es mucho más desolado aún que en la región que acabamos de dejar. Hacia el Norte, el relieve se suaviza; unas colinas de piedra rojiza, una luminosidad nueva, cierta impresión de desierto indican sin error posible que estamos cercanos al Tíbet<sup>[52]</sup>. Al caer la tarde penetramos en el mísero pueblo de Thinigaon. Los indígenas, muy primitivos y de una suciedad repugnante, nos miran con desconfianza. Un grupo harapiento y vocinglero nos acompaña al único alojamiento decente de Thinigaon, en el cual Foutharkey nos recibe sonriente.

Está ya instalado como en su casa y da órdenes, con la dulzura y amabilidad que le caracterizan, a las numerosas mujeres que le rodean. Esta posada pertenece al *great man*, o sea la mayor autoridad del pueblo, que es también un hábil comerciante que sabe comprar a buen precio las mercancías necesarias para la población.

El amo de la casa nos hace los honores de la habitación que se nos destina. Es de una limpieza bastante relativa, pero después de un aseo a fondo podrá quedar habitable. Un olor muy fuerte, agrio y nauseabundo a la vez, reina en el interior. Ichac se precipita para abrir las dos ventanas, y yo procedo a un examen detallado: unas pieles curtidas con orines se secan lentamente, y en un rincón hay unas vasijas llenas de manteca que se está enranciando.

Es la hora de comer. Ang-Tharkey nos sirve con un ceremonial que sumerge en un profundo éxtasis a todos los indígenas allí reunidos. Ninguno de ellos había visto nunca *sahibs*. ¿Usan tenedores? ¡Qué seres tan complicados!

Es de noche todavía cuando Ang-Tharkey nos trae el desayuno. Las estrellas centellean en un cielo muy puro, y no son muy numerosas: buena señal para el día que empieza. A lo lejos, sobrecogedor espectáculo, surge de la noche el Dhaulagiri iluminado ya por el sol. Visto desde aquí, su relieve resalta extraordinariamente.

El *shikari* que nos guía pretende conocer al dedillo el collado de Tilicho, pero ignora el tiempo necesario para alcanzarlo. Caminamos en fila india, encorvados bajo las cargas. Ang-Tharkey, Foutharkey, Panzi y numerosos porteadores tibetanos nos acompañan.

Para ir más aprisa les hemos prestado un par de zapatos, pero por economía los llevan en bandolera hasta llegar a la nieve.

Al cabo de varias horas de marcha, el *shikari* no parece ya muy seguro de lo que dice: aunque lo acosemos a preguntas no demuestra saber el paradero del collado de Tilicho. La verdad es que este *shikari* no es más que un pastor, y lo único que conoce es el acceso a los pastos. Su papel y la importancia que se daba disminuyen con la altura, y al final acaba por caminar tranquilamente detrás de nosotros. Y así es como llegamos al día siguiente al famoso collado de Tilicho, después de haber pasado la noche en nuestras pequeñas tiendas, bajo la tormenta.

¡Oh, sorpresa! Según el mapa, tendríamos que desembocar en un profundo valle, el de Manangbhot. ¿En dónde está la maravillosa aparición de la vertiente norte del Annapurna, que debería mostrarse a la derecha?

Ante nuestros ojos atónitos se extiende una deslumbradora decoración de nieve y de hielo. Infinidad de cumbres centellean sobre un cielo muy puro. Es un paisaje invernal al que una

luminosidad extrema presta un mágico realce.

Hacia la derecha, en lugar del Annapurna, se yergue una muralla gigantesca cuyas cumbres de más de 7000 metros se suceden a cortos intervalos. La llamamos en seguida la Gran Barrera. Enfrente se abre no un valle profundo, sino una vasta meseta, en el centro de la cual se extiende un gran lago helado, recubierto de nieve y de dimensiones difíciles de calcular. Hacia la izquierda, unos acantilados cortados a pico dominan la inmensa extensión blanca del lago.

—A todo esto, ¿dónde está el Annapurna?

—¡No hay que vacilar mucho, Matha! Detrás, sin duda, de la hermosa cumbre triangular que está en el fondo, a la derecha.

—¡No estoy muy convencido! —exclama Ichac.

—¡Yo tampoco! —apoya Rebuffat.

—Y el collado de Tilicho, ¿en dónde lo sitúas? —pregunta el primero.

—Al otro extremo de la meseta, detrás del lago. Debe de dominar al valle de Manangbhot, que arranca de allí.

—Será preciso que lo compruebe, pero estas hipótesis no me convencen...

Sea lo que sea, hay que bajar hacia el Gran Lago Helado, como lo llamamos ya entre nosotros a falta de otra denominación.

Una hora más tarde nos encontramos en sus orillas. Mientras Panzi cocina, la conversación sigue su curso.

—Ningún lago en el mapa. Y eso que tiene, por lo menos, siete kilómetros de longitud...

—¡Oh, ya sabes que el mapa...! ¿Están indicadas todas las cumbres?

—Según tu opinión, ¿por dónde deben discurrir las aguas?

—Es un embudo.

—Como en el Mont-Cenis.

—¡Os digo que desaguan hacia el Manangbhot!

Cada uno de nosotros tiene su idea, cada uno manifiesta su opinión.

Es preciso ir a la otra extremidad del lago. Cerramos las mochilas y empezamos a caminar siguiendo la orilla izquierda. Los soberbios acantilados rojizos nos obligan a pasar por encima del hielo.

Los culis no parecen sentir gran entusiasmo por esta clase de ejercicio. Ichac me asegura con una cuerda de nylon y me aventuro a unos cincuenta metros de la orilla, en donde salto, bailo y golpeo con el piolet para romper el hielo y medir su espesor. Luego les grito a mis compañeros:

—¡Es un billar! ¡Todo el mundo a la pista!

De todos modos, es preferible un exceso de prudencia a un riesgo mal apreciado, y nos encordamos en dos grandes grupos. Los culis y los sherpas están atados entre sí, dejando de uno a otro un espacio de ocho metros. No comprenden que obramos así para mayor seguridad de todos y sólo ven que la cuerda les impide formar grupos.

La primera cordada echa a andar tras de mí. Describo un gran círculo para desembocar en el otro lado de los acantilados. Los culis que me siguen, doblados bajo su carga, se acercan vacilantes a la escarpada orilla, y luego se deciden como si se echaran al agua. Con los ojos fijos en el suelo, siguen

las huellas murmurando oraciones. La operación se lleva a cabo perfectamente. Desde ahora no es fácil que los culis intenten dejarnos: ¿tendrían que volver a atravesar el Gran Lago Helado!

Al llegar a la otra orilla, subimos y alcanzamos un collado semejante al atravesado por la mañana, y al que bautizamos con el nombre de Tilicho Este. Está a unos 5000 metros de altura. Tal como yo creía, no existe ningún desagüe. Al contrario, la extremidad del lago queda cerrada.

A nuestros pies se abre el profundo valle de Manangbhot; también aquí estaba equivocado en la apreciación de las distancias, pues me lo imaginaba en el fondo de una inmensa cuenca.

El relieve resulta mucho más complicado: varios kilómetros de morrenas descienden en rápido declive hasta el lugar en que nos hallamos. El valle queda obstruido por una alta colina de rocalla, atravesada por un desfiladero muy estrecho que sirve de lecho al Marsiandi Khola<sup>[53]</sup>. Más adelante, el desfiladero se ensancha gradualmente, y el grisalla de las piedras, la rocalla y las morrenas se colorean en algunos lugares de manchas verdes, exiguos islotes de cultivos indígenas.

Hacia la derecha, en el prolongamiento de la Gran Barrera, otras cumbres más esbeltas, más airosas todavía que las que habíamos visto en el lago de Tilicho. A la izquierda, sobre las rojizas peñas, la sierra de Muktinath ostenta una cantidad innumerable de cumbres de 6000 metros.

Detrás de nosotros divisamos la meseta lacustre intermediaria que acabamos de atravesar, y al fondo el collado de Tilicho Oeste, en el que nos hallábamos por la mañana.

Nos reunimos en consejo. Ichac opina que el Annapurna quizá no esté situado sobre la Gran Barrera, aunque el mapa lo indique.

—¿Qué nubes tan poco oportunas! Nos esconden las cumbres más altas. Sin visibilidad es imposible discutir.

—Hace un momento pudimos hacernos una ligera idea —respondo—. Ya sé que este mapa es caprichoso, pero, de todos modos, me parece imposible que contenga un error de tal importancia: es difícil equivocarse en la posición de un más de ocho mil.

—¿Tú crees que el Annapurna está situado detrás de la Gran Barrera?

—Si, detrás de la Gran Cumbre Triangular que tenemos enfrente. Claro que no se trata más que de una suposición.

—Pues yo me apuesto cualquier cosa a que la Gran Barrera no está indicada en el mapa.

—Sin embargo —observo riendo—, ocupa más de veinte kilómetros de longitud y tiene hasta quince cumbres de siete mil metros.

—Quince, quince... —gruñe Ichac—. ¿Tiene algunas!

—Resumiendo: tú opinas que la sierra que vemos y la indicada en el mapa no coinciden. ¿Existirían entonces dos sierras?

—Tal vez sí.

Ichac hace unos cálculos de distancias que, según él, demuestran la imposibilidad de situar el Annapurna sobre la gran cordillera. Sus argumentos me hacen dudar, sin convencerme del todo.

¿Dónde está el Annapurna?

—Vamos a instalar el campamento aquí —dijo entonces.

—¡Bravo! —exclama Ichac.

—Tú permanecerás aquí mañana y pasado mañana.

—Todo el tiempo que quieras.

—Y verificarás tu opinión trazando todos los planes posibles.

—¿Y qué haréis Gastón y tú?

—¡Bajar a Manangbhot! ¡El Annapurna nos saltará a la vista!

—Tal vez sí, tal vez sí... No sé si servirá de gran cosa, pero yo prefiero quedarme aquí.

—Conformes. Aprovecharemos el viaje comprando *tsampa*<sup>[54]</sup> para nuestros culis... Foutharkey y Panzi nos acompañarán... ¡Tal vez veamos también a Tilman!

Al día siguiente, Rebuffat y yo nos levantamos al amanecer.

—¡Adiós, Matha! ¡Volveremos pasado mañana!

—¿Es decir...? —pregunta una voz soñolienta.

—¡El día doce!

—Muy bien... ¡Buena caza!

Las mochilas van vacías, en espera de encontrar provisiones en el pueblo. Sin temor de provocar derrumbamientos, nos deslizamos pendiente abajo por el enorme torrente.

—Supongo que llegaremos antes del mediodía, ¿verdad, Gastón?

—¡Para el aperitivo!

Saltando de roca en roca, perdemos altura rápidamente. Vamos siguiendo el torrente Marsiandi Khola, cuyas aguas tumultuosas se alimentan de un enorme glaciar aferrado a la Cumbre Triangular. A medida que bajamos nos damos más cuenta de la inmensidad de los despeñaderos que encajonan el valle.

Pronto Rebuffat y yo debemos rendimos a la evidencia: la orilla que seguimos es impracticable.

—¡Es preciso atravesar!

—¡Qué suerte tienes con esas piernas tan largas! —le digo a Gastón.

Éste atraviesa en seguida al otro lado. Yo vacilo... Vamos a ver... El piolet clavado en el fondo del torrente como una pértiga... Un pie en esta piedra... ¡Hum! No parece muy segura... Una..., dos... Los músculos se aflojan, el piolet da vueltas, la piedra rueda en el agua burbujeante.

—¡Ay! ¡Qué hermoso baño...! ¡Esta agua helada es horrible!

Rebuffat se burla de mí.

—¡Es tan clara!

—Más que la del Vieux-Port —digo sacudiéndome como un perro mojado.

Los dos sherpas, Panzi y Foutharkey, han tenido más vista. Después de alcanzar la parte alta de los acantilados, los vemos marchar ahora sin dificultades por un camino apenas trazado.

Los grandes declives de rocalla que habíamos divisado desde el collado de Tilicho se yerguen ante nosotros sin ninguna pista o itinerario visible. Los dos *sherpas* se hallan ya al pie de la pendiente.

La subida es penosa. El equilibrio de las piedras parece incompatible con la pendiente, y el más pequeño choque puede desencadenar verdaderos aludes. Detrás, a gran distancia, distinguimos el collado de Tilicho, en el que estábamos hace pocas horas.

Todas las piedras tienen el mismo tamaño, como si hubiesen sido pasadas por un tamiz de mallas

enormes. Por fin llegamos a la parte alta del desfiladero, donde nos vemos bruscamente detenidos por un escarpado barranco de tierra endurecida.

—No cabe duda, será preciso tallar peldaños —le digo, perplejo, a Rebuffat.

—¡Preferiría habérmelas con hielo!

—Será una ocasión para ver cómo lo hacen los sherpas.

Foutharkey se adelanta con el piolet en la mano. Talla a golpes redoblados, conservando muy bien el equilibrio. Panzi lo sigue fácilmente, así es que no tenemos más que ir detrás.

Después de este barranco pensábamos hallar pendientes cubiertas de hierba, pero no es así: un segundo barranco se nos presenta, luego un tercero, luego otro todavía... En resumen, debemos tallar peldaños durante más de una hora para alcanzar los primeros y más confortables declives verdosos. Entre nubes de polvo, bajamos, en largos deslices, inmensas rocallas.

Poco más tarde del mediodía nos detenemos, al salir del desfiladero, junto a un agua clara, nos desayunamos rápidamente y reemprendemos la marcha a lo largo del torrente, de orillas irregulares y a menudo difíciles. En ocasiones hemos de trepar cien o doscientos metros para abrirnos paso a través de una espesa selva.

Un mundo nos separa del valle de Tukucha; hace mucho más calor, la vegetación es más activa y el relieve del terreno más acusado. De vez en cuando los árboles cubiertos de flores dan un aspecto más suave y amable al paisaje.

Estos lugares han sido ya visitados por los hombres. Las huellas se juntan, como en el interior de una pata de oca, formando un sendero.

¡Manangbhot está lejos todavía! Queremos llegar antes de la noche, pues no tenemos ningún material de campamento y contamos con pocas provisiones.

En un recodo del camino descubrimos unas casas adosadas a un repliegue del terreno. Un *chörten*<sup>[55]</sup> búdico, adornado de banderolas de oraciones, señala la entrada del pueblo, Khangsar.

Unos chiquillos harapientos, negros de suciedad, nos ven y corren hacia nosotros. Es la primera vez que ven hombres blancos y nos contemplan con curiosidad. ¡Somos apariciones de la montaña! No pueden imaginarse que venimos del otro lado de la cordillera, ya que ni siquiera saben que existe ese otro lado.

Estos indígenas no conocen otro camino que el de la peregrinación a Muktinath, que pasa por el Thorungsé.

Panzi pregunta por el *suba*<sup>[56]</sup>. Una procesión vocinglera nos precede a través de las calles, que exhalan un olor nauseabundo. El *suba* nos sale al encuentro, sin dar la menor muestra de sorpresa: hace siglos que Buda enseña a permanecer impassible ante los más extraordinarios acontecimientos. Le pido que nos proporcione *tsampa* para aprovisionar a los culis que se han quedado en la montaña, pero me responde, lastimero, que la miseria es grande en Khangsar. No hay ni un kilo de *tsampa* disponible, ni siquiera un puñado de arroz, y menos aún algún pollo. Es preciso ir a Manangbhot.

—Manangbhot —nos dice— no está más que a una hora de distancia, y allí los *sahibs* hallarán cuanto deseen.

Manangbhot se ofrece a nuestra imaginación como un paraíso, y sin esperar más proseguimos nuestro camino, a pesar del calor, el hambre y la sed.

Al salir del pueblo tropezamos con un esqueleto de *yak* completamente reseco, atravesado en medio del camino. A nadie se le ocurrirá apartar esos huesos sagrados. Hace un mes que están allí, y allí se quedarán hasta que se conviertan en polvo. Todo el mundo pasa sin tocarlos, con mucho respeto.

Alcanzamos el torrente por los escalones tallados en la abrupta pendiente de una roca y, una vez en sus orillas, progresamos rápidamente.

—¡Manangbhot! —dice Panzi.

El pueblo está encaramado sobre peñascos, como las antiguas ciudades tibetanas. De momento no vemos más que paredes y tenemos la impresión de subir a una fortaleza. Un tablón puesto sobre el torrente atestigua que nos hallamos en país civilizado. Emprendemos la subida.

Una serie de callejones nos conducen al centro, en el que descubrimos una inmensa muralla de oraciones de unos quinientos metros de longitud. Los indígenas acuden de todas partes y se apiñan a nuestro alrededor: niños siempre miserables; una vieja con un molino de oraciones portátil, muy curioso, que hace girar continuamente; hombres jóvenes y en general bien parecidos, cuyo rostro es muy diferente del de los de la región de Tukucha.

Aquí todos son budistas. Gritan algo que no entiendo, pero no me preocupó. He comprobado ya que en este país para decir «buenos días» se creen obligados a vociferar un gran discurso. Después de un cuarto de hora de discusiones, un hombre se destaca del grupo y va a buscar al *suba*. Durante este rato, Panzi ha encontrado alojamiento para nosotros: un granero en un segundo piso. Subimos a él por una curiosa escalera, hecha de un grueso tablón en el que han practicado unas hendiduras. Después de dejar las mochilas, Gastón Rebuffat y yo salimos de nuevo a la plaza.

Los indígenas se agrupan gesticulando.

—*American?*

—*No, French.*

—*¿...?*

—*Yes, French!*

Como si fuese una cosa evidente, los indígenas aprueban:

—*American!*

—*No, there are American, English<sup>[57]</sup>...*, pero nosotros somos franceses.

—*¡Oh, yes...*, pero americanos de todos modos!

La mayoría son gurkas que han hecho el servicio militar en el Ejército inglés. Somos los primeros blancos que penetramos hasta aquí.

¿El Annapurna? ¡Desconocido!

Esta historia del Annapurna empieza a parecerme rara: una cumbre de más de 8000 metros no puede pasar inadvertida. Aun en el caso de que se hallara un poco más lejos de la cordillera, los indígenas conocerían su existencia. Tal vez su nombre en la región es el de una divinidad diferente.

Un grupo de hombres se me acerca. Me tocan y chillan a diez centímetros de mi nariz. ¿Son acaso antropófagos? ¿Con qué salsa quieren comerme? Me hacen gestos significativos y al cabo comprendo el sentido de sus palabras en *gurkhali* y en pésimo inglés. Las palabras «*woman*» y «*rupias*» se suceden. Gracias a sus gestos reconstituyo su ofrecimiento, pues de ofrecimiento se trata. Se

considerarán muy honrados si consiento en trabar relación con el elemento femenino del lugar, previo el pago de una especie de impuesto público de cinco rupias.

Me veo negro para no dejarme llevar; todos intentan arrastrarme. Mi posición es del todo ridícula.

Gastón, prudente, escoge este momento para buscar asuntos fotográficos y abandona cobardemente a su jefe. Opongo las más vigorosas negativas. Además, el presupuesto de cinco rupias es elevadísimo. Un Bara Sahib no debe desembolsar nada... Todos dirigen su índice hacia mí.

¿Qué debe de suceder?

Panzi me guiña el ojo, pero no se atreve a decir nada.

Imito su gesto, juntando los dos índices, y tengo un gran éxito. Panzi, doblado por la mitad, se ahoga de risa. Finalmente me explica, en su pintoresco inglés, que el pueblo entero me ofrece a uno de los suyos en homenaje. ¡Puedo escoger al más hermoso a mi gusto! A la expedición no le costará más que la modesta suma de diez rupias. Si lo deseo, puedo incluso conservar un magnífico gurka hasta las Indias. Yo me hago el displicente. Los hombres se consultan. Las mujeres discuten entre ellas. Toda la población me rodea otra vez, lanzando gritos guturales y haciendo furiosos gestos.

—*Bibi...*, *Bibi...*, *Bibi!*—se oye sin cesar.

Las filas se abren dejando paso a un adolescente de aspecto agradable, encantador incluso. Su atavío es extraordinario. Lleva una levita oscura y el talle ceñido por un largo chal de seda malva, del cual pende un sable tibetano de plata cincelada. Calza botas negras que le llegan hasta la pantorrilla. Luce con orgullo un alto bombín de color caqui, adornado con una cinta de la misma tela que el chal.

Todos berrean a la vez con delirante entusiasmo:

—*Bibi...*, *Bibi!* *Fifteen roupias*<sup>[58]</sup>.

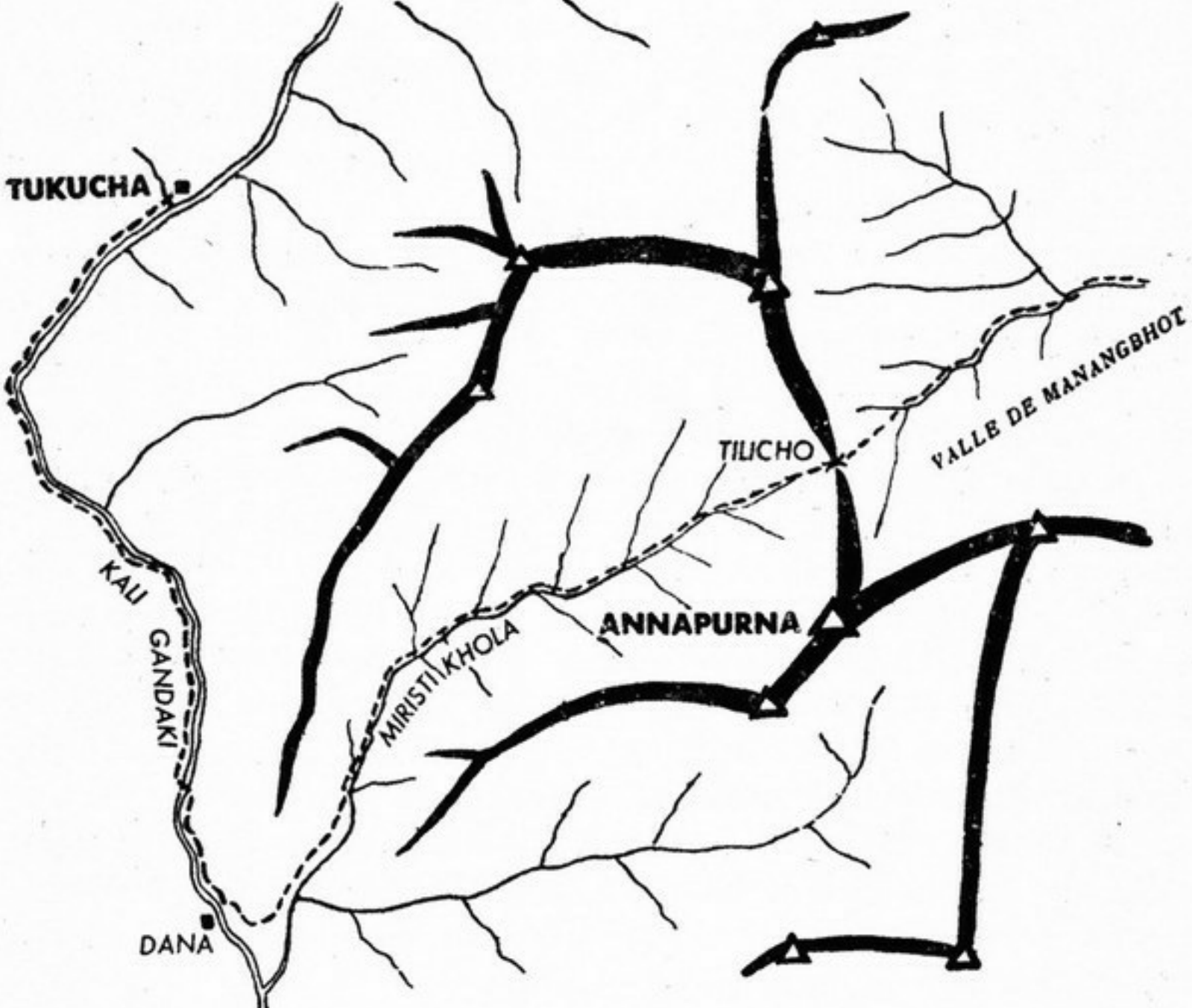
Gastón llega en aquel momento y le dejo en libertad de elegir. De todos modos, no llevamos dinero suficiente en el bolsillo. ¡Argumento decisivo! ¡Es preciso renunciar!

El sol se pone. Se ha ocultado ya detrás de la magnífica cumbre —nuestra famosa Cumbre Triangular— que domina Manangbhot. Por Panzi, que interroga largamente a los indígenas, sabemos que se trata del Ganga Puma. Las otras dos cumbres hacia la izquierda son el Tchongor y el Sepchia.

Al regresar Rebuffat y yo de un breve paseo a través de las calles del pueblo, que se ha calmado por fin, encontramos a los sherpas, que nos anuncian, decepcionados, que el país es muy pobre. Nos será muy difícil aprovisionarnos.

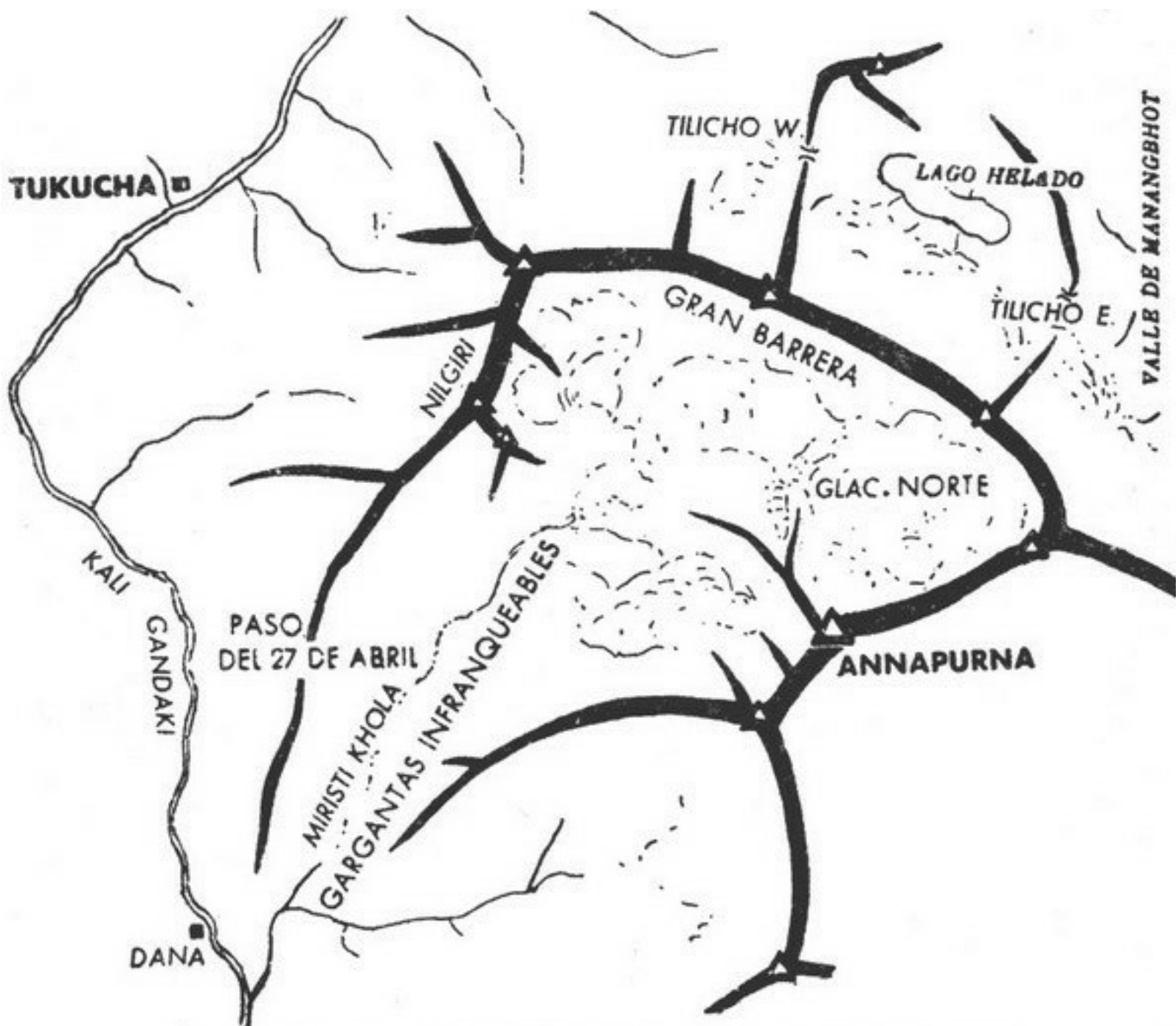
En aquel momento vemos al *suba*. Es un anciano de larga barba, vestido con sencillez, de mirada inteligente. Después de las presentaciones nos sentamos y la conversación empieza en seguida sobre un terreno muy práctico. ¡Nos pueden dar diez kilos de *tsampa* y basta! Invoca razones tan numerosas que él mismo se pierde en ellas. No hay pollos, cuatro huevos sólo y pequeñísimos, nada de leche ni de arroz. Manangbhot no puede proporcionarnos más que ésta pequeña cantidad de *tsampa*, necesaria a los culis del collado de Tilicho.





**EL MACIZO DEL ANNAPURNA SEGÚN EL MAPA INDIO**

Este croquis y el siguiente muestran las diferencias entre el mapa indio y la realidad.



EL MACIZO DEL ANNAPURNA TAL COMO ES EN REALIDAD

Ante situación tan seria, decido que Foutharkey se dirija al día siguiente, a primera hora, al collado. Al amanecer escribo una carta a Ichac, de la que copio algunos fragmentos:

«Manangbhot, 11/5, cinco de la mañana.

»Amigo Matha: Foutharkey sale para reunirse contigo. La bajada ha sido extremadamente larga...

»Resultados hasta ahora:

»Después de la Gran Cumbre Triangular, que se llama el Ganga Purna, existe otra cumbre glacial de más de 7000, el Tchongor; luego la sierra parece bajar hacia el valle, a dos millas de aquí, en la confluencia de otro río, el Choundikiou, en el pueblecito de Chindi. A la orilla derecha se divisa desde aquí una gran cumbre: el Sepchia.

»¿Dónde está el Annapurna? ¡Gran misterio! Aquí no lo conoce nadie. *Programa*: Gastón, Panzi y yo salimos hacia Chindi con la esperanza de descifrar el enigma. Si los datos recogidos permiten determinar el emplazamiento del Annapurna, estudiar su acceso y apreciar sus dificultades, regresaremos a toda prisa por

Muktinath<sup>[59]</sup>... Si, al contrario, los datos demuestran la necesidad de hacer el reconocimiento previsto a la cima de la Gran Barrera —de fácil acceso—, que deberíamos llevar a cabo juntos, volveremos a subir al campamento el día 12, o sea mañana...

»Si el 13 por la mañana no hemos llegado, levanta el campamento y márchate a Tukucha.

»Saludos.

»MAURIZE».

\* \* \*

En el campamento de Tilicho Este, el día de nuestro descenso a Manangbhot, Marcel Ichac, después de vemos marchar, se levanta a su vez.

Hacia las nueve sale en compañía de Ang-Tharkey con intención de visitar un promontorio al nordeste del campamento<sup>[60]</sup>. Llegados a un punto favorable, toma datos con su brújula y saca fotografías. Están, más o menos, a 5500 metros de altura. Mientras Ichac está absorto en su trabajo, Ang-Tharkey construye un *cairn*<sup>[61]</sup> con una habilidad extraordinaria: un verdadero monumento de más de dos metros y medio de altura. Las nubes que cubrían el cielo por la mañana reaparecen, y la pequeña caravana debe regresar al campamento.

Ichac, tendido de bruces en el suelo, consigna en el mapa los datos obtenidos, con toda la precisión que las circunstancias y el material permiten.

—¡Ya está! ¡Ahora lo comprendo todo!

Por fin tiene la prueba de que la sierra que se extiende al sur del campamento, y que hemos denominado la Gran Barrera, es el Annapurna Himal. Es de la famosa Cumbre Triangular, de la Roca Negra, cuya importancia orográfica ya suponíamos, de donde sale la ramificación que conduce al Annapurna. ¡El Annapurna no puede estar sino detrás de la Gran Barrera!

Rebuffat y yo hemos bajado para correr detrás de una montaña fantasma.

—¡Qué tontería! ¡Si lo hubiésemos sabido!

Las exploraciones son así. Muchas vacilaciones, dudas y errores, y, bruscamente, el descubrimiento.

Esta noche hace frío en el collado.

El alba se anuncia a través del nylon. El tiempo está claro. Ichac aprovecha la transparencia de la atmósfera para situar las enormes cumbres visibles más allá de Manangbhot: el Manaslu, uno de los «8000» del Nepal, formidable pirámide que sobresale en medio de las otras cimas.

El viento se levanta y las nubes aparecen. Será preciso quedarse en la tienda o acechar con los gemelos el regreso de los compañeros que han bajado a Manangbhot.

A las tres de la tarde llega Foutharkey y le entrega mi mensaje. Ichac lo lee rápidamente porque sabe de antemano que no puede decirle nada nuevo. Cree que no tiene interés alguno alcanzar la cumbre «accesible» de la Gran Barrera, como se había dicho primero; le parece preferible ir hacia el lado opuesto y subir todo lo posible por un magnífico glaciar descubierto el día anterior, a fin de intentar ver por fin el Annapurna por encima de la Gran Barrera.

El día 12 por la mañana hace un tiempo espléndido. Ichac explica a Ang-Tharkey que deben

volver a salir los dos hacia Muktinath Himal. A las siete alcanzan el *cairn* construido el día precedente. A las ocho y media, mientras las nubes invaden el cielo, llegan al glaciar en pendiente suave y empiezan a subir por él. Una capa de nieve reciente cubre el hielo y entorpece la marcha. El altímetro va subiendo y alcanzan una zona cubierta de grietas.

No se trata de vencer dificultades, sino sólo de subir en el más breve espacio de tiempo. De vez en cuando deben tallar escalones en el hielo, pero los pasos difíciles son cortos y al fin dan acceso a las pendientes superiores. La arista es alcanzada en plena niebla.

¿Dónde está el Annapurna? Por desgracia, la visibilidad es nula. Ichac ya no sabe exactamente ni dónde se halla él mismo. Espera que el tiempo mejore, pero en vano. Son las doce y cuarto y el altímetro señala 6200 metros. La sofocación no es excesiva, lo cual prueba que la aclimatación empieza a surtir efecto.

Marcel Ichac logra aquel día el récord de altura de la expedición. Es la primera cumbre de más de 6000 metros que ganamos.

El tiempo no mejora. A la una y cuarto, los dos comienzan a bajar, siguiendo las huellas de la subida, que permanecen visibles a pesar del aguanieve.

Son las cuatro y media cuando llegan al campamento, en el que hallan... al jefe de la expedición roncando en un saco de dormir.

¿Qué ha sucedido?

\* \* \*

El día 11, en Manangbhot, la expedición despierta a duras penas al amanecer. Después de un frugal desayuno, Foutharkey coge su mochila y la carta que acabo de escribir. Sin esperar más, se despide de nosotros y sale hacia el campamento de Tilicho Este.

Rebuffat, Panzi y yo dejamos estos lugares poco después y bajamos por el valle de Marsiandi Khola en busca de nuestro escondido Annapurna.

A lo lejos, enfrente, observamos una punta que sobresale y que identificamos como el Manaslu. Nuestra intención es ir bordeando la Gran Barrera hasta donde podamos, pero será preciso regresar por la noche a Manangbhot. Hacia el mediodía llegamos al pueblecito de Chindi, más allá del cual el valle se estrecha, adivinándose las profundas gargantas del torrente. Sería inútil proseguir. Estábamos equivocados: el Annapurna no se halla en esta región.

Los indígenas y los *shikoris*, a los cuales pedimos datos de esta montaña, no han oído hablar nunca de ella. Nos indican, con numerosas explicaciones, que esta palabra significa «diosa de las cosechas». No tenemos más remedio que regresar a Manangbhot, y sin comer, pues hemos agotado las provisiones.

Las nubes se acumulan sobre el Tchongor y el Sepchia, impidiéndonos tomar las fotografías que nos hubiera gustado llevar a título documental. Un alto se impone, esperando que desaparezcan. Cada uno busca un lugar cómodo para sentarse. Rebuffat no tarda en dormirse con el sueño de los justos, y Panzi fuma sus últimos cigarrillos, mientras yo vigilo como un centinela presto a dar la voz de alarma en cuanto nuestros objetivos se descubran.

Oigo ruido hacia el camino y veo desembocar por él un grupo de mujeres, descalzas y vestidas con faldas de vivos colores. Van cargadas con sacos y cestos vacíos y bromean, charlan y ríen ruidosamente.

Panzi abre un ojo y luego..., más interesado, los dos. Me cuenta que son «porteadoras de cargas» que van a buscar quehacer más abajo.

Los hombres trabajan la tierra y las mujeres llevan fardos; ésta es la regla, y no debo esperar mucho tiempo la excepción que me la confirma..., pues el célebre y seductor Bibi se adelanta esplendoroso. Las mujeres parecen tratarlo como si fuese una de ellas. Al verme apresura el paso. Su andar se hace más gracioso y su rostro se ilumina con una sonrisa.

Sin pronunciar una palabra, se sienta a mi lado. El resto del grupo, después de detenerse un momento, sigue bajando y el silencio reina de nuevo. Bibi me abandona de mala gana. Vuelve la cabeza a cada paso y me saluda cariñosamente con la mano. Parece pesaroso.

El Tchongor y el Sepchia salen de las brumas. Rebuffat hace unas fotografías y emprendemos el regreso a Manangbhot.

Se nota calor y el camino nos fatiga. Panzi interroga a todos los indígenas que hallamos al paso sobre las posibilidades de aprovisionamiento, pero éstas son nulas. La tarde ha avanzado mucho cuando llegamos a nuestro granero.

—¡La verdad es que volvemos chasqueados! —confiesa Rebuffat.

—Al menos sabemos que no es por aquí.

—Debemos marchar a toda prisa...

—Hay pocos víveres. Toma lo que queda y vete con Panzi a Muktinath por el Thorungsé. Esto te ahorrará la subida al collado de Tilicho y regresarás un día antes a Tukucha. Te cansarás de caminar con el estómago vacío; así es que con las rupias que te quedan pueden alquilar *ponies*...

—¿Y tú?

—No te preocupes; con una tableta de chocolate me encargo de llegar al campamento de Tilicho.

—¡El camino es muy largo!

—¡Mañana por la mañana habré llegado! Quiero subir con Ichac a la cumbre accesible.

Comemos un poco, casi nada; luego nos separamos.

Me quedo solo. Con mi pedazo de chocolate por todo alimento, me veo precisado a subir desde los 2800 metros hasta más de 5000.

Mi plan consiste en ir lo más aprisa posible, corriendo incluso cuando pueda.

Una hora más tarde estoy en Khangsar. Sin perder un minuto, reemprendo el camino, que se pierde poco después en la orilla izquierda del torrente.

A través de los peñascos prosigo, subiendo y bajando para sortear los obstáculos. Las horas transcurren rápidamente.

Llego a los peldaños marcados por Foutharkey, atravieso el inmenso pedregal y alcanzo por fin el torrente que debo cruzar. Esta vez no es cuestión de saltar. Me quito las botas y me las cuelgo al hombro. Atardece, y una caída en estas aguas glaciales sería muy desagradable. Penetro en el agua tanteando cada piedra con la punta del pie. La corriente es impetuosa.

De pronto resbalo, procuro recobrar el equilibrio, me tambaleo de nuevo y acabo por caerme del

todo. Esta vez estoy calado hasta los huesos.

Con gran trabajo subo a la otra orilla y, después de retorcer la ropa y escurrir las botas, vuelvo a vestirme. Tengo la piel de gallina y me castañetean los dientes sin interrupción.

Necesito cuatro horas para llegar al campamento, y no me queda más que una hora de luz. Titubeando, atravieso una gran pendiente de tierra endurecida, muy inclinada, en la que estoy a punto de resbalar muchas veces.

Del valle se levanta un viento muy frío que me hace temblar. Busco una zona de hierba en que detenerme para pasar la noche, pues ya no veo absolutamente nada. Me siento sobre unas matas y me dispongo a vivaquear. Extiendo mi anorak procurando cubrirme; mis heladas piernas tiemblan.

Después de ponerme la capucha en la cabeza, me pregunto si debo comer el último pedazo de chocolate o guardarlo para el día siguiente por la mañana. Opto por la primera solución, que me parece más eficaz, y me concedo el último cigarrillo.

Estoy a 4500 metros, perdido en plena montaña, mojado, rendido y hambriento. ¿Tendré ánimos suficientes para levantarme y subir los últimos 500 metros?

El viento, insidioso, se desliza por las más pequeñas aberturas de mis ropas. La nieve empieza a caer.

Con los ojos cerrados, aflojo los músculos y calmo mis nervios, como hago siempre en todos los vivacs de montaña.

Las horas transcurren largas y monótonas. Debajo de mí, el torrente muge terco, haciendo retremblar el suelo, y el ruido repercute interminable en el valle. La humedad sube y se apodera de mí, sensación penosa cuando uno está ya transido de frío. Es preciso luchar desesperadamente.

¡Cuántos pensamientos se agolpan en mi cabeza! Una vida confortable, quieta, resguardada, ¡sería tan fácil! De vez en cuando abro un ojo. El tiempo no mejora. Si hay niebla no podré reconocer el camino.

Entumecido, medio dormido aún, advierto con alegría los primeros resplandores del amanecer. He de esperar todavía a que la claridad aumente, y estos últimos minutos se hacen muy largos. Por fin me levanto y, después de doblar mi anorak, reemprendo la marcha con el estómago dolorosamente vacío. Hace frío y espero reaccionar caminando.

El tiempo ha mejorado algo. Me detengo con frecuencia con la excusa de estudiar el itinerario. Mis piernas tiemblan y parecen incapaces de realizar ningún esfuerzo, pero a pesar de ello voy ganando terreno.

Veo manchas de sol sobre Manangbhot, pero estoy todavía en la sombra.

Cada vez que me paro, antes de ponerme de nuevo en marcha, me fijo en una piedra confortable para la pausa siguiente. Los descansos se van haciendo más largos y numerosos. Empiezo a preguntarme si conseguiré llegar.

Cuando encuentro una piedra llana me dejo caer en ella. En seguida me siento un poco mejor. Al cabo de unos segundos de descanso comprendo lo absurdo de la situación. ¿Es posible que me rinda faltándome tan pocos metros? Me fijo en una nueva piedra; luego me arranco de la primera y doy unos pasos. Me hace el efecto de que estoy corriendo, pero camino muy despacio y me dejo caer en el suelo apenas alcanzo el objetivo inmediato. Metro por metro voy ganando altura. No me faltan más

que doscientos metros para llegar al campamento, invisible desde el lugar en que me hallo. Intento gritar, pero ningún sonido sale de mi garganta.

Me resulta tan penoso sostenerme en pie, que me tambaleo. Será más fácil y seguro ir a gatas. La cabeza me da vueltas y el sueño me invade.

Reúno mis últimas fuerzas para alcanzar la arista y me dejo caer sobre una roca.

El tiempo transcurre aprisa... Cuando levanto la cabeza me parece que ha pasado un siglo.

Me asomo por encima de la arista.

¡El campamento! ¡A veinte metros apenas!

—¡Oh...! ¡Oh...!

Intento dar a conocer mi presencia, pero en vano.

Los culis discuten tranquilamente alrededor de un hermoso fuego. ¡Si pudiesen verme! ¡Si a alguno de ellos se le ocurriese volver la cabeza! Hago caer piedras con la esperanza de atraer su atención, pero no las oyen y yo no puedo gritar. Tengo la cabeza pesada y los oídos me zumban.

Seguro ya de llegar, aprieto ferozmente los dientes y prosigo a cuatro patas como un animal.

Foutharkey vuelve de pronto la cabeza.

—*Bara Sahib!*

Estupefacto, mira cómo me arrastro.

Todo el mundo se levanta y acude hacia mí. ¡Salvado!

Me tienden sobre un colchón neumático. Estoy temblando. Bebo y como un poco. Me entero de que Ichac no ha llegado todavía, pero que no tardará. Doy órdenes para que me preparen comida.

Foutharkey, ayudado por los culis, abre un número impresionante de latas de conservas. El fuego arde alegremente, y el olor de los guisos que se cuecen despierta en mí tal apetito, que, para dominar la impaciencia, permanezco echado, sin moverme y en un estado de semisomnolencia.

Contra las previsiones de Foutharkey, que preparaba comida para todo el campamento, empiezo a comer. Durante más de hora y media, sin parar, voy engullendo precipitadamente y con delectación el ágape más importante de mi vida.

Soy, tal como lo soñaba el «pequeño príncipe» del cuento, la serpiente que se ha tragado a un enorme cordero. Luego me instalo, satisfecho, en mi saco de dormir...

—¡Hola, Maurice...! Buenos días.

Me despabilo.

—¡Matha!

—Llegamos de una cima de seis mil doscientos metros.

Hacemos intercambio de noticias. Todo concuerda y confirma las deducciones de Ichac. La parte norte del macizo del Annapurna está completamente explorada.

—No cabe duda. La clave del Annapurna está al Sur, en el Miristi, por el paso explorado el veintisiete de abril —puedo declarar a mi camarada.

—No nos queda nada que hacer aquí —concluye éste—. Hay que regresar a Tukucha.

Al día siguiente levantamos el campamento. Los culis están satisfechos de abandonar estos lugares, en los que han permanecido aislados y ociosos durante tres días. ¡No hay necesidad de darles prisa ni de enseñarles el camino!

En unos minutos, los fardos están preparados y repartidos y los porteadores se alejan rápidos bajo la dirección de Ang-Tharkey, que los conduce directamente al Gran Lago Helado. Esta vez lo atraviesan en toda su longitud sin temor alguno.

Ichac y yo los seguimos. De repente veo que mi compañero se agacha y contempla unas piedras.

—Suelos poligonales —me anuncia como si me diera una gran noticia.

—¿Qué significa esto?

—Tú que eres un hombre de ciencia, ¿ignoras lo que es la Criopedología?<sup>[62]</sup> ¡Es una ciencia de capital importancia! Observa este sistema de piedras. He visto muchas como ellas en Groenlandia, pero es la primera vez que se encuentran en el Himalaya.

—¿Pero hay alguien que sepa lo que es la Criopedología?

—Al menos..., ¡hum...!, ¡una docena de personas!

Abandonamos de mala gana la Criopedología para alcanzar una cresta que conduce al collado de Tilicho Oeste. La nieve que lo adornaba se ha fundido en tres días. En el collado, un breve descanso me permite dar una ojeada al Gran Lago Helado, al inmenso anfiteatro que lo rodea y, sobre todo, a la famosa Gran Barrera. Nunca más contemplaremos esto.

Bajamos rápidos por los declives y llegamos a un terreno de montaña media en un magnífico bosque de deodaras.

Se ha levantado un viento muy fuerte, pero sopla en el sentido que nos conviene. Poco después llegamos a Thinigaon.

La mañana siguiente es espléndida y el viento ha cesado. Atravesamos de nuevo Marpha, y me alegro de ver otra vez este pueblecillo pintoresco cuyos habitantes son tan amables y acogedores.

Después de seis días de agotadores esfuerzos llegamos con alegría al cuartel general de la expedición. Al aproximarnos nos sale Oudot al encuentro.

—¡Hola *toubib*! ¿Qué hay de nuevo?

—Todo el mundo está aquí con buena salud. ¿Y vosotros?

—¿Has visto a Gastón?

—Ayer llegó.

—Muy bien. Estamos a catorce de mayo y es preciso decidir. Esta tarde, reunión general.

\* \* \*

¿Qué ha sucedido en el Dhaulagiri durante nuestra ausencia?

El lunes día 8, por la tarde, Noyelle baja presuroso del campamento del glaciar Este. Muy excitado, explica que, al subir por el glaciar con un sherpa, ha visto a la cordada Couzy-Schatz en un corredor de nieve excesivamente empinado.

Este itinerario es interesante, porque permite dar la vuelta a los enormes y peligrosos *seracs* de la parte alta del glaciar Este. Pero al cabo resulta tan difícil y peligroso como los otros, porque los aludes amenazan el corredor. Basta levantar los ojos para ver, quinientos metros más arriba, magníficas franjas de hielo vivo.

En el momento en que Noyelle sigue los esfuerzos de nuestros amigos, una enorme torre de hielo



se desmorona. Toneladas de hielo ruedan por la pendiente con un ruido infernal, rozando al oficial, para ir a pulverizarse en la meseta de la parte baja del glaciar Este.

—¡Lástima que no tuviera la máquina preparada! —se lamenta.

Luego confiesa con filosofía:

—En aquel momento no pensé más que en salvar la piel.

Couzy y Schatz son perseverantes y no renuncian por tan poca cosa, pero sus esfuerzos para salir del corredor y atacar la roca resultan infructuosos. Siguen probando, pero no logran progresar más que unos diez metros: la roca es resbaladiza y poco segura. Schatz tiene la parca satisfacción de clavar su primera clavija en el Himalaya a más de 5000 metros. Después de haber agotado todas las posibilidades, se ven obligados a renunciar. El día 9 descienden.

Al día siguiente, Oudot y Terray suben a su vez. Se cruzan con los sherpas que se retiran, pero no se descorazonan por esto y montan un campamento en el glaciar Este, a 5100 metros, junto a una gran peña rocosa de la orilla derecha. Durante el día, una piedra cae sobre la tienda, rompiéndola y atravesándola. La seguridad es muy relativa.

El día 11, Oudot y su camarada levantan el campamento temprano: son las tres de la mañana y tienen todo el día por delante para agotar el problema.

Después de calzarse los crampones, adelantan penosamente algunos metros. Hace mucho frío y el hielo está muy duro. Con grandes esfuerzos llegan al pie del gran muro de hielo escalado en las primeras exploraciones y que Couzy y Schatz dejaron a su derecha. En lugar de trepar por él, se dirigen a la orilla izquierda del glaciar y, después de tallar y escalar, llegan a la altura del último punto reconocido.

Pronto entrevén una posibilidad, no presumible desde el lugar alcanzado por sus predecesores: en efecto, pueden rodear varios *seracs*, ganar todavía mayor altura y, a expensas de arriesgarse mucho, llegar a un lugar que señala el término de las dificultades. Frente a ellos, el glaciar se aplana.

Ante sus ojos se extiende un damero de grietas entrecruzadas y chapas de nieve sin salida. Al fondo, hacia la derecha, la pendiente se hace más empinada y se pierde en la arista norte del Dhaulagiri, cuya línea pura e inaccesible se yergue frente a ellos.

Mis camaradas consideran, con razón, que las dificultades y peligros son demasiado grandes. ¿Para qué continuar, si será preciso desistir después? El camino del Dhaulagiri no pasa por este glaciar, y, si no existe otro itinerario, esta altura no será jamás conquistada.

Después de reducir a sus justas proporciones nuestras quiméricas esperanzas, acaban por renunciar.

Por la noche regresan, rendidos, al campamento base en el glaciar Este, y al día siguiente se encaminan a Tukucha.

Si han de lanzarse hacia el Dhaulagiri las fuerzas de la expedición, será llevarlas a una aventura incierta y peligrosa. Esta solución no puede concebirse sin una decisión motivada y estudiada a fondo. Es preciso examinar razonablemente la situación.

El 14 de mayo, la expedición entera está reunida en la gran tienda-comedor de Tukucha.

Es el gran consejo de guerra.

## Capítulo VI.

### Consejo de guerra

Ang-Tharkey nos vierte torrentes de café. El calor es bochornoso, y la reverberación en el exterior, deslumbradora; estamos reunidos en la tienda-comedor, donde la luz, tamizada por la tela verde, es suave.

Los rostros permanecen graves. Aunque Lachenal bromea como siempre, noto que la risa y la jovialidad disimulan una inquietud y una impaciencia muy comprensibles: dentro de una hora habremos tomado una decisión.

Los sherpas se mueven, atareados, comprendiendo que algo sucede: ¡todos los *sahibs* están aquí! —Debemos discutir seriamente —digo.

En seguida se establece un pesado silencio. Empiezo el ataque:

—Estamos a catorce de mayo, y desde el veintidós de abril, a pesar de nuestros esfuerzos, ninguna esperanza se nos ofrece. No tenemos en proyecto ningún itinerario, no sabemos siquiera de un modo categórico hacia qué dirección debemos ir. La expedición no tiene ninguna certeza. De ahora en adelante será preciso contar con la suerte. El tiempo apremia. Ha llegado la hora de las grandes decisiones.

Nadie pronuncia ni una palabra. Prosigo:

—Es evidente que estas montañas son coriáceas. Las posibilidades de escalada son muy reducidas en todas partes. Sería osado planear un itinerario para el Dhaulagiri pasando por el Dambush Kholá y el Valle Desconocido, puesto que supondría atravesar dos puertos de cinco mil metros de altura y un inmenso glaciar casi impracticable. Todo ello para llegar tan sólo al pie de la montaña. Un itinerario por el glaciar Este sería más aleatorio todavía. No quiero asumir el riesgo de hacer pasar a la expedición por un terreno tan peligroso. Hemos de luchar después con sobrados peligros para afrontarlos deliberadamente al salir. Queda otra posibilidad: la punta de Tukucha, que no ha sido reconocida todavía. ¿Será preciso para alcanzar un «ocho mil» escalar primero un «siete mil»? Es una solución desesperada, y la más larga, si no la más peligrosa.

—Yo no pondré nunca más los pies en esa montaña —anuncia Terray, dominado todavía por sus emociones en los *seracs* tambaleantes y en los azarosos puentes de nieve del glaciar Este.

Y afirma, categórico:

—El Dhaulá no se hará nunca, nunca. Por mi parte, me rajo.

—Las esperanzas parecen escasas —interviene Schatz—. Yo no veo muchas posibilidades: la arista sudeste está fuera de la cuestión. ¿Y la arista norte?

—¡La arista norte —exclama Terray— nadie la alcanzará nunca! Es de hielo vivo, y la pendiente, tan pronunciada, que habría que marcar presas para las manos.

—Cuando Couzy, Oudot y Schatz exploraron los desfiladeros del Miristi, el veintisiete de abril, trajeron croquis que señalaban la pendiente media de la arista norte del Dhaulagiri, y parecía aceptable. Además, la parte más dura no aparentaba tener más que unos cuatrocientos o quinientos metros de altura. Sobre el flanco izquierdo mirando a la montaña, las grietas deben de poder cobijar campamentos. ¿Y por qué no instalar cuerdas fijas?

Mi discurso, aunque apoyado por argumentos técnicos, no parece convencer a nadie. Rebuffat rompe un largo silencio.

—De todas maneras, es preciso llegar a esa arista... Así es que...

Desde luego, todo ello no resulta muy favorable, pero intento defender estas soluciones desesperadas, aun dándome cuenta de una tácita y unánime oposición. No querría que después de haber desechado el Dhaulagiri, nos pesara no haber agotado por completo el asunto. Antes de volver la página quiero que el problema del Dhaulagiri esté definitivamente resuelto.

El silencio se establece de nuevo; todos reflexionan y nadie se atreve a hablar. Couzy se inclina hacia delante y con la mirada fija dice, midiendo sus palabras:

—Maurice, en el Annapurna... parece que hay posibilidades.

La tensión de la atmósfera disminuye.

Las lenguas se sueltan. Todos encuentran a Couzy muy valiente por haber roto el fuego. Sí, desde luego, de lo que hay que tratar es del Annapurna.

—Consideremos lo que sabemos del Annapurna —digo—; la única vía de ataque es la vertiente norte. Pero es preciso alcanzar esa vertiente. El acceso a las cuencas altas del Miristi Kholá es un problema resuelto. Desde el último punto alcanzado se nos presentan tres caminos: por una parte, el espolón noroeste, que es donde debería desarrollarse nuestro primer ataque. En segundo lugar, el glaciar oeste del Annapurna, que, según parece, permite llegar por un corredor al punto de unión del espolón y de la arista cimera. Por fin el glaciar, que nadie ha visto todavía pero que debe de esparcirse por toda la vertiente norte del Annapurna.

—El espolón —dice Oudot— es el itinerario más corto. En dos días puede alcanzarse la arista cimera, a seis mil o seis mil quinientos metros. Evidentemente, queda una zona invisible entre las cimas de este espolón y el Annapurna. Pero si una brecha se interpone, siempre será posible rodearla por el glaciar oeste, a la derecha del espolón, mirando hacia la montaña.

—Sí —apoya Couzy—. Me atrae esta última vía. Tal vez pueda alcanzarse por ella un desnivel importante sin ninguna dificultad especial.

Y Schatz añade:

—Además, no queda otra duda que la parte media del itinerario. Las pendientes superiores del Annapurna parecen fáciles. Hay rellanos que quizá permitirían la instalación de campamentos. ¡Vayamos! En tres días lo tenemos hecho.

La opinión de Schatz refleja exactamente la mía. Es del todo lógica.

—Y tú, Matha, ¿qué opinión tienes?

—Has de comprender, amigo Maurice, que yo no vine aquí como alpinista, sino como cineasta.

—¿Cuando salías de exploración, bien te mostrabas alpinista! Y a ti, Oudot, ¿qué te parece?

—Me parece que el Dhaulagiri ofrece demasiados peligros. Prefiero el Annapurna.

Noyelle asiente de modo ostensible.

—Y tú, Gastón, ¿crees que es posible el acceso a la punta de Tukucha?

—¡Pero, Maurice, te lo he dicho ya! Creo que deberíamos haber empezado por subir a ella. Tiene que ser un observatorio ideal. Ahora ya no vale la pena.

Mi responsabilidad es muy grande.

Sea cual sea la decisión, las fuerzas de la expedición no formarán más que un solo conjunto y se lanzarán íntegramente a la batalla.

Todos han sido escuchados. Ahora me toca a mí decidir.

—En vez de atacar en seguida el Annapurna, haremos primero un reconocimiento a fondo, cuyo objetivo consistirá en hallar el itinerario de ataque. El grupo que practique este reconocimiento deberá poder vivir durante unos diez días, y será aprovisionado, hasta orden contraria, a un ritmo limitado. En cuanto los elementos de vanguardia entrevean la solución, el reconocimiento se transformará, a orden mía, en ataque definitivo. Gracias a las disposiciones que vamos a tomar, esta transformación puede llevarse a cabo sin perder ni un solo día.

—¡Muy bien, ya que está decidido, marchemos inmediatamente! —exclama Schatz.

Todos se mueven, levantándose de las sillas.

—Esperad...

La calma renace.

—No basta decidir. Es necesario que cada uno sepa lo que debe hacer. Tres de nosotros conocen el acceso al paso del veintisiete de abril. Cada uno de ellos acompañará a un grupo durante las cuatro jornadas de aproximación que son precisas. Matha, Gastón y yo acabamos de llegar de Manangbhot muy fatigados. Además, he de examinar la situación del campamento, escribir algunas cartas y estudiar las últimas cuentas, para saber si necesitaremos un complemento financiero para el regreso. Lachenal y Terray, acompañados por los sherpas Adjiba, Angawa y Dawatoundu, marcharán hoy mismo con Schatz, quien les enseñará el camino. Un segundo grupo, en el que iremos Gastón y yo, guiados por Couzy, seguirá al primero con un día de intervalo. Noyelle asegurará el aprovisionamiento regular de todos. Ichac y Oudot esperarán mis instrucciones para venir. Teniendo en cuenta que no podrán llegar hasta transcurridos por lo menos seis días, tendrán tiempo sobrado para ir juntos a Muktinath.

—¿Y Ang-Tharkey? —pregunta Ichac.

—Puedes llevarlo contigo... En cuanto a Francis de Noyelle, constituirá con G. B. Rana el grupo de retaguardia, que no deberá ponerse en marcha hasta que yo se lo diga.

Y añado volviéndome a Noyelle:

—Tendrás que preparar los fardos indispensables para los reconocimientos, para el ataque y para el regreso, y asegurar en tiempo útil el reclutamiento de los culis.

—¿Y nuestras cosas? —preguntan Lachenal y Terray.

—Repartidlas en cuatro lotes. El primero, que llevaréis vosotros mismos, ha de ser ligero, pues no conviene que os canséis. El segundo, que comprenderá el material alpino, ropa de abrigo, objetos de aseo, etcétera, será transportado por los culis. El tercero estará constituido por el material necesario para el caso de que el reconocimiento a fondo se transforme en ataque general, es decir, ropa de recambio y equipos de abrigo. En fin, un cuarto lote, que comprenderá únicamente los objetos que se usan en el valle, será empaquetado y marcado con vuestro nombre y se dejará en Tukucha.

Ahora todos saben lo que les espera y lo que deben hacer. Luego llamo a Ang-Tharkey para informarle del orden de las operaciones.

En el campamento reina gran animación. El primer grupo saldrá en cuanto esté preparado. Si el tonelaje no es mucho, la diversidad de los objetos que han de llevarse es tan grande, que da lugar a numerosas conversaciones, conciliábulos, visitas de tienda a tienda, preparativos...

—Oudot, haz un paquete de medicamentos para el primer grupo —pide Schatz.

El *toubib* reúne lo indispensable para una estancia prolongada en la selva y en la alta montaña, haga buen o mal tiempo: suero antivenenoso, aspirina, cremas antisolares, vitamina B2, bicarbonato de sosa...

Terray arregla concienzudamente sus cosas, pinta su nombre sobre lo que ha de quedar en el campamento; luego se ocupa de las provisiones, mientras Lachenal, muy práctico en cosas de material, mide las cuerdas, clasifica las clavijas...

Durante este tiempo, Marcel Ichac no pierde nada del espectáculo y corre de un lado a otro con su cámara. Llega siempre cuando menos lo esperamos, nos retrata en posiciones que luego consideramos poco favorecedoras, y dice: «¡Ya está!».

Noyelle parece preocupado: las negociaciones con el *suba* y G. B. Rana son laboriosas; en vano les dice y repite que los caballos que ha pedido deben serle proporcionados en seguida.

Al final consigue lo que desea, pero los pobres animales no me inspiran gran confianza: uno de ellos es patizambo; otro, demasiado viejo, mece lamentablemente la cabeza... ¿Podrán siquiera atravesar el pueblo?

Los equipajes están cerrados, y ensillados los caballos, pero ¡con qué sillas! Desde luego, nuestras caballerías se olvidan de piafar, pero están aquí. Cada uno hace mentalmente su inventario, esperando no haber olvidado nada. Los sherpas cogen los fardos ayudados por sus colegas, que se muestran en extremo serviciales. Deseamos buena suerte a nuestros camaradas.

Y éstos se alejan...

Después del ruido ensordecedor reina un extraño silencio. Una cierta impresión de vacío flota. La tarde es tempestuosa; la atmósfera, pesada. Me gustaría hacer una visita a la pagoda y llamo a Ang-Tharkey para exponerle mi deseo.

—*Yes, Bara Sahib. Yes, Bara Sahib.*

El *sirdar*<sup>[63]</sup> no cesa de asentir y echa a correr hacia la pagoda.

—Parece en buena armonía con la «sacristana» —insinúa Ichac.

Gracias a estas altas relaciones, el misterio del templo va a sernos descubierto, y hasta es posible que podamos asistir a un oficio.

Algunos minutos después, Ang-Tharkey se nos acerca.

—*All is ready*<sup>[64]</sup> —nos dice sonriendo.

En efecto, al acercarnos a la pagoda vemos a la «sacristana» en animada conversación con los miembros de su familia, que habitan, según me entero entonces, en las dependencias del templo. Por lo visto, el oficio, va a empezar, y bastará esperar unos minutos. Algunos budistas han llegado ya.

Ang-Tharkey nos invita a entrar.

Penetramos primero en un oscuro vestíbulo, completamente vacío; luego en una gran sala, también en la penumbra. Unos balbuceos nos revelan la presencia de los fieles. De pronto suenan las

campanitas, luego el gong. Desde aquel momento no se puede contar ya con Ang-Tharkey, pues noto que se ha postrado en el suelo. Mis ojos empiezan a acostumbrarse a la oscuridad. Me dirijo hacia la derecha, siguiendo la pared, y llego hasta un enorme molino de oraciones, junto al que permanece una mujer dispuesta para tocar el gong. Unas monótonas salmodias, ruidos de pasos, campanitas, luego una trompeta y, por fin, grandes golpes de gong en rítmico crescendo y acompañados por platillos terminan la ceremonia. El lama, a quien no he podido divisar todavía pero cuya presencia adivino, conversa con sus ayudantes. El perfume del incienso llega hasta mí. Doy una ojeada hacia el altar, en que aparece un Buda de bronce débilmente iluminado por lámparas de aceite. A la izquierda, en el fondo, hay otro altar adornado con divinidades pintadas con minio, y a sus pies unas copas metálicas que sirven de incensarios.

A pesar de reinar allí una atmósfera extraña y misteriosa, los fieles no parecen abrumados por el respeto; el estruendo de los oficios no dispone mucho al recogimiento. En resumen, la impresión de piedad es poco sensible.

Al salir, después de consultar con Ang-Tharkey, la expedición se muestra generosa con la «sacristana».

Al regresar al campamento, y mientras espero la comida, pongo las cuentas al día y escribo una carta a París.

«Tukucha, 15 de mayo de 1950.

»Querido Devies:

»Te escribo al regreso de una larga y fatigosa exploración por el norte del Annapurna para darte noticias que a buen seguro debes esperar.

»Ante todo, puedes decir a las respectivas familias que la gente está en perfecto estado de salud y en excelente forma. Así lo confirman los *tests* de Oudot.

»El espíritu de equipo, perfecto, como siempre.

»Hoy te puedo decir que el período de exploración está prácticamente terminado:

»*Punto de vista alpino.*- A mi regreso, la situación técnica ha sido examinada a fondo: las distintas vías del Dhaula son no sólo en extremo difíciles, sino también, en ciertos lugares del recorrido, muy peligrosas. En cambio, el Annapurna ofrece posibilidades...

»De aquí que ayer tomara la decisión de dirigir hacia este objetivo las fuerzas de la expedición y ordenar en seguida una exploración a fondo que pueda transformarse, sin pérdida de tiempo, en un ataque propiamente dicho.

»A decir verdad si el Dhaula es una monstruosa pirámide, el Annapurna reina sobre un macizo muy poderoso, con una cincuentena de más de 7000, aristas muy altas y, probablemente, una cuenca superior casi inaccesible, cuyo único punto débil parece ser una depresión por la cual atacaremos...

»Cordialmente,

»MAURICE HERZOG».

La atmósfera parece impregnada de tristeza. ¿Será porque algunos de nuestros compañeros han salido ya en busca de la aventura? ¿Porque subsiste todavía alguna indecisión? ¿O sencillamente porque nos sentimos fatigados? No lo sé...

Mientras Gastón ronca en su saco de dormir, yo alineo cifras, hago hipótesis y establezco

presupuestos. Los ojos se me cierran. Soñoliento todavía, oigo las oraciones de Ang-Tharkey y las atenuadas respuestas de sus compañeros.

¿Para qué salir de este estado de duermevela, de esta atmósfera algodonosa? ¿Para qué moverse, si los músculos descoyuntados y fatigados nos hacen sufrir? ¿Para qué despertarse si no es preciso hacerlo? Un sherpa saca la cabeza y con una amplia sonrisa dice: «*Good morning, Bara Sahib*», al tiempo que alarga un delicioso café con leche acompañado de un plato de *tsampa*...

Todos nos desperezamos para tomar el desayuno: café con leche, *tsampa*, huevos con tocino, tostadas con mantequilla o mermelada, salchichón y chocolate.

Las frases se entrecruzan de una tienda a otra.

—¡Matha! ¡Hace un tiempo maravilloso! ¡Las fotos!

Un gruñido es la única respuesta.

—¡Oudot! ¡Los *tests*!

—¡Prohibido comer antes de los reconocimientos!

—*Khanna! Khanna! Khanna!* —berrea Noyelle.

El campamento despierta lentamente; todo el mundo se levanta y empieza a moverse.

¡Al trabajo! Esta mañana lo primero para mí es afeitarme una barba de ocho días que se me hace insoportable. Con Ichac proyectamos una visita a la fuente del pueblo, un chorrito de agua que brota a unos doscientos metros, junto al único árbol de la localidad. Con camiseta y *shorts*, llevando en una mano los útiles de aseo y en la otra nuestras inseparables máquinas, nos dirigimos charlando al «balneario» de este hermoso país.

Dos muchachas, particularmente bonitas y graciosas, lavan la ropa en la fuente; van limpias, bien peinadas y llevan un *sari* de trabajo, hecho de algodón. Los movimientos que hacen al golpear la ropa nos permiten admirar sus cuerpos flexibles y bien proporcionados.

—Encantadoras —le digo a Ichac mientras nos acercamos.

—Espera —murmura él—. Voy a intentar retratarlas...

¡Grandes chillidos nos reciben!

Cuando las cajas «impías» están guardadas, se tranquilizan y golpean repetidamente la ropa contra las piedras, según el uso del país, funesto para la ropa, que no resiste mucho tiempo. La plancha es desconocida.

Los chiquillos juegan junto a la fuente, empujándose y salpicándose. La mayoría son niñas budistas. A pesar de su corta edad, llevan ya joyas en las orejas, en la nariz, en la frente, en el cuello, en las muñecas...

Una de ellas, muy linda, no deja de sonreír y despierta mi simpatía. Después se ríe a carcajadas al ver que me lavo los dientes con una extraña pasta de color y que luego me afeito con un instrumento cortante que no le inspira gran confianza. Pero ya sé lo que le interesará. ¡El agua de colonia! Se la doy a oler y le pongo un poco en los cabellos. Está encantada, con un entusiasmo que linda en el éxtasis. Los perfumes parecen gozar en esta parte del mundo de un increíble prestigio. La niña no se muestra ya nada huraña.

¡Qué raros deben de ser los momentos de felicidad para esta chiquilla que vive en una miseria de la que, por fortuna, no se da cuenta!

Bruscamente, su sonrisa se borra. Vuelvo la cabeza. «¡Clic!». ¡Ichac acaba de sacar una fotografía! Esto la ha asustado. Una vez tranquilizada, podría seguir peinándola y ella seguiría riendo, pero, por graciosa y conmovedora que resulte la escena, es preciso marchar. Recogemos nuestras cosas y nos alejamos de la fuente. Mi pequeña budista se aleja. ¡Pobrecilla! Cojea horriblemente. Una pierna mucho más corta que la otra deforma su andar. La veo alejarse con el corazón oprimido.

Cuando llegamos al campamento hay gran agitación en él. El segundo grupo debe marchar a primera hora de la tarde. Las cocinas humean y los sherpas están atareados alrededor de las tiendas.

Los chiquillos del pueblo nos contemplan con los ojos muy abiertos. Un hombre está hilando plácidamente, otro mira con avidez una lata de conservas vacía que representa para él un tesoro. Un tercero sopla en un tubo vacío de leche condensada y lo hace reventar con un ruido espantoso.

Los culis empiezan a llegar uno a uno... Les han dicho que vinieran por la tarde y han venido por la mañana. Esperan... contemplándonos.

Panzi, Sarki y Aïla meten la cabeza en los sacos abiertos. Los vigilo, porque, ya por exceso de prudencia o de desconfianza, tienen tendencia a llevarse consigo todas sus cosas. Me parece inútil que lleven tres pantalones, pero, como compensación, no vacilo en aumentar su carga con tres cuerdas suplementarias.

De la tienda-comedor me llegan ecos de música india. Francis de Noyelle busca noticias por la radio. Conectados de nuevo con el mundo, mis pensamientos se evaden un instante. ¿Tendrán noticias nuestras en Francia? Aquí no hemos recibido nada, ni una letra. A pesar de todas las indagaciones y reclamaciones a los nepaleses, el misterio no ha podido ser aclarado.

Cuando la comida es servida, nos abalanzamos literalmente sobre ella, y de una manera especial sobre los alimentos picantes, vinagretas, especias y otros condimentos.

Oudot me confirma que el estado sanitario de mis camaradas es excelente. Han sido precisas tres semanas para que todos estén aclimatados y hayan recobrado su equilibrio. El forúnculo de Lachenal está completamente curado y nadie tiene ya ningún daño en los pies.

Ahora debemos pensar en la marcha del segundo grupo; las escenas de la víspera se repiten en la atmósfera electrizada del campamento. Esta vez es Rebuffat quien se ocupa de los víveres, y Couzy del material. Los caballos llegan; por suerte, los culis están ya preparados. No nos falta más que marchar. La tarde está bastante avanzada, hace calor y un poco de bochorno. Después de despedirnos efusivamente de Ichac, Noyelle y Oudot, espoleamos nuestros caballos.

Salimos en busca de la gran aventura...



## Capítulo VII.

### El Miristi Khola

Recorremos al trote corto la calle principal de Tukucha, en medio de una hilera de chiquillos piojosos, de mujeres restregando sus potes y de ancianos que nos contemplan desde los umbrales de las puertas: a los *sahibs* les sucede algo nuevo.

El cruce del Dambush Khola es algo delicado. Montados en nuestras caballerías, levantamos los pies para no mojarnos el calzado. Sería bastante fácil si no tuviéramos que mantenemos muy cerca de la cabeza del caballo para poderla guiar firmemente en el curso agitado del torrente; no tendría tampoco importancia si las sillas de montar de esta tierra no tuvieran la desagradable costumbre de dar la vuelta bajo la barriga del animal, o si a las cinchas, demasiado apretadas, no se les ocurriera romperse en el momento más inoportuno.

Rebuffat, que tiene las piernas largas, atraviesa valientemente con los pies en el agua.

—¡Es mejor mojarse los pies —me explica— que tomar un baño completo!

En la gran llanura de Tukucha llevamos las cabalgaduras a buen paso. A Rebuffat se le rompe una correa de la silla y queda en desequilibrio; su posición encogida resulta de una enorme comicidad. Le propongo cambiar de caballo, pero al final todo se arregla y proseguimos al galope.

Después de atravesar Khanti y Larjung, que nos son ya familiares, y el pueblecito de Dhumpu, muy primitivo pero cuyos habitantes son muy amables, subimos por la pendiente que conduce a Lete.

Los *ghorawalas*<sup>[65]</sup> que nos esperaban allí empiezan a inquietarse; se hace tarde y no podrán devolver sus caballos a Tukucha. Pero ya que el camino es pasable, ¿por qué no seguir un rato más con estos animales que nos hacen ganar tiempo? Los palafreneros corren detrás de nuestras caballerías, hasta que por fin no hay más remedio que apearse. Los *ghorawalas* llegan cubiertos de sudor y no disimulan su satisfacción al ver terminada la cabalgata. ¡Y nosotros tampoco!

Hacia la izquierda, un mal camino debe conducirnos, según Couzy, al pueblo de Choya. Nos ponemos en marcha y poco después llegamos a él. La primera casa está muy concurrida y se ven muchos culis subiendo y bajando las escaleras. Las risas, los cantos y la alegría que reina entre ellos me autorizan a creer que en este lugar deben distribuir copiosamente el alcohol de arroz. En el Nepal está prohibido comerciar con el alcohol. ¡Pero no se debe recibir mal a los invitados!

Salimos del pueblo y poco después nos encontramos con el grupo más numeroso de nuestros porteadores, cómodamente instalados en la fresca hierba y con los fardos esparcidos a su alrededor. Los había enviado por delante en previsión del largo recorrido... A nuestros rugidos, los fardos son recogidos en un momento y los porteadores desaparecen con una celeridad de la que no les hubiera creído capaces.

La noche cae. Después de rodear algunas rocas, desembocamos en unos pastos suspendidos al borde de un precipicio. Sarki y Aïla instalan en seguida las tiendas, preparan los víveres y encienden el fuego. Es tarde; cenamos en silencio y nos metemos en nuestros respectivos sacos de dormir.

Al día siguiente despertamos a los sherpas y levantamos el campamento. Un estrecho camino nos conduce al fondo del valle. En este mismo lugar, Marcel Ichac y Jacques Oudot se toparon con un

grupo de monos que subían por él. Desde allí seguimos por un sendero que va sesgando el acantilado, y desembocamos luego por una brusca pendiente sobre el Chadziou Khola, torrente poco importante en esta época. No es ningún problema atravesarlo, pero es de todo punto imposible, aun para el más ducho, distinguir indicios de camino en la otra orilla. Una espesa selva, de impenetrable apariencia, parece cubrir la montaña hasta gran altura. Couzy nos informa que no volveremos a encontrar agua hasta el día siguiente por la noche, y llenamos todos los recipientes disponibles. Los sherpas y los culis hacen como los camellos y beben como si no fueran a acabar nunca.

La subida empieza con una verdadera escalada por una roca vertical. Las huellas ascienden serpenteando entre bambúes, troncos muertos y árboles que se atraviesan en el camino en busca de luz. La atmósfera es húmeda y bochornosa. Empiezo una larga conversación con Couzy y estamos hablando de Bergson y Jünger, cuando descubrimos una pradera encantadora salpicada de campanillas blancas y otras flores.

—Es aquí —dice Couzy— donde vivaqueamos Oudot, Schatz y yo el veintisiete de abril.

Los alpinistas son muy rutinarios: comeremos aquí. Las mochilas descansan en el suelo, los tubos de leche condensada pasan de mano en mano y espirales de humo salen de nuestros cigarrillos cuando llegan los últimos culis, que sudan la gota gorda en este difícil terreno.

Couzy ha quedado pensativo, mientras Rebuffat piensa en su pequeña Dominique, de la que no tiene noticias. Es preciso espabilarse y volver a marchar.

En un recodo del camino nos hallamos bajo una arboleda resplandeciente de flores de vivos colores cuyo nombre no sabría decir. ¿Puede soñarse bóveda más suntuosa? Al salir de este florido arco de triunfo desembocamos en un hermoso claro del bosque. A nuestro alrededor hay un verdadero cementerio de deodaras carbonizadas, cuyos troncos se elevan hasta cuarenta metros; rododendros gigantes jalonan nuestro camino y prodigan sus flores rosa o encarnadas. Los sherpas se abalanzan sobre una especie de abedules rojos; con el piolet hacen un corte en el árbol, ponen debajo una lata vacía y obtienen de este modo unos sorbos de agua fresca.

Subimos con gran trabajo por un corredor desesperadamente largo, abrupto y obstruido por piedras inestables.

—Este rincón está lleno de marmotas —nos dice Rebuffat.

Por más que miro no veo ninguna. Al llegar arriba nos detenemos otra vez y fumamos un cigarrillo esperando la llegada de los culis. Estamos a la raya de los 4000...

Aparecen los culis, que han seguido muy bien hasta ahora, pero noto que están fatigados. El recorrido se hace difícil para ellos; los fardos, sostenidos en la frente por correas, tienen tendencia a desviarlos hacia el vacío. Las asperezas lastiman sus desnudos pies y no se sienten seguros. Más lejos debemos atravesar una zona de nieve, y, aunque la apisonamos ensanchando las huellas, da pena ver a nuestros culis, doblados bajo su carga. Me siento vagamente culpable con mi cómodo calzado.

Un *chörten*<sup>[66]</sup> señala la brecha —término de la jornada— que alcanzamos por fin. Nos agrupamos para no perdernos y descendemos por las suaves pendientes de los pastos. El tiempo se pone muy malo y llueve sin cesar. Instalamos las tiendas en un indescriptible desorden, pues cada uno se apresura a cobijarse en la suya apenas la tiene montada.

Hoy hemos subido cerca de 2000 metros para alcanzar el collado al que decidimos nombrar «Paso del 27 de abril». Mis compañeros Couzy, Oudot y Schatz tuvieron mucho mérito al descubrirlo, distinguiendo esta vaga pista y siguiéndola hasta el término con una perseverancia digna de ser alabada.

Toda clase de ruido cesa pronto en el campamento.

Rebuffat me despierta al removerse a mi lado. Mientras los culis confeccionan metódica y minuciosamente sus bolas de tsampa. Sarki se precipita hacia mí muy excitado.

—*Bara Sahib...! Thar!* —grita señalándome un punto lejano sobre la arista.

¡Un *thar!* ¿Es posible? No he tirado nunca ni a una liebre, a pesar de haberme sentido siempre con alma de cazador. Como un felino me arrastro hasta la escopeta que Sarki ha tenido el gran honor de llevar hasta ahora. Después de armarla, doy rápidas instrucciones para levantar el campamento y salgo con el sherpa, que sigue al animal con la mirada. En cuanto a mí, no veo nada, ni con ayuda de los gemelos. ¡Si! Bruscamente aparece en mi objetivo una especie de gamuza a más de dos kilómetros de distancia. Procuramos adelantar en su dirección, escondiéndonos detrás de los obstáculos naturales, y subimos rápidos... Pero, ¡ay!, el *thar* ha desaparecido, y aquí terminan mis hazañas de cazador en Asia.

El itinerario establecido para la jomada consiste en atravesar los contrafuertes de las Nilgiris, dominando constantemente el Miristi Kholá. Cuando se interponen en nuestro camino infranqueables barrancos, debemos ganar altura para bajar después derechos hacia el río, cuyas gargantas en este lugar son ya practicables. Debemos caminar casi siempre al sesgo, subiendo y bajando barrancos y atravesando torrentes cada vez más importantes. Por fortuna, hallamos de vez en cuando piedras colocadas verticalmente. Estos mojones jalonan el camino seguido el día anterior por nuestros compañeros. En una zona de nieve, Schatz ha dejado escrita la hora a que pasaron. Llevamos, más o menos, el mismo horario.

Las nubes nos rodean y es imposible tener una vista de conjunto del terreno por el que caminamos. Al llegar a cierto lugar, al comienzo de la tarde, nos hace el efecto de que será difícil proseguir. Llamamos a Couzy, nuestro guía: vacila un momento, vuelve unos pasos atrás y nos llama triunfante: un banderín del Club Alpino Francés, clavado en un montón de piedras, indica el principio del descenso hacia el Miristi Kholá. Empezamos a bajar unas pendientes cubiertas de hierba, por las que los culis resbalan con facilidad. Su moral no es muy estimable.

Llueve, nieva, el recorrido se hace larguísimo. De pronto oigo gritos y al adelantarme diviso una hoguera encendida: son los culis del primer grupo que, después de haber dejado sus fardos, regresan hacia el valle. Una conversación en *gurkhali* se inicia, y observo una vez más que esta lengua, de palabras cortas y sonidos guturales, resulta comprensible desde muy lejos.

El descenso prosigue por escarpaduras rocosas y bordea unos peñascos en los que se ven numerosas cuevas. Couzy me asegura que la otra vez que vinieron, un rebaño de gamuzas, que tomaba el sol a la entrada de una de las cuevas, no creyó necesario esconderse al verlos pasar. Pero hoy — que llevo escopeta — no se ve ni rastro de ellas.

Algunos minutos más tarde nos hallamos todos reunidos a la orilla del Miristi Kholá, torrente impetuoso en que desaguan las altas cuencas del Annapurna, de la Gran Barrera y de las Nilgiris.

El itinerario continúa por la orilla opuesta y es preciso atravesar. Hay allí unos troncos de árbol, puestos el día anterior por nuestros compañeros para permitir el paso de los porteadores, pero los culis se niegan a aventurarse sobre ellos con sus fardos. Rebuffat y yo no vacilamos: transportamos la carga nosotros mismos.

Rebuffat se transforma en culi y se hace colocar sobre la frente la correa que sujeta los fardos. Su cabeza, su cuello y su largo cuerpo tienen peligrosas ondulaciones... Se acerca al torrente y empieza a caminar por los troncos, sostenido por Couzy; da algunos pasos solo, manteniéndose en equilibrio sobre las espumosas aguas, y alarga los brazos para asirse a mí, que le espero en una roca que sobresale y desde la cual puedo coger los fardos sin peligro.

La operación se repite varias veces, pero uno de los fardos me preocupa porque es muy pesado y molesto de llevar: contiene, entre otras cosas, dos unidades de base y una unidad de altura. Rebuffat avanza, vacila, pierde un momento el equilibrio, lo recobra con dificultad, vuelve a adelantar despacio... De pronto, la correa de la frente resbala... El fardo cae al torrente y entreveo en un instante la pérdida de mis tiendas.

Couzy y yo tenemos el mismo reflejo: cada uno en su orilla intenta capturar las tiendas saltando de piedra en piedra. Fracasa una vez, pero después de unos cuantos saltos más, en un momento en que un remolino hace vacilar el fardo, tengo la suerte de lograr introducir la punta de mi piolet en un pliegue de la tela.

¡Victoria!, pero el susto ha sido mayúsculo. Rebuffat estaba desesperado... El resto de las operaciones se desarrolla bien, pero las horas han ido transcurriendo y buscamos por los alrededores un terreno para acampar. Lo hallamos pronto. Un buen fuego, una buena cena y, mientras los culis charlan y fuman alrededor de su hoguera, los *sahibs* se duermen con la conciencia tranquila.

Al día siguiente nos ponemos en camino temprano, con un tiempo muy mejorado. Me adelanto cosa de una hora al resto de la caravana, y hacia el mediodía, por fin, encuentro a Marcel Schatz, que ha salido a recibirnos. Nos estrechamos la mano con alegría y me pone al corriente de todo: esta misma mañana, Louis Lachenal y Lionel Terray han salido para reconocer el espolón noroeste del Annapurna.

Al acercamos al campamento base, las morrenas son más bajas, el valle del Miristi se ensancha y podemos abarcar una vista bastante completa de lo que nos rodea. El espolón, que termina a unos centenares de metros del lugar en que nos hallamos, no tiene mala pinta, pero, sin poder precisar la razón, no me siento muy partidario de esta vía. Desde la experiencia del Dhaulagiri, desconfío mucho de los recorridos sobre arista. Temo que, aunque no oponga obstáculos infranqueables, el trayecto de la arista en cuestión sea demasiado largo. No podré decidirme a transformar el reconocimiento a fondo en ataque propiamente dicho hasta haber explorado detenidamente el espolón, es decir, hasta que hayamos alcanzado la meseta superior del Annapurna. Schatz y yo llegamos al campamento base, situado en medio de las morrenas. Pequeños lagos morrénicos, de un azul verdoso, ocupan de trecho en trecho el fondo de los valles. Nos hallamos en un vasto desierto de piedras. Desde aquí emplearíamos una jornada de marcha para alcanzar la Gran Barrera, que obstruye el horizonte al Este, o las Nilgiris, al Norte.

Está nevando y nos refugiamos bajo una tienda. Las horas transcurren en largos conciliábulos.

Un ruido de piedras, de piolets golpeando las rocas, insultos: no puede ser más que la cordada Lachenal-Terray. La cortina de la tienda es apartada bruscamente y recibimos una interjección por todo saludo. Reconozco a mis camaradas en plena acción. Antes de que hayan hablado comprendo que están fatigados, pero resueltos y optimistas.

Se quitan sus chaquetas, cubiertas de nieve, y mientras toman el té me ponen al corriente de lo que han hecho durante el día. La famosa cordada que ha vencido las murallas más hermosas de los Alpes, y también las más temidas, sigue hoy la línea de su tradición.

—No es cosa fácil —dice Terray.

—¡Tú dirás! —apoya Lachenal—. Hay pasos completamente del quinto grado<sup>[67]</sup>.

—¡Del quinto grado! —respondo yo—. ¡No es posible que los sherpas pasen un quinto grado!

—Son pasos aislados.

—Y pueden equiparse con cuerdas; a los sherpas los estiraremos, los empujaremos y acabarán por pasar.

—Ya lo veremos. Y, dejando esos pasos aparte, ¿cómo es la arista?

—Muy larga, desde luego —responde Terray—, y cuanto más se adelanta, más difícil es.

—Después del punto al que habéis llegado, será tal vez imposible seguir.

—No lo creo. Nos detuvimos hacia las once de la mañana, después de haber escalado desde el amanecer. Llegamos a unos cinco mil quinientos metros. Un poco más arriba, la arista se hace más empinada y aparece cubierta de nieve. Luego no se ve nada, pero, a mi parecer, y Biscante opina lo mismo, debe de unirse, unos centenares de metros más arriba, a la meseta superior del Annapurna.

—No sé, no sé... —murmuro con escepticismo.

—Oye, Maurice, es muy sencillo —propone Terray—. Lo mejor es dirigir allí todas nuestras fuerzas. Mañana por la mañana nos dedicamos a transportar el campamento base a la colina cubierta de hierba y empezamos el ataque.

—Y nos ahorramos muchos días de vacilación —añade Lachenal.

—Pero nos exponemos a desbaratar todas las probabilidades de éxito. Si el ataque al espolón fracasara, sería preciso desmontar el campamento base y volverlo a bajar al valle para subirlo de nuevo a otro lugar. ¡Ni pensarlo! No debemos lanzar todas las fuerzas de la expedición por una vía insuficientemente explorada. Ampliemos vuestro reconocimiento mañana, subiendo más arriba del punto alcanzado y prosiguiendo hasta el momento en que tengamos la certeza de que es practicable hasta la cumbre. Entonces tomaremos la gran decisión.

—¡Testa dura!

Lachenal y Terray se indignan. Opinan que es preciso decidirse en seguida y declaran una vez más que están seguros de llegar por el itinerario indicado.

Conozco bien a mis amigos y desconfío de su euforia, pues después de los esfuerzos realizados durante el día se hallan en un estado de exaltación muy pronunciado. Yo soy el responsable y, por lo mismo, debo mostrarme prudente, así es que mantengo mi decisión. Mañana por la mañana nos dirigiremos todos hacia el espolón con material de campamento ligero, y no bajaremos hasta que sepamos a qué atenernos. El campamento base quedará de momento en el mismo lugar, y el estilo de la operación será el de exploración a fondo. Mientras mis camaradas se secan, arreglan sus cosas y

se preparan para el día siguiente, escribo unas líneas para la retaguardia.

«18 de mayo de 1950.

»Querido Noyelle:

»He llegado al campamento base. Lionel y Biscante acaban de bajar del espolón y no se muestran pesimistas. Seguimos con la misma táctica, en plan de exploración a fondo. En este momento hace mal tiempo, por lo cual hay peligro de que se retrasen las operaciones.

»*Viveres*: Temo que sean algo escasos. Haz el favor de mandar *illico* tres *containers*<sup>[68]</sup> valle, tres *containers* altura y un *container* con latas «fuerte»<sup>[69]</sup>.

»*Material*: 10 clavijas roca, 10 clavijas hielo, 100 metros cuerda nylon del 5,5. Tres cuerdas de 15 metros del 8. Dos unidades de altura.

»*Culis*: Pagar a los culis del primer escalón con *bakschichas*<sup>[70]</sup> idénticas. Pagar lo mismo a los del escalón dos: por la *bakschicha*, algunos han trabajado muy bien; *bakschicha* completa a los que te llevarán un papel. A los dos viejos, media *bakschicha*; a los otros, nada, porque han trabajado mal.

»*Viveres para después*: Salvo contraorden, una vez enviado lo que te pido, ¿podrás mandarme, además, tres *containers* valle y tres *containers* altura?

»*Matha y Oudot*: No hay nada nuevo que comunicarles de momento. ¡El mal tiempo me ha impedido hasta ahora ver el Annapurna! En cuanto pueda darte noticias, lo haré.

»Recuerdos de todos.

»MAURIZE».

\* \* \*

El 14 de mayo, el día del consejo de guerra, una vez decididos a orientar las operaciones hacia el Annapurna, Ichac me manifestó su deseo de visitar Muktinath con Oudot.

El día 15, al marchar de Tukucha, me despedí de Ichac y de Oudot. Éstos se pusieron en camino al día siguiente por la mañana, acompañados por Ang-Tharkey. ¡Para este último, Muktinath es el santuario de los santuarios! Creyente sincero y celoso practicante, se le ofrece una ocasión excepcional para hacer la peregrinación a que tantos de sus semejantes han debido renunciar. La salida, fijada para las seis de la mañana, se retrasa porque los caballos no empiezan a llegar hasta pasadas las siete. Algunos son tan malos que han de cambiarlos, pero unos minutos más tarde les vuelven a traer los mismos con sonrisas triunfantes. Es inútil querer parlamentar... No se obtienen más que sonrisas... ¡Estamos en Oriente!

A las nueve se ponen en camino. Durante todo el día, el grupo remonta el Gandaki por su orilla derecha, y al final de la tarde divisan una gran aglomeración: casas blancas, templos rojos y, dominándolo todo, una fortaleza tibetana en ruinas. Ang-Tharkey grita, presa de la mayor excitación: —¡Muktinath!

Al acercarse a la ciudad prodigiosa, los hermosos edificios se revelan en su sucia y lamentable realidad. En el extremo del pueblo hay algunos *chörten* abigarrados. ¿Dónde están los templos, los monasterios y los centenares de lamas?

Hacia el Este, Marcel Ichac divisa algunos edificios más nuevos protegidos por techos de cinc. Después de mucho preguntar, acaba por comprender que Muktinath no se compone más que de estos

cinco o seis edificios, y que de momento se encuentran en Chahar. Dejando la peregrinación para el día siguiente, nuestros amigos encuentran cobijo en un castillo desmantelado, cenan rápidamente y se acuestan ante los ojos interesados de cincuenta indígenas.

Al día siguiente, al amanecer, se dirigen al santuario. Después de dejar sus caballos a la puerta del edificio, pasan ante una roca en la que hay marcada una vaga huella comparable a la de un pie.

—¡Buda, Sahib! —exclama Ang-Tharkey postrándose en el suelo.

Después de pasar por delante de un templo semejante al de Tukucha, llegan a las fuentes sagradas: el agua del arroyo discurre por un canal horizontal y alimenta unas sesenta bocas en forma de vacas o de dragones. En el centro del rectángulo hay una pagoda nepalesa.

Los peregrinos beben y llenan sus recipientes. Ang-Tharkey se apodera de una cantimplora de la expedición y corre sucesivamente a todas las fuentes; nuestros compañeros no podrán disponer ya de la cantimplora durante el resto del viaje.

Hacia el Sur visitan otro templo guardado por una docena de muchachas, vestidas con trajes de vivos colores. Levantando una piedra, enseñan a Ichac y a Oudot dos estrechos orificios por los que sube el rumor del arroyo y por donde corre la llama azul de un gas natural que arde perpetuamente. Las «vestales» cantan y bailan. Los *sahibs* entregan su óbolo. Ang-Tharkey se muestra particularmente pródigo con el dinero de la expedición.

Al día siguiente, a primera hora de la tarde, los peregrinos regresan a Tukucha, en donde Noyelle los espera con impaciencia, pues desea también ir a Muktinath. Un día después marchará acompañado por G. B. Rana.

Durante los dos últimos días no hay nada nuevo en el campamento. No hay correo de Francia ni noticias del Annapurna.

Las veinticuatro horas que siguen son de reposo para nuestros dos amigos. El cortejo de los habitantes de Tukucha que regresan de Marpha, al son de tamboriles, de cantos y gritos, pone algo de animación en el campamento.

El 20 de mayo, a las nueve y media, llegan Angawa y Dawatoundu con el mensaje escrito en el campamento base del contrafuerte, al regreso de la exploración Lachenal-Terray.

## Capítulo VIII.

### El espolón

El 19 de mayo, antes del amanecer, el campamento base provisional instalado al pie del espolón empieza a agitarse. Terray, que ha sido el primero en levantarse, ruga con voz potente:

—Vamos, *monchus*<sup>[71]</sup>. ¿Se creen ustedes en el Majestic?

Es todavía negra noche. Los sherpas no comprenden a qué obedece este alboroto intempestivo. En las otras expediciones no salían hasta que era de día.

Mientras ellos, medio dormidos todavía, preparan *nesthé* y *tonimalt*, mis compañeros arreglan las mochilas.

—¿Cuántas clavijas de hielo?

—¿Llevas *vitascorbol*?

—¿Cuánto cabe en la cantimplora?

Luego se ponen en camino a través de las morrenas y se desvanecen en la noche. No tardo en imitarles, con los ojos soñolientos, tropezando con las inestables piedras, que apenas veo en la oscuridad, y me dirijo hacia el pie del espolón. Algunos chirridos de los piolets me demuestran que mis compañeros no están lejos. Atravesamos la última morrena; vamos todos pesadamente cargados, pues llevamos tres campamentos completos y víveres para varios días. Los sherpas nos acompañan: subirán todo lo posible para llevar fardos, y luego bajarán rápidos al campamento base para ahorrar los víveres de altura. Clarea ya cuando llegamos a la nieve, que está muy dura; mis *vibrams*<sup>[72]</sup> se adhieren bien. Adelantamos con trabajo pero con mucha regularidad.

¿Será posible que haga buen tiempo? Desde que salí de Tukucha apenas he podido ver el azul del cielo. Con peligro de resbalar en la nieve compacta y en la acusada pendiente, vuelvo a menudo la cabeza para admirar el espectáculo: la Gran Barrera, cuya altura media calculo en 7000 metros, nos aniquila literalmente. En su centro se yergue, entre otras, una inaccesible y gigantesca torre. Las altas murallas, de unos 3000 metros, dominan el campamento. La roca es lisa y no ofrece ninguna aspereza, ninguna falla de la que puedan valerse nuestros ojos de alpinistas para imaginar una vía cualquiera. ¡El Annapurna es una fortaleza gigante, y no atacamos más que sus primeras defensas!

El circo en que nos hallamos es del todo salvaje. Ningún hombre ha contemplado jamás estas montañas que nos rodean. Ningún animal, ninguna planta tienen derecho a existir en este lugar. En la pureza de la mañana, esta ausencia de vida, esta miseria de la Naturaleza, no hacen más que exaltar nuestras fuerzas interiores. ¿Quién comprenderá el entusiasmo que este vacío nos produce, cuando los hombres se enamoran siempre de naturalezas ricas y generosas?

Estamos casi a la altura del Mont Blanc. Cada uno se detiene para respirar y sube según el límite de sus fuerzas. Al llegar a la cresta, el sol ha salido ya. Hace un momento, las inmensas murallas eran sombrías, pavorosas; ahora centellean.

Debemos alcanzar el pie de la arista propiamente dicha. Terray, que viene con nosotros a pesar de la fatiga del día anterior, me indica el punto de ataque. Sacamos las cuerdas de las mochilas y nos encordamos. La víspera, nuestros compañeros dejaron colocada allí una cuerda para ayudarnos. El



frío es intenso. Empezamos la escalada por una roca calcárea, pero relativamente sólida. Yo voy con Sarki; luego siguen Rebuffat con Adjiba, Terray con Alia y, por último, Schatz.

Si el espolón ha de darnos la solución del problema, ha de ser pronto; así es que tenemos intención de llevar las operaciones a marchas redobladas. El programa es el siguiente: cuando las dificultades sean demasiado grandes para los sherpas, éstos dejarán los fardos y volverán a bajar. Los cuatro *sahibs* proseguirán y montarán una tienda tan arriba como puedan. Rebuffat y yo dormiremos en ella esta noche, mientras Terray y Schatz bajarán hasta la cresta, en donde Lachenal, repuesto ya del cansancio del día anterior, los esperará al caer la tarde para quedarse allí en compañía de Terray. En cuanto a Schatz, bajará hasta el campamento base, para volver a subir al día siguiente con Couzy, formar así una tercera cordada de asalto y establecer un campamento en la cresta.

El primer punto de este programa se realiza en seguida, pues despedimos a los sherpas, que pierden mucho tiempo en esta escalada difícil. Sin embargo, he podido observar que se adaptan fácilmente a la situación, aunque hasta la fecha no hayan practicado mucho esta clase de ejercicio. Particularmente Sarki me parece capaz de conducir una cordada en dificultades rocosas bastante serias.

Después de marchar los sherpas, ganamos altura con rapidez; a nuestro alrededor, como si estuviésemos en un avión, vemos proyectado el espolón sobre el que nos hallamos y que desde aquí parece tomar un aspecto benigno. Vemos también los glaciares que hay a uno y otro lado de nuestra arista, pero las nubes han acudido ya, fieles a la cita, y nos impiden ver las montañas que nos rodean.

La arista se afila como en las hermosas agujas de Chamonix, en las que ahora pensamos. La roca es franca, y si no fuera por el peso y por la altura sería una agradable ascensión. El frío aumenta y empieza a nevar. Tal vez hemos sobrepasado la altura de 5500 metros. Busco hacia arriba un emplazamiento para acampar, pero no vemos más que estrechas plataformas. El cielo se pone amenazador y es preciso tomar una decisión: el tiempo apremia y Schatz y Terray tienen que volver a bajar. Recorremos una pequeña arista rocosa, afilada como la hoja de un cuchillo, sosteniéndonos con las manos, y con los pies colgando sobre la roca. La impresión de vacío es considerable. No recuerdo haber visto nunca en los Alpes un grado de inclinación semejante. Algunas rocas que se interponen en la pendiente están cubiertas de hielo. No puedo concebir cómo puede adherirse la nieve en estas pendientes; se comprende, en cambio, que sean tan frecuentes los aludes.

Después de esta delicada marcha, desemboco en un emplazamiento triangular pequeño y lleno de nieve. No hay que vacilar: montaremos la tienda aquí. Empezamos a quitar la nieve de ambos lados de la arista, provocando aludes y despeñando algunas rocas heladas, pero, después de haber precipitado al vacío todo lo que nos estorbaba, queda un espacio tan exiguo que casi no podemos sentarnos los dos. ¿Qué hacer? Con el piolet intentamos arrancar las piedras clavadas en el hielo, ya a golpes, ya utilizándolo como palanca. Lionel Terray, furioso, coge mi piolet y da con él tales golpes que parece hendir la roca, pero, desgraciadamente, es el piolet el que cede, quedando la hoja doblada. Por fortuna, logra enderezarla de nuevo. El emplazamiento da ahora las suficientes esperanzas para que Lionel y Schatz puedan marcharse. No se entretienen y a los cinco minutos han desaparecido ya de nuestra vista. Pero me quedo intranquilo por ellos, pues esta escalada a

semejante altura y con nieve reciente resulta en extremo peligrosa.

Rebuffat y yo quedamos solos. Proseguimos nuestro trabajo de instalación tan aprisa como podemos. Arrancamos una inmensa piedra y la colocamos como medida de precaución al borde de la pendiente, para agrandar así la superficie disponible. Apisonamos y nivelamos el suelo con nieve y empezamos por fin a colocar la tienda. Algunas clavijas hincadas en la roca la aseguran por arriba; los piolets clavados en la nieve, por abajo. Unas piedras atadas a las cuerdas de tensión reemplazan a las estacas. Rebuffat levanta cuidadosamente una pared al borde del precipicio para resguardarse del viento, y clava con prudencia una sólida clavija para nuestra seguridad personal. Permaneceremos atados a ella durante la noche.

Nieva sin descanso; el frío se hace insoportable y nos sentimos felices al poder penetrar en nuestro refugio, que arreglamos lo mejor que podemos. ¿Puede existir un campamento más aéreo que éste y más trabajosamente ganado a la montaña? El té nos conforta algo. Tenemos poco apetito, pero ingerimos el *vitascorbol* y B2 que nos ha recomendado nuestro *toubib*. El viento aúlla, la tienda tiembla, y, sumidos en nuestros pensamientos, tardamos en conciliar el sueño.

Al amanecer, el tiempo es desagradable y nieva todavía un poco. Sobre las rocas, una espesa capa de nieve en polvo destruye toda esperanza de poder trepar. Rebuffat y yo decidimos esperar a que el tiempo mejore. Si sigue siendo malo, bajaremos hacia el mediodía, dejando todo el material para poder renovar el ataque. Encima del campamento está el paso más difícil, un bloque que tiene en la parte alta una pequeña hendidura que es preciso alcanzar, no sé de qué modo, porque lo cubre la nieve. Rebuffat opina que es inútil toda tentativa y propone incluso bajar en seguida, pero yo prefiero agotar todas las posibilidades y evitar motivos de remordimiento para el porvenir. Si el tiempo mejora, la nieve puede fundirse rápidamente y permitir una clara progresión.

—¡Te digo que están aquí! ¡Mira los piolets!

Lachenal y Terray aparecen sobre la arista.

—¡Hola!

—¡Demonio! ¿Qué hacéis aquí?

—¿Los señores están descansando?

—¿No habéis visto cómo está la nieve?

—La hemos visto como tú, y mejor que tú, puesto que estamos trepando desde el amanecer para subir aquí.

—¡Sois unas miserables niñas!

—Es una locura continuar —responde Rebuffat—. No tengo ganas de despeñarme.

—¡Ahora verás si nos despeñamos o no! —grita Lachenal, fuera de sí.

Y, sin esperar más, se lanza al ataque del paso que escalara la víspera. Inicia un movimiento de flanco hacia la izquierda sobre una nieve particularmente inestable, porque no está más que depositada sobre la pendiente, pero al pasar la apisona, haciéndola adherirse a la roca. En la extremidad de esta cornisa hay una grieta vertical por la que trepa unos tres metros. Todas las presas están cubiertas de hielo. Miro a Terray, su compañero de cuerda, y compruebo que lo asegura con firmeza. Lachenal ataca luego un diedro gigante en el que hay una hendidura llena de nieve; después de despejarla intenta servirse de ella: sus pies resbalan, sus manos se sostienen de milagro. Vuelve a

bajar, hincó una clavija que oscila mucho y no inspira ninguna confianza y se encarama sobre ella sin vacilar. ¿Cómo seguir subiendo? Coge su piolet mojado, lo hunde unos centímetros en la grieta y lo sacude brutalmente para ver si resiste: el piolet se mueve en la hendidura, pero, a fuerza de sacudirlo, nuestro camarada consigue hincarlo. Sin dudar ni un instante en la solidez de su artefacto, le veo suspenderse por los dos brazos del mango del piolet, sacar el pie de la clavija y probar de adelantar algunos centímetros. Esta vez estoy francamente descontento: me parece inadmisibles arriesgarse de este modo en las circunstancias en que nos hallamos. Me acerco a Terray para ayudarlo a asegurar la cuerda en caso necesario, pero, apenas he tenido tiempo de pronunciar unas palabras, veo que Lachenal ya está arriba, habiendo vencido la dificultad con una pasmosa maestría. Terray le sigue, sin perder ni un segundo, y equipa el paso en cuestión con una segunda clavija y una cuerdecita de nylon de cinco milímetros y medio.

Rebuffat y yo, después de cerrar la tienda y coger las mochilas, empezamos la escalada y nos reunimos con nuestros compañeros en un cómodo emplazamiento protegido por un amplio cobertizo natural. Desde luego, éste era el lugar propicio para establecer el campamento, pero el desastroso tiempo de la víspera no lo permitió. También hoy las nubes nos rodean, pero entre ellas puedo distinguir el final del glaciar norte del Annapurna, que no había podido ver hasta ahora.

Deliberamos. El único que se muestra optimista es Lionel Terray. Lachenal, después de tanto gritar a su llegada, opina ahora que no acabaremos nunca por esta arista tan larga. Rebuffat es pesimista. En cuanto a mí, considero que este espolón no es la vía del Annapurna, pues aunque, al proseguir, se confirmara que es factible hasta la cumbre, el problema de hacer pasar a toda la expedición por este itinerario parece insoluble. Es evidente que resulta difícil y largo y que, en caso de período prolongado del mal tiempo, llegada prematura del monzón o evacuación de heridos, sería a todas luces muy peligroso.

Este mismo razonamiento me había hecho renunciar al Dhaulagiri, y temo que aquí suceda lo mismo. Lionel Terray está tan decidido y entusiasta, que ningún argumento razonable hace mella en él. Me pesa descorazonar tanta perseverancia y, sobre todo, el vivo deseo, que aprecio en lo que vale, de «llegar hasta el fin». Por otra parte, no quiero retrasar, aunque sea un solo día, las futuras operaciones.

Al observar una vez más los detalles del glaciar, cuya inmensa cascada contemplo, sospecho que, si hay alguna solución, es allí donde debe hallarse. Por esto trazo mentalmente el siguiente plan: Rebuffat y Lachenal, que no tienen ningún empeño en proseguir por el espolón, bajarán al campamento base provisional. Acompañados de un sherpa, intentarán abrirse paso, tal vez por la orilla derecha, y ascender por el glaciar hasta la meseta de la vertiente norte, que se adivina detrás de la cascada. Si lo consiguen, deben avisarme inmediatamente. Terray y yo proseguiremos por el espolón a fin de disipar todas las dudas que pudieran subsistir sobre este itinerario.

Lachenal y Rebuffat nos dejan, provistos de mis instrucciones para Couzy y Schatz; a éstos les pedimos que suban mañana para apoyarnos si es preciso, o para ayudarnos a evacuar el espolón.

Terray y yo procedemos a la instalación de la tienda. Me alegro de pasar por primera vez con él una noche en la alta montaña. El tiempo es regular. Después de una copiosa cena preparamos las

cosas para el siguiente día. Nuestro plan es ir ligero de carga y adelantar rápidamente para dejar de una vez el asunto zanjado.

Dormimos como troncos, pero en seguida que amanece, Terray, siempre el primero en despertarse, empieza su zafarrancho en la tienda. Cómodamente instalado y muy calentito en mi saco de dormir, represento el papel de Bara Sahib, mientras mi compañero prepara el té, abre las latas y me sirve el desayuno «en la cama». Una vez engullidos los víveres, empieza la carrera de los preparativos. En un periquete está todo dispuesto y pisamos la nieve reciente, caída en abundancia durante los dos últimos días. La altura se hace sentir cuando el organismo no ha entrado todavía en calor. Aunque vayamos poco cargados, nos cuesta trabajo avanzar, pero apretamos los dientes y procuramos no perder ni un minuto. Hoy llevamos a cabo un *raid o* incursión rápida, y nuestro estilo es el de un comando.

Después de una chimenea fácil, desembocamos de nuevo en la arista, que poco a poco se va estrechando hasta el punto de no poder seguirla a pie, a pesar de todos los equilibrios; entonces avanzamos suspendidos por las manos, como si atravesáramos una inmensa barra fija, golpeando con las piernas las huidizas paredes de roca. Evolucionamos de este modo sobre un vacío de cerca de dos mil metros.

Nos acercamos a la famosa arista de nieve que Lachenal y Terray me señalaron el día de mi llegada al campamento base. Sus comentarios eran entonces tan paradójicos que tenía motivos para inquietarme por la naturaleza del obstáculo. En efecto, al acercarnos vemos que es muy alta y erguida. Terray se adelanta sin vacilar, y le sigo a escasa distancia. Después de un elegante medio círculo, el desnivel se hace muy empinado y noto bajo los crampones no sólo nieve, sino un hielo compacto debajo de ella. Mientras mi delantero talla a golpes redoblados, hincó la punta de mis clavijas en la pendiente para asegurarlo. Por fortuna, la delgada capa de nieve es muy dura y no es preciso que los escalones sean muy grandes. Un rodeo hacia la izquierda nos permite evitar un saledizo glaciar vertical. A cada largo de cuerda hundo la reglamentaria clavija de hielo; luego, Terray lleva a cabo la misma maniobra. Al pasar recupero nuestras clavijas, que debemos economizar porque llevamos muy pocas. Tocamos la pendiente con la nariz, y muchas veces debemos tallar presas en el hielo para las manos. Por fin llegamos a los primeros «gendarmes» rocosos de la arista: son completamente verticales. ¡Cuántas decepciones!

Mi compañero atraviesa con audacia la parte derecha para alcanzar una grieta en la roca, en la cual coloca dos clavijas. Después de afirmarse bien sobre el resbaladizo hielo, me asegura mientras avanzo. Estamos en la sombra y tiritamos de frío. A mi vez aseguro a Terray, que prosigue su avance hacia la derecha para rodear un conjunto rocoso. El terreno es delicado y el clima de la escalada poco agradable. Al cabo de unos minutos nos reunimos, y esta vez al sol, pero muy incómodos y precariamente instalados. Han bastado unos rayos de sol para transformar la nieve dura en materia traidora. Proseguimos la marcha; las últimas pendientes de hielo vivo oponen alguna dificultad; luego nos hallamos de nuevo sobre la arista, a unos 6000 metros. Hace un tiempo magnífico, que aprovecho para sacar algunas fotografías. El Annapurna parece al alcance de la mano.

El espolón en que nos hallamos continúa hacia la cumbre del Annapurna, pero la recortada arista de hielo, que parece una hilera de coliflores, no está mucho más cerca de nosotros que cuando

atacamos el espolón. Hay que desconfiar de la claridad de la atmósfera, que falsea las distancias. Mi compañero y yo, después de analizar las dificultades que siguen y que desde aquí podemos apreciar, nos damos cuenta de que precisaríamos muchos días de escalada, aun manteniendo el ritmo actual. La Naturaleza es la más fuerte, los obstáculos que nos opone son desproporcionados a nuestros medios. No necesitamos hablar mucho para ponemos de acuerdo en que es preciso desistir. Aunque ningún obstáculo —pensamos en la posibilidad de una brecha— nos impida el paso, sería insensato lanzar a la expedición por este itinerario. Ninguna ascensión a los Alpes nos impuso un número tan grande de dificultades. En el Himalaya, los hombres no se habían entregado nunca a semejantes acrobacias.

En el fondo de mi corazón deseo que el glaciar del Annapurna descubra su secreto a Lachenal y a Rebuffat. Desde aquí, el acceso parece posible y se ve muy bien la meseta a la que deben llegar. Si se baten en retirada, nuestras últimas esperanzas se desvanecerán. ¿Tanta actividad, tantos esfuerzos para no obtener más que resultados secundarios? Nuestra decepción sería inmensa.

Empezamos el descenso sin tardanza: sabemos que nos falta lo más difícil. Nos relevamos con frecuencia sobre clavijas, porque la roca es poco sólida. El calor es tórrido al sol, y el frío a la sombra es muy intenso. Después de una primera marcha atacamos la gran arista de hielo. Esta vez la nieve no nos sostiene: está completamente «podrida» y es preferible el hielo vivo. Terray se pone en marcha; lo aseguro con las clavijas, pero su número limitado me obliga a recuperarlas en la mayor parte de los casos; así es que he de descender solo, sin estar asegurado, bajo la atenta mirada de Terray, que sabe que si resbalo lo arrastro irremisiblemente. Luego lo veo bajar frente al vacío, con movimientos lentos y estudiados para que el equilibrio no se rompa. Más tarde me confiesa que por dos veces estuvo a punto de resbalar y que pudo sujetarse a tiempo.

Mi técnica es diferente: bajo de cara al hielo y hago tanto uso de los pies como de las manos. Mi pie derecho tantea el hielo, busca un relieve favorable y se apoya en él sin que yo pueda mirarlo; mi pie izquierdo se sostiene, a pesar de la poca consistencia de la nieve, por las dos puntas delanteras del crampón. Mi mano izquierda aprieta la nieve mojada contra el hielo, obteniendo una pequeña presa; mi mano derecha utiliza el piolet como un ánora, hundiendo la punta algunos milímetros en un hielo duro como la roca. Cuando el pie derecho está colocado y el equilibrio se ha restablecido en tres puntos de apoyo, le toca al pie izquierdo repetir la operación; es una escalada increíble, un juego de equilibrista en que me apodero de la montaña con cariño, sin maltratarla con los movimientos ni con la velocidad.

—¡Ohé...! ¡Ohé! —Es la voz de Schatz, que viene en nuestra ayuda.

Terray, que se halla más cerca de él, le grita que abandonamos:

—Schatz, desmonta la tienda; bajamos al campamento base.

Schatz lo ha oído y observa nuestro avance. Ahora estamos rodeados de nubes. La niebla descende y funde en un gris uniforme todo lo que miramos. Colocamos las clavijas, calculamos la distancia que nos queda por recorrer y atamos la cuerda. Mientras Terray efectúa el *rappel*<sup>[73]</sup>, examino el comportamiento de la clavija, que se inclina, doblándose a cada sacudida, pero recupera luego su posición inicial. El hielo es tan duro que estoy tranquilo. ¡Todo marchará bien! A mi vez, me arrollo la cuerda al cuerpo, conforme a la tradición, y bajo rápido a reunirme con mi compañero, que

ha preparado con el piolet una plataforma para mi «aterrizaje». Recupero la cuerda tirando de uno de los extremos, y pronto llegamos a la roca.

Sin disimular nuestra alegría, nos quitamos los crampones. Un segundo después nos lanzamos a atravesar la arista rocosa con un entusiasmo y un deseo tales de acostarnos al menos en la tienda de la cresta esta noche, que bajamos en pocos minutos lo que por la mañana nos costó media hora subir.

Empieza entonces una verdadera carrera contra el reloj. Terray y yo recorremos al galope los pedazos de arista fáciles, nos descolgamos por las chimeneas, nos precipitamos por los corredores. En poco tiempo estamos cubiertos de sudor a pesar del intenso frío. A una velocidad relámpago llegamos al campamento y caemos sobre Schatz y Sarki, que acaban de desmontar la tienda.

Mientras engullimos buey con tomate y turrón de almendras y saboreamos el excelente té que acaba de preparar Terray, sacamos en frases entrecortadas la filosofía de esta aventura. Estas horas entusiastas, incluso magníficas, pero tan agotadoras, no han conducido más que a una victoria inútil sobre un espolón sin prestigio. Sin embargo, tal como dirá más tarde Terray, nada podrá igualar estos días desesperados en los que ha empleado toda su valentía, toda su fuerza y todo su corazón.

Hay nubes bajas, pero confiamos en que el tiempo se estabilice. Hemos llegado ya al paso de la cuerdecita. Uno después de otro somos tragados por el vacío y nos volvemos a encontrar en la estrecha plataforma sobre la que Rebuffat y yo la antevíspera pasamos la noche. Entre los cuatro transportamos por un terreno difícil y peligroso dos campamentos completos de altura, pero esto no nos hace moderar la marcha. Sarki se asusta de nuestra velocidad, pero no tarda en ponerse al mismo andar que los *sahibs*.

El espolón está cubierto de nieve y es preciso tomar toda clase de precauciones. Nada más vencer un paso difícil, volvemos a emprender una carrera loca. Todos estamos excitados por el ritmo de la acción. Vemos acercarse rápidamente la cresta, los últimos pasos son vencidos y corremos ya sobre declives de hierba cubiertos de nieve reciente. Pronto llegamos los cuatro al campamento avanzado instalado durante el ataque al pie del espolón. No hemos empleado más que unas horas para bajar lo que habíamos subido en dos días. El campamento base, establecido en la morrena del fondo del valle, se divisa claramente desde aquí: las manchas amarillas de las tiendas se ven muy bien por contraste con el uniforme tinte gris del pedregal que las rodea. La lluvia o, mejor dicho, la nieve fundida que caía abundante hace pocos minutos se ha transformado en una ligera llovizna. Terray y yo nos hemos comprendido con una mirada: en unos segundos recogemos en las dos tiendas-valle que están instaladas aquí, la mayor cantidad posible de material, volvemos a hacer las mochilas y apuntamos hacia la pendiente; Schatz y Sarki, que vienen detrás, intentan seguirnos, pero parecemos bólicos y corremos a pesar de las mochilas, que nos desequilibran por completo; saltamos sobre las matas de hierba y sobre las menores asperezas del terreno. Desviándonos hacia la izquierda, alcanzamos una lengua de nieve que ocupa el fondo del valle: sin vacilar nos deslizamos por ella dibujando magníficos *slaloms*. Unos minutos más tarde hemos llegado a la morrena.

Schatz debe preguntarse por qué hemos venido tan aprisa; a decir verdad, por nada. En lugar de bajar en un cuarto de hora hubiéramos podido hacerlo tranquilamente en una hora. Pero estábamos bajo el influjo de la atmósfera de exaltación de esta ruda y hermosa jomada.

A nuestra llegada al campamento base, una noticia sensacional nos acoge: Lachenal y Rebuffat han enviado a un sherpa con unas líneas: la orilla derecha del glaciar es practicable y se ven capaces de alcanzar la gran meseta que no han visto todavía, pues no han podido distinguir la parte alta del Annapurna.

Desde el punto alcanzado con Terray sobre el espolón, a 6000 metros, he podido contemplar toda la parte invisible para ellos. Sé que esta meseta es llana y no les opondrá ninguna dificultad.

Por primera vez en el curso de la expedición se nos ofrece un indicio favorable. Nuestra perseverancia, nuestra fe, ¿van a recibir por fin una recompensa? ¿Nos entregará la montaña la clave del misterio? Creo que «nos quemamos». Dentro de unas horas la suerte de la expedición estará echada.

De momento nos estamos secando: tenemos las ropas empapadas de lluvia, de nieve fundida y de sudor. Schatz llega con Sarki. El programa del siguiente día es inmediatamente discutido.

—He trazado ya mi itinerario —dice Schatz—. Dame dos sherpas y...

—¿Dos sherpas? —interrumpe Terray—. ¿Y qué más?

—Dos unidades de altura y provisiones para tres días.

—El «jefe»<sup>[74]</sup> quiere hacer «su» expedición —interviene Couzy.

—Dejadle hablar. ¿Cuál es tu plan?

—Remontar el glaciar por una arista fácil que he localizado y que permite rodear por la derecha la cascada de *seracs*...

—Tiene razón —digo—. ¿Y si Lachenal y Rebuffat fracasan? ¡Entonces estaréis satisfechos de tener otra ocasión!

Al día siguiente al amanecer, Schatz se pondrá en camino lleno de esperanza. Él, que, junto con Couzy y Oudot, descubrió el acceso al Miristi, piensa ser otra vez el primero y abrir al fin la vía del Annapurna. Terray y yo, junto con Sarki, nos concedemos una mañana para descansar de los esfuerzos agotadores de los últimos días. Al principio de la tarde saldremos a reunimos con nuestros compañeros bajo la dirección de Adjiba. Esta vez tengo grandes esperanzas y necesito toda mi sensatez para «perder» estas horas que son tan preciosas.

—Couzy, a ti te tocará un trabajo muy ingrato.

—...

—Vas a desmontar el campamento avanzado del espolón y establecer el campamento base en el lugar que te indicaré: es decir, en el punto extremo que puedan alcanzar los culis.

—Desde luego, no resultará muy divertido, pero si es preciso hacerlo...

—Sí, es preciso hacerlo, ya lo sabes. Además, no tendrás más que un sherpa.

—Divertidísimo, no hay duda.

—Tendrás que transportar tú mismo...

Durante varios días, nuestro amigo Couzy, el benjamín del equipo, lleno de ardor y de entusiasmo, quedará condenado a permanecer a poca altura realizando un trabajo de capital importancia pero anónimo. Llevará perfectamente a cabo su misión, sin pronunciar ni una palabra de queja, a pesar de saber que cuando se desencadene el asalto final su aclimatación será insuficiente,

vedándole la ocasión de representar un primer papel; espíritu de abnegación admirable que condiciona la potencia de un equipo.

Una agradable velada tiene lugar, no obstante el tiempo deplorable. Nos sentimos esperanzados y las conversaciones son animadas. Todos nos confundimos en amabilidad, en gestos de cortesía... Se acerca el momento en que serán tomadas grandes decisiones.

Mientras la lluvia cae a torrentes con un ruido ensordecedor sobre las telas tirantes de nuestras tiendas, nos dormimos dulce y beatíficamente, bien abrigados en nuestros sacos de dormir.

Entre sueños oigo gritos, tintineo de clavijas, voces apagadas, el ruido del hornillo, una lata que se abre, piedras que ruedan. Es Schatz, que se prepara con Panzi y Aïla. Antes de marchar, en plena noche todavía, se acerca a mi tienda.

—Me voy, Maurice.

—¿Qué tiempo hace?

—El cielo está estrellado.

—Adiós, Schatz.

—Adiós.

Durante un momento oigo todavía ruido de piedras: mi camarada se aleja.

¡Qué gusto da quedarse descansando cuando los otros se afanan! ¡Qué agradable resulta soñar sin tener conciencia del tiempo que transcurre, cuando se sabe que dentro de unas horas el *far niente* dejará paso a la acción!

Desde los primeros días de la expedición no he tenido ni un minuto de tregua; por eso aprecio la ocasión de hacer el vago esta mañana. Me levanto y voy a dar una vuelta por las otras tiendas. Terray clasifica, ordena, escoge, organiza. El demonio del orden se ha apoderado de él. No quiere hallarse desprevenido en las horas decisivas que se avecinan. Antes de sumergirme también en un trabajo absorbente, miro hacia las montañas: el sol está ya bastante alto, la temperatura es templada, el día se anuncia bueno...

Pero todo tiene fin, aun los mejores momentos. ¡Un gran problema me preocupa! Estamos acabando las provisiones y quiero hacer el inventario de lo que queda. Juntamos todas las existencias y, agachado en la tienda, clasifico según la categoría, apunto, cuento y calculo. Con estas cifras en la cabeza tengo la conciencia tranquila.

Al principio de la tarde nos ponemos en camino con unas mochilas enormes. Me siento en plena forma después de una mañana de descanso completo. El buen tiempo se mantiene. Las monótonas y extenuantes morrenas se alargan durante kilómetros. Repetidas veces resbalamos sobre piedras que esconden traicioneramente el negro hielo.

Un hombre me sale al encuentro. Es Adjiba, que nos trae una noticia maravillosa: Lachenal y Rebuffat anuncian que han llegado a la meseta del glaciar. Rebuffat añade en su nota que han pasado por las rocas de la orilla derecha, que pueden escalarse fácilmente.

¡La gran cascada de *seracs* del glaciar norte del Annapurna ha sido vencida! Con el corazón henchido de esperanza apretamos el paso.

La temperatura es muy soportable, y las rocas que nos rodean irradian calor. Las paredes de la Gran Barrera, hacia la cual nos dirigimos, se acercan lentamente: son lisas, inexpugnables y tienen el



color gris oscuro de la pizarra. La morrena de la orilla derecha del glaciar ofrece, como suele ocurrir, una vía de aproximación cómoda y rápida. Guiados por Adjiba llegamos a media tarde a una especie de rellano de la morrena que se ensancha y termina en la Gran Barrera.

Ahora es preciso escalar la pared de la orilla derecha. Según mi opinión, esto significa que los culis deberán detenerse aquí, y calculo aproximadamente el futuro emplazamiento del campamento base. El tiempo pasa y queremos alcanzar la meseta esta misma tarde. Adjiba nos conduce a buen paso hasta el pie de la Gran Barrera. Un sistema de cornisas, cortadas por chimeneas, prolongadas por corredores, permite el acceso a la cascada del glaciar del Annapurna. Con la fatiga de la marcha a semejante altura, nos parece que las mochilas acentúan su peso. Es noche cerrada cuando llegamos por fin al pie de un gran acantilado de hielo en donde nuestros camaradas han instalado el campamento, el futuro campamento I, a 5100 metros poco más o menos.

Nos reciben con una alegría no disimulada. A esta hora no podemos ver nada, pero Lachenal y Rebuffat nos dicen:

—No cabe duda, ¡el Annapurna será vencido!

## Capítulo IX.

### El Annapurna

Un espectáculo asombroso me espera al día siguiente. Cuando despierto, Lachenal y Rebuffat, sentados en una piedra seca, tienen los ojos clavados fijamente en el Annapurna.

De pronto, un grito me hace salir de la tienda:

—¡Ya tengo la vía! —ruge Lachenal.

Me acerco a ellos: la reverberación es deslumbradora y me obliga a entornar los ojos. El Annapurna nos revela sus secretos por primera vez. Su inmensa vertiente norte, con sus ríos de hielo, está rutilante de luz. Nunca he visto una montaña tan grande en todas sus proporciones. Es un mundo resplandeciente y amenazador al mismo tiempo, en el que la mirada se pierde. Sin embargo, por una vez no tenemos delante paredes verticales, aristas desmenuzadas o glaciares suspendidos que convierten en quiméricos todos nuestros proyectos de escalada.

—¿Comprendéis? —explica Lachenal—. El problema está en alcanzar aquel glaciar en forma de hoz de la parte alta del Annapurna. Para llegar a la parte baja sin peligro de aludes hay que subir siempre por la izquierda.

—Pero entonces —interrumpe Rebuffat—, ¿cómo podrás llegar al pie de tu itinerario? Al otro lado de la planicie en que nos hallamos hay un glaciar completamente agrietado. Es imposible atravesarlo...

—Mira...

Miramos con los ojos muy fijos, pero confieso que me siento casi incapaz de seguir las explicaciones de mi compañero. ¡Una ola de entusiasmo me levanta!

Por fin nuestra montaña está aquí, ante nosotros...

Hoy, 23 de mayo, es el día más hermoso de la expedición.

—Mira —insiste Lachenal, con su gorro de punto en posición de batalla—. Puede evitarse la parte agrietada haciendo un rodeo por la izquierda. Después basta escalar las grandes cascadas de hielo, enfrente, y desviarse poco a poco hacia la derecha, en dirección a la Hoz.

Unos golpes de piolet atraen nuestra atención. Es Adjiba, que rompe el hielo para «hacer» agua.

—Tu itinerario no es bastante directo, Biscante —le digo—. Nos hundiremos en la nieve hasta la cintura: la vía ha de ser corta y derecha hacia la cumbre.

—¿Y los aludes? —replica Rebuffat.

—El peligro existe tanto a la derecha como a la izquierda; por consiguiente, es mejor ir por el camino más recto.

—¡Pero además está el corredor! —añade Lachenal.

—Atravesando por la parte alta, el riesgo no es muy grande. Si miras hacia la izquierda, verás huellas de aludes sobre tu vía.

—Sí, es verdad —reconoce Lachenal.

—Entonces, será mejor subir recto hacia la cumbre, dando la vuelta a los *seracs* y a las grietas, torcer hacia la izquierda para alcanzar la Hoz y desde allí continuar directamente arriba.

Observo que Rebuffat no parece muy optimista. Con el viejo y ceñido jersey que ha llevado en

todas sus ascensiones por los Alpes, merece más que nunca el apodo que le han dado los sherpas: «*Lamba Sahib*»<sup>[75]</sup>.

—Pero —prosigue Lachenal— también se podría subir recto hasta debajo del precipicio y atravesar a la izquierda para alcanzar el mismo punto...

—Cortando por la izquierda es más directo.

—Tienes razón, es factible —asiente Lachenal, que se deja convencer.

La resistencia de Rebuffat empieza a ceder.

—¡Acércate un momento, Lionel!

Terray, inclinado sobre un *container*, clasifica los víveres con su habitual seriedad. Al levantar la cabeza, adornada con un gorro de esquí rojo, nos muestra su exuberante barba. Le pregunto a boca de jarro cuál es «su» itinerario. Ha examinado ya la montaña y tiene también su opinión formada.

—Amigo Maurice —dice con su célebre gesto de los días grandes—. ¡Para mí, la cosa está clara! Encima del cono de deyección del corredor situado debajo de la cumbre. —Y sigue la descripción del itinerario previsto.

Todo el mundo está de acuerdo.

—¡Hay que partir! —no cesa de repetir ahora Terray, muy excitado.

Lachenal, que no lo está menos, viene a chillarme debajo de la nariz

—¡Ciento contra cero! Éstas son las posibilidades de victoria.

—Es la solución menos difícil y más lógica —confiesa Rebuffat, más ponderado.

Hace un tiempo maravilloso. La montaña no ha estado nunca tan hermosa. Nuestro optimismo es grande, excesivo tal vez, pues la gigantesca escalada plantea problemas que no hemos tenido que resolver nunca en los Alpes. Además, el tiempo apremia. Si queremos triunfar no podemos perder ni un momento. La llegada del monzón está prevista para el 5 de junio, así es que nos quedan doce días. Hay que ir aprisa, aprisa... Esta idea no me abandona. Habrá que aumentar la distancia entre los sucesivos campamentos, organizar un sistema de viajes de ida y vuelta, o «lanzaderas», a fin de subir la carga máxima en el tiempo mínimo, y aclimatar los organismos<sup>[76]</sup> para asegurar el enlace con la retaguardia. Este último punto me preocupa. Nuestro grupo, equipado para una exploración, no dispone más que de un material restringido y de provisiones para cinco días.

¿Cómo enumerar las mil y una preguntas que se agolpan en mi cabeza? Mis compañeros, muy entusiastas, discuten ruidosamente mientras los sherpas van y vienen como de costumbre alrededor de su tienda.

No hay más que dos de ellos aquí, y es imposible empezar así las operaciones. Bueno, los *sahibs* subirán solos y llevarán ellos mismos los fardos para instalar al día siguiente el campamento II. Consulto a mis compañeros, que aceptan con entusiasmo este esfuerzo excepcional que nos hará ganar por lo menos dos días. Uno de los sherpas, Adjiba, bajará al campamento base y guiará a sus ocupantes hasta el campamento I, en el que nos hallamos ahora y que habrá que reinstalar completamente, ya que nos lo llevamos todo.

En cuanto a Sarki, una importante misión le espera: la de llevar la orden de ataque a todos mis compañeros de expedición.

Cojo una hoja grande de papel y redacto lo siguiente:

«Correo especial urgente Sarki. Campamento I a Tukucha 23 mayo 1950.

»Campamento I: Glaciar del Annapurna.

»Decido atacar el Annapurna.

»La victoria será nuestra si todos estamos decididos a no perder ni un día, *ni siquiera una hora*.

»A cada uno lo que le concierne:

»COUZY. Desmontar el campamento base tan rápidamente como sea posible para instalarlo a unas dos horas del campamento actual, en un ancho y cómodo emplazamiento anterior al cono de nieve. Llevarlo todo. Enviar al campamento I todas las unidades de altura con la mayor cantidad posible de víveres, las radios, las mochilas de Gastón y mía, y trajes *après-ski*.

»LIONEL. Dar quince rupias a Sarki: las hallarás en el fondo de mi pie de elefante, que has de mandarme también.

»SCHATZ. Si Schatz baja de su espolón: instalar el campamento I, pues Biscante, Gastón, Lionel y yo lo transportamos todo al campamento II. El emplazamiento está señalado por un gran *cairn*, junto al principio del glaciar. Concentrar el máximo de provisiones y material.

»MATHA. Ven rápidamente. Tengo mi máquina pequeña. Trae y hazme llegar rollos. El campamento base es asequible a los culis; puedes dejar allí las reservas.

»OUDOT. Ven en seguida al campamento I con pequeña farmacia; una parte más importante puede quedarse en el campamento base (especialmente cirugía).

»NOYELLE. Muy importante. Sin perder *una hora*, manda al campamento base: 10 *containers* altitud, 6 *containers* valle, todas las unidades campamento altura, el último *Walky-talky*, alcohol, 10 litros aproximadamente gasolina, 1 cuerda 8 mm. de 30 metros, 2 cuerdas 9 mm. de 15 metros, 200 metros cuerdecitas 5 mm. de 5 metros, 15 clavijas hielo, 5 clavijas roca, 10 mosquetones, todas las lámparas frontales y 2 de techo con pilas de reserva, artola austríaca, 1 par esquís con 2 pares bastones, *luge Dufour*, mochilas 2.º escalón de todo el mundo, poste Emerson con hilo, 3 botas Tricuni reserva, 1 pantalón Oso, 2 tiendas valle (habrá 3 en el campamento base y 2 en el campamento I), 4 pares calzado: 1/43, 2/42, 1/41. Las unidades campamento quedaron desaparejadas (tenemos en Tukucha saco de dormir y colchones); trae lo necesario para aparejarlas de nuevo. Todos los guantes de reserva, todos los calcetines de reserva, *tsampa* o arroz para los sherpas. Almacenar el resto de manera segura. Preparar 10 *containers* altitud y 6 *containers* valle para ulteriores necesidades. Eventualmente, un sherpa puede encargarse de ir a buscar. Ven a instalarte en el campamento base. G. B. puede hacer lo que le parezca.

»MATHA. Manda un telegrama a Devies: “Campamento I, 5100 metros. Después de exploración decidimos atacar por glaciar norte Annapurna. Vía exclusivamente glaciar. Tiempo favorable. Todos plena forma. Tengo esperanzas. Afectuosamente”.

»HERZOG».

La exploración a fondo se ha transformado en ataque definitivo. La orden del día hará saltar de gozo a toda la expedición, pero me preocupa pensar que se necesitan cuatro días para llevar el mensaje a Tukucha. Le explico como puedo a Sarki:

—Annapurna —y señalo la montaña—. *Atcha now*.

—*Yes, Sahib*.

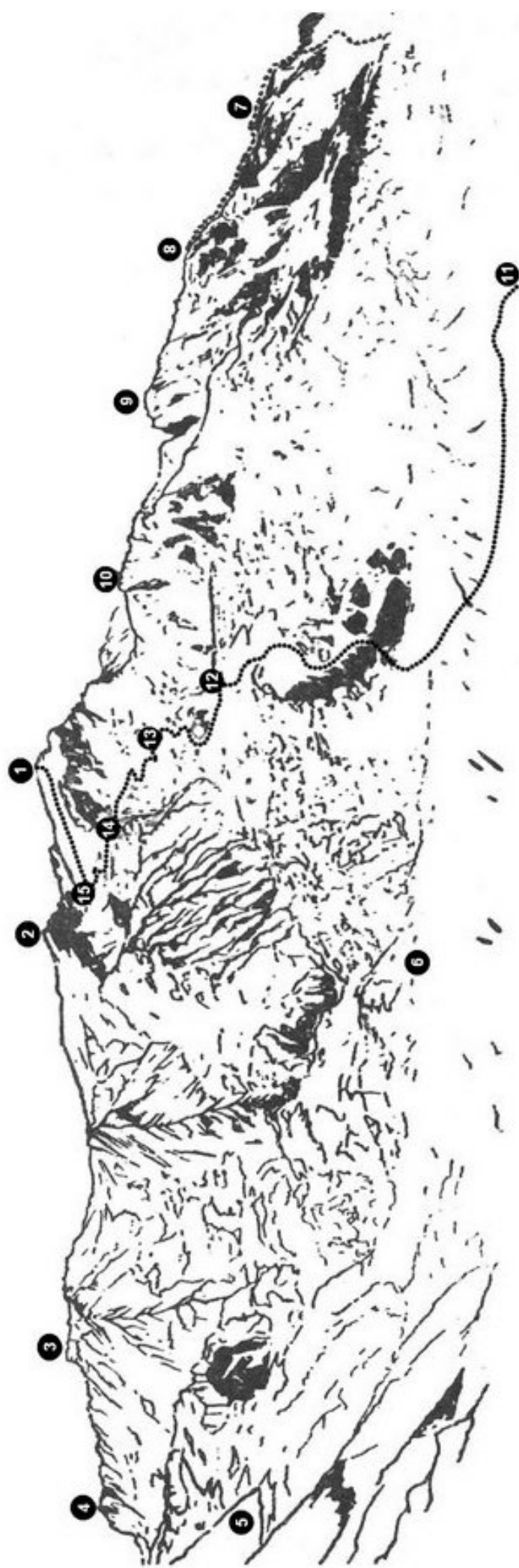
—*All Sahibs go now*.

—*Yes, Sahib*.

—*This* —digo en actitud de echarme a correr—, *very quickly to Tukucha for all Sahibs: Couzy Sahib, Doctor Sahib, Noyelle Sahib*<sup>[77]</sup>.

El rostro de Sarki se ha puesto serio. Ha leído en mis ojos que esta orden no es como las otras y ha comprendido lo que espero de él. Sabe que aquí tenemos poco material y pocos víveres y que si

los *sahibs* han decidido subir a la montaña es menester la ayuda de la retaguardia.



CADENA PRINCIPAL DEL ANNAPURNA

- |   |   |
|---|---|
| 1. Cumbre del Annapurna, 8.075 metros.                  | 8. Antecima del espolón noroeste.                   |
| 2. Antecima este.                                       | 9. Cima del espolón noroeste.                       |
| 3. Mesa Blanca.   | 10. Arista de las Coliflores.                       |
| 4. Roca Negra.  | 11. Situación del camp. I (altura aprox.), 5.200 m. |
| 5. Contrafuertes de la Gran Barrera.                    | 12. Situación del camp. II » » 5.900 m.             |
| 6. Glaciar norte del Annapurna.                         | 13. Situación del camp. III » » 6.500 m.            |
| 7. Itinerario de la tentativa al contrafuerte noroeste. | 14. Situación del camp. IV » » 6.850 m.             |
|   | 15. Situación del camp. V » » 7.300 m.              |

Sarki es el más enérgico, el más fuerte de todos nuestros sherpas. Su misión es de primordial importancia. Está plantado delante de mí, con el vientre salido, como si tuviera tendencia a la hidropesía, y los pies separados. Su rostro, típicamente mongólico, se adorna con un pasamontañas blanco, sobre el que están colocados sus lentes de glaciador.

—*Go, Sarki. Good luck! It is very important*<sup>[78]</sup>. —Y le estrecho la mano.

Sin perder un segundo se abalanza sobre sus cosas, explica rápidamente lo esencial a Adjiba... y unos minutos más tarde lo vemos alejarse a lo largo del gran acantilado de hielo y desaparecer por la morrena...

Después de un momento de silencio vuelvo la cabeza para contemplar el gran macizo del Annapurna, bañado en luz. Hay poca sombra en torno a nosotros. Hace unos minutos tiritábamos; ahora tenemos que quitamos la chaqueta de plumón, el jersey, la camisa...

A lo lejos veo erguirse el Dhaulagiri, más cerca del Nilgiris, y reflexiono... El Dambush Khola, el Valle Desconocido, el Gran Lago Helado, Manangbhot... Estamos lejos de todo lo previsto: «expedición ligera», «nylon» como decíamos, «expedición rápida». «Transportar la expedición alpina al plan de la empresa del Himalaya», ésta era la táctica inicial de nuestros proyectos parisienses. «El peligro —proclamábamos— reside en los aludes; nosotros utilizaremos las aristas». «¿A qué equipar una montaña para que puedan pasar los sherpas? Los *sahibs* se encargarán de todo: sin sherpas no habrá que equipar la montaña...».

¡Qué desengaño! No hablemos de las aristas. ¿Los sherpas? ¡Estamos contentos de tenerlos aquí! ¿Ligereza? ¿Rapidez? Los desniveles son tan grandes que siempre serán necesarios numerosos campamentos intermedios. Y además no dábamos suficiente importancia a la exploración: llegar a una región, piafar de impaciencia, atacar..., pero ¿por dónde?

Los cuatro, Lachenal, Rebuffat, Terray y yo, preparamos nuestras cosas, amontonamos en nuestras mochilas material, víveres, tiendas, sacos de dormir, etc., no dejando más que un paquete con algunos accesorios que no necesitaremos inmediatamente. Repartimos el material: como siempre, algunos muestran preferencia por cargas pesadas pero poco molestas; otros, a la inversa. Debemos llevar poco más o menos veinte kilos. En esta altura, en la que todo esfuerzo resulta difícil, tenemos la sensación de ser aplastados por el peso. Las correas nos sierran los hombros. Parece imposible poder caminar más de cinco minutos, y, sin embargo, avanzamos, porque, si la carga es excesiva, nos decimos: «Esto nos hará ganar tiempo».

En fila india y encordados en largo, cuatro *sahibs* avanzan trabajosamente por la nieve de la gran meseta al pie del Annapurna. Hace tanto calor como si estuviésemos en un horno; el sol cae a plomo, y en este circo glaciador sus rayos se reflejan íntegramente en las paredes que nos encierran. La marcha se hace pesada, embrutecedora. Sudamos y nos ahogamos. Nos detenemos. Despachurramos los tubos de pomada antisolar y aplicamos una espesa capa de pasta sobre los rostros, inundados de sudor. Lachenal y Rebuffat, que parecen sufrir más aún que Terray y que yo, se confeccionan con mi saco blanco<sup>[79]</sup> unas capuchas de Ku-Klux-Klan. Me aseguran que esta protección es eficaz contra la insolación, pero no lo creo: parecen ahogarse. Terray y yo preferimos confiar en la pomada.

Da la impresión de que el aire ha desaparecido de este horno. ¡Pronto, los primeros declives! El peso nos aniquila y necesitamos todo nuestro valor para dominar el ahogo y el cansancio. Escalamos

el riñón<sup>[80]</sup> bajo numerosos *seracs* pendientes que nos amenazan con un bosque de estalactitas que irisan la luz del sol. Terray y yo nos turnamos para abrir la pista. Los otros dos se muestran extenuados. Su respiración es corta y desordenada al acercamos a los 6000. Sobrepasamos la altura máxima alcanzada hasta este día.

¿Qué será cuando estemos por encima de los 7000...? Este razonamiento se insinúa alevosamente en mí y no tardo en comprobar que a mis compañeros les sucede lo mismo.

—¡No somos sherpas! —exclama Lachenal.

—¡No hemos venido al Himalaya para transportar! —apoya Rebuffat.

Terray se sobresalta.

—Un alpinista ha de saber transportar —dice—. No hemos de valer menos que los sherpas.

Lachenal permanece apoyado en su piolet; Rebuffat se ha dejado caer sobre su mochila. Sus encendidos rostros están chorreando sudor; en su mirada sin expresión se enciende de pronto una llama.

—Si ahora reventamos en este trabajo idiota, ¿cómo lo haremos dentro de unos días?

Terray se indigna y pierde los estribos.

—¿Y vosotros sois guías de Chamonix? Unos malos *monchus*, eso es lo que sois.

—¡Cuanto más te cargan, más contento estás; este trabajo te encanta! —grita Lachenal.

—Si hace falta transportar, transportaré.

Intento poner paz:

—Es pesado, ya lo sé, pero esto nos hace ganar dos días. Tal vez alcancemos el éxito gracias a lo que hacemos hoy.

Rebuffat toma la palabra:

—Tú y Terray podéis hacer de porteadores; ¡nosotros no podemos!

—Sois unos superhombres —añade Lachenal—. Sois unos superhombres y nosotros unos entes miserables.

Después de este apóstrofe que parece haberle aliviado, nos ponemos de nuevo en marcha. Los «superhombres» nos relevamos para marcar la pista. Embrutecidos, con unas piernas que apenas nos pueden sostener y un paso irregular y lento, intentamos arrancar unos metros a la montaña. Caminamos automáticamente, con la mirada fija en los talones del que nos precede. No hay que ceder a la tentación de pararnos, no hay que transigir. En el fondo, todos encontramos justas, si no necesarias, las duras invectivas de Terray.

Desde hace un momento oímos *yodels*<sup>[81]</sup> a nuestra espalda. No puede ser más que Schatz. «Su» itinerario se une al nuestro en este lugar: ¿habrá encontrado acaso la vía ideal? De todos modos, es un excelente pretexto para detenernos. Hundimos los piolets en la nieve, ponemos las mochilas encima y quedan formados dos cómodos asientos. Abrimos algunas latas y sacamos las cantimploras, pero bebemos con medida, porque las provisiones de agua son escasas.

Schatz llega con dos sherpas:

—¡Ay, chico! ¡Estoy rendido!

En su rostro hay huellas de sufrimiento, como en los nuestros sin duda. Pero él era el único *sahib*.

—Esta vía no nos vale. La dejaremos si la vuestra es practicable —dice Schatz.



—¿Demasiado pesada?

—Sí..., y peligrosa. En vez de atravesar sin tropiezo desde la parte superior del pequeño espolón hasta la meseta, me he topado con un ramal secundario del glaciar, muy inclinado y con grandes *seracs*. Ayer instalamos la tienda como pudimos en un emplazamiento minúsculo. Esta mañana tuvimos que pasar al pie de una muralla de *seracs* a punto de derrumbarse y luego subir por una pendiente de nieve muy empinada, que por nada del mundo querría volver a bajar...

—¿Y qué más?

—¡Caramba! ¿No te parece bastante para un hombre solo? Cuando os vi me deslicé a través de los *seracs* para seguir vuestras huellas... Pero me hacéis hablar y tengo el estómago en los talones.

Mientras engulle con avidez una merienda laboriosamente preparada, la niebla, precursora de la tempestad cotidiana, nos rodea...

—Vámonos —dice Terray.

A medida que avanzamos, la visibilidad disminuye. Todo se esfuma en la niebla, y la nieve empieza a caer. La pista que abrimos a ciegas Terray y yo no debe ser muy racional, pero ¿qué importa? Esta noche no se trata más que de instalar el campamento II, resguardado de los aludes, hacia el centro de la meseta. La nieve cae ahora copiosa y sacamos de las mochilas las capuchas grandes. La situación de Terray, colocado detrás de mí, me permite observar la dirección de la marcha. No quiero andar dando vueltas como me sucedió una vez en circunstancias parecidas. Por lo que podemos juzgar, nos hallamos en el centro de la meseta. En todo caso, esta noche instalaremos aquí el campamento.

*Sahibs* y sherpas llegan en pequeños grupos y depositan sus fardos en el lugar indicado. Reunimos un pequeño consejo: no sería prudente dejar que los sherpas regresaran solos al campamento I. Lionel Terray, infatigable, se propone acompañarlos.

Es tarde y sigue nevando con violencia. Terray tiene prisa en dejarnos, pues nuestras huellas están ya casi borradas. Vivaqueará en el campamento I con el saco de dormir de Sarki y mandará a los sherpas al campamento base, fácil de alcanzar, lo cual proporcionará la mano de obra necesaria para una próxima lanzadera.

—¡Lionel está chiflado! —declara Lachenal sin circunloquios—. Le gusta sufrir por sufrir. ¿Se te ocurriría a ti, Gastón, ir a pasar la noche sobre unas piedras que se clavan en la espalda, en vez de bajar al campamento base para acostarse cómodamente...? ¡Y además se jacta de ello!

La mímica de Rebuffat es expresiva. Este ejercicio le parece inútil. Los montañeros tienen cada uno su carácter y es la raza más terca que existe.

Nuestro pobre campamento II está perdido en medio de la nieve. Nos ensordece el estruendo ininterrumpido de los aludes, cuya dirección localizamos mal. Entre los torbellinos de nieve y las ráfagas de viento, desplegamos las telas de las tiendas, colocamos las estacas, hacemos una plataforma; una hora más tarde estamos todos instalados.

Schatz y yo estamos en la tienda de muestra, la que ha servido de modelo para confeccionar las otras catorce. Es un poco mayor. Schatz me asegura que la comodidad es ideal colocándose con la cabeza en el fondo. Tal vez así... Pero no he pasado nunca una noche tan mala, y no renovaré nunca más esta triste experiencia que me dejó medio asfixiado. Prefiero colocarme con la cabeza junto a la

entrada de la tienda, lo cual permite regular la entrada de aire fresco. Aparte esto, Schatz es un perfecto compañero. Instalado en mi saco, contemplo como guiso. Luego me trae a domicilio una succulenta cena... Poco después, los soporíferos detienen nuestra charla y nos sumergen en el sueño.

Mientras nos acomodamos así a la situación, Terray, que ha bajado a vivaquear al campamento I, no puede dormir buena parte de la noche a causa de la violencia del viento. La nieve, que cae en abundancia, lo recubre por completo y se apelotona en su capucha, con peligro de asfixiarlo. Después de muchas horas con el cráneo entre unas piedras, le rinde el cansancio y se duerme.

En el campamento II, a 5900 metros de altura, nos despertamos a las nueve. El calor es ya bastante fuerte, y la luz en el interior de las tiendas es dorada. Las botas, heladas, están duras como la madera y me cuesta mucho ponérmelas. En adelante, las pondré en el fondo del saco de dormir.

Saco la nariz al exterior: un cielo azul, un espectáculo magnífico.

Nos rodea un cinturón extraordinario de aristas y cumbres de más de 7000 metros.

Muy cerca, sobre nuestras cabezas, la famosa arista recortada, llamada «arista de las Coliflores». Es la continuación del espolón noroeste en que nos fatigamos inútilmente. ¡En realidad habíamos recorrido sólo una décima parte! ¡Oh, sorpresa...! Una brecha enorme, infranqueable, lo divide por la mitad. No lamentamos ya nuestra retirada.

En el fondo se perfila el Dhaulagiri como una montaña de cristal. Más cerca, las Nilgiris, inaccesibles y altivas. A la derecha, la Gran Barrera, que domina nuestro campamento base liliputiense y cuyos flancos caen verticalmente sobre la gran cuenca del Miristi Khola. A la extrema derecha, un enorme glaciar abultado y una cumbre de pacífico aspecto: la cumbre triangular, la Roca Negra.

Vuelvo la cabeza: una inmensa muralla glaciar, obstruida por *seracs*, resquebrajada por grietas, centellea al sol. Mucho más arriba, tan arriba que hay que echar la cabeza atrás para mirarlo, el Annapurna, resplandeciente, lo domina todo con la majestad de una diosa.

Examino, no sin inquietud, la muralla que debemos atacar. ¡Es todo tan grande, tan desproporcionado a nuestros débiles medios! ¿Qué táctica adoptar? Debo tener en cuenta el estado físico de mis camaradas, el material bastante escaso de que puedo disponer aquí, las dificultades, los peligros, sobre todo la premura del tiempo. ¡Cuántos factores entran en juego! De todos modos, estoy decidido a activar la instalación de los campamentos, sea cual sea el tiempo, salvo en casos de tempestades. Todo se reduce a una fórmula matemática: acumular la mayor suma posible de kilográmetros por día, cuidando a la vez de que la forma física de los montañeros quede intacta hasta el asalto final. En este momento, al acercamos a la cumbre, no puede evitarse el desgaste: el potencial físico y psíquico de cada uno de nosotros estallará con toda su fuerza, teniendo en cuenta la menor necesidad de reservas para el descenso.

Esta mañana, las fatigas del día anterior parecen ya lejos. Hay que aprovechar el buen tiempo para subir a instalar el campamento II.

Fijamos en nuestras botas los crampones ultraligeros, de los que ya casi no podemos prescindir. Nos llevamos una tienda, dejando la otra en donde está, y algunas provisiones. Cada uno lleva unos diez kilos. Antes de irnos del campamento damos una última ojeada a esta muralla de hielo que es una incógnita para nosotros. En el momento de salir intentamos descubrir un itinerario a través de sus

incontables obstáculos, pues una vez en ella no veremos más allá de los cincuenta metros.

Organizamos las cordadas según el orden de ocupación de las tiendas: Lachenal y Rebuffat van juntos; Schatz y yo formamos el segundo equipo.

Son casi las diez; debemos partir. Después de cerrar cuidadosamente la única tienda que señala el campamento II, nos dirigimos hacia el cono de deyección del gran corredor central que baja de los declives superiores. Hay pocas grietas en la parte de la meseta que debemos atravesar; así es que nuestra ruta sigue en línea recta. Los pies quedan insensibilizados al frío contacto con la nieve, pero, sin embargo, hace tanto calor que no tardamos en quitarnos las chaquetas de plumón. La monstruosa muralla glaciaria nos domina más y más cada vez. Hacia la izquierda, una arista de hielo vivo, típica del Himalaya por su formación, me sorprende con su azulada transparencia, que la posición lateral del sol realza todavía. A la derecha, la arista de las Coliflores, blanca, inmaculada, se enorgullece de sus encajes y parece burlarse de nosotros: «¡Si un día llegáis a mi altura...!».

En este extraño universo en que todo se inspira en la vertical, la noción del equilibrio toma un sentido particularísimo; las perspectivas de este caos alteran radicalmente las primeras impresiones.

Hace ya una hora que caminamos y sólo hemos alcanzado las primeras pendientes del cono. Pero lo que me preocupa es la continuación: millares de toneladas de un río gigantesco parecen haberse petrificado en un indescriptible desorden. Cuanto más nos acercamos a la pared, más empinada se hace la pendiente. Los *seracs* se derrumban con un ruido infernal, el estruendo de los aludes nos exaspera. De momento no sucede nada en el corredor. Durante algunos minutos estaremos muy expuestos, pues debemos atravesarlo por un lugar en el que se estrecha, y, aunque el paso sea corto, es por donde habría de pasar, sin remisión, cualquier bloque desprendido de los declives superiores.

Lachenal pasa primero y los demás seguimos sus huellas bajo la vigilante mirada de los que esperan en la orilla. Encima de nuestras cabezas, un enorme techo de hielo, que al desaparecer el sol toma un tono de verdosa lividez, constituye una vaga protección. ¿Pero sería suficiente si se desprendiera un alud?

Atravesamos sin dificultad, y una vez franqueada la zona peligrosa nos reunimos, jadeantes, al otro lado. El lugar no es muy propicio al reposo; la pendiente es tan pronunciada, que la nieve no se sostiene en ella. No nos detenemos.

La primera cordada talla unos minúsculos peldaños, suficientes apenas para dos puntas de crampones. El hielo es liso y compacto, parecido al cristal, y se rompe con un chasquido seco bajo el piolet; los bloques, limpiamente cortados, se precipitan al vacío, provocando pequeños aludes. Seguimos desviándonos hacia la derecha protegidos por los *seracs*. Un frágil puente de nieve conduce a una plataforma nevada, en la que al fin podemos detenemos. El buen tiempo se mantiene por ahora. Unas nubes inofensivas se pasean, aumentando nuestro optimismo.

A nuestros pies se extiende la meseta del campamento II, que se nos aparece en sus verdaderas dimensiones: la tienda es minúscula y conseguimos localizarla siguiendo con la mirada las huellas que dejamos al subir. Hacia arriba, la continuación del itinerario no se presenta muy alentadora. Cincuenta metros por encima de nuestras cabezas, una inmensa muralla de hielo vertical cierra del todo el paso, y ni hacia la derecha ni hacia la izquierda se ofrece ninguna posibilidad. Si el avance se obstaculiza así en sus comienzos...

Schatz y yo nos lanzamos animosos al ataque... Nos hundimos hasta la cintura, y el hielo que se esconde bajo la nieve nos hace resbalar irresistiblemente. Cojo uno de mis pies con las dos manos y, utilizando como palanca la otra rodilla, consigo levantarlo treinta centímetros por encima de la nieve. Clavo el piolet lo más arriba posible y agarrándome a él libero el pie que ha quedado atrás. Resbalo y vuelvo al mismo punto de donde salí. Estoy jadeando y el corazón me late aceleradamente. Por último debemos abrir una verdadera trinchera, y necesitamos una hora para recorrer estos cincuenta metros. Ahora estamos tan cerca de la muralla de hielo, que tiritamos a pesar del calor.

Examino al enemigo: una cornisa recubierta de nieve permite llegar hasta un gran desplome de hielo. Este fiero coloso, liso y trabajado por los pequeños aludes, puede ser vencido a golpes de piolet, ¡El paso está libre! Antes de lanzarme les digo a los de la segunda cuerda que necesitamos por lo menos dos horas para alcanzar la parte superior del saliente, y que durante este tiempo pueden bordear el muro en busca de un paso más fácil.

Me quito un momento las lentes, pero no puedo soportar la luz deslumbradora que me rodea. A lo lejos, hacia abajo, el verdor de la montaña de mediana altura me permite reposar los ojos un momento. Limpio con el pañuelo las lentes, que se han empañado con el sudor y la nieve fundida, compruebo la solidez del nudo de la cuerda que llevo atada a la cintura, doy una ojeada a las clavijas de hielo y a mi piolet-martillo y miro a Schatz para cerciorarme de la firmeza de su posición.

—¡Voy! ¡Afloja la cuerda!

—¡Puedes empezar! —responde Schatz desenrollándola de su piolet, sólidamente clavado.

El trabajo de desmonte resulta pesado a tal altura. Consigo despejar la comisa, obstruida por nieve dura y compacta, y al cabo de un momento puedo disponer de una plataforma de unos treinta centímetros de profundidad por un metro de longitud, sobre la cual he de permanecer agachado porque toco con la cabeza el hielo que sobresale. He de ganar todavía dos metros en sentido horizontal. Adelanto centímetro a centímetro, la cornisa se estrecha, la pared me oprime más y más y me obliga a desequilibrarme hacia el exterior. Acabo el trayecto arrastrándome. Respiro echado de bruces, crispado sobre el mango del piolet que me sostiene. Ahora debo atacar el hielo del techo; con una sola mano y sin punto de apoyo, no puedo golpear con fuerza... El hielo salta a pedazos sobre Schatz, que observa, estoico, todos mis movimientos, dispuesto a sostenerme en caso de caída. Primero destruyo la extremidad del embudo que se va estrechando. Algunas hendiduras practicadas en el hielo me sirven de presas para la mano izquierda. Rozando el hielo que desborda y suspendido sobre el abismo, me izo con el brazo izquierdo y me elevo despacio... muy despacio. Siento la mirada de Schatz clavada en mí. Una vez libre mi brazo derecho, cojo el piolet y practico en el cobertizo mismo una presa más confortable para la mano izquierda. Clavado el piolet, me aferro rápido a la presa tallada en el hielo, y cuando tengo la mano izquierda bien asegurada, retiro el piolet y tallo dos peldaños, muy altos, para los pies. Una vez dominado el desplome, estos peldaños servirán para aguantarme unos momentos contra la pared y ayudarme a avanzar. Vuelvo a bajar y me coloco otra vez sobre la comisa en mi posición inicial. Esta vez resuello como una locomotora. Hundo el piolet hasta la cruz y, mientras permanezco aferrado a él, Schatz avanza sobre la cornisa con largos movimientos de reptación. Pronto está junto a mí... detrás... En seguida que yo haya escalado un metro, tomará mi lugar para asegurarme y me tenderá su piolet.

Ahora me toca a mí... Me levanto y coloco el pie derecho sobre el piolet, que se hunde, pero de todos modos consigo alcanzar la presa superior para la mano izquierda. Estoy en completo desequilibrio... Mi piolet-martillo, que saco del bolsillo posterior, me sirve de ánclora, pero un tanto ilusoria. Schatz realiza la maniobra prevista, se coloca en mi lugar y me tiende su piolet. Lo cojo sin volver la cabeza y lo hundo vigorosamente cincuenta centímetros más arriba. No puedo perder ni un momento; tengo los pies colgando sobre el vacío; me apoyo sobre la presa de la izquierda y sobre el piolet de Schatz clavado en el hielo. Parece que transcurren siglos... Es preciso progresar centímetro a centímetro. La rodilla derecha llega a la altura del primer escalón y se apoya en la hendidura, lo que me proporciona un gran descanso. Otro esfuerzo: el pie alcanza el peldaño que acaba de abandonar la rodilla. ¿Podré levantar suficientemente la pierna? Casi lo he conseguido. El crampón se acerca despacio: una punta..., dos puntas..., un nuevo esfuerzo para colocarlo en el fondo... ¡Ya está!

Sin hacer ningún movimiento falso, sin perder el equilibrio, estiro el piolet, manteniendo el mango junto al hielo para que el pico no salga con demasiada brusquedad. Mi pie izquierdo encuentra un punto de apoyo. Hago otra contracción y los dos peldaños, con tanta prudencia hechos, quedan ocupados.

—¡Por fin! ¡Ya está! ¡La mala pécora!

Schatz, en medio de una mortal inquietud, esperaba estas palabras.

—¡Estupendo, Maurice!

—¡No te muevas! Dame un metro de cuerda.

Sin pérdida de tiempo, ya que el lugar es malsano, tallo con brío unos espaciosos peldaños en el hielo franco y duro. Dos metros más arriba, la pendiente disminuye y vuelvo a encontrar nieve. Moldeo una «bañera»<sup>[82]</sup> y le grito a Schatz, invisible desde aquí:

—¡Espera un poco todavía! ¡Tres metros de cuerda! ¡Voy a colocar una clavija...!

—¡Bien! —puedo oír en medio del viento que se ha levantado.

El corazón me late como si fuera a estallar; respiro con desorden y sudo a chorro. Antes de comenzar de nuevo, me apoyo en mi piolet, cierro los ojos un momento... Luego vuelvo a tallar; el hielo es granulado y resulta menos difícil. Me encuentro ya sobre el desplome, no me falta más que un metro para estar en buena posición. Con el piolet arreglo un rellano que me permita instalar la broca. El hielo vuela. ¿Qué debe de pensar Schatz, echado todavía de bruces en la cornisa?

—¡Ya va!

De mi cinturón pende una especie de anzuelo gigante, tan largo como el antebrazo y provisto de dientes en sentido contrario a la punta. A golpes de piolet-martillo lo clavo en el hielo, y como éste no está demasiado duro, con pocos martillazos queda en su sitio. ¿Estará bastante firme? La próxima helada se cuidará de asegurarlo. Ahora le toca el turno a la cuerda. Es de nylon, blanca, muy seca y muy limpia. Con mi navaja corto dos metros que bastarán para convertirse en una hermosa argolla colgada de la clavija. Todo esto quedará aquí. Los veinte metros que han de pasar por la argolla se deslizarán sobre la pendiente y flotarán por encima del desplome. Estiro para probar la resistencia de la broca. ¡Todo va bien!

Me cuelgo de la cuerda y voy a situarme de nuevo en mi confortable «bañera».

—¡Cuando quieras, Schatz! ¡Ya puedes venir!

—¡Bien! ¡Te avisaré cuando salga!

Mi amigo se prepara: coloca sobre sí la mochila que había dejado en la cornisa, cuelga el piolet de la muñeca, gracias a una cuerdecita especial de la que se habían reído los otros, y me lanza un vibrante «¡Voy!». Es el «allá va» de los alpinistas.

Mientras lo aseguro «en seco»<sup>[83]</sup>, Schatz agarra la cuerda que pende. Oigo voces fuertes, una gorra mugrienta aparece, luego un rostro negro y gesticulante. ¡No está muy favorecido en este momento! Schatz logra colocar un crampón en un punto de apoyo, da un violento golpe con el piolet, coge una nueva brazada de cuerda, se iza y llega a mi lado. ¡El obstáculo está vencido!

De pronto siento frío, las nubes oscurecen la atmósfera. Nos ponemos los anoraks, las capuchas. Pero ¿qué deben de hacer nuestros compañeros? Los llamamos a gritos...

—¡Estamos aquí, estamos aquí! —responden con el tono de personas que no desean ser molestadas.

Cómodamente sentados en las pendientes inferiores, no han conseguido descubrir nada nuevo. Ni a derecha ni a izquierda existe ninguna posibilidad de poder rodear la muralla. Lo que hemos hecho es la única solución... Estaban esperando con filosofía el curso de los acontecimientos, y al cabo de un cuarto de hora se reúnen con nosotros.

Seguimos la marcha con mucho trabajo, serpenteando por este mar agitado. El tiempo está agitado también. Cada paso, cada metro que ganamos nos cuesta un esfuerzo ingente. Esta vez me inquieto de veras. Si hemos de seguir luchando mucho tiempo en semejante terreno, no llegaremos nunca al fin de nuestras penalidades. Mis compañeros están tan pesimistas como yo.

Si la nieve no cayera diariamente en abundancia, al apisonarse durante el día y helarse durante la noche, el terreno estaría más firme y permitiría un mejor avance. Pero todas las tardes una furiosa tempestad trae sus treinta o cuarenta centímetros de nieve y cada día hemos de repetir el trabajo. Al menos esperamos que nuestras huellas dejarán una base para las próximas veces. Es la última esperanza que nos queda. ¿Será sólo una ilusión?

A través de los copos veo la sombra gris de Schatz que me releva en el lugar delantero y batalla contra la nieve en polvo. Hace mucho viento y más allá de los quince metros no se ve nada. Todo huye hacia abajo. No hallamos sitio a propósito para la tienda. Además sería preferible que el campamento III quedara colocado más arriba; el altímetro marca 6600, pero más tarde comprobaremos que no estamos más que a 6400. ¡Esto nos parece enorme!

Nieva sin parar y el trabajo de apisonar la nieve es agotador. Pero el caso es que «caminamos». Siento una inmensa alegría al observar que «avanzamos hacia arriba».

Por fin dejamos la tienda, los equipos y las provisiones que hemos transportado hasta aquí, al pie de un *serac* en forma de media luna. Para señalar el depósito a los camaradas que vendrán luego, hacemos un hueco en la pared y colocamos en él una cantimplora roja.

—Esto se verá de lejos —le digo a Schatz, que aprueba con un gesto.

El descenso se hace más fácilmente, como compruebo una vez más. Ahora Lachenal y Rebuffat van delante, y desaparecen en la niebla. La nevada crece en intensidad; bajo con Schatz una pared de hielo pequeña y muy delicada... dejándome caer. Por desgracia, he calculado mal la longitud de

cuerda que me separa de mi compañero. Éste nota una fuerte sacudida y, no pudiendo dominar el imprevisto choque, se precipita pendiente abajo. Con un grito lo veo volar delante de mí. Menos mal que la nieve espesa, contra la que tanto murmurábamos, lo frena, lo envuelve y amortigua el golpe. A duras penas se levanta y se dirige hacia mí. Ha sufrido una gran conmoción, y a pesar de no tener nada se tambalea como si estuviera borracho.

Ahora le toca a él ir delante mientras yo lo aseguro de cerca. Bajo la tormenta, seguimos de nuevo las huellas de Lachenal y Rebuffat, que nos esperan antes de llegar al corredor. El equilibrio de Schatz los preocupa y permanecen cercanos y atentos. Atravesamos otra vez y sin incidentes el cono final del gran corredor. En el transcurso de los siguientes días, las numerosas «lanzaderas» que afrontarán necesariamente este paso peligroso serán respetadas por los aludes.

El tiempo mejora, pero seguimos hundiéndonos y nos es imposible localizar el campamento II, oculto por las nubes. Caminamos por donde nos parece, encontrado de vez en cuando las huellas, apenas visibles, de la subida. El viento se levanta, la nieve se pega a las gafas y nos azota el rostro. Caminamos encorvados bajo la borrasca. Una pendiente que bajamos deslizándonos, unas cuantas huellas, una gran grieta: debemos de estar muy cerca del campamento. Nos desviamos hacia la derecha, y a los pocos pasos hallamos una tienda cubierta casi por la nieve. ¿Qué hacemos? No es posible pasar la noche aquí, no hay sitio para todos. Además, si bajamos podremos hacer otra «lanzadera»...

Después de comer algo, reanudamos la marcha. Se hace tarde y la visibilidad disminuye a medida que descendemos hacia la meseta. Estamos en plena niebla, pero la formación en hilera que hemos adoptado nos permite conservar aproximadamente la misma dirección. Sabemos que al acercamos al campamento I tendremos que atravesar una zona cubierta de grietas. Existe un solo paso señalado por *cairns*.

¡Imposible encontrar el primer *cairn*! Rebuffat opina que debemos pasar más abajo, hacia la izquierda; Lachenal, que más arriba, hacia la derecha. En cuanto a mí, me parece que llevamos buena dirección, pero por nada del mundo quiero que nos separemos.

Optamos por la solución Rebuffat, pero sin lanzamos a fondo. En efecto, desviándonos hacia la izquierda, alcanzamos las grandes barreras de *seracs* del glaciar que, en principio, debe conducirnos hacia el campamento I.

El espesor de la niebla aumenta. Avanzamos entre dos grietas que se juntan de pronto. Es imposible adelantar ni un metro. Nos sentimos repentinamente cansados. Esta última y mezquina dificultad que el glaciar opone nos causa un profundo desánimo. Entonces, sabiendo que estamos cerca del campamento, empezamos a gritar:

—*Allo! Allo!*

Unos segundos más tarde oímos débilmente, pero con claridad, hacia nuestra derecha:

—¡Por aquí!

—Ya decía yo que teníamos que pasar por la derecha —gruñe Lachenal.

Pronto distinguimos una sombra, la de Terray. Me explica que hay poco material en el campamento y no bastante sitio para todos. En cuanto a las provisiones, deben conservarse con sumo cuidado para los campamentos altos. Decido en el acto lo siguiente: Lachenal, Rebuffat y yo

aprovecharemos la última claridad del día para bajar al campamento base, mientras que Schatz, mal repuesto de su caída, recuperará sus fuerzas aquí.

Antes de marchamos, Terray nos cuenta su vivac de la noche, bajo la mirada disconforme de Lachenal... Nosotros le contamos lo que hemos hecho y le describimos el *serac* a cuyo pie dejamos el material.

—Saldré mañana por la mañana muy temprano —nos dice—, con Panzi y Alia. Entre tanto, Adjiba hará su «lanzadera» entre el campamento base y el campamento I.

Este sherpa, extremadamente resistente, ha creado una verdadera especialidad. Dos veces por día hace un viaje de ida y vuelta, y ha transportado ya centenares de kilos hasta el campamento I. Es un trabajo ingrato y sin brillantez, pero de gran eficacia. Todos estos esfuerzos que cada uno realiza son los que dan a la expedición sus posibilidades de éxito.

Dejando a Schatz, Terray, Panzi y Aila, nos precipitamos por la pendiente en compañía de Adjiba. Deslizándonos por los pedregales y frenando como podemos, atravesamos las cornisas al galope y en pocos minutos hemos bajado muchos centenares de metros. Al llegar al campamento base, hallamos con alegría no una, sino muchas tiendas.

Ichac y Oudot acaban de llegar con sherpas y con numerosos culis.

Hay sacos de dormir para todo el mundo y abundantes provisiones. Hay también una gran tienda verde, que será muy apreciada por los culis porque sigue nevando.

¡Victoria! ¡El enlace entre la vanguardia y la retaguardia está hecho!



# Capítulo X.

## La hoz

Es la noche del 24 de mayo. Sarki salió el 23 por la mañana con la famosa orden del día.

Ichac me cuenta que encontró a nuestro agente de enlace galopando por los desfiladeros del Miristi Kholá cuando él subía a reunirse con nosotros, como estaba previsto.

Estoy sumergido en optimismo y comodidad. Ichac y Oudot se entusiasman al saber que hemos equipado la montaña hasta los 6600 metros<sup>[84]</sup> en tan breve tiempo. Esta noche, la alegría impera en el campamento base.

La comida es sabrosa: pollo con gelatina, botella de ron (Terray protestará enérgicamente al enterarse: ¡hubiéramos podido esperarle para el festejo!). Pero la fatiga —unida a estos excesos— acaba por vencernos. Nos retiramos, y mientras me acomodo en el saco de dormir, Ichac me lee animosamente extractos de su diario relativos al viaje a Muktinath, la ciudad de los «extraños monasterios».

Al día siguiente nos levantamos tarde: estamos descoyuntados por los esfuerzos hechos. El sol es caliente y vagamos por el campamento. Decido asearme e incluso afeitarme. Resulta muy agradable sentirse limpio y vestir el cómodo *après-ski*. Siento que las ideas se me aclaran, y elaboro planes para la gran batalla. Todos pensamos en lo mismo: basta ver a mis camaradas, con los gemelos en la mano, discutir las condiciones del ataque. En cuanto a mí, la decisión está tomada. Una cuestión queda todavía por resolver: el aprovisionamiento. Pero tengo plena confianza en Noyelle, que ha preparado de antemano la movilización en Tukucha. Después de llevar a cabo largos cálculos, me tranquilizo. Por este lado no corremos ningún riesgo y puedo hacer avanzar todas las fuerzas. Decido marchar sin prisas esta tarde al campamento I con Lachenal y Rebuffat, llevando numerosos fardos y resuelto a no bajar hasta haber conseguido la victoria. Antes de partir escribo mi última carta a Lucien Devies.

«Campamento base, 25 de mayo de 1950.

»Querido Devies:

»Última palabra antes del ataque. Todo se presenta bien. El campamento base está a tres o cuatro días de Tukucha, lo que no deja de tener sus inconvenientes. La transformación de la exploración a fondo en ataque de gran estilo habría podido ser muy difícil a tal distancia de nuestro punto de partida. En el día de ayer subí hasta los 6600 metros. El itinerario es todo él glaciar, y los riesgos objetivos, relativamente escasos.

»La instalación de los campamentos es la siguiente: campamento base, a la orilla derecha del glaciar norte del Annapurna, a 4400 metros. Campamento I, también a la orilla derecha, en el borde de una gran meseta análoga a la meseta superior de Argentière, a 5100. Campamento II, en un glaciar que baja directamente de la cumbre del Annapurna, sobre una pequeña planicie a 5900. A continuación pienso montar un campamento III hacia los 6800 y un campamento IV hacia los 7500, sobre el glaciar llamado de la Hoz (los croquis y el mapa de Matha te orientarán en seguida). Es posible que instalemos todavía un campamento V; esto depende del terreno.

»El tiempo es bueno por la mañana y malo por la tarde. Nieva mucho, lo que resulta molesto, porque nos hundimos una barbaridad. Todos estamos en forma. Dentro de unos minutos subo al campamento I, y en los próximos días daremos el gran golpe. Estamos muy esperanzados. Las condiciones son muy duras a semejante altura, pero si ganamos la batalla nos sentiremos tan felices que lo olvidaremos todo. No tengo tiempo de escribirte más, pues te aseguro que tengo muchas cosas que hacer. Matha te pondrá al corriente de la situación

con más detalles. Tengo confianza.

»Afectuosamente tuyo,

»MAURICE».

Mientras escribo esta carta, los culis y los sherpas acaban de trasladar el campamento bajo la dirección de Couzy. Después de comer, el tiempo empieza a oscurecerse, y a las tres y media está nevando. Me acuerdo de Terray, que habrá salido esta mañana temprano del campamento I con dos unidades de altura y más de diez kilos de provisiones. Su intención era proseguir hasta el campamento III y pasar allí la noche. Hacia las cinco salimos. Adelantamos bastante, a pesar de lo mucho que nieva, y llegamos por la noche al campamento I. Levantamos una tienda-valle, en la que dormimos los tres. Rebuffat se queja de nuevo de su insolación y de su ardor de labios.

A las seis y media, en pie.

—¡Sherpas, sherpas!

Pero éstos no tienen mucha prisa y los preparativos se prolongan. Con los gemelos distinguimos tres puntos negros en la montaña, un poco más abajo y a la izquierda del lugar que nosotros habíamos alcanzado. «Debe de ser el campamento III», nos decimos. Cerca de las diez emprendemos la marcha hacia el campamento II. En la gran meseta hace un calor espantoso, Lachenal y Angawa están encordados conmigo, y Rebuffat, con Dawatoundu, que nos ha sido confiado por Ichac con toda clase de recomendaciones<sup>[85]</sup>.

Lachenal sufre demasiado con el calor. Camina como embrutecido, chorreando sudor. Cuando alguien le habla, levanta unos ojos apagados y doloridos, y aprovecha todas las ocasiones para dejarse caer al suelo. Rebuffat siente agudos dolores de estómago, que van empeorando hasta el punto de decidirnos a turnar para llevar su mochila. El avance es muy difícil. Hacia el final, Lachenal camina penosamente; los últimos cien metros serán para él un doloroso calvario. Sobre sus labios, sobremanera quemados, ha aplicado una tira de esparadrapo que le protege algo. Es la única mancha blanca sobre su rostro negro, y produce un efecto sorprendente.

En el campamento II hallamos a Terray, Panzi y Alïa, que acaban de bajar. Terray está excitadísimo.

—No hay tiempo que perder —me dice—. Ayer subí hasta seis mil setecientos metros. No pude hallar el material que dejasteis; debe de estar enterrado por la nieve. A la altura en que nos hallábamos no había ni la más pequeña plataforma a la vista. Entonces, Panzi, Alïa y yo hicimos una con el piolet, pero muy inclinada y situada en plena pendiente. Apiñados los tres en este minúsculo refugio, hemos pasado la noche en medio de los aludes.

Y, para dar más peso a su relato, imita el ruido de la nieve precipitándose como una tromba a pocos metros, incluso a pocos centímetros de él. Luego prosigue, riendo:

—Los sherpas no estaban muy tranquilos, ¡ni yo tampoco! Después de semejante noche, no servíamos más que para volver a bajar, y aquí estamos; tengo intención de seguir hasta el campamento I para recuperarme.

—En efecto —le respondo—, es la mejor solución. Couzy y Schatz van a subir al campamento I con Ichac y Oudot y podrás reponerte cómodamente. Además, ello te permitirá hacer un viaje

suplementario con material..., ¡siempre este condenado material!

—El nuestro lo he dejado a seis mil setecientos —concluye Terray—, probablemente más hacia la izquierda del que dejasteis vosotros. Está en plena pendiente, cincuenta metros a la derecha de una línea de *seracs*.

Después de cerrar su mochila, da un grito de «¡Sherpas!», le echa a cada uno un extremo de la cuerda y se aleja después de una sonora despedida.

Quedamos solos en el campamento II. La moral de mis compañeros no es muy elevada: su estado deja bastante que desear. Por otra parte, los comentarios de Terray sobre la nieve profunda de las alturas no les han hecho mucha gracia; ya vieron de lo que se trataba la primera vez. Me parece que no tendré que apretarlos demasiado mañana si quiero poder contar con ellos más adelante. Hay dos sherpas disponibles, el material y los víveres que hemos subido. ¿Por qué no hacer una «lanzadera» para intentar montar el campamento III, y quizás el IV, mientras mis dos compañeros se reponen? Si me quedo más de un día más allá del campamento II, podrán, a su vez, hacer un convoy con material hacia los campamentos superiores, junto con Schatz y Couzy, que acabarán de llegar. Tal como se presentan las cosas, y considerando que estamos ya a 26 de mayo, será preciso que los cuatro *sahibs* suban un escalón —del campamento II al campamento III— y luego sigan así, avanzando lentamente y sin volver a bajar, de campamento en campamento, hasta el final. Entre tanto, Terray volverá a encontrarse en plena forma y yo tendré la posibilidad de hacer una nueva «lanzadera», para que todos los campamentos puedan quedar instalados en un mínimo de tiempo.

Esta tarde, por excepción, hace buen tiempo. Mientras mis dos camaradas duermen a pierna suelta en el interior de su tienda, paso revista al material y hago los preparativos para el día siguiente por la mañana.

Al amanecer zarando a Dawatoundu y Angawa para salir pronto, pues quiero aprovechar la helada nocturna. Salimos del campamento antes de que el sol haya llegado a él, y seguimos las huellas de bajada de Lionel Terray en dirección al cono final del corredor. Hoy tengo la cámara y espero utilizarla. Al llegar al corredor, pongo a Dawatoundu el primero en la cuerda, para ver si sabe tallar el hielo, pero cuando alcanzamos el paso de la cuerdecita, es inútil: es preciso que pase delante el *sahib*, y esto me recuerda lo que me contó ayer Terray. En el mismo lugar bajaba encordado con Alia y Panzi, este último a la cabeza. Se acercaron a la muralla; el sherpa se detuvo con expresión aterrorizada y clavó buenamente su piolet en el hielo. Terray, el *strong man*, como le llaman los sherpas, le dijo: «Baja, Panzi, te toca a ti». Y Panzi respondió con una amable sonrisa: «*No, thank you, for Sahib only*»<sup>[86]</sup>. Terray pensó que era inútil insistir.

Dawatoundu reacciona como Panzi, pero tengo la intención de hacer fotografías y obligo a Angawa a que actúe de delantero. Temblando de miedo, se pone en mi lugar. De todos modos, avanza, ya que el Bara Sahib lo ha decidido así. Lo afianzo sólidamente con la cuerda y, mientras inicia la escalada, impresiono lo que puedo, acostado en una posición difícil a lo largo de la cornisa de hielo y sin poder levantar apenas la cabeza. Los esfuerzos de Angawa han llegado a su término. No tengo valor para pedirle más, a pesar de la seguridad de la cuerda, y subo. El avance resulta mucho más fácil desde que está la cuerdecita, y en pocos segundos alcanzo la pequeña plataforma de la derecha, ocho metros más arriba. Una vez allí, amarro las cuerdas y hago subir a Dawatoundu, que

trepas con dificultad. ¿Hacer escalada en el hielo? Esto no se le había ocurrido nunca. ¡Me hace el efecto de que en estos momentos el prestigio de los *sahibs* sube como una flecha! Dawatoundu llega junto a mí con el rostro demudado por la fatiga y soplando como una foca. Le indico cómo debe asegurar a su compañero mientras impresiono la subida con la cámara. Todo marcha bien.

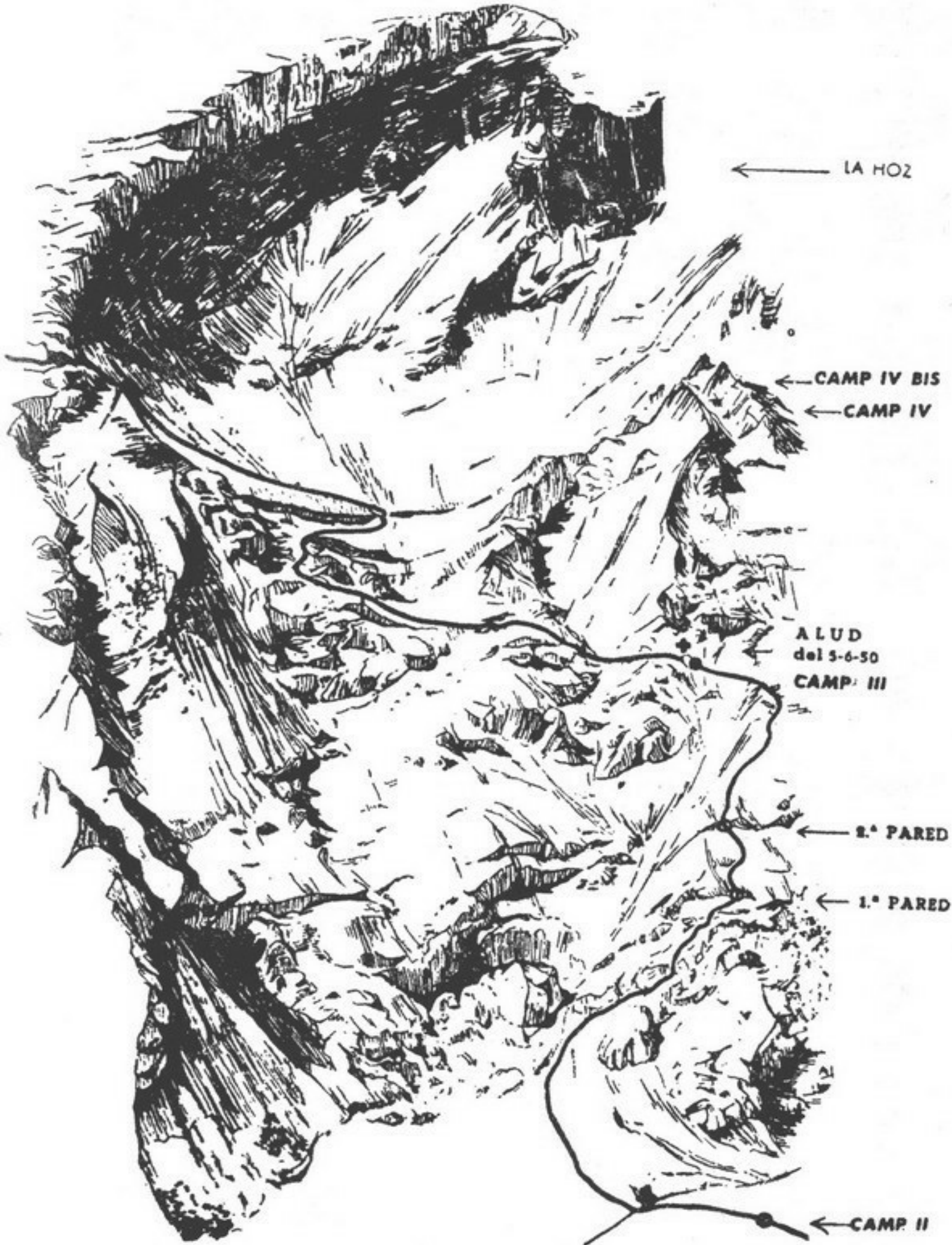
Volvemos a arreglar nuestras cosas y emprendemos de nuevo la marcha, pero durante estos esfuerzos el tiempo ha ido transcurriendo; el sol cae ya vertical y bate con tanta fuerza sobre las pendientes, que chapoteamos en una nieve que parece sopa. El trabajo es agotador; las huellas de Terray apenas son visibles. Además, se dirigen hacia la izquierda, y mi intención es recuperar el material que dejamos en nuestro primer intento; así es que prosigo directamente hacia arriba. Poco después reconozco el *serac* en forma de media luna. Tanteo con el piolet hasta que tropiezo con unos objetos compactos. Aquí es. En efecto, apartamos la nieve y hallamos la tienda completa, los víveres y el material que subimos tres días antes Lachenal, Rebuffat y yo. Nos lo cargamos todo y procuramos alcanzar por la izquierda las huellas de Terray. Están a cincuenta metros, pero necesitamos casi una hora para llegar a ellas, tras de abrir una verdadera trinchera y hundirnos en la nieve hasta la cintura. Alcanzamos por fin las huellas al pie de un muro de hielo, fuertemente inclinado, que reluce al sol. Los pasos marcados por mi camarada se han borrado casi del todo. Vuelvo a tallar otra vez, y, a fin de facilitar el paso de los sherpas, hincó en el muro una gran clavija de hielo y sujeto a ella una larga cuerdecita de nylon. Luego subo unos escalones para afianzarla. Veo a los sherpas, uno después de otro, describir un maravilloso movimiento de péndulo, caer sentados, gritar y acabar riendo con gana de la aventura.

Hemos sobrepasado toda la zona de murallas de hielo que alternan con pendientes de nieve. Al levantar la cabeza, veo arriba un declive nevado con las huellas de mi predecesor. Hacia la izquierda, el gran corredor central, muy empinado, parece querer engullir todo lo que pueda caer de los declives superiores. La atmósfera es luminosa y la claridad está impregnada de un delicado color azul. Al otro lado del corredor, unas aristas de hielo vivo descomponen la luz como prismas y lanzan multicolores destellos.

El tiempo sigue siendo magnífico, sin ni una nube; el aire es muy seco. Me siento en plena forma y tengo la impresión de hallarme en perfecto equilibrio. ¿Es acaso esto la felicidad?

Debemos continuar. Como hormigas que intentan vencer un inmenso obstáculo, seguimos trepando con esfuerzo y con la apariencia de no adelantar nada. La pendiente es muy pronunciada y la nieve empieza a aglutinarse debajo de las suelas, por lo que vigilo con atención los movimientos de los sherpas. Cada dos metros me detengo para cobrar aliento; detrás de mí siento a los dos *sherpas*, aniquilados también por el esfuerzo. De vez en cuando miro hacia arriba, midiendo la distancia que nos queda por recorrer. De pronto distingo un punto amarillo dorado, tal vez la tienda de Terray. Al cabo de un siglo de arrastrarnos por esta nieve espesa y traidora llegamos al punto extremo alcanzado por nuestro compañero. El material y los víveres están enterrados debajo de la nieve, pero cuidadosamente envueltos en un pie de elefante<sup>[87]</sup>. Me alegro mucho de haber subido hasta aquí, pero el emplazamiento me deja perplejo. Es imposible instalar el campamento III en plena pendiente. A la derecha está el vacío; a la izquierda, una cascada de *seracs*, más allá de la cual desciende el corredor central; encima, a cincuenta metros, empieza una zona en extremo atormentada. Observando

los *seracs* de la izquierda, compruebo que todas las grietas están cubiertas de nieve reciente. ¿Por qué no...? Una idea se me acaba de ocurrir: ¿y si montara el campamento precisamente encima de una grieta? Dada la altura y el terreno, debe de estar completamente obstruida. Por otra parte, los *seracs* de los alrededores constituyen una buena protección contra los aludes. Y este «¿Por qué no?» se convierte en un «¡Vamos a ver!».



← LA HOZ

← CAMP IV BIS

← CAMP IV

← ALUD  
del 5-6-50  
CAMP III

← 2.ª PARED

← 1.ª PARED

← CAMP II

Itinerario entre los campamentos II y IV bis visto desde el Campamento I (los campamentos están indicados con círculos negros).

Atravieso de flanco con mis dos sherpas, alcanzo el borde de la grieta y me aventuro sobre ella, después de hacerme asegurar sólidamente. Mis primeros pasos son... cautelosos. Hundo el piolet hasta la cruz y veo que la nieve es homogénea. Entonces me muevo con más confianza y labro una exigua plataforma, sobre la que primero doy unas vueltas, pasos a la derecha, pasos a la izquierda, luego empiezo a bailar, y termino saltando. ¡Esto se aguanta! Una vez roto el hielo en ciertos lugares y nivelada la superficie de la grieta, el emplazamiento será ideal: podrán colocarse muy bien dos tiendas con las puertas de acceso enfrentadas. Los sherpas las montan ya sin perder ni un minuto y luego preparan el té. Y basta por hoy: hemos realizado lo que nos proponíamos, y el campamento III está definitivamente instalado. Mis compañeros no pueden vernos desde abajo y deben de preguntarse qué ha sido de nosotros.

Mientras los sherpas disponen nuestro vivac, me acerco al extremo de la grieta, hacia el corredor central, por donde deberemos pasar al día siguiente. Estoy decidido a ello: al otro día es preciso instalar el campamento IV. Puedo observar a mis anchas las cumbres que me rodean; examinar la famosa cresta de las Coliflores, cuya configuración es tan extraña; admirar el lejano Dhaulagiri, y dejar vagar mis ojos y mis pensamientos por las desiertas tierras del Tíbet, que dista apenas unas decenas de kilómetros.

Un viento muy frío y violento se levanta, pero no se divisa ninguna nube que pueda inquietarme. ¡Seguro que al día siguiente hará buen tiempo! Después de esta optimista previsión, penetro en la tienda, una hermosa tienda para mí solo, con dos colchones neumáticos y dos sacos de dormir. Los sherpas me sirven como si fuera un rey. Me traen el té y les distribuyo la aspirina, los soporíferos y toda la colección de productos que nos impone Oudot. Unos excelentes cigarrillos para el final, y no tardo en dormirme...

Esta mañana hay que seguir avanzando. Desmonto una tienda, cojo la mayor cantidad posible de provisiones, reparto la carga y nos ponemos en camino. Haciendo un rodeo, me dirijo hacia el corredor central. Bordeamos la base del *serac* que protegía nuestro campamento y dominamos un techo de hielo vivo que no parece muy del agrado de los *sherpas*. No se puede subir más y decidimos atravesar el corredor. A esta altura es relativamente estrecho, como comprimido entre los *seracs* de sus lados. No debe de tener mucho más de sesenta metros de anchura. Uno de nosotros se adelanta rápido, vigilado por los otros, y será avisado en caso de alud. La seguridad es suficiente, a mi modo de ver, y empiezo la marcha dejando a Dawatoundu en la orilla izquierda. La pendiente es demasiado recta y huye bajo mis pies. La nieve está endurecida por los sucesivos aludes y la punta de mis crampones no se clava, por lo que me veo precisado a tallar pequeños escalones. Clavo en el hielo, encima de mí, la punta del piolet como si fuera un áncora y me aferro a él con las dos manos. Procuro ir deprisa; una mirada hacia arriba de vez en cuando no resulta inútil, aunque sólo sea para animarse. En cambio, no es recomendable mirar hacia abajo, pues la vista de estos abismos de colosal profundidad podría quebrantar la moral más optimista. Atravieso con bastante rapidez y me

concedo unos minutos para recobrar el aliento antes de hacer venir a los sherpas.

—¡Dawatoundu!

—*Yes, Sir*—me responde el sherpa con una expresión un tanto rara.

¡El viejo zorro olfatea el peligro! A pesar de ir cargado, no pierde ni un segundo y llega como una tromba para ponerse a salvo. Angawa le sigue, pero, más joven y menos hábil, emplea mucho más tiempo que su camarada. ¡Por fin sanos y salvos! ¡El temible corredor está franqueado! Desde aquí puedo ver lo que nos amenazaba. El corredor se prolonga hacia arriba por espacio de unos trescientos o cuatrocientos metros y se pierde en una pendiente de nieve muy recta, verdadera reserva de aludes. Encima está la pared rocosa, y luego el glaciar de la Hoz, que de vez en cuando se desprende de algunas decenas de toneladas que le sobran.

La situación es ahora bastante crítica: me encuentro ante una zona excesivamente atormentada y de gran inclinación media. En este punto, el itinerario previsto desde el campamento I consistía en subir en dirección oblicua hacia la izquierda, y luego volver hacia la derecha, justo en la parte alta del corredor central, en el lugar en que la gran *rimaya*<sup>[88]</sup>, o grieta terminal que separa este corredor de la meseta, está obstruida por la nieve, lo que tal vez permita el paso. Pero no tengo ante mí más que enormes *seracs*. Puedo rodearlos, volviendo a bajar un poco para atravesar después por la izquierda, o trepar por la orilla derecha del corredor y alcanzar los declives superiores. Opto por la última solución, pues esta hora temprana excluye, en la práctica, todo peligro de alud. Además, remontando con rapidez el borde extremo del corredor, ganamos los cien metros necesarios. Ahora nos dirigimos hacia la izquierda y nos hundimos otra vez en una nieve profunda que por desgracia nos es ya demasiado familiar. Al menos, aquí estamos a salvo.

Después de unos minutos de descanso reanudamos la marcha. Se trata de atravesar hacia la izquierda, ganando altura cuando se presenta la ocasión, pero las pendientes son muy escarpadas y tengo una confianza bastante exigua en el equilibrio de mis sherpas. No están acostumbrados a terrenos tan difíciles, y los vigilo porque si uno de ellos resbalara nos despeñaríamos los tres. Llevamos a cabo sin tropiezo las primeras marchas y me esfuerzo en apisonar la nieve para marcar huellas cómodas y seguras. Un paso sobre el hielo vivo reclama una particular atención. Tres golpes de piolet: el hielo vuela; es lo suficiente para dos puntas de crampones, y sigo adelante. Pero Dawatoundu no es de la misma opinión y vuelve a tallar detrás de mí con una lentitud desesperante. Por fin llega y tomo su cuerda para afianzar a Angawa. Éste no parece muy seguro. Levanta el pie izquierdo..., no apoya suficientemente la punta del crampón en el hielo, tropieza con la extremidad de su bota, la rodilla choca a su vez contra el obstáculo y le veo perder el equilibrio y rodar pendiente abajo. Gracias a que he seguido todos sus movimientos: el nudo se aprieta en torno a mi piolet, la cuerda queda tensa. Angawa no sufrirá otro daño que el susto, y de ahora en adelante tendrá más confianza en la seguridad de la cuerda.

El avance prosigue a través de una nieve inestable que recubre un hielo durísimo. La decoración es maravillosa, todo es de un azul diáfano, incluso nuestras sombras, y en el cielo no hay ni una nube. Hacia la izquierda, la arista de la Hoz, tan cercana que parece al alcance de la mano, está cubierta de hielo y centellea bajo el sol como una montaña de diamante.

Mis dos sherpas están cansados, y Dawatoundu parece lamentar el empuje que le permitió subir a



semejante desnivel en tan corto espacio de tiempo<sup>[89]</sup>. Durante una difícil escalada a un *serac* me llevo un susto terrible: después de haber marcado tres cómodos escalones y una buena presa para la mano izquierda, oigo bruscamente un ruido sordo: el hielo cruje como si el *serac* entero fuera a derrumbarse. Contengo la respiración, pero no sucede nada: debe de ser un asiento del hielo y puedo continuar. Al cabo de media hora de talla, desemboco en los declives superiores, desde donde veo muy bien la gran grieta terminal que rodea horizontalmente toda la meseta, admirando a la vez el enorme acantilado de la Hoz.

—¡Ahora tú, Dawatoundu!

Con el dedo le señalo el camino, más fácil ya, que debemos seguir ahora: una pendiente de nieve bastante escarpada; luego un centenar de metros de hielo medianamente inclinados en los que, sin embargo, será preciso marcar escalones; por fin otra pendiente de nieve y la grieta terminal.

Esta vez descanso; dejo trabajar y me instalo el último en la cuerda. Pero los sherpas son lentos y no poseen nuestra técnica. Dawatoundu marca numerosos peldaños, muy cerca los unos de los otros y demasiado cómodos. Pero, de todos modos, ganamos terreno y pronto llegamos a la grieta terminal, abierta, profunda, pero tan larga que uno no se da cuenta de su profundidad. Ningún punto débil en cerca de un kilómetro, a no ser el cono de deyección constituido por la nieve de los aludes. Evidentemente, el lugar no es de lo más seguro. Es un paso «obligado».

Vuelvo a ponerme a la cabeza de la cordada, subo a la arista que conduce al cono y empiezo a trepar en línea recta. Dawatoundu me asegura desde abajo, y no es por lujo, pues adelanto dos pasos y a los pocos segundos los vuelvo a bajar. La nieve es en extremo inestable, y sobre todo temo que se derrumbe en el lugar en que forma puente sobre la grieta terminal. Una vez alcanzada la cúspide del cono, alargo cuanto puedo mi piolet para clavarlo en la pendiente. Se oye un ruido seco: ¡es hielo! Golpeo fuertemente y consigo hincar el piolet. ¡Estoy salvado! Me izo con gran esfuerzo en medio de la nieve que fluye por todos lados, consigo clavar los crampones a duras penas, tallo algunos escalones y llego por fin a una zona más apacible. Ahora les toca a los sherpas, a quienes afianzo sólidamente. Ningún principio de elegancia les impide colgarse de la cuerda, y se aprovechan de ello dejándome los brazos rotos. Nuestro grupo se halla reunido ahora en la meseta superior. Una ola de euforia me inunda; las dificultades técnicas parecen ya superadas. ¿Qué hallaremos más arriba? Una pendiente de hielo o de nieve..., pero ya ni murallas ni corredores.

—¡Vamos! ¡Un último esfuerzo!

Volvemos a coger la carga y nos dirigimos, completamente a la izquierda esta vez, hacia la Hoz. Desde aquí se ve muy bien. Sobre un basamento de rocas rojizas, el glaciar acaba de repente sobre el vacío, y este acantilado, esta inmensa quebradura de doscientos metros de altura, se alza sobre nosotros en absoluta vertical.

El espectáculo resulta impresionante. Por fortuna, el mango de la Hoz ofrece un acceso más fácil; por allí es por donde deberemos pasar. Hundidos otra vez en la nieve hasta la cintura y deteniéndonos a cada paso para recobrar el aliento, nos vamos acercando a la pared, al pie de la cual llegamos al cabo de una hora de marcha extenuante. Me hace el efecto de que hemos adelantado mucho desde la mañana. No creo que sea deseable aumentar todavía más la distancia entre el campamento III y el IV, ya que es preciso que el recorrido pueda efectuarlo cualquiera de nosotros en

una jomada sin fatigarse demasiado. Decido instalar el campamento en la parte en que nos hallamos, pero no resulta fácil encontrar un sitio adecuado; todo parece barrido por los aludes. Sólo un pequeño *serac* puede cobijar eventualmente algunos metros cuadrados y servir de biombo ideal contra el viento. Nuestras tiendas quedarán bien protegidas contra los aludes. Los dos sherpas y yo empezamos a cortar el hielo para hacer una plataforma confortable, y poco después, con el campamento liso, la tienda montada y los víveres guardados, podemos concedernos un bien merecido reposo.

Los sherpas tienen un dolor de cabeza horrible. Miro el altímetro: 7500 metros. Me parece exagerado. Sé que estos barómetros aneroides tienen tendencia a falsear la altura, aumentándola. Basándome en la cumbre y en la posición de los otros campamentos, considero que debemos estar poco más o menos a 7150 metros.

Después de darles aspirina, ofrezco alimento a Dawatoundu y Angawa, pero me hacen comprender que les es imposible meter nada en el estómago, y me veo obligado a saborear ante sus ojos una lata de atún cuya sola vista les produce náuseas. Un vistazo al espectáculo que nos rodea me causa una exaltada sensación de dominio y una confianza total en la victoria. Estoy casi a la altura de la Gran Barrera, veo a mis pies la arista de las Coliflores, que tanto tiempo me ha desafiado, y por fin, abajo, muy abajo, la meseta del campamento II, en el que ni siquiera puedo distinguir los puntos negros de mis camaradas.

—¡En marcha!

Los sherpas no se hacen rogar, y por una vez están inmediatamente preparados. Cerramos con cuidado la tienda, en espera de encontrarla en buen estado a pesar del fluir de la nieve, y emprendemos la bajada, que se efectúa sin tropiezo y a una velocidad muy superior a la de la subida. Descendemos de cara a la montaña, y los sherpas siguen muy bien, asegurados por mí. Una hora y media más tarde llegamos al campamento III.

¡Hay ocupantes en él!

Me alegro de poder comunicar a mis camaradas que ya tenemos el Annapurna en el bolsillo. Este rápido descenso me ha animado y estoy lleno de entusiasmo. Pero mis compañeros están tumbados en las dos tiendas y casi no tienen alientos para levantarse a nuestra llegada. ¿Qué ha sucedido?

Couzy y Schatz, llegados la víspera del campamento I, recogieron al pasar a Lachenal y Rebuffat. Después de una noche de descanso en el campamento II, salieron esta mañana para venir aquí. Como de costumbre, la nieve les opuso fuerte resistencia. Couzy, que no está todavía bastante aclimatado, padece grandes dolores de cabeza; Schatz se muestra taciturno; Rebuffat no parece en estado de poder proseguir; Lachenal no tiene ningún apetito. Por más que los zarandeo y les digo que «la cosa marcha», no consigo nada. Comprendo que no están todavía en forma, pero espero que el descanso de esta noche será saludable para todos. Por lo que a mí toca, es inútil que me entretenga más tiempo aquí. No hay sitio, y, por otra parte, es preciso hacer otro viaje. Espero que junto con el convoy de Terray habremos transportado todo lo necesario para equipar la montaña, y que la próxima subida será la de la victoria.

Pero el tiempo pasa... Veo transcurrir los días con espanto: estamos a 28 de mayo, y el monzón, según las últimas previsiones, se nos echará encima hacia el 5 de junio. Nos queda apenas una

semana para llevar a buen término todas las operaciones.

Ahora los sherpas van mucho más deprisa; las lecciones de estos últimos días les han sido muy útiles, su técnica mejora; en el paso del desplome cogen la cuerdecita sin vacilar, se deslizan rápidos y aterrizan con un movimiento de la mano indicando que la vía está libre para el siguiente. Mi trabajo queda muy simplificado y me alegro de ver la meseta del campamento cerca ya.

Pero Dawatoundu se queja desde hace un momento de un mal extraño, difícilmente localizable. Me señala el espacio de su cuerpo comprendido entre el esternón y los muslos. ¿Es acaso el abuso del alcohol de quemar, la altura o una especie de prudencia preventiva en vista de las operaciones venideras, que se presentan muy duras? Gime sin cesar, y Angawa tiene que sostenerlo. Este viejo pillastre es difícil de entender. Cuando llegamos al campamento, la nieve empieza a caer. Terray nos acoge con grandes gritos...

# Capítulo XI.

## Campamento II

A mi llegada, Terray me sirve un té abrasador, y sin dejarme tiempo para hablar me hace comer a su manera, algo así como si cebara una oca.

En las otras tiendas, los sherpas se afanan en torno a Dawatoundu, que representa cada vez mejor el papel de enfermo grave.

En cuanto a mí, después de esta substanciosa comida, no me preocupo absolutamente nada de una fatiga muy normal después del gran esfuerzo realizado. Terray me deja hablar por fin y le pongo al corriente de la instalación actual de los campamentos.

—Ahora —le digo—, la mayor parte del material está ya situado. Falta efectuar una última «lanzadera» para instalar el campamento V, de donde saldrá el ataque final; estamos alcanzando la meta. Esta vez hay esperanzas.

Terray, que parece haberse repuesto del todo en el campamento I, del que acaba de llegar, conserva empero un rostro preocupado.

—Sí, todo irá bien si el buen tiempo quiere mantenerse. Las noticias meteorológicas de la radio son muy malas: el monzón ha llegado a Calcuta y dentro de pocos días estará aquí...

—De todos modos, me siento en plena forma. Mi estado a los siete mil metros me da la certeza de que todo irá bien a los ocho mil, y sin oxígeno.

Pero Terray frena mi entusiasmo.

—Si nos esforzamos como hasta ahora, es un trabajo de titanes y acabaremos por dejar algunas plumas.

Luego me pregunta mi impresión sobre los del campamento III y le confieso que es más bien mala. Los cuatro camaradas que han quedado allí me parecen muy abatidos física y moralmente.

—En cambio, Lionel, no tengo ninguna inquietud en lo que nos concierne —añado—. Además, la montaña está equipada hasta el glaciar. Haciendo un viaje tú y yo con los cuatro sherpas, podemos seguir hasta arriba.

—Es un buen tirón —replica Terray.

—Oye, ahora estoy seguro; a menos de una catástrofe imprevista, el éxito es nuestro. Aun admitiendo que los cuatro del campamento III no se repongan, cosa que me extrañaría, sobre todo en los que están mejor aclimatados, ganaremos la partida. Te propongo que nos quedemos aquí todo el día de mañana descansando. Tendremos tiempo sobrado para los preparativos, y pasado mañana, de madrugada, subiremos con todo el empuje de campamento en campamento. De los cuatro que bajen aquí mañana, los dos mejores constituirán una cordada que volverá a subir con un día de intervalo y nos servirá de apoyo. En cuanto a la otra cordada, que se habrá beneficiado de un día de reposo suplementario, podrá subir con un campamento de retraso. Una y otra completarán el material y facilitarán el descenso de la primera cordada de asalto.

—Pero no hay tiempo que perder —repite obstinadamente Terray—. Tu proyecto es estupendo, pero me hace perder tiempo. ¿Qué haré mañana durante todo el día? ¡Ya he descansado bastante! Es mejor que me vaya; esto nos hará ganar una «lanzadera» que puede ser decisiva.

—No digo que no, pero si te marchas mañana ya no estaremos juntos; quedaremos desparejados, y de momento sólo nosotros dos estamos en plena forma: no podemos ser menos de dos para subir más arriba de los siete mil metros. Estoy seguro de que juntos lo lograremos.

—Seamos prácticos, Maurice; de todos modos, esto nos hace perder un día. Si no puedo formar parte de la primera cordada que subirá a la cumbre, ¡no importa!, iré con la segunda. Pero si ha de haber una que consiga llegar, será tal vez gracias al material que voy a subir ahora.

Me quedo perplejo. La generosidad de mi amigo no me sorprende, porque hace tiempo que he podido apreciarla, pero en este momento me parece que el heroísmo linda en la inconsciencia. Terray no piensa más que en cumplir íntegramente con su deber. En cuanto a mí, ¿no es un sentimiento egoísta el que me impulsa a desearlo como compañero de cuerda para pasado mañana? Ante la rectitud de mi camarada, este pensamiento me turba y me hace vacilar.

—En ese caso, conformes —digo de mala gana—. A primera vista parece que tengas razón, pero estoy seguro de que no volveremos a encontrar una ocasión semejante.

Terray parece pensativo. De pronto se me ocurre una idea.

—Si tienes empeño en subir mañana, Lionel, ¿por qué no vas únicamente hasta el campamento III con una unidad de altura, que los otros llevarán después más arriba, y vuelves a bajar aquí? Nos quedaríamos un día más para permitir que te recuperaras y saldríamos los dos; los sherpas, poco cargados, podrían relevarse a menudo para abrir camino. Al pasar por el campamento IV lo desmontamos, instalamos el campamento V, si es necesario, y seguimos hasta la cumbre.

Me he precipitado hacia esta solución, seguro de antemano de obtener la conformidad de Terray, impaciente y preocupado, antes que nada, de asegurar la continuidad de las «lanzaderas».

—Bueno, como quieras —responde con profunda satisfacción mía.

La velada transcurre alegremente. Aprecio la extrema comodidad de este campamento II: tiendas-valle, luz eléctrica, almacén utilizable como «local de reserva», *après-ski*, agua a discreción...

Todo ha sido instalado de nuevo por Terray, después de un alud que derribó las tiendas; ahora está muy bien resguardado detrás de una grieta, tan ancha que absorbería los más grandes aludes.

Afuera, la nieve cae furiosamente, pero estamos muy calientes en nuestros sacos de dormir.

—¿Cómo...? ¿Estás fumando?

¡Hoy es un gran día! Lionel Terray no fuma más que en las ocasiones excepcionales.

Volvemos una y otra vez al tema principal de nuestras preocupaciones.

—¿Crees que aquéllos ganarán un escalón?

Y al cabo de un rato:

—¡Si el monzón nos diera una posibilidad!

A la débil luz de la lámpara de techo veo apenas las espirales de humo de nuestros cigarrillos. El rostro de Terray se pierde en la sombra.

¿Llegará pronto Noyelle de Tukucha con el grueso del material y los víveres?

Pero el cansancio se deja sentir. Terray, atento siempre a la economía, apaga la luz. En pocos minutos quedamos sumidos en el sueño...

En medio de la noche me despiertan unos empujones, oigo gruñidos, una mano me golpea el

rostro, la lámpara del techo se enciende.

—¿Qué pasa?

—Es hora de salir.

—¿Tan pronto?

Terray se calza con prisas, sale de la tienda y va a sacudir la pereza de los sherpas. Durante toda la expedición ha sido fiel a su táctica de las salidas tempranas. Desde luego tiene razón, pues la nieve está en mejores condiciones por la madrugada, pero se necesita mucho valor, y él es el único que lo tiene. Vuelvo a cerrar los ojos y pienso con cierta satisfacción que me quedaré muy calentito y haciéndome contemplar por los sherpas mientras los otros van a cansarse. Cuando empieza a clarear oigo un sonoro:

—¡Bueno, Maurice, adiós!

—¡Hasta mañana y buena suerte!

Terray cierra cuidadosamente la tienda. ¡Insustituible Terray! No conozco a nadie en Francia que se ajuste mejor al ideal del «perfecto expedicionario».

Las horas transcurren; el sol ilumina y calienta mi tienda. En el campamento hay un silencio absoluto. Mis dos sherpas descansan también... Pero se hace tarde. Sin moverme de mi saco de dormir empiezo a chillar:

—¡Angawa! *Khanna! Khanna!*

Oigo unas voces ahogadas, luego un «*Yes, Sir*», y noto que se inician unos vagos preparativos.

Salgo con lentitud de mi saco de dormir, cojo las heladas botas y las golpeo antes de ponérmelas. Mi chaqueta de plumón, mi gorra, mis gafas: ya puedo sacar la nariz fuera. Hace un tiempo maravilloso, pero el fondo del valle está cubierto por un mar de nubes. Esta noche ha nevado en abundancia y pienso que Terray tendrá muchas dificultades para abrirse paso. Con los gemelos sigo su rastro, muy marcado, y no tardo en ver su cordada al pie de la muralla. En este momento está desgañitándose y batallando con sus sherpas. Escruto los alrededores del campamento III y distingo dos puntos negros que acaban de salir de él en la dirección del descenso. Lo convenido era que se quedaran todos en el campamento IV; presiento que su estado físico les ha desanimado gravemente.

Unas pesadas nubes aparecen en el valle del Miristi Khola: su desacostumbrado tinte gris me inquieta. Me asaltan sombríos temores sobre el final de este día. ¿Será acaso el signo precursor del monzón?

Dawatoundu está cada vez peor. Lo mandaré con el primer convoy al campamento I. Gime en su saco de dormir y se aprieta el vientre con las dos manos.

Nieva otra vez; echado en mi colchón neumático, dejo vagar mis pensamientos, y de pronto oigo gritar. Debe de ser Lachenal, y le respondo gritando también. Después del traslado del campamento, hay en la meseta tal laberinto de rastros, que una señal sonora no resulta inútil. Unos minutos más tarde llega Lachenal junto con Couzy.

—No he querido insistir —dice Lachenal—; tenía el estómago como un puño.

—Y yo un dolor de cabeza terrible —añade Couzy—. No he podido cerrar los ojos ni con la aspirina ni con los soporíferos.

—¡Si le hubieras oído! —exclama Lachenal—. Toda la noche quejándose. Decía sentir como si

se le rompiera el cráneo.

—Son efectos de la altura —respondo—. Habéis hecho bien en bajar. ¿Y los otros? ¿Subirán con Lionel?

—La verdad es —explica Lachenal— que no estábamos muy lúcidos allá arriba, sobre todo después de la nieve que ha caído toda la noche. No puedo decírtelo. Creo que esperan a Lionel para decidir con él.

Entramos en la tienda. Lachenal saborea las comodidades que se le ofrecen. ¡Éste sí que no es aficionado a las tiendas de altura! Couzy, al bajar, ha visto desaparecer su migraña; el fenómeno es conocido: en seguida que se desciende unos centenares de metros, todos los males debidos a la altura se desvanecen. Mientras mis compañeros se cambian y se secan, voy a ver a Angawa para disponer la minuta de la comida. ¡No hay que vacilar en emplear las reservas para reponer a mis compañeros! A pesar de sus esfuerzos, apenas han comido desde anteayer.

Unos momentos más tarde, después de una succulenta comida a la que ambos han hecho honor con gran satisfacción mía, nos acostamos y empezamos a charlar con más optimismo.

Al cabo de unos minutos de descanso, Angawa, aturullado, asoma su menudo rostro por la entrada de la tienda y dice:

—*Bara Sahib! Others Sahibs come!*<sup>[90]</sup>

Y después de un momento de silencio:

—*Bara Sahib! Hear!*<sup>[91]</sup>

Rápidamente, pues nieva sin parar, me calzo, me pongo la capucha y salgo. Más allá de diez metros no se ve nada. De vez en cuando oigo gritar. Se trata, desde luego, de un *sahib*, pues los sherpas se comprenden entre ellos a distancias muy grandes.

La voz no proviene de la dirección del campamento III, sino de un lugar situado mucho más hacia la arista de las Coliflores. Dos hipótesis: o se trata de un camarada del campamento III que se ha desviado hacia la izquierda y se halla en la zona agrietada, o bien de uno de los ocupantes del campamento I que ha subido demasiado. En todo caso, no hay peligro, pues en la montaña se percibe muy bien la sonoridad particular de la llamada de socorro. Grito a mi vez y soy oído a pesar de la distancia; el hombre parece dirigirse hacia la izquierda, lo cual demuestra que me ha comprendido. Los gritos se acercan y puedo dar explicaciones.

—A la izquierda, siempre a la izquierda, a lo largo de la gran grieta...

Y repito hasta que oigo: «¡Comprendido!».

Un cuarto de hora después veo acercarse dando tumbos a un fantasma blanco, en el cual me cuesta reconocer a Schatz.

—¿Dónde está Rebuffat?

—He bajado solo.

—¡Cómo! ¿Estás loco? ¡Con tal tiempo y en semejante terreno! ¡Esto es demasiado!

Siento que la sangre se me sube a la cabeza.

—¡Pero, chico —responde Schatz—, no podía hacer otra cosa! en el campamento III me sentía hecho un guiñapo. No sólo sería incapaz de ayudar a Lionel mañana, sino que era una boca inútil, y decidí bajar.

Estoy furioso. Creo que es la primera vez desde la salida de la expedición que me encolerizo de esta manera.

—¡En forma mediocre, y en semejante terreno, se te ocurre ir al encuentro de peligros absolutamente inútiles! Imagínate que hubieras sufrido una simple caída como la del otro día, o que Angawa no hubiese oído tus gritos... ¡Dejabas el pellejo aquí!

El asunto está zanjado. Ahora se trata de que mi camarada se reponga de sus emociones solitarias. Un té caliente y un alimento substancioso devuelven los colores a su rostro. Y hasta se siente contagiado del optimismo que reina en el campamento y considera el porvenir con más confianza y bajo un aspecto más favorable.

Unos momentos más tarde le pregunto:

—¿Llegó Lionel al campamento III?

—Sí, pero la mucha nieve le hizo retrasarse. Al bajar Gastón y yo, nos encontramos con él en plena niebla. Estaba tan entusiasmado, que nos volvimos hacia atrás con él.

—¿Y cómo es que Gastón no ha bajado contigo?

—Te lo explicaré. Celebramos un breve consejo y Lionel dijo que lo normal sería que los cuatro que habíamos dormido allí la última noche (Couzy, Lachenal, Rebuffat y yo) instaláramos el campamento IV. Aunque dos hayan vuelto a bajar, la misión tenía que cumplirse.

—¿Y habéis decidido subir con él?

—Exactamente.

Como siempre, la eficiencia ante todo para Terray. ¡Ha considerado que su deber era éste...! Pero Schatz prosigue:

—Yo me sentía muy cansado y le dije a Lionel que para rajarme a media pendiente era mejor que bajara ahora a reponerme. Más tarde formaré una cordada con Couzy.

—¿Entonces, Lionel y Gastón seguirán mañana hacia arriba?

—Si el tiempo es lo bastante bueno, sí.

¿Podrán continuar? ¿Quién sabe? Tal vez la «gran ocasión» les será concedida.

Oigo ruido fuera, los sherpas hablan con animación. ¿Sucede algo nuevo? Saco la cabeza de la tienda y diviso a Adjiba, que llega del campamento I seguido de varios porteadores. Detrás de él viene un culi al que Ichac ha puesto el apodo de «El Chino». Luego sabremos que su verdadero nombre es Pandy. Ha subido muy bien hasta el campamento II, a pesar de las dificultades técnicas. Es casi un sherpa. Para señalar esta promoción, le hemos regalado un magnífico chaleco de nylon que luce orgullosamente. Adjiba me tiende dos cartas, que desdoble presuroso, y leo en alta voz en la tienda:

«Campamento I, 29 de mayo de 1950.

»Marcel Ichac a Maurice Herzog.

»Ang-Tharkey ha llegado a las doce y diez. Hay veintidós fardos en el campamento base.

»Tenemos disponible para las “lanzaderas” campamento base-campamento I un individuo traído por Ang-Tharkey. Éste vuelve a bajar al campamento base para recibir a Noyelle y sus quince culis, algunos de los cuales procurará conservar para las “lanzaderas”.



»Volved a mandar a Adjiba, en cuanto sea posible, con la lista de cosas urgentes (¿tiendas de altura?).

»¿Nos necesitaréis para acompañar a los sherpas del campamento II al campamento III? ¿Cuándo?

»MARCEL ICHAC».

¡Qué estupenda noticia!

¡Noyelle llega! Ahora estamos seguros de ser aprovisionados, de poder contar con el grueso del material. Es una gran alegría para todos los del campamento.

El segundo papel es un mensaje en que Noyelle acusa recibo de mi orden del día y nos anuncia su llegada con refuerzos. Este mensaje salió de Tukucha el 25, al día siguiente de la llegada de Sarki.

¡Excelente Sarki! Ha empleado apenas treinta y seis horas para efectuar un trayecto que requiere normalmente de cuatro a cinco días; la expedición puede estar satisfecha de él. Su jefe sabrá demostrarle gratitud en el momento propicio.

Para festejar estos felices acontecimientos destapamos una botella de ron... Pero no hay que perder tiempo: Adjiba ha de bajar en seguida para proseguir sus «lanzaderas»; así es que escribo rápido las líneas siguientes para los *sahibs* de los campamentos inferiores:

«Campamento II, 29-5-50.

»Herzog a Noyelle, Matha y todos los *sahibs*.

»Felicitamos a Noyelle por la rapidez del traslado. Es una gran esperanza para todos nosotros. Ayer instalé el campamento IV, a 7150 metros, en lo alto del mango de la Hoz. Están ahora en el campamento III (6600) Terray, Rebuffat y dos sherpas.

»Objetivo inmediato: instalar el campamento V antes del asalto final, que se hará por cordadas sucesivas.

»MATHA, necesidades urgentes: que Sarki, Adjiba, Foutharkey y “El Chino” suban mañana por la mañana muy temprano con una tienda-valle suplementaria, dos *beddings* (colchón y saco de dormir), un hornillo de gasolina y diez litros de gasolina (un *Coleman* grande), rollos de película (he impresionado un cierto número que devuelvo), la farmacia (soporíferos, aspirina —el equivalente de diez tubos—), diez pomadas *rosat*, pomadas contra los helamientos (ocho), cinco tubos crema antisolar, cuatro botas *Tricouni* y una unidad de altura suplementaria.

»Todo lo demás, víveres: poner salchicha y una botella de coñac.

»Coger de la mochila de Lachenal medias, calcetines (tres pares), *après-ski*, una camisa, unos calzoncillos.

»Emisión *talky-walky* a las veinte de hoy.

»Couzy y Schatz bajan mañana y darán datos suplementarios.

»*Importante*. Mandarlo todo muy temprano: lo espero para marchar con Sarki y Foutharkey al campamento III, acompañado por Biscante.

»¡Si el tiempo es bueno, grandes esperanzas!

»MAURICE HERZOG».

Adjiba y «El Chino» han traído una unidad de altura, provisiones y un *talky-walky*. Esta noche, a las ocho, intentaremos ponernos en comunicación, conforme convinimos. ¡Por fin! Esto lo facilitará todo.

Estoy satisfechísimo del trabajo de Noyelle, que ha demostrado de lo que es capaz. Sin él, toda esperanza de éxito antes del monzón hubiera sido una utopía. Voy a dar un vistazo a Dawatoundu, al que querría facturar cuanto antes. Pero me hace el efecto de tener un moribundo ante los ojos y no me

atrevo a hacerlo bajar con esta tempestad; esperaremos a mañana. Adjiba no pierde el tiempo. Sin llevar carga esta vez, se aleja a grandes zancadas seguido por «El Chino», que trota a pasos cortos. En pocos minutos han desaparecido en la niebla.

Instalo el *talky-walky* y me apoyo de vez en cuando en el pedal.

—Al habla Herzog. ¿Me oyes, Matha?

Pero no oigo más que un zumbido, y luego una endiablada música india que me pone casi a punto de bailar la giga a 6000 metros, en pleno Himalaya.

—Al habla Herzog. ¿Me oyes, Matha?

Sigo sin oír nada.

A las cuatro y cuarto interrumpo, según nuestros acuerdos. Falta solucionar la cuestión de la radio en las expediciones. Es la única laguna que tendré que deplorar, y no pequeña. Un poco decepcionado por el fracaso, regreso a la tienda, en donde encuentro a mi camarada casi dormido.

A la mañana siguiente hace buen tiempo; la claridad es extrema y el sol brilla ya sobre la tienda. Me levanto completamente descansado y no tardo en sacar la nariz fuera. Los cristales de nieve brillan al sol como si fueran diamantes: esta noche debió de hacer mucho frío. El programa es sencillo: debemos esperar el convoy del campamento I, que no tardará; luego, marchar sin demora con los nuevos fardos en dirección al campamento III. Couzy y Schatz no están todavía muy en forma, pero mientras el primero prefiere reponerse aquí, el segundo se decide por una pérdida de altura y resuelve volver al campamento I. Acompañará a Dawatoundu, que se encuentra en el mismo estado desde hace tres días. Pero en Lachenal se ha operado un cambio, como lo prueba la ligereza con que sale de su saco de dormir: se preocupa de lo que hacen los sherpas, intenta ver a Terray... Su moral parece haber mejorado. ¿Recuperará su forma? Entonces podríamos salir los dos en la próxima cordada.

—¿Pero qué hace Adjiba? —pregunto impaciente—. He pedido a los del campamento I que le hicieran salir muy temprano, para tener tiempo nosotros de marcharnos hoy del campamento II.

Lachenal y yo nos turnamos para observar con los gemelos.

—¡Mira, Biscante! Se ve muy bien el avance de Terray y Rebuffat con sus sherpas.

—Adelantan muy despacio —me responde.

—La nieve es muy espesa y les opone grandes dificultades.

Unas nieblas azuladas de buen agüero suben del fondo del Miristi Khola y se disuelven después en el sol. Hacemos algunas fotografías de nosotros y de las montañas que nos rodean.

¡Es ya mediodía y Adjiba no llega!

Durante la comida iniciamos una conversación sobre los guías de Chamonix. Lachenal expone sus ideas sobre la profesión. Las horas van transcurriendo, y mientras Schatz se prepara para bajar con Dawatoundu comprendo claramente que será demasiado tarde para subir hoy al campamento III.

—*Salam, Bara Sahib.*

—*Salam.*

Son las seis de la tarde cuando llegan Ang-Tharkey, Foutharkey y Sarki, a quienes me alegra mucho ver. Van cargados de material, sobre todo víveres, y de una segunda tienda-valle para el

campamento II. Antes de que caiga la noche observamos con los gemelos el campamento IV y no vemos moverse nada. Sin duda nuestros amigos están ya instalados para dormir. Su inmovilidad es un buen indicio. Mañana proseguirán para instalar el campamento V.

Ang-Tharkey tiene un semblante regocijado, y parece también contento de vernos. Su viajecito a Muktinath ha sido una gran recompensa para él y le dura todavía la satisfacción. Me tranquiliza mucho tenerlo a mi lado, pues, con su gran experiencia del Himalaya, sabe qué es lo que debe hacerse o dejarse de hacer y no le asusta tomar iniciativas; su autoridad sobre los otros sherpas es un descanso para mí. Ang-Tharkey deshace los fardos y me entrega una carta de Ichac, Noyelle y Oudot.

«30-5-50.

»1.º Imposible mandarte los sherpas esta mañana a primera hora; tu carta llegó ayer muy tarde y los sherpas y el material estaban en el campamento base.

»2.º Te mandamos a Ang-Tharkey, Sarki y Foutharkey con lo que has pedido (todo); para los *beddings*, arreglaos con los sherpas.

»3.º Mañana enviaremos convoy-comida al campamento II, tal vez con uno de nosotros.

»4.º Dejad recado en el campamento II si es necesario.

»5.º Decid si es preciso que uno de nosotros acompañe a los sherpas al campamento III.

»6.º Radio T. W.: No hemos oído nada. Volvedlo a probar a las diecisiete, a las diecinueve y a las veinte. Tenemos receptor grande.

»7.º Nos hallamos en una perturbación monzónica temporal. El verdadero monzón avanza hacia Calcuta; viene anticipado.

»8.º G. B. ha vuelto a bajar al campamento base. Mándanos noticias. Un correo saldrá mañana de aquí. G. B. marchará a Tukucha.

»9.º ¿Para cuándo y cómo tienes previsto el regreso? La cuestión de los culis será dramática; transcurren ocho días entre la orden dada desde aquí y la llegada de los primeros, en grupos de veinte como máximo.

»Buena caza.

»F. DE N., ICHAC, OUDOT.

»P. D. de Ichac. Cine en color: a plena luz puedes llegar a F. 11».

Es demasiado tarde para la emisión de las diecisiete; lo intentaré a las diecinueve, y espero tener más éxito esta vez. Las noticias del monzón me preocupan mucho. Estamos a punto de alcanzar nuestra meta, y sería desesperante que una repentina llegada del mal tiempo nos detuviera. Si el monzón está ya en Calcuta, no necesita más que unos días para llegar aquí... Intento ponerme en comunicación por radio con el campamento I, pero en vano.

A fin de reservar las últimas noticias a mis compañeros del campamento I, contestaré su carta momentos antes de salir, es decir, al día siguiente de madrugada.

La puesta de sol es maravillosa; las murallas de las Nilgiris y del Annapurna se ponen doradas, luego anaranjadas y por fin purpúreas. Hace mucho frío y el cielo es de una pureza absoluta, lo cual es buena señal. ¿Serán estos últimos días de buen tiempo nuestra ocasión final? Las Nilgiris desaparecen en la sombra; las rocas superiores tienen ahora un color rosa viejo; y cuando toda la montaña está ya sumida en la oscuridad, queda todavía durante unos segundos una punta iluminada: la

cumbre.

Noche sin historia. Pocos aludes, porque ayer no nevó. A las seis saltamos de nuestros sacos de dormir; el tiempo es magnífico. Lachenal me produce buena impresión: los malos días parecen acabados ya para él y se le ve estupendamente repuesto.

—¿Ya tienes tus calcetines y tu camisa? —le pregunto mientras se arregla la mochila.

Esta pequeña comodidad suplementaria le pone de buen humor. Los dos estamos convencidos de que esta subida será la definitiva.

Mientras los sherpas preparan los fardos, escribo un mensaje destinado al campamento I:

«31-5-50.

»A todos los *sahibs*:

»En este momento salgo con Biscante hacia el campamento III. Tenemos intención de llegar hasta la cumbre si el tiempo lo permite. Schatz y Couzy formarán la tercera cordada. Matha tendría que hacer llegar el siguiente telegrama a Devies:

»“Asaltamos Annapurna *stop* vía glaciar difícil *stop* pero permite avances rápidos *stop* peligros objetivos aludes nieve y *seracs* débiles *stop* instalado campamento I/ 5100, II/ 5900, III/ 6600, IV/ 7150 *stop* esperamos alcanzar victoria *stop* todos perfecto estado moral y físico. *Maurice Herzog*”.

»*Viveres*: Han subido algunos. Couzy en el campamento II dará instrucciones para ir al campamento III.

»*Radio*: Hemos oído poco. Ver a Schatz, que está abajo.

»*Monzón*: Tenedme al corriente.

»*Regreso*: Un grupo precursor irá a Tukucha y se encargará de reclutar a los culis.

»*Cine*: Haré todo lo posible por llevar la cámara a la cumbre.

»M. HERZOG».

Estamos optimistas, y los preparativos se resienten de ello. Observo que los dos consagramos particular cuidado a la ordenación de la farmacia individual y al aprovisionamiento de películas para fotografía y cine. Pongo furtivamente en mi mochila la pequeña bandera francesa, confección especial de Schatz, así como también los banderines que tengo empeño en llevar allá arriba.

¡Preparados!

Salimos del campamento. Después de rodear la gran grieta nos dirigimos hacia el cono. La nieve nos sostiene bien. No hace ni demasiado frío ni demasiado calor. La moral sube verticalmente...

—¿Qué sucede, Maurice?

—¡Vuelven a bajar!

—¡Es verdad!

Con enorme decepción vemos cuatro puntos negros que se dirigen hacia nosotros.

## Capítulo XII.

### El asalto

¿Por qué habrán renunciado? Misterio.

Dentro de unos minutos nos cruzaremos con ellos y lo sabremos. Lachenal camina bastante aprisa y parece cansarse mucho menos que los días precedentes.

Es el primero en subir al cono y atravesar el corredor. Hago este recorrido por tercera vez y conozco bien el itinerario, pero aun así me parece difícil y peligroso. Al llegar a la pequeña plataforma debajo de la gran muralla equipada con la cuerdecita, nos topamos con Terray y Rebuffat.

—¡Buenos días a todos!

—¿Qué ha sucedido? —pregunto dirigiéndome a Terray.

—Habríamos tenido que estar locos para continuar —me responde.

Parece aturdido y desconcertado.

—Ayer tardamos más de siete horas para ir del campamento III al campamento IV, con este viento y esta condenada nieve.

—¿Encontraste la tienda?

—Sí, pero tuvimos que enderezarla, porque la nieve había torcido los palos. En medio del viento, instalamos la otra. Gastón sentía que se le helaban los pies.

—Me creía que ya lo estaban —confirma Gastón—. Menos mal que Lionel me frotó y azotó con el extremo de una cuerda y la circulación pudo restablecerse.

—Esta mañana —prosiguió Lionel—, el frío era más intenso que en el Canadá, y el viento, más fuerte aún que la víspera. Entonces me hice el siguiente razonamiento: si ayer, en plena forma, no adelantamos más que trescientos cincuenta metros en siete horas, ¿cómo podremos subir los mil doscientos últimos en semejantes condiciones? Sé que hay que probarlo todo, hasta el límite de las probabilidades, pero empiezo a ser escéptico en cuanto al éxito.

Lachenal y yo protestamos con vehemencia, pero nuestro entusiasmo no parece hacer mella en nuestros camaradas. A Terray le ha costado mucho, a pesar de su fuerza, dominar esta nieve que un día tras otro recubre las huellas, estas pendientes que hay que vencer metro a metro, la altitud que deprime física y moralmente. Pero no se atreve a detallar tales obstáculos, no tiene valor para quebrantar nuestra sólida moral.

—Nosotros subimos —digo sin vacilar—, y cuando bajemos será porque hemos alcanzado la cumbre. Ha de ser todo o nada.

Y siento que Lachenal está tan decidido como yo.

Los otros dos nos desean buena suerte, pero leo una duda en sus miradas.

Ahora nos toca a nosotros.

Sarki, Ang-Tharkey, Lachenal y yo atacamos la pendiente, colocándonos alternativamente delante para mejorar el rastro abierto por Terray y Rebuffat al bajar. El trabajo no resulta demasiado penoso, pero Ang-Tharkey está estupefacto al hallar un terreno tan difícil. Panzi ya le había dicho que nunca en el Kangch<sup>[92]</sup> ni en el Everest se les habían presentado pasos tan delicados. Es la primera vez que

nuestros sherpas hacen escalada sobre hielo y trepan por muros verticales, pero todo va bien y seguimos nuestra despiadada ruta con mucha más facilidad que las precedentes veces, lo cual demuestra que la aclimatación es un elemento primordial en las expediciones al Himalaya. El calor es tórrido, y cuando ponemos el pie en el campamento III estamos sudando a grandes gotas.

¡Qué magnífico resulta este campamento perdido en plena montaña, en una minúscula grieta obstruida por la nieve reciente! Tiene algo íntimo y confortable.

Debemos ahorrar fuerzas; hoy no iremos más lejos y nos quedaremos todo lo posible acostados. Los sherpas nos darán el alimento por la puerta de la otra tienda.

El tiempo es bueno. Esta vez, todo nos sonrío; llegaremos hasta arriba.

Los sherpas tardan mucho en preparar el té, ya que a semejante altura disminuye la potencia calórica de los hornillos. Algunos cigarrillos, la colección de pastillas que *sahibs* y *sherpas* se tragan con disciplina, y antes de acabar el día el campamento III está ya dormido.

Esta mañana esperamos tranquilos la salida del sol. El programa del día se limita a subir al campamento IV, que no nos llevará mucho más de cuatro horas de esfuerzos. De todos modos, debemos trasladar este campamento para instalarlo en el propio glaciar de la Hoz.

Cada uno se ocupa de sus preparativos. Impresiono parte de una película. Abajo, la meseta del campamento II parece haberse convertido en un verdadero pueblo. Grandes tiendas-valle confinan con tiendas de altura; ha tomado el aspecto de un campamento base avanzado.

—Lionel y Gastón deben de estar recuperando —dice Lachenal.

Nos decidimos a salir para aprovechar el estado bastante bueno de la nieve, que nos permite alcanzar más pronto de lo que esperábamos el campamento IV.

En el curso del camino he tenido ocasión de tomar algunas vistas, especialmente en la *rimaya* de la meseta en que se halla este campamento. Ang-Tharkey y Sarki han seguido muy bien, encordado el uno con Lachenal y el otro conmigo.

Es temprano todavía y podremos transportar el campamento IV a la Hoz. Nos alegramos de ello porque a partir de este campamento ya no serán las dificultades técnicas las que entorpecerán nuestro avance.

En seguida desmontamos una tienda y nos la llevamos, junto con víveres, material, etc.

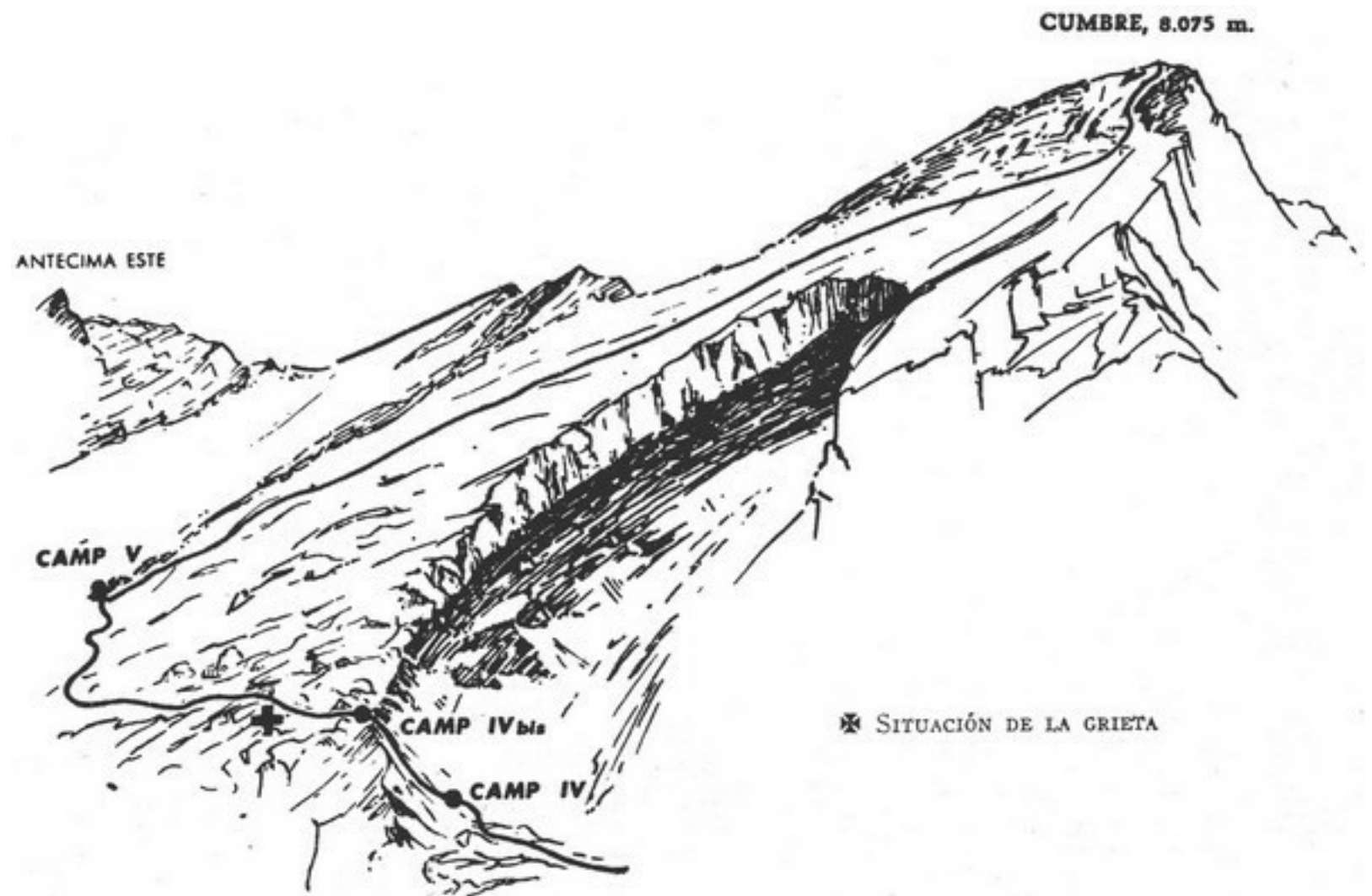
—En menos de una hora subiremos la gran pendiente de hielo que conduce al borde de la Hoz; no es excesivamente larga —le digo a Lachenal.

Ang-Tharkey y Sarki bajarán de nuevo para pasar la noche en el campamento actual, en el que dejamos la otra tienda. Mañana a primera hora la desmontarán y la llevarán al campamento definitivo, desde donde nos pondremos en camino hacia el futuro campamento V.

Cargados como borricos, nos hundimos hasta la cintura en la nieve reciente al atacar los primeros metros de la gran pendiente de hielo. Pero la nieve disminuye en seguida, y pronto no queda más que una delgada capa «podrida» pegada al hielo. La inclinación es comparable a la de las pendientes más fuertes de los Alpes. *Cramponear*<sup>[93]</sup> a esta altura no resulta un ejercicio descansado, y resollamos ruidosamente. De vez en cuando tallamos algunos peldaños, pero casi siempre *cramponeamos*.

¡Los sherpas están aterrados! No dominan esta clase de terreno, pero el miedo a quedarse atrás

les hace apresurar el paso. Después de doscientos metros de este ejercicio arriesgado y en extremo fatigoso, desembocamos en el reborde de la Hoz. Lachenal, que va delante, observa los alrededores mientras yo doy un vistazo hacia abajo. Nos decidimos por un simpático emplazamiento al pie de un *serac*, en el sitio mismo en que acabamos de desembocar. La situación es ideal: el campamento queda protegido del viento no sólo por el mismo *serac*, sino también por una arista de hielo que constituye un biombo natural.



Lachenal está muy contento.

—Cuando lo tengamos arreglado, se estará tan bien como en mi casita de Chamonix.

Ponemos manos a la obra, y la tienda queda pronto instalada. La tarde avanza, y mando a Ang-Tharkey y a Sarki al campamento inferior. No les hace mucha gracia tener que bajar una pendiente tan difícil. Seguro que Ang-Tharkey no vacilará en marcar escalones suplementarios y en confeccionar, si es preciso, una verdadera escalera desde arriba hasta abajo.

—*Good night, Sir.*

Les damos un afectuoso apretón de manos, y los sherpas desaparecen engullidos por la pendiente. Nosotros acabamos de preparar el refugio. La niebla nos rodea y se levanta un viento glacial que nos lanza al rostro partículas de nieve.

Ni uno ni otro tenemos gran apetito, pero nos esforzamos en tomar algo, y a la hora del té pongo en fila la colección de sellos que Oudot nos recomendó que tomáramos.

A pesar de las afirmaciones de Lachenal, la comodidad es relativa, y no tardamos en meternos en los sacos de dormir, después de introducir en ellos nuestras respectivas botas para evitar que se hielen. Pasamos una noche excelente.

Al llegar el alba me asomo inquieto por la abertura de la tienda. El sol se levanta, hace mucho frío y muy buen tiempo.

Parece que el monzón no es para hoy, lo que me tranquiliza. Hemos empezado una verdadera carrera contra el reloj.

En cuanto llegan Ang-Tharkey y Sarki, repartimos la carga y hacemos las mochilas. Tenemos prisa por abandonar este *serac*, en el que tiritamos. Al amanecer dejamos una tienda; la otra es para el campamento V.

Un avance de flanco hacia la izquierda, sobre el glaciar de la Hoz, nos permite evitar una zona de *seracs* dislocados. Alcanzamos así la parte baja de un ancho valle formado por grandes campos de nieve muy inclinados y en el que los obstáculos son poco numerosos. Caminamos sin decir nada, tensos por el esfuerzo y agobiados por el peso, meditando sobre los próximos acontecimientos. A mi modo de ver, el mayor interrogante es el monzón. Estamos a 2 de junio, y no sería razonable esperar más de cuatro días de buen tiempo.

¡En cuatro días podemos hacerlo todo! Pero no hay ni un momento que perder. Ahora que tenemos ante nosotros este gran campo de nieve, sin obstáculos técnicos o con muy pocos, llevamos ventaja. Esto nos da una moral de acero. Ni Lachenal ni yo dudamos de la victoria.

De vez en cuando nos detenemos para tomar unos bombones o un pedazo de este turrón de almendra que tanto nos gusta. Cuando volvemos la vista, el espectáculo es propio para dar vértigo: la meseta del campamento II es un pañuelo; el gran glaciar del Annapurna, cuyo cruce requiere una hora, parece una mínima laguna glaciar. A lo lejos distinguimos muy bien el Tíbet por encima de la Gran Barrera; en la extrema izquierda, el Dhaulagiri queda parcialmente escondido por la gran muralla rocosa del Annapurna. El zigzag de nuestro itinerario es visible de un extremo a otro.

La arista de hielo, desmenuzada en su cima, produce un extraño efecto, y el viento levanta en ella torbellinos de nieve. Deshilachadas brumas cruzan por el cielo sobre nosotros. Un contrafuerte del Annapurna, de roca rosada, nos domina. Tiene la forma de un pico de pájaro<sup>[94]</sup>. Una fina nevadura rocosa sube como una lanza hacia el «pico de pájaro».

—Me parece —le digo a Lachenal— que en esta nevadura hallaremos un sitio al que arrimar nuestro «ataúd».

—Y estaremos seguros en ella —aprueba Lachenal—, porque pondremos las clavijas necesarias. Además, en lugar seco.

Lachenal y yo, por turno, abrimos paso con perseverancia. Los dos sherpas sufren terriblemente. Nos detenemos con frecuencia para recobrar el aliento. Dos o tres veces nos vemos obligados a hacer grandes rodeos para evitar un *serac* o una ancha grieta. Cada paso requiere mucho tiempo, porque nos hundimos. Aunque vayamos subiendo, la nevadura parece estar siempre en el mismo



sitio.

—Hay para desanimar a cualquiera —se lamenta Lachenal.

Poco a poco desaparecen los obstáculos. La nieve está más dura y nos hundimos menos.

Me hace el efecto de estar subiendo por un inmenso tejado. La pendiente es regular y, aunque de inclinación pronunciada<sup>[95]</sup>, permite cramponear. De diez en diez metros nos detenemos y respiramos. El frío es tan intenso que los pies están insensibles. Ninguna pausa suplementaria: «Al campamento V». Eso es para nosotros una especie de *leitmotiv*.

La marcha se hace extenuante, porque la nieve se rompe bajo los crampones y nos hundimos de nuevo.

—Hay costra<sup>[96]</sup> —se indigna Lachenal.

En un último esfuerzo alcanzamos las primeras rocas de la nevadura.

¡Qué amarga desilusión! Estas hermosas rocas sólidas, de claros colores, están cubiertas de hielo. No hay ninguna plataforma, ninguna presa. Será preciso instalar el campamento en plena pendiente.

Los sherpas llegan. Estamos a 7500 metros. La altura los atonta por completo. Son incapaces de pronunciar una palabra y se quejan con gestos de dolor de cabeza. ¡A trabajar todos!

A golpes de piolet construimos una plataforma. Dada la pendiente, esto significa desplazar un importante volumen de nieve. Al cabo de treinta segundos no puedo proseguir. Siento una sensación de ahogo, de que se traban mis movimientos respiratorios. El corazón late de modo irregular. Los sherpas, a pesar de hallarse en peor forma física que nosotros, consiguen trabajar cinco minutos sin interrupción. Una hora más tarde, la plataforma queda terminada. Está situada junto a la roca, a la que fijamos la tienda con dos clavijas que Lachenal hinca en las hendiduras.

Inicio una conversación con Ang-Tharkey, en estilo telegráfico, más o menos como sigue:

—*Tomorrow morning. Lachenal Sahib and Bara Sahib go to the summit of Annapurna.*

—*Yes, Sir.*

—*You are the sirdar and the most experimented of all sherpas. I will be very glad that you come with us?*

—*Thank you, Sir.*

—*We must have together the victory...! Will you come with us?*

En este momento considero que mi deber es tener en cuenta las legítimas reacciones de estos hombres. Después de una pausa, Ang-Tharkey responde, agradecido por la libertad en que se le deja, pero con reserva:

—*Thank you, very well, Bara Sahib...! But my feet begin to freeze...*

—*Yes.*

—*... and I prefer go down to the camp IV... if it is possible.*

—*Of course, Ang-Tharkey. As you like it... In this case go down at once because it is late.*

—*Thank you, Sir*<sup>[97]</sup>.

Los dos sherpas preparan su mochila en un momento y se vuelven hacia nosotros dispuestos a marchar. Adivino su inquietud por dejarnos solos.

—*Salam Sir... good luck.*

—*Salam and pay attention*<sup>[98]</sup>.

Unos minutos más tarde, dos puntos negros bajan la pendiente que acabamos de subir. Extraña mentalidad la de estos hombres cuya rectitud y abnegación son proverbiales, a los que sin duda alguna les gusta hallarse en alta montaña y que, sin embargo, se reservan prudentemente en el momento de coger los frutos de largos esfuerzos... Pero, al fin y al cabo, nuestra mentalidad debe parecerles más extraña todavía.

Lachenal y yo permanecemos callados. El silencio es denso, obsesionante. Esta vez no volveremos atrás. Cuando veamos de nuevo a otros hombres será llevando la victoria en las manos.

¡La noche será dura!

El lugar es escabroso; el terreno, inestable. Impulsada por el viento, la nieve se desliza a lo largo de las pendientes y se acumula encima de nuestro refugio... ¡Mientras no pese demasiado sobre el techo!

Las clavijas hundidas en la roca calcárea, los piolets clavados hasta la cruz, son guaridas mortales sobre las que no nos hacemos grandes ilusiones... Uno y otro, sin decírnoslo, tememos que el borde de la plataforma se derrumbe, arrastrando la tienda hacia el vacío.

Tenemos el espíritu obtuso. Me cuesta fijar la atención, no me interesa nada. La conversación no resulta muy animada. Con trabajo, y porque nos forzamos mutuamente a hacerlo, preparamos un poco de té en el hornillo y nos tragamos los sellos con disciplina militar. Es imposible tomar ningún alimento.

¡Última noche antes del ataque!

Un viento furioso se levanta de pronto, haciendo restallar las telas de nylon. Muchas veces nos hace el efecto de que va a llevarse la tienda. A cada ráfaga nos abalanzamos sobre los palos y nos aferramos a ellos como si fueran tablas de salvación. Empieza a nevar. La borrasca aúlla y gime sin cesar. La espantosa atmósfera acaba por impresionarnos.

Cada movimiento exige un gran esfuerzo de voluntad.

No hay que pensar en desnudarse y, después de haber metido en ellos las botas, nos deslizamos en nuestros maravillosos sacos de dormir. ¡Simpático Pierre Allain! ¡Cuánto te bendecimos hoy! Nuestro pensamiento vuela hacia el amigo que ha concebido este extraordinario material.

Hace un viento endemoniado.

Lachenal se instala en la tienda por el lado exterior y yo me acurruco junto a la pendiente. La situación no es de color de rosa para ninguno de los dos: Lachenal, en su frágil soporte, tiene la sensación de caer sobre el vacío. En cuanto a mí, corro peligro de asfixiarme bajo la nieve que cae y se acumula sin cesar encima de la tienda.

—Suerte que es de nylon —le digo a Lachenal— y no se rompe gracias a su elasticidad. ¡La cámara! Me he olvidado de ponerla en el saco de dormir.

Alargo el brazo para coger el precioso aparato, lo hago resbalar a lo largo de mi cuerpo y lo coloco en el fondo del saco de dormir, ocupado ya por las botas.

¡Qué noche!

Lachenal se inclina cada vez más hacia el exterior y yo me asfixio. Contamos y recontamos las horas. La situación se hace alarmante y casi no puedo respirar, literalmente aplastado bajo la masa

de nieve.

Como un boxeador en guardia, me pongo los brazos sobre el pecho, conservando de este modo un pequeño espacio para la caja torácica.

El viento nos desgarran los oídos. Cada ráfaga va acompañada de agudos silbidos. Los dos palos se tuercen y se doblan peligrosamente. Intentamos aguantarlos con desesperada energía, extrañados de que la tienda no sea arrancada. Nuestros peores vivacs no son nada al lado de este vivac agotador.

La extrema fatiga acaba por atontarnos, pero la tempestad se encarga de mantenernos despiertos.

Rebuffat y Terray prosiguen su descenso hacia el campamento II, bastante escépticos sobre el éxito de nuestra tentativa. Al llegar allí encuentran a Couzy y Schatz, que les dan noticias recientes. Rebuffat y Terray están rendidos de cansancio, y sin duda Panzi y Aïla también, pues desaparecen en la tienda de los sherpas y no se los ve más durante todo el día. En cambio, Couzy y Schatz están en excelente forma y muy contentos de volver a constituir su cordada.

Al día siguiente, de madrugada, salen del campamento II. Conforme a lo previsto, su cordada sigue a la nuestra con un campamento de intervalo.

Terray mejora poco a poco. Comprende que se acercan momentos decisivos y hace sus preparativos con el cuidado que todos sabemos. Rebuffat escribe.

Al principio de la tarde empieza a caer granizo.

—¡Buenas tardes a todos!

¡El fantasma blanco que acaba de entrar no es otro que Ichac!

—Ahora llegan los otros.

Oudot y Noyelle entran a su vez, sacudiéndose la nieve en la tienda con la despreocupación de los que llegan del exterior.

Son las cinco y media de la tarde.

—¡Cómo! —exclama Ichac—. ¿Vosotros aquí? Creíamos encontrar a Schatz y Couzy.

—¡Ya lo ves! Somos nosotros.

Y Terray explica que la víspera tuvieron que retroceder sin haber instalado el campamento V porque a Rebuffat se le empezaban a helar los pies.

—Volveremos a subir mañana por la mañana —dice Terray.

Afuera, el granizo ha dejado paso a la nieve. El *toubib* está impaciente por formarse una opinión sobre la utilidad del oxígeno, y con su autoridad habitual obliga a nuestro oficial de enlace a pasearse con una careta. Su rostro se convierte en un hocico; un tubo acanalado hace pasar el oxígeno comprimido en obuses de duraluminio. ¡Los habitantes de la tierra explorando la luna! El pobre Noyelle, con su inverosímil sombrero hundido hasta la nariz y las orejas, resulta de una comicidad de la que sólo él no se da cuenta.

Después de las experiencias, todo el mundo se reúne bajo la tienda. Ichac filma.

—¡Tengo empeño en batir el récord de altura filmando!

Efectivamente, el campamento está a cerca de 6000 metros, y no es probable que esta operación se haya realizado con mucha frecuencia en el curso de las expediciones al Himalaya.

Después de cenar, el cielo se despeja y las estrellas centellean. La Gran Barrera está cubierta por un blanco manto que la luna ilumina.

El último mensaje de la radio es muy alarmante: el monzón ha alcanzado el norte de Bengala y además se anuncian fuertes perturbaciones que vienen del Oeste.

Al día siguiente, 2 de junio, el cielo está radiante. Un hermoso día comienza. Como de costumbre, Lionel ha dado la orden de salida a primera hora. A las seis parte del campamento con Rebuffat y dos sherpas. El sol no ha salido aún. En el campamento IV estamos durmiendo todavía a pierna suelta. Mientras suben por el cono, Ichac filma con el teleobjetivo.

La montaña está habitada y empieza a agitarse a medida que transcurren las horas. Un observador podría contemplar un sorprendente espectáculo. En el campamento II hay un hormiguo de hombres en torno al pueblo de tiendas de campaña. Un poco más arriba, Terray y Rebuffat, con sus dos sherpas Panzi y Aïla, vuelven a tallar las primeras pendientes. Encima del campamento III, Schatz y Couzy, acompañados por Angawa y Foutharkey, se disponen a atravesar el gran corredor. Por fin, Lachenal y yo, con Ang-Tharkey y Sarki, apisonamos una vez más la nieve.

Hacia el mediodía, las nubes suben del fondo del Miristi Kholá hasta el campamento II. Por un claro de ellas, Ichac puede distinguir una nueva manchita negra al pie de la arista en forma de lanza, sin duda el campamento V.

—¿Podrán intentar mañana el golpe decisivo? El tiempo lo decidirá.

La niebla se hace espesa. Ichac y Noyelle oyen gritar, y cuando salen a ver quién es encuentran a Angawa y Fourtharkey errando entre la bruma. Schatz y Couzy los han mandado desde el campamento IV, ya que, no teniendo más que una tienda —la otra está en el campamento V—, se han visto en la necesidad de separarse de ellos.

El complemento llegará con la caravana Rebuffat-Terray, que habrá desmontado todo el equipo del campamento III para subirlo. El escalón del campamento II deberá constituir mañana el campamento III.

En el campamento IV, la moral es elevada. Rebuffat y Terray acaban de llegar y todo el mundo está en forma. Terray medita sobre el imprevisible aspecto de las condiciones del Himalaya: hace cuatro días, Rebuffat y él subieron penosamente desde el campamento III arrastrándose durante siete horas. Esta vez han realizado un programa ambicioso cuyo equivalente sería difícil de hallar en la historia del Himalaya: saliendo de madrugada del campamento II, pudieron alcanzar a las once de la mañana el campamento III, lo desmontaron del todo y siguieron hasta el campamento IV, ganando así una jornada preciosa... Además, transportaban entre los cuatro dos unidades de altura y más de diez kilos de víveres. Rebuffat, lo mismo que le ha sucedido a Lachenal, se encuentra ahora estupendamente.

Es de suponer el entusiasmo con que fueron recibidos por Couzy y Schatz, que sin la llegada de sus compañeros se hubieran visto obligados a transportar ellos mismos un campamento al día siguiente, cosa que no les hacía mucha gracia.

Gracias a la aspirina, los soporíferos y otras drogas, y gracias también a un cierto ambiente eufórico, resultado de la buena forma en que se hallaban y de la proximidad de una buena noticia, la noche fue excelente para todos.

## Capítulo XIII.

### 3 de junio de 1950

Las primeras luces del alba nos encuentran aferrados a los palos del campamento V.

El viento empieza a disminuir y cesa por completo al llegar el día. Se necesita verdadero heroísmo para realizar el menor movimiento. Intento librarme de la masa blanda y helada que me oprime. Tengo el pensamiento embotado y me cuesta reflexionar. No cambiamos entre nosotros ni una palabra.

¡Qué lugar tan inhospitalario! Dejará a todos los que hayan estado en él uno de los peores recuerdos de su vida.

No tenemos más que un deseo: marcharnos de aquí. Pero aún no es hora de salir; habrá que esperar a los primeros rayos del sol.

Las cinco y media. Imposible permanecer más rato en este infierno.

—¡Vamos, Biscante! No puedo estar ni un momento más aquí.

—Sí, es mejor marchar.

¿Quién de los dos cuenta con ánimos para preparar el té? Nuestro pensamiento, a pesar de su marcha lenta, imagina los movimientos que sería preciso hacer. Ni él ni yo. ¡Tanto peor! Nos quedaremos sin té.

Nos cuesta trabajo salir de nuestros sacos de dormir y extraer de ellos las botas: están completamente endurecidas por el hielo. Nos calzamos con gran esfuerzo. Al movemos jadeamos de un modo terrible y nos ahogamos. Las botas están rígidas; yo consigo atármelas; Lachenal, no. Ahora las mochilas.

—No llevamos cuerda, ¿verdad, Biscante?

—No hace falta —responde, lacónico.

Nos ahorramos un kilo de peso.

Deslizo en mi mochila un tubo de leche condensada, algunos turronec, un par de calcetines..., ¡nunca puede saberse! En caso de necesidad podrían servir de pasamontañas. De momento envuelvo en ellos la farmacia. La «Foca» está cargada en negro, pero tengo un rollo de reserva en color. Del fondo del saco extraigo la cámara. Antes de cargarla, intento hacer girar el carrete, pero se oye un ligero chasquido y queda encallada.

—¡Qué mala pata...! ¡Después de haberla subido aquí! —dice Lachenal.

El frío demasiado intenso de esta noche ha helado la máquina, a pesar de tenerla dentro del saco de dormir y de todas las precauciones tomadas por Ichac lubricándola con grasas especiales. Con el corazón oprimido, pues tenía mucha ilusión por llevarla arriba, la dejo en el campamento. Filmé hasta 7500 metros.

Salimos de la tienda y nos calzamos los crampones que llevaremos durante todo el día. Vamos abrigados hasta el máximo y no llevamos más que una ligera mochila cada uno.

A las seis nos ponemos en camino, satisfechos de dejar atrás semejante pesadilla. Hace muy buen tiempo, pero también mucho frío. Los crampones ultraligeros penetran profundamente en las capas de nieve endurecida, muy inclinadas, que debemos subir al iniciar la ascensión.

La pendiente va haciéndose menos escarpada y más regular. A veces caminamos bien sobre nieve dura, pero otras nos hundimos en una blanda nieve en polvo que dificulta mucho el avance. Nos detenemos con frecuencia, sin decir siquiera una palabra, y nos turnamos para abrir paso. Cada uno de nosotros vive en un cerrado mundo interior. No me fío de mi cabeza, que trabaja con lentitud, y me doy perfecta cuenta de la deficiencia de mi estado mental. La idea fija es más cómoda, y más segura también. La temperatura es bajísima y el frío nos penetra como si estuviésemos desnudos, a pesar de nuestros trajes de plumón. Durante las paradas golpeamos fuerte con los pies. Lachenal incluso se quita una bota que le aprieta un poco; está angustiado pensando que se le podrían helar los pies.

—No quiero que me pase como a Lambert<sup>[99]</sup> —me dice.

Mientras se fricciona vigorosamente, contemplo las montañas que nos rodean. Lo dominamos ya todo, menos el lejano Dhaulagiri. El relieve complejo y atormentado de estas montañas, que en tantas y tan laboriosas exploraciones se nos han hecho familiares, se inscribe claramente bajo nosotros.

La marcha es agotadora. Cada paso es una victoria de la voluntad. El sol sale a nuestro encuentro y para saludarlo hacemos una nueva parada. Lachenal se queja cada vez más de sus pies.

—No noto nada —gime—; empiezan a helarse.

Acabo por inquietarme: me doy perfecta cuenta del peligro que corremos y sé por experiencia lo rápida y furtivamente que puede llegar una congelación si no se vigila mucho. Mi compañero lo sabe también.

—¡Hay peligro de que se nos hielen los pies...! ¿Crees que vale la pena?

La ansiedad me domina. Soy el responsable y debo pensar en los otros. ¿Justifica el Annapurna semejante riesgo? Ésta es la pregunta que me asalta.

Lachenal ha vuelto a atarse las botas y marcamos de nuevo el rastro en la extenuante nieve. El glaciar de la Hoz, bañado de luz, se ofrece enteramente a nuestros ojos.

Lo que nos queda es mucho todavía..., y me pregunto si habrá alguna brecha en esta muralla.

Tengo también frío en los pies, como Lachenal. Mientras ando muevo los dedos sin cesar. Los tengo insensibles, pero no es la primera vez que me ocurre en la montaña: basta perseverar para restablecer la circulación.

Lachenal me parece un fantasma; vive sólo para él. Yo, para mí. Por un efecto extraño, los esfuerzos nos resultan menos costosos que abajo. ¿Es acaso la esperanza lo que nos da alas? La nieve es deslumbradora, aun a través de las gafas; el sol bate directamente sobre el hielo. Dominamos las vertiginosas aristas que se pierden en el abismo, y vemos abajo, muy abajo, los glaciares, que parecen minúsculos. Las cumbres que nos eran familiares se yerguen hacia el cielo como flechas.

Bruscamente, Lachenal me interpela:

—Si doy media vuelta, ¿qué harás tú?

En un instante, un mundo de imágenes desfila por mi cabeza: las jornadas de marcha bajo un calor asfixiante, las rudas escaladas, los esfuerzos excepcionales desplegados por todos para sitiar la montaña, el heroísmo cotidiano de mis compañeros para instalar y aprovisionar los campamentos... ¡Ahora alcanzamos la meta! Dentro de una hora, tal vez dos... ¡lo habremos ganado todo! ¿Vamos a renunciar?

No es posible. Todo mi ser se niega a ello. ¡Estoy decidido, absolutamente decidido! Hoy

consagramos un ideal. Nada es demasiado grande.

Mi voz resuena clara:

—¡Proseguiré solo!

Iré solo. Si él quiere bajar, no puedo retenerlo. Debe escoger con libertad.

Mi compañero necesitaba que se afirmara mi decisión. No está en manera alguna desalentado; sólo la prudencia, la conciencia del peligro le han dictado estas palabras. Escoge sin vacilar:

—¡Entonces, voy contigo!

La suerte está echada. Se ha disipado la angustia. Nada nos impedirá ya llegar hasta arriba.

Las palabras cruzadas con Lachenal cambian la situación psicológica. Ahora somos hermanos.

Me siento impulsado hacia algo nuevo, insólito. Mis impresiones son muy vivas y extrañas, como jamás las había experimentado en la montaña. Hay algo irreal en la percepción que tengo de mi compañero y de lo que me rodea... Sonrío interiormente de las miserias de nuestra lucha. Me observo desde fuera haciendo estos mismos movimientos. Pero el esfuerzo se desvanece, como si la pesantez no existiera ya. Este paisaje diáfano, esta ofrenda de pureza, no es mi montaña. Es la de mis ensueños.

Con la nieve que brilla al sol y espolvorea todas las rocas, la montaña tiene una radiante y conmovedora belleza. La transparencia absoluta no siempre se halla. Estoy ahora en un universo de cristal en el que los sonidos se perciben con dificultad. La atmósfera parece enguatada.

Siento una alegría que no puedo definir. ¡Todo esto es tan nuevo, tan extraordinario!

No es una ascensión como las de los Alpes, en que sentía una voluntad tras de mí, unos hombres de quienes permanecía consciente, unas casas que podía divisar volviendo la cabeza. No es esto.

Un inmenso abismo me separa del mundo. Me muevo en un dominio diferente, desierto, sin vida. Un dominio fantástico en el que la presencia del hombre no está prevista, ni quizá deseada. Desafiamos una prohibición, afrontamos una negativa, y, sin embargo, subimos sin ningún temor. La famosa escala de Santa Teresa de Ávila me viene al pensamiento. Unos dedos se aferran a mi corazón...

¿Lachenal comparte también estas emociones? La arista cimera se acerca. Llegamos al pie de la gran muralla final, de pendiente muy escarpada y en la que sobresalen rocas entre nieve.

—¡Corredor...!

Una indicación con el dedo. Uno de nosotros señala al otro la clave de la muralla. ¡La última defensa!

—¡Ah...! ¡Qué suerte!

El corredor es muy escarpado, pero practicable.

—¡Adelante!

Lachenal me expresa con un gesto su conformidad. Debe de ser tarde, seguramente más del mediodía. He perdido toda noción del tiempo y me parece que no hace más que unos minutos que he salido.

El cielo sigue siendo de un azul de zafiro. Con gran esfuerzo nos dirigimos hacia la derecha, prefiriendo las partes cubiertas de nieve, a causa de los crampones. No tardamos en poner el pie en el corredor final... Es muy pendiente..., vacilamos un momento. ¿Tendremos bastantes fuerzas para

superar este último obstáculo?

Felizmente, la nieve está dura. Golpeando con los pies y gracias a los crampones nos sostenemos bien. Un falso movimiento sería fatal. No hace falta disponer presas para las manos: el piolet, clavado tan lejos como es posible, sirve de ánora.

Lachenal trepa maravillosamente. ¡Qué contraste con los primeros días! Se fatiga, pero no deja de avanzar. Al levantar la nariz de cuando en cuando, vemos el corredor que desemboca no sabemos dónde, tal vez en una arista.

Pero ¿y la cumbre? ¿A la derecha, a la izquierda?

Subimos, deteniéndonos a cada paso. Recostados en los piolets, intentamos restablecer la respiración y calmar los latidos desordenados de nuestros corazones.

Ahora tenemos la sensación de que estamos llegando y ninguna dificultad podría detenernos. No hace falta que nos consultemos con la mirada: cada uno no leería en los ojos del otro más que una firme determinación. Un pequeño rodeo hacia la izquierda, algunos pasos todavía... La arista cimera se acerca lentamente. Después de evitar algunas rocas nos izamos despacio. ¿Es posible?

¡Sí! Un viento brutal nos azota.

Estamos... sobre el Annapurna.

Ocho mil setenta y cinco metros.

Nuestro corazón se desborda de alegría.

¡Ah! ¡Si lo supieran los otros!

¡Si todos lo supieran!

La cima es una arista de hielo formando cornisa. Los precipicios del otro lado son insondables, espantosos. Caen verticalmente bajo nuestros pies. No creo que haya muchos por el estilo en ninguna otra montaña del mundo.

Las nubes flotan a media altura, escondiendo el suave y fértil valle de Pokhara, a 7000 metros de profundidad. Hacia arriba, ¡nada!

Nuestra misión está cumplida, pero algo mucho más grande se ha conseguido. ¡Qué hermosa será la vida ahora!

Es inconcebible realizar bruscamente un ideal y realizarse a sí mismo.

Estoy paralizado por la emoción. Jamás he sentido una alegría tan grande y tan pura.

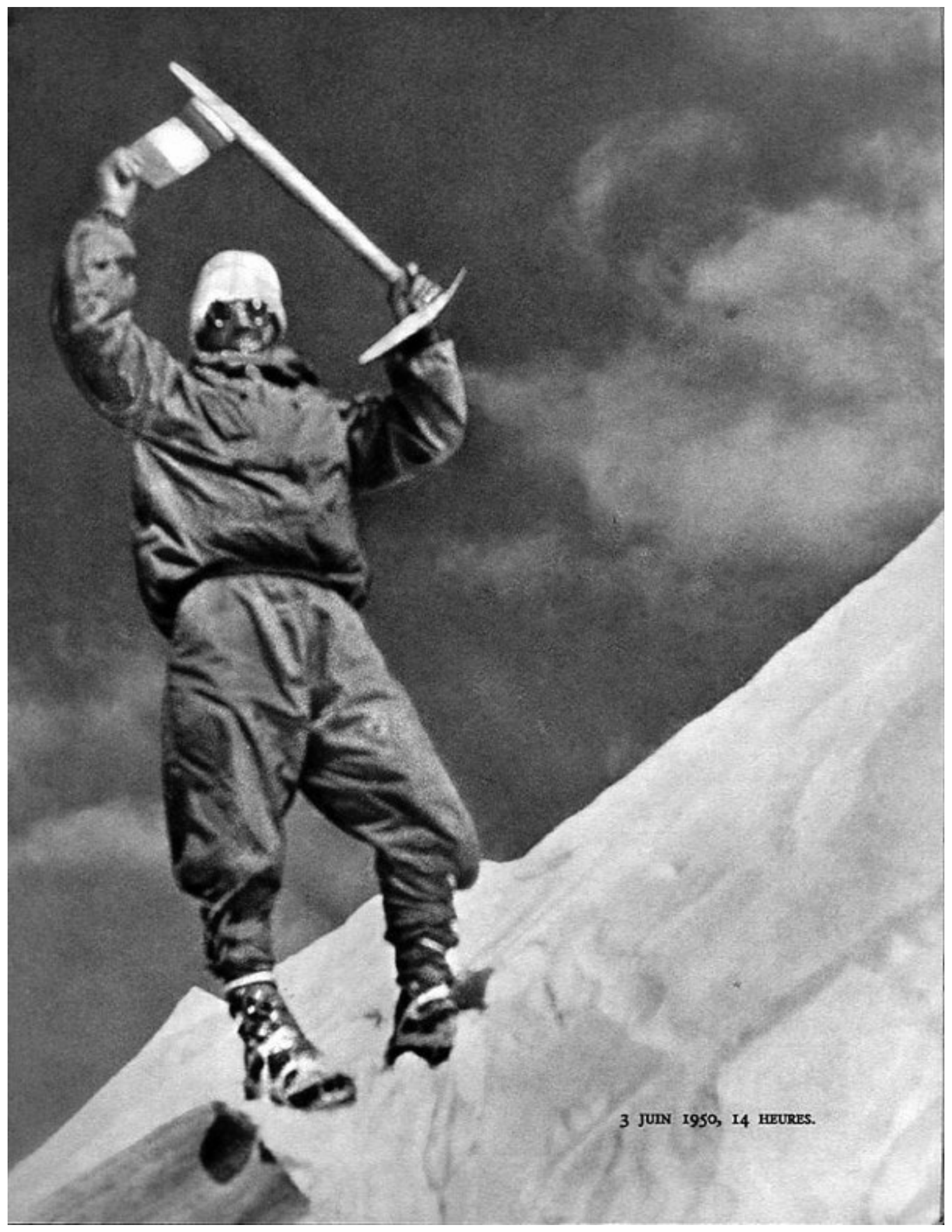
Esta piedra oscura, la más alta, esta arista de hielo..., ¿son éstos los objetivos de toda una vida? ¿Se trata del límite de un orgullo?

—¿Bajamos?

Lachenal me sacude. ¿Cuáles son sus impresiones? No lo sé. ¿Piensa tal vez como si acabara de efectuar una ascensión en los Alpes? ¿Cree que se debe bajar de este modo, tan sencillamente?

—Un segundo. He de hacer fotografías...





3 JUIN 1950, 14 HEURES.

—Date prisa.

Registro febrilmente mi mochila y saco de ella la máquina fotográfica; la banderita francesa, que está metida en el fondo; los banderines. Gestos vanos, sin duda, pero que representan más que un símbolo: demuestran pensamientos muy afectivos. Ato los pedazos de tela, ensuciados en la mochila por el sudor o los alimentos, al mango de mi piolet, única asta a mi disposición. Luego tiendo la máquina a Lachenal:

—Toma, ¿quieres sacarme?

—Colócate..., ¡pero en seguida! —responde Lachenal.

Hace varias fotos; luego me devuelve la máquina. La cargo en color y repetimos la operación para estar seguros de volver con un recuerdo que luego nos será de gran valor.

—¿Estás loco? —me dice Lachenal—. ¡No tenemos tiempo que perder...! ¡Hay que bajar deprisa!

Una ojeada alrededor me hace ver que el tiempo no es tan magnífico como por la mañana. Mi compañero se impacienta.

—¡Hay que bajar!

Tiene razón. Es la reacción del montañero que conoce su reino. Pero no puedo acostumbrarme a la idea de que hemos vencido. Me parece increíble pisar esta nieve.

Es imposible construir ningún *cairn* aquí; todo está completamente helado.

Lachenal patea con los pies, pues tiene la sensación de que se está helando. ¡Yo también! Pero no presto atención. ¡Estamos sobre la cima más alta que ha sido conquistada!

Por mi memoria desfilan nuestros predecesores en estas montañas: Mummery, Irvine y Mallory, Bauer, Welzenbach, Tilman, Shipton... ¡Cuántos han muerto ya, cuántos han encontrado en estas montañas el fin más hermoso para ellos!

Mi alegría se tiñe de humildad. No es sólo una cordada la que ha conquistado el Annapurna, sino un equipo. Pienso en mis compañeros, aferrados a los campamentos, a las pendientes que tenemos a nuestros pies, y sé que gracias a sus esfuerzos y a sus sacrificios hemos alcanzado el éxito. Hay momentos en que las acciones más complejas se resumen, se condensan y aparecen con luminosa claridad; como este irresistible impulso que ha traído a nuestro equipo aquí...

Las imágenes se suceden en mi cabeza...

¡El valle de Chamonix, en el que pasé las horas mejores de mi juventud, el Mont Blanc que tanto me entusiasmaba! Cuando yo era niño y veía llegar a «los del Mont Blanc», les encontraba un aire distinto, en sus ojos brillaba una extraña luz.

—¡Rectos hacia abajo! —grita Lachenal.

Ha cerrado ya su mochila y empieza el descenso. Saco el altímetro del bolsillo. Marca 8500, lo cual me hace sonreír; tomo un poco de leche condensada; luego abandono el tubo, que será el único vestigio de nuestro paso... Cierro la mochila, me pongo los guantes y las gafas, cojo el piolet y, después de una ojeada circular, me lanzo por la pendiente. Antes de desaparecer en el corredor

dirijo una última mirada hacia esta cumbre que de ahora en adelante será toda nuestra alegría y consuelo.

Lachenal está ya muy abajo y alcanza el pie del corredor.

Me precipito detrás de él, procurando avanzar lo más posible, pero el terreno es muy peligroso. A cada paso la nieve puede derrumbarse bajo el peso del cuerpo. Lachenal ha llegado a la gran diagonal y avanza con una rapidez de la que no le hubiera creído capaz. Atravieso la zona mixta de roca y nieve. ¡Al pie de la muralla, por fin! He ido muy deprisa y estoy jadeando. Abro la mochila. ¿Qué iba a hacer? No lo sé. De pronto...

—¡Ah! ¡Los guantes!

Sin tiempo para inclinarme, los veo deslizarse, rodar... Se alejan por la pendiente. Permanezco desconcertado, observando cómo resbalan lentamente y sin intención de pararse. El movimiento de estos guantes se inscribe en mis ojos como algo ineluctable, definitivo, contra lo cual no puedo hacer nada. Las consecuencias pueden ser graves. ¿Qué voy a hacer?

—¡Aprisa, al campamento V!

Rebuffat y Terray deben hallarse en él. Mi inquietud se desvanece como por encanto. Vuelvo a mi idea fija: regresar al campamento. Ni por un momento se me ocurre coger de la mochila los calcetines que llevo siempre en previsión de un accidente de esta clase; me precipito, intentando alcanzar a Lachenal. Eran las dos cuando llegamos a la cumbre; habíamos salido a las seis de la mañana. Debo rendirme a la evidencia: no tengo noción del tiempo. Me hace el efecto de correr y en realidad camino normalmente, despacio tal vez. Con frecuencia he de detenerme para recobrar el aliento. Las nubes cubren ahora el cielo; todo se ha vuelto gris, casi sucio, y un viento glacial no presagia nada bueno. ¡Adelante! Pero ¿dónde está Lachenal? ¡Yo que no lo creía en forma! Lo diviso por lo menos doscientos metros más abajo. Jamás se detendrá.

Las nubes, más densas cada vez, se ciernen sobre nosotros; el viento sopla más fuerte, pero el frío no me hace sufrir. ¿Será que el descenso activa mi circulación?

¿Sabré encontrar las tiendas en medio de la niebla?

Vigilo la arista, cuya punta parece un pico de pájaro, que domina el campamento. Poco a poco desaparece entre las nubes, pero distingo más abajo la nervadura en forma de lanza. Si la niebla se hace más espesa, me encaminaré derecho a esta arista y, siguiéndola, llegaré por fuerza al campamento.

Lachenal desaparece por momentos; luego la niebla se hace tan tupida que lo pierdo de vista por completo. Sigo caminando deprisa, hasta el límite de la sofocación.

La pendiente se hace más pronunciada; algunas capas de hielo vivo suceden a la nieve. ¡Buena señal! Esto quiere decir que me voy acercando al campamento. ¡Qué difícil resulta orientarse en plena niebla! Conservo la dirección regulándola según la línea de la mayor pendiente. El relieve es atormentado; con mis crampones bajo derechamente paredes de hielo vivo.

Unas manchas... Algunos pasos aún... ¡Es el campamento, pero hay dos tiendas en lugar de una! Esto significa que han llegado Terray y Rebuffat. ¡Qué suerte! ¡Voy a decirles que regresamos de la cumbre! ¡Qué alegría la suya!

¡Ya estoy! Llego por la parte de arriba. Las dos tiendas están encaradas y la plataforma ha sido

ampliada. Tropiezo con un tensor de la primera y oigo que se mueven en el interior. Aquí está Rebuffat. La cabeza de Terray aparece también.

—¡Ya está! ¡Venimos del Annapurna!

# Capítulo XIV.

## La grieta

Mis compañeros acogen con entusiasmo la gran noticia.

—Pero... —se sorprende Terray—, ¿y Biscante?

Noto inquietud en su voz.

—¡Oh, no puede tardar, bajaba delante de mí! ¡Qué jornada! Salimos a las seis de la mañana; no nos paramos... ¡Pero por fin lo hemos conseguido!

Me faltan palabras. Tengo tantas cosas que decir...

La vista de estos rostros familiares destruye la extraña sensación que me domina desde la mañana. Bruscamente vuelvo a hallarme en mi condición de alpinista.

Terray, loco de alegría, me estrecha la mano... La sonrisa se borra de su rostro.

—¡Maurice...! ¡Tus manos...!

Sigue un penoso silencio.

No me acordaba ya de que no llevaba guantes: mis dedos, morados o blancos, están duros como la madera. Mis compañeros los observan, desesperados, dándose cuenta de la gravedad del accidente.

Pero yo sigo sumido en una inconsciente euforia. Acercándome a Terray le confío:

—¡Tú que estabas tan en forma! ¡Tú que tanto has hecho en esta montaña! ¡Es una lástima que no hayas venido arriba con nosotros!

—Todo lo que he hecho ha sido por la expedición, amigo Maurice..., ¡Además, ya que tú has subido, es todo el equipo el que ha conseguido la victoria!

Una inmensa felicidad me invade y no sé cómo expresarle todo lo que su respuesta significa para mí. Lionel ha transformado en una alegría perfecta, sin sombra alguna, esta alegría de la cumbre que podía parecer egoísta. Sus palabras tienen a mis ojos un alcance universal al dar fe de que esta victoria no es la victoria de uno solo, la victoria del orgullo, sino la victoria de todos, la victoria de la fraternidad humana.

—¡Socorro! ¡Socorro!

—¡Biscante! —exclaman Terray y Rebuffat.

Yo no he oído nada, perdido en una especie de embriaguez, sin contacto con la realidad.

Terray siente que se le hiela el corazón, al percibir el grito de su compañero de cuerda, con quien ha vivido tantas aventuras inolvidables, con quien ha desafiado tantas veces la muerte y con quien ha obtenido también tan magníficas victorias. Sacando la cabeza de la tienda, divisa a Lachenal asido a la pendiente, cien metros más abajo. Terray se calza y se viste precipitadamente; luego se abalanza hacia fuera.

¡Pero la pendiente está libre ahora, ya no se ve a Lachenal! Terray oye una caída y da gritos ininteligibles. ¡Momento terrible en el que desaparece el compañero de las horas más hermosas de su vida!

La niebla pasa veloz, empujada por un viento brusco. Desconcertado por la emoción, Terray no ha reflexionado en lo mucho que falsea las distancias.

—¡Biscante! ¡Biscante!

Lo ha visto y grita furiosamente. Por un claro de la niebla divisa a su amigo, que yace en la pendiente, mucho más lejos de lo que creía...

Terray se precipita como un loco y baja deslizándose. ¿Cómo acabará esto? ¿Cómo frenará sin crampones sobre esta nieve endurecida por el viento? Pero Terray es un esquiador de primera, y un rápido viraje lo detiene junto a Lachenal, conmocionado por la caída. Está tendido en el suelo, con la mirada fija, sin piolet, pasamontañas ni guantes y con un solo crampón.

—¡Tengo los pies helados! ¡Llévame abajo..., llévame abajo para que Oudot me cure!

—¡No es posible! —responde Terray, desolado—. ¡No ves que estamos en plena tempestad...!  
¡Ya es casi de noche!

Pero a Lachenal le horroriza la idea de ser amputado.

Con un gesto de desesperación, arranca el piolet de manos de Lionel e intenta marchar a la fuerza, pero pronto se da cuenta de la inutilidad de su acción y se decide a subir al campamento. Terray talla sin tregua, y su amigo, agotado, deshecho, se arrastra gateando.

Durante este tiempo he entrado en la tienda de Rebuffat, que se desvive para cuidarme con el corazón oprimido a la vista de mis dedos. Le cuento, con frases sueltas, lo sucedido en el día, pero él, realista, coge un extremo de cuerda y empieza a flagelarme los dedos. Luego me quita las botas con gran trabajo, pues tengo los pies hinchados; me los fustiga también y me fricciona. Pronto oímos que en la otra tienda Terray hace lo mismo a Lachenal.

¡Trágicos momentos!

Sí, el Annapurna ha sido vencido; el primer «8000», escalado. Todos estábamos dispuestos al sacrificio para obtener este resultado. Sin embargo, ¿qué piensan hoy nuestros compañeros al ver nuestros pies y nuestras manos?

La tempestad arrecia y la niebla se hace más densa. Está nevando y oscurece rápidamente. Como la noche anterior, será preciso aferrarse a los palos para evitar que la tienda sea arrancada por el viento.

No hay más que dos colchones neumáticos y quedan reservados para los heridos. Rebuffat y Terray, cada uno por su lado, se sientan encima de las cuerdas, las mochilas y los víveres para aislarse de la nieve. Frotan, pegan y flagelan. Los golpes caen a veces sobre partes vivas, y entonces se oyen lamentos en las dos tiendas. Rebuffat persevera: es terriblemente doloroso, pero hay que continuar. Poco a poco, mis pies y mis manos se reaniman, la circulación se restablece. A Lachenal le sucede lo mismo.

Terray tiene el valor de preparar bebidas calientes, y a gritos advierte a Rebuffat que le dará un vaso para mí... Dos brazos se buscan entre las dos tiendas y quedan en seguida cubiertos de nieve. El líquido está hirviendo aun sin llegar apenas a los sesenta grados. Lo trago con avidez y me siento mucho mejor.

La noche es un infierno. Los furiosos ataques del viento se suceden sin descanso. La nieve no cesa de caer y se amontona sobre el techo.

De vez en cuando oigo voces en la otra tienda. Es Terray, que fricciona a su compañero con una perseverancia admirable, no deteniéndose más que para hacerle tomar líquido caliente. A mi lado,

Rebuffat ha quedado vencido por la fatiga, satisfecho de ver que el color volvía a mis miembros.

Medio inconsciente, casi no me doy cuenta del curso de las horas. A intermitencias percibo la situación bajo su verdadero y dramático aspecto, pero el tiempo restante lo vivo en una inexplicable embriaguez, sin pensar en las consecuencias de la victoria.

Cuanto más avanza la noche, más pesa la nieve sobre la tienda. Otra vez siento la espantosa sensación de ahogarme poco a poco. Hay momentos en que me sobrevienen accesos de rebelión, y con toda la fuerza de que dispongo intento levantar con los antebrazos la masa que me aplasta. El esfuerzo me deja jadeante y todo vuelve a quedar como antes. El fardo es más pesado todavía que la noche anterior.

—¡Gastón! ¡Gastón!

Reconozco la voz de Terray que grita:

—¡Hay que marchar!

Percibo las palabras sin comprenderlas bien. ¿Ha llegado ya el amanecer?

No me sorprende nada que mis compañeros renuncien a subir a la cumbre. No me doy cuenta de la grandeza de su sacrificio.

La tempestad se recrudece, la tienda tiembla, las telas restallan de un modo inquietante. En general, por la mañana hacía buen tiempo. ¿Será ya el monzón? Lo sabíamos próximo... ¿Será que lanza ya su primer ataque?

—¡Gastón! ¿Estáis ya preparados?

Terray renueva su llamamiento.

—¡Un momento! —responde Rebuffat.

Su trabajo no es cosa fácil: ha de vestirme y equiparme por completo. Yo me dejo hacer como un chiquillo. Terray, en su tienda, acaba de vestir a Lachenal, cuyos pies, muy hinchados, no caben en las botas. Terray le da las suyas, que son mayores, y para poder ponerse las de Lachenal les hace algunos cortes. Por un reflejo de prudencia, mete en su mochila el saco de dormir y algunos víveres; luego nos grita que hagamos lo mismo. ¿Se ha perdido su voz en la borrasca o, en nuestra impaciencia por salir de este infierno, no hemos dado importancia a sus palabras?

Lachenal y Terray gritan ya desde fuera:

—¡Vámonos!

Ahora nos toca a nosotros. No hay más que dos piolets para cuatro, y Rebuffat y Terray se apoderan de ellos. Antes de salir, Rebuffat me ata con la cuerda.

Dejamos las dos tiendas que formaban el campamento V y siento una vergüenza pueril al abandonar este material.

La primera cordada está ya muy abajo. Las borrascas de nieve nos ciegan y a un metro de distancia no nos oímos. Todos nos hemos puesto las capuchas, pues hace muchísimo frío. La nieve es resbaladiza y la cuerda de Rebuffat nos es útil muchas veces.

Los de delante no pierden el tiempo. Lachenal, que va primero, asegurado por Terray, precipita la carrera, en su afán de llegar abajo. No hay ninguna huella que indique el camino, pero éste vive en la memoria de todos: bajar directamente el declive durante cuatrocientos metros, después desviarse hacia la izquierda unos ciento cincuenta o doscientos metros, y luego, el campamento IV.

Nieva menos y la violencia del viento disminuye. ¿Mejorará el tiempo? No nos atrevemos a creerlo.

Una pared de *seracs*. Vacilamos.

—A la izquierda —digo—, lo recuerdo muy bien.

Otros creen que debemos ir hacia la derecha. Reanudamos el descenso. El viento ha cesado del todo, pero la nieve cae copiosa y la niebla es muy densa. Para no perdernos, caminamos en fila india; yo, que voy en tercer lugar, distingo apenas a Lachenal, que va delante. Es imposible reconocer los puntos de paso. Todos tenemos la suficiente práctica de la montaña para saber que, aun en terreno muy conocido, es fácil equivocarse con un tiempo así. Las distancias resultan erróneas; el relieve, invertido: tropezamos con prominencias que nos habían parecido agujeros. La niebla, los copos que caen, la alfombra de nieve se confunden en un mismo color blancuzco que enturbia la vista. Las altas siluetas de los *seracs* toman formas fantásticas y parecen moverse lentamente en torno a nosotros.

¡La situación no es desesperada, no estamos perdidos! Es preciso bajar todavía; no debemos torcer hasta un poco más lejos; recuerdo el *serac* que sirve de mojón... La nieve queda prendida en nuestras capuchas. Somos unos blancos fantasmas que se mueven sin ruido en una decoración también blanca. Empezamos a hundimos terriblemente. No puede haber nada más agotador para organismos ya tan castigados.

¿Estamos demasiado arriba, demasiado abajo? Nadie sabría decirlo... ¡Desviémonos hacia la izquierda!

Esta nieve inestable es un peligro del cual no tenemos ya noción exacta. Es preciso que nos rindamos a la evidencia: no es por aquí. Retrocedamos otra vez y subamos más arriba del *serac* que nos domina; sin duda allí está el camino.

Con Rebuffat a la cabeza, repetimos en sentido inverso el trayecto que tanto nos ha costado. Le sigo con paso irregular, sin pronunciar una palabra, decidido a continuar hasta el fin. Si Rebuffat cae, no podré retenerlo.

Vamos incansablemente de un *serac* a otro. Cada vez creemos reconocer el camino exacto, para tener después la misma desilusión. ¡Si la niebla desapareciera o si la nieve dejara de caer por un momento! Su nivel sobre las pendientes sube con increíble rapidez... Sólo Terray y Rebuffat son capaces de abrir paso y se relevan a intervalos regulares, sin una palabra, sin una vacilación.

Admiro la tenacidad de Rebuffat, que le ha hecho célebre. Avanza con un encarnizamiento indecible, a costa de desesperados esfuerzos. La lentitud de su progresión descorazonaría al más animoso, pero él se aferra y la montaña cede por fin a su perseverancia.

Terray se lanza como un loco. Es una fuerza de la Naturaleza que quiere romper a cualquier precio las paredes de esta cárcel que nos encierra. Su capacidad física es excepcional, pero su voluntad no es menor.

Lachenal le da quehacer. ¿Tiene conciencia plena de sus actos? Dice que no vale la pena de continuar, que es mejor hacer un agujero en la nieve y esperar a que venga el buen tiempo. Insulta a Terray, lo trata de loco. ¿Pero quién sería capaz de salvarle sino Terray? Éste tira con brusquedad de la cuerda, y su amigo no tiene más remedio que seguirle.



Estamos completamente extraviados.

El tiempo no mejora. Hace un momento aún teníamos noción de la ruta que debíamos seguir; ahora ni siquiera esto: ir hacia un lado o hacia otro... Avanzamos al azar, para no restar probabilidades a un milagro que a cada paso nos parece más imposible.

El instinto de vivir en los dos sanos alterna con un desaliento que los conduce a la más completa indiferencia. Uno después de otro intentan las más locas acciones: Terray atraviesa los declives escarpados y que amenazan aludes con un solo crampón mal fijado.

Rebuffat y él hacen prodigios de equilibrio sin el menor resbalón.

El campamento IV se halla a la izquierda, al borde de la Hoz, en esto estamos todos de acuerdo, pero resulta muy difícil de encontrar. La muralla de hielo que tan magníficamente lo protege no es tan fatal porque lo esconde. Hasta topar con ella no es posible descubrir las pequeñas tiendas en medio de esta niebla.

¿Tal vez si llamamos podrán oírnos? Lachenal da la señal, pero el sonido parece encallarse a pocos metros. Nos concertamos los cuatro y gritamos todos a la vez:

—¡Una..., dos..., tres...! ¡Socorro!

Nos hace el efecto de que estos gritos al unísono deben oírse a gran distancia, y volvemos a empezar:

—¡Una..., dos..., tres...! ¡Socorro!

¡Nada!

Terray se descalza de vez en cuando y fricciona sus pies, mordidos por el hielo. La vista de nuestras congelaciones le ha hecho consciente del peligro, y tiene la suficiente energía para reaccionar. Lo mismo que a Lachenal, le obsesiona la idea de una amputación. ¡Para mí es demasiado tarde ya! Siento que los pies y las manos, muy castigados de ayer tarde, empiezan a helármese de nuevo.

Desde el día anterior no hemos comido nada y, sin embargo, nuestra actividad no ha cesado ni un momento. Los recursos de los hombres en presencia de la muerte son inagotables, pero es preciso tener la voluntad de utilizarlos.

El tiempo transcurre, sin que tengamos noción exacta de él. La noche se acerca. Estamos aterrorizados, pero nadie se queja.

Rebuffat y yo hallamos un paso que creemos reconocer, pero la exagerada inclinación nos detiene: en la niebla parece transformarse en una pared vertical. Al día siguiente comprenderemos que no nos hallábamos más que a una treintena de metros del campamento y que esta pared cobijaba precisamente la tienda que nos hubiera salvado.

—¡Hay que buscar una grieta!

—¡No podemos pasar así la noche!

—¡Un agujero! ¡Es la única solución!

—Vamos a dejar aquí el pellejo.

La noche ha caído bruscamente y se hace indispensable tomar una decisión inmediata. Si nos quedamos en estas pendientes, estaremos muertos antes de la madrugada. Es preciso vivaquear, en

condiciones que demasiado adivinamos: todos sabemos lo que significa un vivac a 7000 metros...

Terray empieza a cavar un agujero con su piolet. Lachenal se acerca a una grieta colmada de nieve, algunos metros más lejos. De pronto, lanzando un grito, desaparece a nuestros ojos. Quedamos desconcertados. ¿Tendremos, o mejor dicho, tendrán nuestros compañeros la suficiente fuerza para efectuar las maniobras de cuerda necesarias y sacarlo de allí? Sólo un pequeño agujero señala el lugar de la caída.

Terray grita:

—¡Eh...! ¡Eh...! ¡Lachenal!

Una voz ahogada por metros y metros de hielo y nieve llega hasta nosotros. Es imposible comprender lo que dice.

—¡Eh...! ¡Lachenal!

Terray da violentos tirones a la cuerda, y esta vez oímos:

—¡Estoy aquí!

—¿No tienes nada roto?

—¡No! ¡Esto puede servir para pasar la noche! ¡Venid!

Es un refugio milagroso. Ni unos ni otros habríamos tenido fuerzas con que abrir en el hielo una cavidad suficiente para protegernos del viento. Sin vacilar, Terray se deja caer en la grieta, y un vigoroso «¡Venga!» nos advierte de su feliz llegada. Me dejo resbalar: es un verdadero tobogán. Caigo en una especie de tubo muy inclinado, formando recodo, de unos diez metros de largo, y voy a parar a gran velocidad a la abertura que sigue y, desde allí, al fondo de la grieta. Un tirón a la cuerda indica a Rebuffat que puede seguirme.

La caverna es minúscula y el frío extremado nos sobrecoge. La pared de hielo es húmeda, y una alfombra de nieve reciente tapiza el suelo. Tendremos el sitio justo para instalarnos los cuatro muy apretados. Del techo penden estalactitas. Para tener más espacio, arrancamos algunas, de las que guardamos pedacitos para chupar de vez en cuando, pues hace mucho que no bebemos.

Éste es nuestro refugio para la noche. Al menos, estaremos protegidos del viento, y la temperatura se mantendrá igual. La humedad es excesivamente desagradable. Nos instalamos en la oscuridad lo mejor que podemos y, como en todo vivac, nos quitamos las botas: sin esta precaución, los pies, comprimidos, se helarían en seguida.

Terray desdobra el saco de dormir que ha tenido la precaución de traer y se instala con relativa comodidad. Nos cubrimos con todas las cosas de abrigo de que disponemos. Para evitar el contacto con la nieve, me siento sobre la cámara. Nos apretujamos los unos contra los otros en busca de una quimérica posición en que el calor de nuestros cuatro cuerpos se adicione, pero nos movemos sin cesar.

No nos decimos absolutamente nada; los movimientos resultan menos penosos que las palabras. Cada uno se encoge sobre sí mismo y se refugia en su mundo interior. Terray fricciona los pies a Lachenal; Rebuffat nota que los suyos se hielan también, pero tiene fuerza suficiente para friccionarse. Yo permanezco en una inconsciente inmovilidad. Mis pies y mis manos siguen helándose, pero ¿qué le voy a hacer? Procuro no sufrir demasiado y me repliego en mí mismo, intentando olvidar el tiempo que transcurre y no sentir el frío, que gana terreno cautelosamente,

insensibiliza y devora.

Terray comparte con Lachenal su saco de dormir, en el que le introduce pies y manos. Al mismo tiempo sigue friccionándolo.

Al menos, la congelación no adelantará, se dice.

Cualquier movimiento de uno de nosotros trastorna la posición de los restantes. Las posturas son minuciosamente estudiadas y modificadas sin cesar. Esto nos ayuda a pasar el tiempo. Rebuffat se queja de sus pies y prosigue sus fricciones con perseverancia. Al igual que Terray, piensa: «Debemos llegar a mañana; después ya veremos». Pero sabe muy bien que este «después» es un terrible interrogante.

Terray, generosamente, intenta hacerme partícipe de su saco de dormir. Se ha dado cuenta de la gravedad de mi estado y comprende por qué no digo nada, por qué permanezco tranquilo. Nota que me abandono, y durante dos horas me fricciona, pareciendo no prestar atención a que sus pies pueden helarse también. La irresistible admiración que me inspira su generosidad me da un poco de valor; si él me ayuda de este modo, sería muy desagradecido si me negara a vivir.

No sufro, y esto me sorprende. Mi corazón parece helarse. Toda materia parece abolida en mí. Creo conservar mi lucidez, y, sin embargo, floto en una especie de feliz tranquilidad. Me queda un mínimo soplo de vida, y este soplo disminuye sin cesar a medida que transcurren las horas. Las fricciones de Terray ya no me hacen reaccionar. ¿No sería esta caverna la más hermosa de las tumbas? No lamento morir, no siento ningún pesar; al contrario, sonrío.

Pasamos varias horas entumecidos.

—¡Empieza a clarear! —balbucea una voz.

Esta noticia causa impresión en mis compañeros, y a mí me sorprende, porque no creía que pudiera verse la luz desde esta profundidad.

—Es demasiado pronto para marchar —dice Rebuffat.

La gruta se llena de una luz desagradable, en la que se distingue la forma de las cabezas...

Un ruido extraño, lejano, llega hasta nosotros, una especie de chicheo prolongado. El ruido aumenta y de pronto me siento sumergido, cegado. Un alud de nieve reciente descarga sobre nosotros. Esta nieve helada se esparce por la caverna, se filtra por todos los intersticios de nuestras ropas. Escondo la cabeza entre las rodillas y me cubro con los brazos. La nieve fluye, fluye...

Un terrible silencio sigue después.

No estamos sepultados por completo, pero la nieve lo obstruye todo. Nos levantamos procurando no chocar con la techumbre de hielo y probamos de sacudirnos. Todos estamos descalzos, y lo primero que debemos intentar es buscar las botas.

Rebuffat y Terray tratan de hacerlo, y se dan cuenta en seguida de que están ciegos. Ayer se quitaron las gafas para guiarnos, y hoy lo pagan.

Lachenal es el primero que encuentra un par de botas. Intenta ponérselas, pero no puede. Son las de Rebuffat. Éste comienza a escalar el tobogán por el que hemos bajado y por donde la nieve ha penetrado también.

—¡Gastón! ¿Qué tiempo hace? —grita Lachenal.

—No veo nada, hace viento...

Buscamos nuestras cosas. Terray acaba de encontrar sus botas y se las pone ayudado por Lachenal. Éste está muy nervioso y poseído de una extraña impaciencia que contrasta con mi insensibilidad.

Terray se lanza a su vez: jadeando y gruñendo en el tubo glaciar, acaba por salir al exterior, en donde es recibido por terribles ráfagas de viento que lo traspasan y le hieren el rostro.

«Mal tiempo —piensa—. Se acabó. Estamos perdidos... ¡De ésta no saldremos!».

En el fondo de la grieta somos dos los que buscamos nuestro calzado. Lachenal escarba furioso con el piolet, mientras yo, con más calma, intento obrar lógicamente. Extraemos de la nieve unos crampones, un piolet, pero ninguna bota.

¡Entonces... esta caverna será nuestra última morada!

El espacio es reducido. Doblados por la mitad, nos estorbamos. Lachenal se decide a salir descalzo. Lanza gritos desesperados, se iza en la cuerda, intenta aferrarse y hunde los dedos de los pies en la pared de nieve. Terray, desde el exterior, tira de él cuanto puede; lo veo subir más aprisa y desaparecer.

Cuando surge del orificio, comprueba que el cielo está todo azul y echa a correr como un demente gritando: «¡Hace buen tiempo, hace buen tiempo!».

Vuelvo a registrar la gruta. Hay que encontrar las botas; de otro modo, Lachenal y yo estamos perdidos. A gatas, con los pies y las manos desnudos, escarbo la nieve y la revuelvo en todas direcciones, esperando a cada momento tropezar con un objeto duro. No reflexiono ya; soy un animal que quiere vivir.

¡Aquí hay una! La segunda está atada con ella. Ya tengo un par. Perseverante y obstinado, sigo buscando y, después de revolver toda la caverna, hallo por fin el segundo par.

¿La cámara? A pesar de todos mis esfuerzos, no logro encontrarla, y con gran disgusto debo desistir. Es inútil que intente ponerme las botas: mis manos están duras como la madera y no puedo coger nada con los dedos. Tengo los pies muy hinchados, no me podré calzar. Enrollo la cuerda lo mejor que puedo alrededor de las botas y grito:

—¡Lionel...! ¡Las botas!

No oigo ninguna respuesta, pero lo debe de haber oído, porque las botas son izadas. Poco después, la cuerda vuelve a bajar: me toca a mí. Me enrolló, y como no puedo apretar, hago una multitud de nuditos. Espero que su resistencia adicionada bastará para sostenerme. No tengo ánimos de volver a gritar; doy un tirón a la cuerda y Terray comprende.

Al primer paso me veo obligado a practicar, a patadas, un hueco en la nieve endurecida para poder fijar en él la punta del pie. Tal vez más arriba pueda subir mejor. Consigo trepar algunos metros. Intento hundir en la pared las manos, duras hasta la muñeca; luego los pies, insensibles hasta el tobillo. Las articulaciones están anquilosadas, lo cual me entorpece mucho.

Bien o mal, consigo colocarme, y Terray tira de la cuerda. Veo con más claridad, lo que indica que me acerco a la salida. Caigo varias veces, me agarro, me apuntalo como puedo y consigo sostenerme. Mi corazón late con fuerza y me veo obligado a detenerme. Un nuevo esfuerzo me permite acabar la reptación, y salgo al exterior agarrándome a las piernas de Terray, que no puede

más. Estoy completamente agotado. Terray está junto a mí y le susurro:

—¡Lionel...! ¡Me voy a morir!

Mi amigo me sostiene y me ayuda a salir de la grieta. Debemos reunirnos con Lachenal y Rebuffat, que están sentados sobre la nieve, unos metros más allá. En cuanto Lionel me deja, me caigo y he de arrastrarme a gatas.

El tiempo es maravilloso. La nieve cayó ayer en abundancia y la montaña está resplandeciente. Nunca la había visto tan bella. Nuestro último día será hermoso.

Rebuffat y Terray están completamente ciegos. Terray, al acompañarme hasta aquí, ha tropezado contra todos los obstáculos y he tenido que guiarlo. Rebuffat tampoco puede dar un solo paso. Es terrible verse ciego cuando el peligro acecha por todas partes. Lachenal tiene los pies helados, y ello altera su equilibrio nervioso. Su actitud es inquietante y le asaltan ideas absurdas.

—¡Te digo que hay que bajar...! Por aquí...

—¡Vas descalzo!

—No importa.

—Estás loco..., no es por aquí... ¡Es hacia la izquierda!

Pero Lachenal se levanta y quiere marchar pendiente abajo por el glaciar. Terray lo sostiene, le obliga a sentarse y, a pesar de no ver nada, le ayuda a ponerse las botas.

Detrás de ellos me parece estar viviendo un sueño. Siento que mi fin está próximo, pero es el fin que todos los alpinistas desean, por ser conforme a su pasión. Agradezco con toda el alma a la montaña que esté tan hermosa hoy para mí. Su silencio me impresiona como el de una iglesia. No sufro absolutamente nada y no siento ninguna inquietud. Mi tranquilidad es asombrosa. Terray se me acerca titubeando y le digo:

—¡Para mí todo ha terminado! Dejadme..., tenéis todavía una probabilidad..., es preciso aprovecharla... Id hacia la izquierda..., ¡es por allí!

Después de haber hecho esta recomendación me siento mejor. Pero Terray no es de mi parecer.

—Te ayudaremos... Si nos salvamos, te salvarás tú también.

En este momento, Lachenal grita:

—¡Socorro...! ¡Socorro!

Es evidente que no se da cuenta de lo que hace, pero al fin y al cabo sus gritos tienen razón de ser. Es el único de los cuatro que puede divisar el campamento II desde donde se halla. Tal vez sus llamadas serán oídas.

Estos gritos tienen algo desesperado. Me recuerdan trágicamente a aquellos alpinistas perdidos en el macizo del Mont Blanc a los que yo intentaba salvar. Ahora nos toca a nosotros... Esta impresión es muy viva: sí, estamos perdidos.

Uno mi voz a la de mis compañeros:

—Una..., dos..., tres... ¡Socorro!

—Una..., dos..., tres... ¡Socorro!

Intentamos gritar a la vez, sin conseguirlo del todo: nuestras voces no deben oírse más allá de tres metros. Más que un grito que brota de la garganta, es un murmullo el que sale de mis labios.

Terray exige que me calce, pero soy incapaz de hacerlo con mis manos rígidas. Rebuffat y Terray

están ciegos y no pueden serme de gran utilidad. Le digo a Lachenal:

—Ayúdame a ponerme las botas.

—¡No seas loco! Lo que debemos hacer es bajar.

Y se lanza en seguida en una dirección equivocada, recto hacia abajo. No le guardo ni un segundo de rencor por esta respuesta. Los acontecimientos y la altura lo han trastornado.

Terray coge su cuchillo con decisión, tantea con sus entumecidos dedos y corta por delante y por detrás el empeine de mis botas para que me las pueda poner. Hay que hacer varias probaturas, pues la tarea es difícil. Al cabo de un momento, el desaliento se apodera de mí. ¿Para qué tanto esfuerzo si no podré salir de aquí? Pero Terray tira con toda su fuerza, y al cabo consigue calzármelas, y luego me las ata saltando algún corchete. Estoy preparado, pero ¿cómo podré caminar con mis articulaciones anquilosadas?

—A la izquierda, Lionel.

—No seas loco, Maurice; es hacia la derecha y recto hacia abajo.

Terray no sabe qué pensar de estas indicaciones contradictorias. Es un luchador y no está resignado como yo, pero ¿qué puede hacer en este momento? Mis tres compañeros discuten sobre la dirección que se debe tomar.

Voy perdiendo mi lucidez y permanezco sentado sobre la nieve... ¿Para qué resistir? Es preciso abandonarse. Algunas visiones: sombreadas pendientes, caminos inofensivos... El olor de la resina... Hace buen tiempo... Voy a morir en *mi* montaña... Mi corazón está insensible, todo está helado.

—¡Ah...! ¡Ah...!

¿Es un estertor? ¿Una llamada?

Reúno mis esfuerzos para poder gritar:

—¡Alguien viene!

Los otros me oyen y gritan de alegría.

¡Milagrosa aparición! ¡Schatz...! ¡Es Schatz!

A doscientos metros apenas, Marcel Schatz, hundido hasta la cintura en una enorme cantidad de nieve en polvo, se desliza lento, como un barco, por su superficie.

Emocionante visión, de sabor irresistiblemente fuerte y poderoso. Lo espero todo de él. El terrible choque me anonada. Me abandonaba a la muerte que se apoderaba de mí, y ahora vuelvo a la vida, la deseo. Un cambio brutal se opera en mí... ¡No, no está todo perdido!

Se acerca..., mis ojos no se apartan de él..., veinte metros..., diez metros..., se dirige hacia mí... ¿Por qué? Sin pronunciar una palabra, me estrecha entre sus brazos, me besa..., su aliento cálido me reanima.

Soy incapaz del menor gesto: ¡como un mármol! ¡Mi corazón está aniquilado por una emoción tan grande, tan grande...!

Mis ojos permanecen secos.

—¡Qué hermoso es lo que habéis hecho!

# Capítulo XV.

## El alud

Tan pronto estoy lúcido como inconsciente; siento la extraña sensación de tener los ojos vidriosos. Schatz se muestra paternal y me ata con su cuerda. El cielo es azul, de ese azul profundo de las grandes altitudes, tan oscuro que casi podrían verse las estrellas. El sol nos inunda con su cálida luz. Schatz me habla con dulzura.

—Ven conmigo, Maurice.

No puedo hacer otra cosa que obedecer de buena gana. Con su auxilio consigo levantarme y mantenerme en pie. Mi compañero avanza y tira de mí. Me parece estar en contacto con la nieve por medio de dos objetos extraños, duros y rígidos como zancos: mis piernas...

Ya no veo a los otros, y no me atrevo a volverme por miedo a perder el equilibrio.

La reverberación del sol me deslumbra. De pronto, sin transición, después de haber caminado apenas doscientos metros y dado la vuelta a una muralla de hielo, tropezamos con una tienda. Esto significa que hemos vivaqueado a doscientos metros del campamento.

Couzy se levanta al verme y, sin decir nada, me abraza y me besa. Terray se precipita en la tienda y se descalza. Sus pies están también mordidos por el hielo, y los fricciona y flagela sin contemplaciones.

El deseo de vivir renace en mí. Intento examinar la situación. Nos quedan pocos recursos, pero debemos sacar partido de lo que tenemos. La única tabla de salvación es Oudot. Sólo él, con tratamientos apropiados, podrá salvar nuestros pies y nuestras manos. Acojo con entusiasmo la proposición de Schatz: bajar cuanto antes al campamento IV inferior, que los sherpas han rehecho.

Terray quiere quedarse en la tienda. Pateando con la energía de la desesperación, exclama:

—Venid a buscarme mañana si es necesario. Quiero estar entero o muerto.

Los pies de Rebuffat están también amenazados, pero prefiere bajar sin tardanza a reunirse con Oudot, y empieza el descenso con Lachenal y Couzy. Schatz sigue cuidándose de mí, y se lo agradezco de todo corazón. Vuelve a coger la cuerda y me empuja amistosamente.

La pendiente es muy pronunciada. La delgada capa de nieve adherida a la superficie de hielo está medio fundida y no resulta de ninguna utilidad para asegurar los pasos. Resbalo con frecuencia, y Schatz, con la cuerda tensa, consigue sostenerme.

Hacia abajo hay un enorme rastro. Sin duda mis compañeros se han deslizado dejándose resbalar hasta las proximidades del campamento IV inferior, pero han provocado un alud que ha barrido por completo la nieve de la pendiente, lo cual no me facilita la marcha. Nada más llegar al campamento, los sherpas se acercan a mí. Leo tanta compasión y tanta bondad en su mirada, que me doy cuenta de mi desgracia. Estaban desembarazando las tiendas que habían quedado tapadas por el alud. En un rincón, Lachenal se fricciona los pies. Panzi lo tranquiliza de vez en cuando y le dice que el Doctor Sahib lo curará.

Yo les doy prisa; hay que bajar, éste es nuestro primer objetivo. Tanto peor para el material; es preciso haber abandonado esta montaña antes del próximo ataque del monzón. Para los que tienen los miembros helados, es cuestión de horas. Escojo a Alia y Sarki para que nos acompañen a Rebuffat, a

Lachenal y a mí. Intento hacer comprender a los dos sherpas que deben asegurarme muy de cerca. Lachenal y Rebuffat, ignoro por qué razón, no quieren encordarse.

Mientras bajamos, Schatz, con Ang-Tharkey y Panzi, vuelve a subir en busca de Terray, que se ha quedado en el glaciar. Schatz está a la altura de las circunstancias. Nadie más es capaz de la menor iniciativa.

Después de subir a costa de duros esfuerzos, encuentra a Terray.

—Prepárate para dentro de un momento —le dice.

—Mis pies empiezan a reaccionar —responde Terray con aspecto más animado.

—Voy a dar una vuelta por la grieta... Maurice no encontró la cámara... ¡Está en ella toda la película filmada en las alturas!

Terray se queda sin respuesta; no acaba de comprender. Hasta unos días más tarde no nos daremos cuenta del heroísmo de Schatz, que registra la nieve durante largo rato. Terray empieza a inquietarse... Por fin lo ve volver triunfante con la máquina fotográfica que contiene las fotografías de la cumbre. Ha encontrado también mi piolet y varias cosas más, pero la cámara no. El film terminará a los 7000 metros.

Empiezan el descenso. Ang-Tharkey se porta magníficamente: va delante y talla cómodos peldaños para Terray. En último lugar, Schatz, vigilante, asegura a toda la caravana.

El primer grupo, del que formo parte, avanza con desesperante lentitud. La nieve está blanda y nos hundimos hasta las rodillas. Lachenal pierde terreno: se detiene con frecuencia y se queja de sus pies, que coge alternativamente con ambas manos. Rebuffat camina algunos metros detrás de mí.

Hace un calor anormal que no deja de inquietarme. Temo que el mal tiempo dé fin aquí a la historia del Annapurna. Se dice que los alpinistas tienen un sexto sentido que les advierte la presencia del peligro. En este instante lo percibo por todos los poros de mi piel. Hay una vibración en la atmósfera claramente perceptible. Nevó mucho el día anterior, y el calor trabaja estas masas, que están deseando derrumbarse. No hay nada en Europa que pueda dar idea de la fuerza de estos aludes, que no tienen semejanza alguna con los de nuestros Alpes. Irrumpen en un frente de varios kilómetros, precedidos de un sople destructor.

La reverberación es tan intensa, que sin gafas sería imposible abrir los ojos. La montaña no me ha parecido nunca tan majestuosa como en estos momentos de máximo peligro. Por suerte, estamos bastante alejados unos de otros: el riesgo queda dividido.

Los sherpas no recuerdan ya los pasos, y muchas veces me veo obligado a ponerme delante y bajar con la cuerda al lugar preciso. No tengo crampones y no podría sostener un piolet. Vamos perdiendo altura, más lentamente de lo que yo querría. Padezco al ver a mis sherpas tan lentos, tan cuidadosos, y al mismo tiempo tan poco seguros. En realidad no van mal, pero estoy impaciente y no me doy ya cuenta exacta de sus posibilidades.

Lachenal queda mucho más atrás; cada vez que me vuelvo lo veo sentado en la nieve. Está también atacado de oftalmía y, aunque no sea tan grave como la de Terray y Rebuffat, se guía con dificultad. Rebuffat avanza al azar, con rostro dolorido, pero camina obstinadamente. El corredor es



atravesado sin tropiezo y me felicito por haber franqueado un paso tan peligroso.

El sol está en el cénit. El tiempo, radiante; los colores, magníficos.

Bruscamente, la nieve se resquebraja bajo los pies de los sherpas; la hendidura se alarga, se ensancha. Una idea loca me pasa por la cabeza: remontar la pendiente corriendo y alcanzar el terreno estable... Me siento levantado, cogido por una fuerza sobrehumana. Los sherpas desaparecen a mis ojos. Doy una voltereta... No veo ya nada... Mi cabeza choca contra el hielo... No puedo respirar a pesar de mis esfuerzos... Un golpe violento en el muslo izquierdo me hace un daño terrible. Giro sobre mí mismo como un títere... Veo como un relámpago la claridad deslumbradora del sol a través de la nieve que desfila ante mis ojos... La cuerda que me ata a Sarki y Aïla se enrolla alrededor de mi cuello: los sherpas que ruedan por la pendiente, delante de mí, van a estrangularme. El dolor es insoportable... ¡Me ahogo! Choco contra el hielo sin cesar y soy proyectado de un *serac* a otro. La nieve me oprime. De pronto, la cuerda que me rodea el cuello queda tensa e inmóvil. Sin haber recobrado aún la razón, empiezo a orinar violentamente, irresistiblemente.

Abro los ojos. Estoy cabeza abajo y la cuerda que me retiene por el cuello enlaza también mi pierna izquierda. Me hallo suspendido en el vacío, en una especie de escotilla de hielo vivo. Extiendo los codos hacia las paredes para intentar detener el insoportable movimiento de vaivén que me lleva de una orilla a otra. Debajo de mí percibo las últimas pendientes del corredor. Mi respiración recobra su ritmo. Bendigo la cuerda que ha resistido a pesar de una caída semejante.

Es necesario que procure salir de aquí. Mis manos y mis pies están insensibles, pero puedo utilizar unas hendiduras de la pared que bastan para el borde de mis suelas. Con movimientos bruscos y desordenados puedo desenredar la cuerda de mi pierna izquierda; luego consigo colocarme cabeza arriba y adelantar unos metros. Después de cada movimiento me detengo, persuadido de que acabo de gastar mi última reserva física. ¡Tal vez dentro de un segundo me soltaré!

Con un esfuerzo desesperado gano algunos centímetros... Tiro de la cuerda... Siento que hay algo blando en el otro extremo: los cuerpos de mis sherpas quizá. Grito..., pero ¡tan débilmente!

Reina un silencio de muerte.

¿Y Gastón?

La atmósfera se oscurece sobre mi cabeza como si pasara una nube. Levanto los ojos... ¡Milagro...! Dos negras y asustadas cabezas se recortan sobre la redondez de cielo azul. ¡Aïla y Sarki!

Están sanos y salvos. Organizan mi salvamento, pero soy incapaz de dar el menor consejo. Aïla desaparece y Sarki se queda solo al borde del agujero. Despacio, para no hacerme daño, empiezan a tirar de la cuerda. Soy izado con una fuerza y una seguridad que fortalecen mi ánimo. Cuando por fin llego arriba, me quedo tendido sobre la nieve.

Por suerte, los cuerpos de mis dos sherpas y el mío se habían hecho contrapeso. La cuerda pasaba sobre una arista de hielo y estábamos en equilibrio por una y otra parte. Sin este obstáculo inesperado, nos hubiéramos despeñado quinientos metros más. A nuestro alrededor todo está trastornado. ¿Dónde está Rebuffat? ¡Qué mortal inquietud! ¡No estaba encordado...! Al levantar los ojos lo diviso a menos de cien metros.

—¡Nada roto! —me grita.

Me tranquilizo, pero no tengo fuerzas para responderle. Tendido en el suelo, contemplo con ojos apagados, alhelado, medio inconsciente, el caos que me rodea.

Hemos sido arrastrados sobre más de ciento cincuenta metros. Es mejor no entretenerse aquí; ¡si cayera otro alud...! Les digo a los sherpas:

—*Now... Doctor Sahib... Quick, very quick!*<sup>[100]</sup>

Intento hacerme comprender por señas y les explico que me han de sostener muy sólidamente. Al hacerlo me doy cuenta de que mi brazo izquierdo está casi inutilizado. Me es imposible moverlo, la articulación del codo está anquilosada. ¿Fractura...? Ya lo veremos más tarde.

Vayamos hacia Oudot.

Rebuffat inicia el descenso para reunirse con nosotros; camina despacio porque ha de tantear con los pies para guiarse. Su modo de andar me oprime el corazón. En la caída, su mandíbula debió de chocar con el hielo, porque le sangra la comisura de los labios. Ha perdido sus gafas, lo mismo que yo. Aïla tiene un viejo par de recambio que me irá muy bien. Sarki, sin vacilar, da las suyas a Rebuffat.

No hay ni un segundo que perder. ¡Ahora, hacia abajo! Los sherpas me ayudan a levantarme. Avanzo como puedo, en un equilibrio inquietante. Los sherpas comprenden por fin que deben asegurarme desde atrás. Doy la vuelta a la superficie cubierta por el alud y un poco más lejos encuentro las primitivas huellas.

Llegamos a la primera pared. ¿Cómo bajarla? De nuevo pido a los sherpas que me aseguren bien: —*Take me up strongly, because...*<sup>[101]</sup>.

Y les enseño mis manos.

—*Yes, Sir* —me responden como alumnos aplicados.

Llego a la clavija; la cuerda fija que cuelga de ella pende a lo largo de la pared. No hay otro remedio que cogerla. Es un castigo; mis pies, duros como la madera, raspan constantemente la pared de hielo. Mis rígidas manos no pueden apretar la delgada cuerdecita y, sin dejarla, intento en vano enrollarla alrededor de mis manos. Pero están hinchadas, la piel se ha reventado en muchos sitios y enormes jirones de ella se despegan y se adhieren a la cuerda, dejando las manos en carne viva. Sin embargo, es preciso continuar; no voy a abandonar a mitad de camino.

—¡Aïla! *Pay attention...! Pay attention!*<sup>[102]</sup>

Para que mis manos descansen, hago deslizar ahora la cuerda sobre el antebrazo sano y me dejo resbalar así, a sacudidas. Al llegar abajo doy un salto de un metro. La cuerda retiene mi antebrazo y mi muñeca. El choque es duro y provoca percusiones en la parte alta de los pies. Una especie de extraño crujido me hace suponer que me he fracturado algo. El hielo debe de impedir el sufrimiento.

Rebuffat y los sherpas bajan a su vez, y proseguimos el camino... Todo nos parece interminable. Vemos a una distancia infinita la meseta del campamento II. Estoy llegando al límite de mis fuerzas, y a cada momento siento deseos de abandonar. ¿Para qué seguir? He terminado mi misión. Tengo la conciencia tranquila: todo el mundo está a salvo; los demás irán bajando unos después de otros... Hacia abajo, muy lejos, diviso las tiendas... Reúno todas mis fuerzas. Una hora todavía. Me fijo el plazo de una hora, y después, esté donde esté, me acostaré sobre la nieve. Me abandonaré tranquilamente, me sentiré libre, feliz, y dormiré...

Este plazo me da valor. Resbalo sin cesar, y los sherpas me sostienen con dificultad en la gran pendiente. Es un milagro que se renueva a cada segundo. El rastro se detiene al borde del abismo: es la segunda pared, equipada con cuerda fija, la mayor. Procuero resignarme, pero no puedo imaginar siquiera de qué modo bajaré. Me quito el guante que llevo en una mano y el pañuelo de seda que esconde la otra, ensangrentada. Esta vez es la carta decisiva... Tanto peor para los dedos.

Coloco a Sarki y a Alia en el lugar en que tenía costumbre de colocarme para asegurarlos. Entre los dos sostienen la cuerda a la que estoy atado, apuntándose el uno con el otro. Intento coger la cuerda fija. Nada de compasión. La tomo entre el pulgar y el índice... Las dos manos me sangran. Empiezo a bajar, y el movimiento me pone en seguida ante un doloroso dilema: si me suelto, nos despeñamos todos; si aguanto, ¿qué quedará de mis manos...? Aguantaré.

Cada centímetro es un sufrimiento del que estoy decidido a no hacer caso. La vista de mis manos me da náuseas. La carne, al descubierto, está muy encarnada; la cuerda, llena de sangre. Intento no arrancar completamente los jirones: anteriores accidentes me han enseñado que es preciso conservarlos para acelerar luego la curación. Procuero preservar mis manos frenando con los hombros, con el cuerpo, con todos los puntos de apoyo de que dispongo. ¿Cuándo acabará este calvario?

Llego al desplome de hielo en que yo mismo había abierto paso a golpes de piolet. Empiezo a agitar las piernas para tantear el suelo; está duro, no tiene encima ni una partícula de nieve. No he llegado todavía y ya grito a los sherpas:

—¡Deprisa...! ¡Alia...! ¡Sarki...!

La cuerda de seguridad baja más rápida y el roce se hace mayor.

Mis manos se encuentran en un estado espantoso. Tengo la sensación de que toda su carne ha quedado arrancada. Por fin mis pies hallan un obstáculo: es la cornisa. ¡He llegado a buen puerto! Ahora es preciso seguir por ella, asegurado todavía por la cuerda: tres metros sólo, pero los más peligrosos... ¡Ya está todo terminado...! Hundido en la nieve hasta la cintura, postrado, no me doy cuenta del tiempo que transcurre.

Rebuffat y los sherpas están ya junto a mí. Entreabriendo los ojos, veo unos puntos negros que se mueven alrededor del campamento II. Sarki me habla para señalarme a dos sherpas que suben a nuestro encuentro. Están lejos todavía, pero su vista me infunde ánimos.

Hay que levantarse, moverse; la marcha se hace más penosa cada vez. Me hace el efecto de que la congelación alcanza ya las pantorrillas y los codos. Aunque el tiempo se ha puesto gris, Sarki vuelve a ponerme las gafas. Me pone un guante lo mejor que puede, pero la mano izquierda está tan estropeada que le causa angustia. Para no verla, la envuelve en mi pañuelo de seda roja.

El descenso prosigue, alucinante. Cada paso parece que tenga que ser el último. Las brumas pasan y vuelven a pasar. A través de ellas distingo las siluetas de los dos sherpas que suben. Han alcanzado ya el pie del cono, y desde la pequeña plataforma a la que acabo de llegar veo que se detienen, lo que me desanima muchísimo.

Está nevando. Un gran trecho sobre terreno poco seguro, en el que es difícil afianzarse; luego, a cincuenta metros, el cono.

Reconozco a Foutharkey y a Angawa, que se acercan rápidos, temiendo malas noticias. Angawa

piensa en sus dos hermanos, Aïla y Panzi. Al primero lo ve en carne y hueso, está con nosotros; ¿pero dónde está Panzi? A distancia, la conversación se inicia ya entre ellos. Cuando nos reunimos lo saben todo. Exhalo un profundo suspiro de alivio; me parece haberme librado de un peso bajo el que creía sucumbir. Foutharkey está delante y me sonrío con afecto. ¿Quién ha dicho que estos seres son primitivos y que la dureza de su vida les hace incapaces de todo sentimiento de compasión? Los sherpas se precipitan hacia mí, dejan sus mochilas, destapan sus cantimploras.

Beber algunos sorbos... ¡Nada más...! ¡Hace tanto tiempo!

Foutharkey baja los ojos hacia mis manos y los vuelve a levantar murmurando con infinita tristeza:

—¡Pobre Bara Sahib!

Mi ánimo se tonifica con este refuerzo. El campamento II está próximo ya: Foutharkey me sostendrá y Angawa nos asegurará a los dos.

Foutharkey es más bajo que yo; lo cojo por el cuello y me apoyo en sus hombros, estrechándolo contra mí. Su contacto me consuela, su calor me reconforta. Camino a pasos irregulares; como un atáxico.

Me apoyo cada vez más en Foutharkey. Aunque me ayude, ¿tendré fuerza suficiente para llegar? Reúno mis últimas partículas de energía. Suplico a Foutharkey que me ayude todavía más. Me quito las gafas y veo mejor. Algunos pasos todavía... Los últimos...

En el campamento II, Marcel Ichac, que hace dos días sigue nuestros movimientos con los gemelos, ha anotado minuto por minuto el desarrollo de las operaciones. He aquí algunos fragmentos de su diario:

«Sábado 3 de junio<sup>[103]</sup>. Campamento II. Oudot y Noyelle salen a las nueve<sup>[104]</sup>.

»10:30. Noyelle regresa. ¿Será por el oxígeno? ¿Acaso la careta no tiene bastante suministro? Muy lentamente, Oudot y los dos sherpas se elevan por el embudo.

»Durante este tiempo, juego al escondite con las nubes mediante la lente del teodolito y observo a las cordadas con los gemelos. Más arriba de los *seracs* de la Hoz, cuatro hombres: Lionel y Rebuffat delante, luego Couzy y Schatz.

»En cuanto a Maurice, no hay ninguna noticia; debe de estar en los declives finales, menos inclinados y no visibles desde aquí. El fuerte viento levanta la nieve en polvo. Pero a esta hora no debe de estar muy lejos de la cumbre, tal vez...

»Domingo 4 de junio. Día sombrío. A medianoche cae granizo, luego nieve, y sopla viento fuerte del Norte. El Annapurna desaparece en la niebla. Inquietud y cansancio. ¿Qué se habrá hecho de los otros?

»Al mediodía, veinte centímetros de nieve en polvo. Aludes ininterrumpidos, visibilidad nula.

»Hacia las 16 oímos voces y distinguimos cuatro siluetas en la niebla, que llega hasta cien metros más abajo del campamento. Son Oudot y sus tres sherpas. Se adivina que se hunden hasta la cintura. Lo único que puedo hacer por ellos es preparar agua caliente.

»Llegan a las 19. Oudot se ha quedado esta mañana en su tienda. Hacia las 13, el tiempo empeora y Adjiba viene a decirle:

»—¡Es el monzón! ¡Si nos quedamos aquí estamos perdidos!

»Lunes 5 de junio. ¿Acabará el día mejor de lo que ha empezado? ¡Cuántas emociones para nosotros...! Por un momento creí que Oudot y yo seríamos los únicos supervivientes del equipo de ocho que salió de Le Bourget el 30

de marzo.

»A las 6 me parece oír un grito y salgo: el sol se levanta en medio de nubes amenazadoras. No veo nada. Vuelvo a meterme en mi saco de dormir, pero casi a continuación oigo claramente llamadas y veo con los gemelos a dos hombres a la altura del campamento IV, pero mucho más a la izquierda. Gritan casi sin interrupción y hacen señales con los brazos; ¿quiénes son? Oudot cree que deben de ser Couzy y Schatz. Su inmovilidad —sobre todo la de uno de ellos— es inquietante; sin duda tienen los pies helados. ¿Qué esperan? Normalmente se necesitarían diez horas para llegar hasta ellos..., si el tiempo fuera bueno. Pero con la nieve y el monzón que reitera sus ataques... Los gritos prosiguen, ¡es dramático! Y los demás ¿en dónde están...? ¿Más arriba, hacia la cumbre? Su situación en el campamento IV no debe de ser muy favorable, pero ¿qué esperan para bajar al campamento III?

»Las 8. Oudot prepara la subida de una caravana de socorro. Faltan clavijas para hielo, etc... Noyelle marcha hacia el campamento I con Adjiba para traer refuerzos (material y Dawatoundu). Aquí los sherpas están inquietos. Hay tres de la misma familia: Panzi, Aïla y Angawa.

»Las 8:30. Las llamadas siguen. Por si acaso pueden verlo, dibujo en la nieve la palabra "VISTO". Algunos momentos después, un hombre se adelanta rápido sobre los *seracs* que deben cobijar el campamento IV. Se detiene a trescientos metros en distancia horizontal, hace señales y vuelve hacia atrás. Los otros se levantan sin dificultad aparente y, atravesando el campamento IV, aparecen, no ya dos, sino cuatro.

»¡Cuatro, más el que ha salido a su encuentro, más el compañero o compañeros de éste! La posición del campamento IV, próximo al embudo de la Hoz, es más abrigada y se puede bajar con rapidez al III o al II. Además, los aludes han cesado.

»Las 9:30. He visto llegar a Noyelle al campamento I.

»Las 10. Tres hombres —por fin— aparecen en el embudo de la Hoz, bajando hacia el campamento III (¿un *sahib*, dos sherpas?). El tiempo se sostiene milagrosamente con viento del Oeste. El Annapurna está despejado. ¡Ojalá dure!

»Las 11. Dos hombres sin encordar, por lo tanto dos *sahibs*, aparecen descendiendo rápidos detrás de los precedentes. Al paso a que marchan, estarán aquí antes de la noche. ¡Por fin sabremos qué es lo que ha sucedido!

»Las 11:15. Un hombre surge en el sitio mismo en que esta mañana vimos otro *caminando en dirección al campamento V*. Se detiene y mira hacia arriba. Su aparición es consoladora por una parte, ya que tal vez no esté solo en el campamento IV. Así, pues, él y su probable compañero suman dos; más los tres que bajan primero y los dos que le siguen; en total, siete. Siete sobre diez; todavía debe de haber una cordada por los parajes de la cumbre.

»Las 12:20. Sigo con la vista al grupo de cuatro, que atraviesa un declive muy escarpado encima del campamento III. Detrás de ellos, un solitario que parece arrastrar la pierna. Luego, muy arriba, otro que acaba de salir del campamento IV caminando muy aprisa: ¿tal vez uno de los que vi hace un momento? De pronto, una nube de nieve —como un volcán— parece surgir bajo los pies de los cuatro que iban a alcanzar el campamento III. Caen, giran en todos sentidos; luego el alud sigue, dejando tres muñecos tendidos; el de más abajo, que ha rodado unos cuarenta metros<sup>[105]</sup>, vuelve a subir la pendiente; luego vienen dos más, que —¡felizmente!— descubren al que hace cuatro. Están todos sanos y salvos.

»Nuestros sherpas han acabado por darse cuenta del incidente. Angawa y Foutharkey salen a su encuentro con piolets y gafas, y a las 15 se reúnen con los que bajan encima del cono del alud. Por fin vamos a saberlo todo».

\* \* \*

Las tiendas del campamento II están ahora muy cercanas... Ichac, Noyelle y Oudot se precipitan. Estoy impaciente por anunciarles la buena noticia y les grito:  
—¡Venimos del Annapurna...! ¡Anteayer, Lachenal y yo alcanzamos la cumbre!

Y después de una pausa:

—¡Tengo los pies y las manos helados!

Todos me ayudan. Ichac me tiende algo, Noyelle me sostiene, Oudot me examina ya...

Mi cometido ha terminado con éxito. Sé que mis compañeros estarán aquí dentro de unos instantes.

¡Salvados...! El Annapurna, después de ser vencido, está ahora evacuado. Mi papel ha concluido. Ahora toca a mis compañeros tomar la iniciativa, sobre todo a Oudot, en quien tenemos nuestras últimas esperanzas. Me abandono completamente, confiando en su abnegación. De ahora en adelante una sola cosa importa para mí: la victoria conseguida, que permanecerá en nuestros corazones como una alegría desbordante y un consuelo maravilloso.

A ellos corresponde organizar la retirada y llevarnos como puedan hasta Francia.

Mis camaradas se desviven por mí, me quitan los guantes, la capucha, me instalan en una tienda preparada para nosotros. Tal simplificación me complace en extremo y aprecio esta nueva vida, que será corta, pero que de momento resulta cómoda y agradable.

Los otros no tardan en llegar, a pesar del tiempo amenazador: primero Rebuffat, que tiene los dedos de los pies helados, lo que le entorpece mucho. Un hilo de sangre en los labios y el rostro descompuesto hacen impresionante su aparición. Lo mismo que a mí, lo desnudan e instalan en una tienda, en espera de las primeras curas.

Lachenal está lejos todavía. Con los pies helados también, extenuado, ciego, ¿cómo se las compone para seguir una ruta tan accidentada, tan peligrosa? Couzy, al bajar, se reúne con él y le ayuda a descender. Lachenal franquea la primera grieta dejándose resbalar sentado. Couzy, aunque fatigadísimo, le presta un auxilio eficaz.

Lionel Terray los sigue de cerca, encordado con Schatz, que está muy fuerte aún. La pequeña caravana se acerca al campamento. El primero en llegar es Lionel Terray.

Marcel Ichac se adelanta a recibirlo hacia el gran cono. La aparición de Terray resulta patética. Está ciego y camina sostenido por Ang-Tharkey. Su barba es inmensa, y un rictus de dolor desfigura su rostro. El *strong-man*, esta fuerza de la Naturaleza que puede apenas arrastrarse, exclama:

—¡Pero si estoy muy fuerte todavía...! Si viera bien, bajaría solo.

Cuando llega al campamento, Oudot y Noyelle quedan aterrados, y el espectáculo conmovedor, de este atleta sin fuerzas y sin aliento, que lo ha dado todo, les emociona hasta lo más profundo del corazón.

Casi en seguida llegan Schatz y Couzy y, por último, Lachenal. Éste es casi llevado por dos sherpas. De lejos, parece pedalear en el vacío con movimientos desordenados. Su cabeza, echada hacia atrás, la cubre una venda. Sus rasgos, en los que se leen tantos sufrimientos, tantos sacrificios, están cincelados por la fatiga. No habría podido andar ni una hora más. Lo mismo que yo, se fijó un plazo que le ayudó a resistir hasta aquí. Sin embargo, a nuestro Biscante, a pesar de la situación dramática, le quedan fuerzas todavía para decir a Ichac:

—¿Vienes a ver cómo baja del Himalaya un guía de Chamonix?

Por toda respuesta, Marcel Ichac le tiende un terrón de azúcar empapado de adrenalina. Terray busca la tienda que está a veinte centímetros de su nariz. Da pena verlo: extiende las manos hacia

delante para tantear los obstáculos. Por fin se acuesta, ayudado por los otros, y luego le llega el turno a Lachenal, al que también instalan sobre un colchón neumático.

# Capítulo XVI.

## La retirada

La montaña ha sido evacuada por completo y todo el mundo está reunido en el campamento II. ¡Pero en qué estado...! La iniciativa corresponde ahora a Oudot. Hace una rápida visita y, ante el trágico espectáculo que ofrecemos, el rostro de Jacques Oudot refleja sucesivamente la emoción del amigo y el frío rigor del cirujano.

En primer lugar me examina a mí. Mis miembros están insensibles hasta muy arriba: encima de las muñecas y encima de los tobillos. Tengo las manos en un estado espantoso, casi sin piel, y la poca que hay está negra. Grandes jirones cuelgan de todos lados. Al mismo tiempo, los dedos están hinchados y encogidos. En cuanto a los pies, la situación no es mucho mejor: toda la planta, en absoluto insensible, presenta un color castaño violáceo. El brazo que me duele, y que temía haberme fracturado, no parece muy dañado, y en el cuello no tengo nada.

Estoy ansioso por conocer la primera impresión de Oudot.

—¿Qué opinas? —le pregunto, dispuesto a oír lo que sea.

—Es grave; perderás quizá parte de los pies y de las manos, pero no puedo decirte más por ahora.

—¿Crees poder salvar algo?

—Sí, desde luego, haré todo cuanto pueda.





Estas palabras no son muy alentadoras. Estoy convencido de que será preciso cortarme los pies y las manos.

Oudot me toma la tensión arterial y se muestra bastante inquieto; tensión nula en el brazo derecho, ninguna reacción de la aguja en el brazo izquierdo. En las piernas, la aguja oscila algo, indicando que, aunque escasa, hay alguna afluencia de sangre.

Después de vendarme los ojos para contener un principio de oftalmía, me dice:

—Voy a ver a Lachenal. Dentro de unos momentos volveré para ponerte unas inyecciones. Las he estudiado durante la guerra y es el único tratamiento capaz de remediar las congelaciones. ¡Hasta luego!

El estado de Lachenal es algo menos grave. No tiene nada en las manos. En los pies, el color negro no pasa de los dedos, pero reaparece en los talones. Es posible que pierda los dedos de los pies, lo cual no le impedirá ir a la montaña y continuar ejerciendo su profesión.

Rebuffat tiene mucho menos daño. Sus pies están rosados, con sólo dos manchitas grises en los dedos. Ichac le hace masajes con «Dolpyc» durante una hora, lo que parece aliviarle. Sus ojos le hacen sufrir todavía, pero es cuestión de dos días.

Terray está indemne: como Rebuffat, sufre una oftalmía muy dolorosa pero pasajera. Couzy, en extremo abatido, puede considerarse como indispensable.

¡Éste es el balance!

La noche cae despacio. Oudot toma sus disposiciones y requisita a Ichac y Schatz como enfermeros; el campamento II se transforma en hospital. Hasta muy tarde de la noche, en el frío y la incomodidad y a pesar del estruendo continuo de los aludes, unos hombres luchan para salvar a sus compañeros. Armados de lámparas eléctricas, van y vienen de una tienda a otra, se inclinan sobre los enfermos, organizan los primeros socorros. Colgado a 6000 metros de altura, este campamento no es más que un puntito perdido en los declives de una de las montañas más altas del mundo.

Oudot se dispone a ponerme inyecciones intraarteriales. La operación es complicada. La lámpara ilumina débilmente. En la penumbra, Ichac esteriliza las jeringuillas lo mejor posible con éter. Antes de entrar en acción. Oudot me explica:

—Voy a inyectarte novocaína en las arterias femorales y humerales.

No veo nada debajo de mi venda; Oudot toca con los dedos los sitios donde ha de pinchar: las dos nalgas y el pliegue de los codos.

—Te haré daño... Tal vez no acertaré al primer golpe. En todo caso, no te muevas, sobre todo cuando esté en la arteria...

Estos preparativos no me tranquilizan mucho. Siempre he tenido horror a las inyecciones. Pero no hay más remedio que someterse.

—Adelante —le digo a Oudot—, pero avísame cuando vayas a pinchar.

¿Notaré el daño en el estado en que me encuentro? Oigo murmullos. Oudot pregunta si está todo preparado. Ichac responde afirmativamente.

—¿Estás dispuesto?

Los dedos de Oudot palpan la piel... Dolor terrible, agudo, en la nalga; me tiemblan las piernas; intento dominarme... Es preciso volver a empezar; la arteria se escurre bajo la aguja. La clava otra vez, y todo mi cuerpo es presa de convulsiones; me contraigo cuando no debería hacerlo, noto que mis nervios se revulsionan.

—¡Cuidado!

Esta palabra se escapa de mis labios.

Oudot vuelve a empezar: mi sangre, demasiado compacta, se coagula en la aguja.

—¡Sangre negra, una verdadera morcilla! —dice con estupefacción.

Ya está... Esta vez lo ha conseguido, a pesar de mis aullidos, que hacen penosa —me doy perfecta cuenta— la operación.

La aguja está en su lugar.

—¡No te muevas! —me grita Oudot.

Luego le dice a Ichac:

—¡Trae!

Ichac le da la jeringuilla; noto que la aguja se mueve en mi carne; el líquido penetra en la arteria.

Un dolor tan fuerte me parecía inconcebible hasta entonces. Procuero contraerme para no temblar.

¡Es absolutamente preciso que esto salga bien!

El líquido sigue penetrando.

—¿Notas el calor? —me pregunta Oudot mientras cambia la jeringuilla.

El líquido penetra otra vez y aprieto los dientes.

—¿Está caliente?

Oudot insiste; este indicio debe de ser muy importante, pero yo no noto nada. La jeringuilla es vaciada, llenada y vuelta a vaciar varias veces.

—¿Notas algo ahora?

—Me parece que noto algo de calor, pero no de un modo muy acentuado.

—¿Será tal vez la sugestión?

Me sacan la aguja y tengo unos momentos de descanso mientras Ichac esteriliza los instrumentos.

—Es terrible el daño que esto hace —digo como si tuviera que enterar a Oudot.

—Ya lo sé, pero hay que continuar.

Empieza con la otra pierna. Mis nervios ya no pueden más, y contraerme de este modo me deja extenuado. La aguja penetra otra vez... Alaridos... Sollozo como un desgraciado y procuro en vano quedar inmóvil.

Con esta venda no veo nada. Si pudiera contemplar a mis amigos, quizá me sentiría más aliviado. Pero estoy en la noche, en una terrible noche, y no puedo buscar consuelo fuera de mí mismo.

Es tarde ya. Están fatigados.

Han terminado por hoy. El equipo pasa a la tienda de Lachenal. Tal vez éste tendrá más valor que yo ante el sufrimiento físico.

Me parece que con él van más aprisa, y oigo vagamente que la sesión termina. Terray dormirá en su tienda; Ichac y Couzy, en la de Rebuffat, que toda la noche delira y se lamenta:

—¡Ay, mis pies...! ¡Ay, mis pies...!

Oudot viene a acostarse a mi lado. Si sucede algo, estará junto a mí...

Al día siguiente se organiza la evacuación completa del campamento; los tres heridos serán bajados en trineo. Otros dos podrán hacerlo si se les ayuda. Quedan cuatro útiles.

Hay kilómetros de glaciación, paredes rocosas, morrenas y pedregales, un río, un collado de más de 4000 metros..., todo en pleno monzón.

Estamos a 6 de junio. Ichac se muestra preocupado. Recuerda la expedición de Tilman al Nanda Devi, que quedó más de tres semanas prisionera de los ríos crecidos por las lluvias torrenciales del monzón. ¿Tendremos tiempo de alcanzar el valle del Gandaki, cuyo terreno, menos accidentado, opondrá menos obstáculos a nuestro avance? Antes de ocho días debemos estar fuera de la alta montaña. Dentro de poco tiempo, Couzy estará restablecido; Terray, curado de su oftalmía; Rebuffat, en estado de caminar. Pero hay que transportar a costas a dos heridos graves, en las condiciones más inverosímiles, hasta el gran valle.

—Es increíble —me dice Ichac—: hace buen tiempo.

Oudot ha recibido hoy los medicamentos que había pedido urgentemente al campamento I. Empieza su visita por mí y queda contento: las inyecciones han producido su efecto, el calor ha vuelto al tobillo. Renueva los vendajes de mi mano; no experimento verdadero dolor, pero, de todos modos, hay algo de sensibilidad en los dedos. Le pregunto una vez más:

—¿Qué me quedará?

—No se puede saber todavía... No está aún estabilizado y espero ganar algunos centímetros. Creo que te quedarán unas manos utilizables. Claro que... —vacila un momento— perderás una o dos falanges de cada dedo, pero si los pulgares son bastante largos, tendrás una pinza, y esto es primordial.

La noticia es dura, pero todavía ayer creía que las consecuencias serían mucho más crueles.

Para mí, esto significa el abandono de muchos proyectos, implica también una nueva vida, tal vez otra concepción de la existencia... Todo es demasiado nuevo, y no tengo ni la fuerza ni la voluntad de mirar hacia el porvenir.

Aprecio el valor de Oudot y le agradezco que no haya temido revelarme la importancia de las amputaciones que prevé. Me ha tratado como a un hombre y como a un amigo. Nunca olvidaré su valor y franqueza.

Hay que reanudar las inyecciones que han producido ya tanta mejoría. Esta vez, la sesión será de alivio, y me asusto de antemano. Me siento desfallecer vergonzosamente al pensar en este tratamiento que muchos enfermos han tenido que soportar: inyecciones no ya de novocaína, sino de *acetylcholine*, de la que han subido algunas ampollas del campamento I. Terray ha venido a la tienda y está a mi lado. Tampoco ve nada detrás de su venda y tiene que hacerse acompañar para ir de un lado a otro.

Me imagino su rostro y lo toco con mis antebrazos, mientras Ichac y Oudot preparan las agujas, el éter, las ampollas... En un murmullo le confío a Lionel que estoy sufriendo una terrible prueba y le suplico que se quede a mi lado.

—Antes de clavarme la aguja, Oudot me avisará... En aquel momento no he de moverme...

Apriétame con toda la fuerza entre tus brazos.

Espero que la presencia de Terray me ayudará a soportar estos momentos dolorosos. Oudot empieza por las piernas; es espantoso, como ayer. Doy alaridos y lloro abrazado a Terray, que me aprieta con fuerza. Tengo la impresión de que mi pie arde, como si lo hubiera sumergido de golpe en aceite hirviendo. ¡Oudot está encantado! Todos se alegran como él de este sufrimiento, que es la primera prueba del éxito. Ello me da valor. A la cuarta jeringuilla, por fin, los 100 cm<sup>3</sup> están inyectados.

—¡Ahora los brazos! —anuncia Oudot.

Me hace el efecto de que la sesión dura una eternidad; estoy extenuado. Terray permanece junto a mí. Oudot se encoleriza: ¡las agujas tan pronto son demasiado pequeñas como demasiado grandes, demasiado finas como demasiado gruesas; no están nunca en su punto! Siempre ha de pinchar más de una vez. Vuelvo a aullar como un perro.

—Cógeme más fuerte —le digo entre grito y grito a Terray, que me aprieta ya con todas sus fuerzas.

Hago cuanto puedo para no temblar, para no moverme, y sin embargo... Oudot no está contento.

—¡No te muevas! Dure lo que dure, es preciso que tengamos éxito.

—Perdóname; hago todo lo posible; aguantaré hasta el final, no te preocupes.

Alargo el brazo otra vez para una nueva probatura. Cuando la arteria es alcanzada, la aguja se obstruye, pues la sangre, demasiado espesa, se coagula en el interior. Oudot sube gradualmente desde el codo hacia el hombro para no pinchar siempre la misma región. Por dos veces toca un nervio: no lloro, sollozo. ¡Es un mundo de sufrimientos...! ¡Estoy desamparado! Oudot se detiene un momento.

—Ahora lo conseguiremos —dice Ichac.

Terray murmura:

—¡Valor, Maurice! En seguida estará; es muy duro, pero estoy aquí, a tu lado...

¡Sí, está aquí! ¡Sin él no podría soportarlo! Él, que parece tan duro porque es tan fuerte, que se finge un rudo campesino del Danubio, tiene una paciencia y me demuestra un cariño como no lo he hallado jamás. Escondo mi rostro contra él, que me tiene cogido por el cuello.

—¡Vamos! ¡Adelante!

—¡Demasiado pequeña y demasiado fina! —grita Oudot.

Empieza a impacientarse. Estas dificultades materiales me abruman. ¿Tal vez en una clínica lo conseguirían al primer golpe?

Al cabo de treinta y cinco intentos, después de muchas horas, consigue darme la inyección. A pesar del espantoso sufrimiento, permanezco impasible, y la jeringuilla se vacía. Con movimiento preciso, Oudot la reemplaza por otra sin sacar la aguja de la arteria.

A la segunda inyección noto el calor. ¡Oudot está radiante...! Pero este calor se hace insoportable, atroz, mucho más intenso todavía que en los pies. Doy alaridos y me apretujo contra Terray mientras conservo el brazo extendido y sin moverlo (al menos, así lo intento) ni un centímetro. Noto que la aguja sale, que me ponen algodones...

—¡Brazo derecho terminado! ¡Ahora el izquierdo!

Oudot no encuentra la arteria, y se sorprende. Le explico que en mi juventud tuve un accidente

grave en este brazo. Todo queda explicado: por eso no percibía ningún latido y la tensión arterial era nula. El emplazamiento de la arteria no es el mismo, y es imposible aplicar la inyección en el pliegue del codo; será preciso hacerlo en el hombro, lo cual resultará muy difícil. ¡Pienso lo que ha costado ya en el brazo derecho! A la quinta o sexta vez, Oudot exclama:

—¡Ya está!

¡Inmovilidad absoluta! Las jeringuillas se suceden unas a otras.

—¡Ahora al ganglio!

Pregunto qué es lo que va a hacer... Oudot me explica que se trata de inyectar novocaína en un ganglio. Para ello se utiliza una aguja larga, que ha de introducir en el cuello hasta cerca de la pleura... ¡Desfallezco al pensarlo! No es posible. Hace horas y horas que estoy padeciendo; no tendré ánimos para soportar más. Pero Oudot no pierde el tiempo; ya tiene la aguja preparada y me tantea el cuello.

—¿Comprendes? Es una cosa muy delicada: hay que clavar la aguja en una cierta dirección; luego, al advertir que se tropieza con un obstáculo, se dirige hacia la derecha, y ya está.

—Avisa cuando vayas a clavar la aguja.

Un silencio. Oigo que remueven algunos objetos.

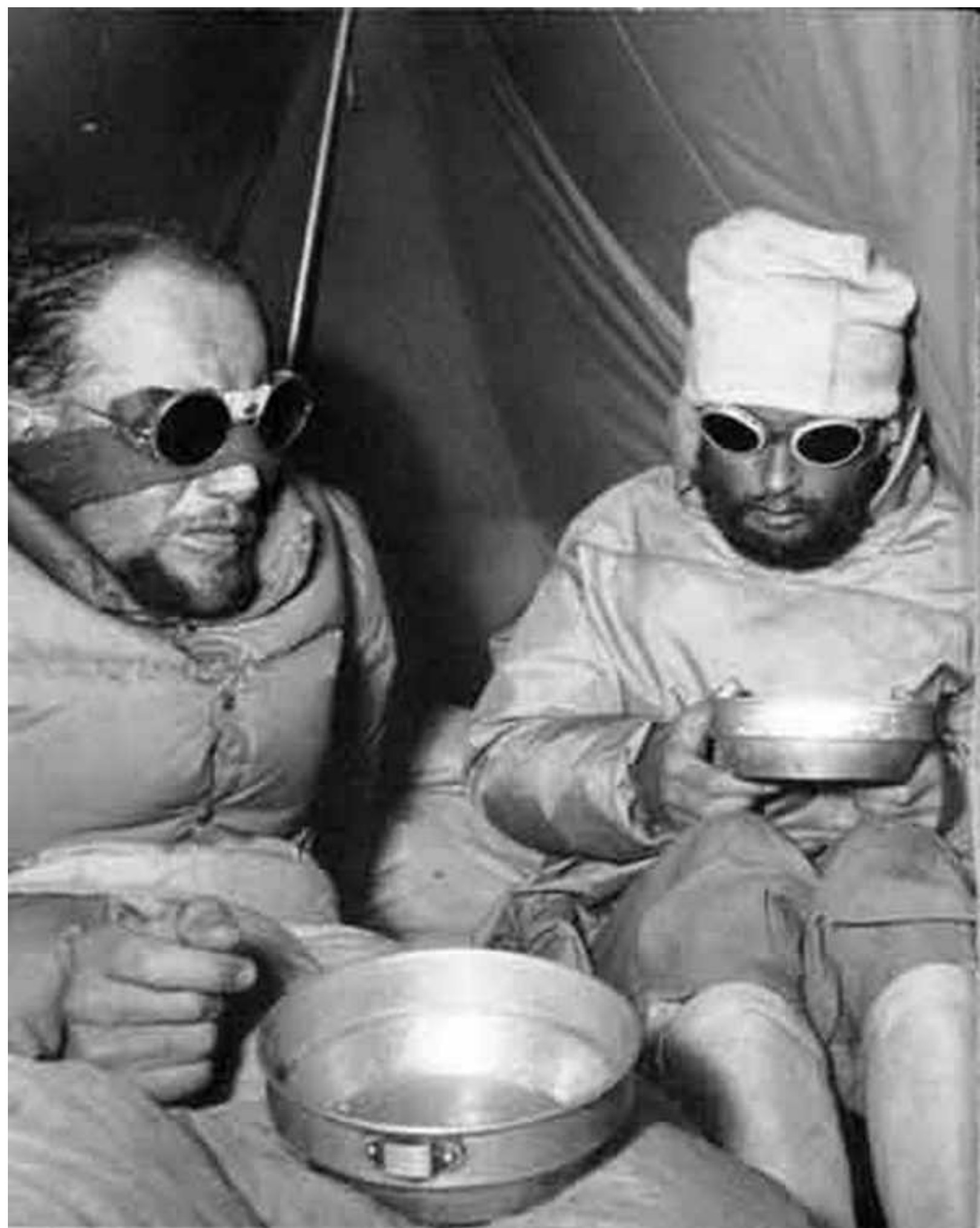
—Voy a pinchar —anuncia Oudot.

Inmediatamente me contraigo, decidido a no moverme ni un milímetro. La aguja penetra. Debe de ser de una longitud desmesurada. Alcanza una región muy sensible y el sufrimiento me arranca gritos de dolor. Terray me sostiene y Oudot realiza la maniobra para introducir la aguja en el ganglio. Noto que se mueve a gran profundidad. ¡Ya está! ¡Al primer intento! El líquido penetra, pero no me produce sensación alguna.

—¿Es largo? —pregunto sin mover apenas los labios.

—Ya termino —responde Oudot conteniendo la respiración—. No he de poner más que veinte centímetros cúbicos.

La terrible aguja se retira. Se acabó. Puedo abandonarme ahora. Oudot está muy satisfecho: casi un día de trabajo, pero ha conseguido hacer todo lo que se proponía. Yo nunca había sufrido tanto, pero si conservo las manos y los pies será gracias a Oudot, gracias a su perseverancia.



Louis Lachenal y Lionel Terray.

Ayudado por Ichac, reúne sus instrumentos para llevarlos a la tienda de Lachenal; de momento se ha tranquilizado sobre mi estado general, pero, en lo sucesivo, ¿cómo reaccionará mi organismo después de esta congelación generalizada?

El campamento se asemeja cada vez más a un hospital. Los actos y pensamientos de todos se supeditan al estado de los heridos; todo depende de los labios del cirujano, dueño absoluto después de Dios.

Hoy empieza la increíble empresa del salvamento, que no terminará hasta después de una larga y dolorosa marcha de más de cinco semanas, bajo una lluvia torrencial y por terrenos peligrosos y escarpados. Esta retirada, de la cual los heridos saldrán resucitados, es una verdadera hazaña que honra a todos mis compañeros de expedición.

El trineo de que disponemos es una *luge* Dufour ultraligera, colocada sobre dos esquís. Naturalmente, los *sherpas* no están familiarizados con este artefacto, por lo que Ichac y Oudot deciden evacuar al menos grave de nosotros, Rebuffat, que servirá para realizar el primer experimento.

Schatz dirige la operación con cuatro *sherpas*, que hace colocar en forma de V alrededor del trineo. Hacia las 14,30 se ponen en marcha. Rebuffat va muy cubierto y bien atado al trineo, por si éste volcara.

Es ya de noche cuando los cuatro *sherpas* vuelven al campamento trayendo un papel escrito por Schatz. Nuestro amigo recomienda que para los próximos descensos se utilicen seis hombres.

En este tiempo, Oudot ha podido dar las inyecciones a sus pacientes, y durante la velada hace las curas. Al empezar la noche, el tiempo se estropea y vuelve a nevar mucho. Mis compañeros, inquietos, deciden evacuar a los otros heridos antes de que sea demasiado tarde.

Por suerte, al día siguiente, cuando nos despertamos, hace buen tiempo. He de ser el primero en bajar. Antes de ello, Oudot me examina los pies y las manos. Está muy satisfecho y comprueba progresos que califica de espectaculares. Vuelve a hacerme las curas y después me visten y me colocan, dentro de un saco de dormir, acostado en la Dufour. Con la venda que me cubre los ojos no puedo ver nada. Noto que hace calor y, por consiguiente, buen tiempo, pero de antemano me resulta muy penoso ser transportado así, sin poder darme cuenta de lo que sucede.

El equipo de *sherpas* está dirigido por Ang-Tharkey. Me entero con satisfacción de que Ichac me acompañará durante el viaje, así es que no estaré solo si necesito algo. Me causa pánico el descenso, sobre todo el paso del barranco rocoso. ¿Cómo se las compondrán? Pero los *sherpas* son inteligentes y no hace falta enseñarles dos veces la misma cosa. Al llegar al campamento, Ichac me expresa la admiración que le han inspirado.

—Difícilmente hubiéramos encontrado en Francia un equipo semejante: cada uno rendía el máximo esfuerzo, y todos sus movimientos estaban coordinados a la perfección.

Después de algunas sacudidas, el trineo se pone en marcha. Estoy débil y no percibo bien los sonidos. Sin embargo, reconozco la voz de Oudot, que grita como suelen hacerlo los alpinistas:

—¡Buen descenso!



Sin duda está detrás, haciendo un ademán con la mano. Estoy sudando, enterrado en mis ropas; el sol debe de dar de lleno. A veces mi espalda roza con la superficie de la nieve. De cuando en cuando, Ichac se acerca y me habla: me anima mucho oírle, saber que está aquí. De pronto, la pendiente se hace más abrupta y, a pesar de las correas que me sostienen, me siento impelido hacia abajo. Los sherpas se ponen en forma de V invertida para frenar. Hemos llegado al barranco rocoso. Recuerdo que la inclinación es muy fuerte y adivino que Ichac clava su piolet para asegurar mi equilibrio.



Louis Lachenal ayudado.

Oigo un eco cavernoso: los *seracs*. Hay que apurar el paso, porque amenazan derrumbarse. Llegamos a las rocas. ¿Cómo se las arreglan los sherpas? No lo sabré nunca. Ichac me dirá luego que sin la venda en los ojos no habría podido soportar el espectáculo de semejantes acrobacias, de posiciones tan inverosímiles. Oigo suspiros de alivio; debemos de estar ya en el glaciar. El trineo recobra su posición horizontal y toco la nieve. Después de unos segundos de descanso reanudamos la marcha a gran velocidad; al menos así me lo parece; me imagino a los sherpas tirando de las cuerdas y corriendo por la nieve, pero sin duda debo de equivocarme. La velocidad disminuye. Alcanzamos la morrena del campamento I.

Quedo un momento solo. Los sherpas montan una gran tienda-valle, a la que me transportan unos minutos más tarde; Ichac se instala a mi lado. Desde ahora compartiremos siempre la misma tienda y velará por mí, día y noche, como un hermano. El descenso ha durado dos horas y veinte minutos. Los sherpas son maravillosos. ¿Cómo lo haríamos sin ellos?

Ichac me explica lo que sucede. Moralmente, me resulta muy angustioso estar ciego, pues me hace el efecto de que no soy más que un simple objeto. Sé que mi oftalmía es menos grave que la de mis compañeros, y a menudo suplico que me quiten la venda de los ojos. Pero el simple objeto que soy no tiene derecho a la palabra... Aunque está nublado y empieza a granizar, los sherpas vuelven a subir con Schatz y Noyelle en busca de Lachenal. Me consumo de impaciencia en mi tienda, perdido en mis pensamientos. Sólo turban el silencio unos prolongados crujidos del hielo. Estos ruidos me asustan un poco: ¿dónde está colocada la tienda? Si una grieta se abriera de repente... Pero me avergüenzo de mis temores de niña. ¡Un alpinista que ha recorrido la montaña años y años sabe que una grieta no se abre en un segundo!

El campamento I se organiza bajo la vigilancia de Ichac, único *sahib* útil. Con gran sorpresa suya, hacia las cinco de la tarde ve surgir de la bruma a Noyelle y al convoy Lachenal. Están todos cubiertos de nieve: los sherpas no han empleado esta vez más que una hora y cuarenta y cinco minutos. Hoy han hecho un esfuerzo considerable y están rendidos, lo que se traduce en algunas quejas: ¡no hay bastante comida, y una parte del material se quedó en los campamentos III y IV! Esto último, sobre todo, les preocupa, pues es costumbre en las expediciones al Himalaya dejarles como recompensa todas las cosas de uso personal. Les duele mucho considerar como perdidas estas prendas, y Ang-Tharkey manifiesta el propósito de volver al campamento III.

Llamo a Ang-Tharkey y le advierto que me opongo en absoluto a que nadie suba más allá del campamento II a buscar nada. Pero al mismo tiempo le expreso mi satisfacción por la magnífica conducta de los sherpas a sus órdenes y le digo que no se preocupe por la cuestión de los vestidos... Todos recibirán una generosa compensación. Ang-Tharkey se aleja satisfecho y lleva a los otros la buena noticia.

Hay una gran actividad en el campamento. Lachenal es instalado con toda la comodidad posible. Las tiendas han surgido como por encanto y forman un verdadero pueblecito al pie de la gran muralla de hielo.

Al día siguiente, cerca de las once, las nubes se acumulan de nuevo y la nieve no tarda en caer. Oudot no ha bajado todavía del campamento II. Oigo el rugir de los aludes con una cadencia

acelerada; es un concierto terrible que acaba por ponerme los nervios de punta. Ichac lo toma a broma y consigue hacerme sonreír:

—¡Mira! El tren correo de las quince treinta y siete... Ahora pasa el rápido de las dieciséis...

Hacia el final de la mañana ve por fin con el anteojo cómo sacan las últimas tiendas del campamento II. Nuestro médico llega por la tarde con sus sherpas cargados como borricos. Antes de dejar la mochila se entera del estado de sus pacientes: ¿cómo están desde ayer?

Los progresos son sensibles: Rebuffat consigue caminar y su oftalmía está en vías de curación. En cuanto a Lachenal, la circulación se ha restablecido en los pies, que han reaccionado hasta el nivel de los dedos. Las manchas negras de los talones provocarán tal vez escaras. En mis miembros también es visible la mejoría, y Oudot no oculta su satisfacción.

Sin embargo, me confía con una franqueza que no sabrá nunca cuánto le agradezco:

—Creo que habrá que amputar la mitad de la mano izquierda, pero confío en salvar las falanges de la mano derecha. Si todo va bien, no te quedarán las manos demasiado mal. En cuanto a los pies, temo que pierdas todos los dedos, pero ello no te impedirá caminar. Claro que al principio se te hará dificultoso hasta que te vayas habituando...

Me asusta pensar lo que hubiera ocurrido sin las inyecciones de Oudot. Tal vez no han producido todo su efecto y sean necesarias nuevas sesiones. ¿Podré dominar el inmenso cansancio que se apodera de mí después de pruebas tan duras? Sea lo que sea, quiero aprovechar la tregua que se me concede para celebrar nuestro éxito... Por primera vez después de la victoria, toda la expedición está presente y el estado de los heridos permite un banquete. Nos reunimos alrededor de la última lata de pollo con gelatina y destapamos «la» botella de champán. Somos muchos los que pretendemos saborear la bebida de Francia, pero tengo empeño en que los sherpas se asocien de una manera o de otra a la alegría general. Invito a Ang-Tharkey y brindamos con él por la victoria. Ichac expresa nuestro sentir unánime:

—¡Estáis gravemente heridos, pero la victoria permanece!

A pesar de las circunstancias, el ambiente en la tienda es alegre. Redactamos un telegrama que será expedido por el próximo correo a Luden Devies:

«Victoria Expedición Francesa Himalaya 1950 *Stop* Annapurna conquistado el 3 de junio de 1950... *Herzog*».

Después de los festejos, nuevas inyecciones en la arteria.

Primero en las piernas. Oudot consigue hacerlo con bastante rapidez y pasa a los brazos. Esto será lo más doloroso, lo sé por experiencia. Durante una hora las tentativas se suceden sin éxito; la tarde transcurre... Oudot está desesperado.

—¡No te muevas de este modo! —exclama en tono de reproche.

—No te preocupes por mis gritos..., continúa..., haz lo que tengas que hacer.

Me retuerzo de dolor. Terray se acerca y me estrecha entre sus brazos.

—¡Animo! ¡No te muevas, no te muevas, Maurice!

Oudot ruge:

—¡No hay manera! ¡Cuando consigo atrapar una arteria, se coagula la sangre! ¡No lo

conseguiremos nunca!

A pesar de lo que dice, no piensa desistir, ni yo lo deseo no obstante mis sufrimientos. Todos escuchan aterrados los gritos de dolor que salen de nuestra tienda. Los sherpas están silenciosos. ¿Rezan tal vez por su Bara Sahib? Lloro tan nerviosamente, que no puedo permanecer inmóvil, y sollozos sin fin me sacuden.

Por fin, tarde ya, cerca de las diez, después de un descanso, Oudot consigue ponerme la inyección. Junto con Ichac sale de la tienda, que ha quedado llena de sangre. Terray intenta calmarme con una paciencia infinita, pero nunca me he sentido tan desgraciado. Mi organismo, gastado por las fatigas y sufrimientos, no tiene ya resistencia. Terray me sigue estrechando entre sus brazos:

—Todo se arreglará..., ya lo verás; más tarde...

—¡Todo se ha acabado para mí, Lionel! No puedo soportar más lo que me hacen.

—La vida no se ha acabado —musita—. Volverás a Francia, a Chamonix...

—¡Sí, a Chamonix, pero no podré volver más a la montaña!

La palabra decisiva ha sido pronunciada; es Terray quien la recibe, y me dejo caer desesperado.

—Sí, no podré hacer nunca más ascensiones. Ya lo ves, Lionel, no podré subir al Eiger, cosa que tanto deseaba.

Los sollozos se agolpan en mi garganta. Tengo la cabeza apoyada en la de Terray y noto las lágrimas de mi amigo, que llora también. Sólo él puede comprender el drama que esto representa para mí. A él también, ya lo veo, todo esto le parece irremediable.

—Desde luego, el Eiger..., pero sin duda podrás volver a la montaña... —Y añade, vacilando—: Evidentemente, nunca las ascensiones de antes.

—Ya no será lo mismo... Pero mira, Lionel, aunque no sea como antes, será una gran cosa si puedo ir todavía a sitios fáciles. La montaña lo era todo para mí; he pasado en ella los días más hermosos de mi vida... No quiero hacer ascensiones espectaculares, sino las que me gustan, las que me ilusionan, aunque sean clásicas.

—Ya verás como podrás volver —responde Lionel—. Yo también soy como tú, ya lo sabes...

—Y, además, Lionel, no es sólo la montaña, claro está; hay otras cosas en la vida; y para todo ello también, ¿qué será de mí?

—Te aseguro que te reeducarás...

Luego, tras de un silencio:

—Ahora deberías acostarte.

Me instala con tantas pruebas de cariño que consigue el milagro de consolarme, de calmarme.

Una última mirada para ver si estoy bien, y Terray sale despacio. ¡Qué gran amigo he descubierto!

Esta mañana, Oudot me quita la venda de los ojos. ¡Qué maravilla descubrir lo que nos rodea! Hace buen tiempo. Pregunto la fecha: estos últimos días no han sido más que una larga noche para mí.

—Viernes, nueve de junio —responde Ichac.

Están preparando a Lachenal, que debe bajar al campamento base en *cacolet*<sup>[106]</sup>, chisme que nunca me ha hecho gracia; siempre me ha parecido muy primitivo y muy incómodo.

En cambio, Lachenal se presta con gusto a la operación; está acostumbrado al artefacto, en el cual él mismo ha llevado a varios heridos. Dentro de un momento no se sentirá tan entusiasta. Se pone en camino. Sus piernas cuelgan en posición vertical, lo que resulta muy doloroso, y empieza a gemir. Couzy y Noyelle lo acompañan con los sherpas. Por la tarde, los sherpas regresan seguidos de Couzy. El descenso se ha efectuado en dos horas, y Lachenal y Rebuffat lo han soportado bien.

Mientras descanso, mis compañeros preparan las cargas. Al día siguiente, antes de marchar, Oudot me examina. Su buena impresión se confirma: las inyecciones de *acetylcholine* son atrocamente dolorosas, pero me habrán salvado una parte de los pies y de las manos.

Adjiba, Sarki, Foutharkey y Panzi «El Chino» se turnarán para llevarme en el *cacolet*.

El camino está bien trazado, no queda ya ninguna piedra en él y caminamos como sobre una pista. Voy pegado al porteador. Cada uno de sus pasos es una terrible sacudida y me aferro a su cuello. Sin embargo, hago todo lo posible para no entorpecerle. Cuando sus pies vacilan lo noto muy bien. Varias veces Adjiba o Panzi resbalan. Instintivamente intento apoyar el brazo en la roca, sin acordarme de que está inutilizable. Me asustan menos los corredores que las lajas rocosas, muy inclinadas, en que mi porteador podría caerse; a cada paso temo que mis pies choquen contra la roca.

—¡Sarki...! *Pay attention...! Pay attention...!*<sup>[107]</sup>.

Cien veces repito este grito, que es como una súplica.

En los pasos difíciles se ayudan entre sí: uno guía los pies del porteador, otro lo sostiene por detrás para mantener el equilibrio. Después de muchos esfuerzos, la parte rocosa es franqueada y llegamos a la vista del campamento base.

Tengo la sensación de que esta etapa ha sido muy larga, pero en realidad no hemos empleado más que dos horas y media, sin que haya habido ni el menor incidente.

El campamento base cobra, a su vez, una actividad que no había conocido hasta ahora.

De pronto, Ichac irrumpe en la tienda en que acaban de acostarme y grita:

—¡Los culis! ¡Aquí están los culis!

## Capítulo XVII.

### El bosque de Lete

En grupos pequeños empiezan a llegar individuos, a la mayoría de los cuales ya conocemos. Por milagro, los culis acuden puntuales a la cita que se les señaló quince días atrás. Marcel Ichac no oculta su satisfacción. Luego instala la radio, por ser la hora del boletín meteorológico. El que nos es especialmente destinado anuncia la llegada del verdadero monzón:

*«This is all India Radio Delhi radiating on 60,48.*

*»You will now hear special weather bulletin for the French Expedition to Nepal.*

*»Monsson extending to all eastern Himalaya will be reaching your area by 10th of June<sup>[108]</sup>.*

*»Q. F. F. Gorakpur 980 millibars.*

*»I repeat: you have just heard a special bulletin...».*

Por consiguiente, las tempestades de los últimos días que tanto complican nuestra tarea no son más que las primicias, la vanguardia de la enorme perturbación que todos los años, en esta época, irrumpe en Asia. Las lluvias, torrenciales ya en toda la India, toman proporciones gigantescas al alcanzar la montaña. ¡El cielo abrirá sus cataratas desde mañana! Pero hemos dejado ya la altura y acogemos la noticia con serenidad.

Un culi nos tiende un papel desde la puerta de la tienda. Es un esquema de Schatz, que ha marchado de exploración para intentar descubrir en las gargantas del Miristi Kholá un paso más fácil que el de la ida. Nuestro amigo nos indica que en una tarde el agua del río ha duplicado su caudal.

Es urgente evacuar esta cuenca, que podría constituir una inmensa y terrible trampa.

Todos pensamos, sin hablar de ella, en la famosa historia del Nanda Devi.

Al día siguiente hace mal tiempo, conforme estaba previsto, y la lluvia cae sin cesar. A una orden nuestra, los sherpas que han desmontado febrilmente las tiendas, distribuyen a los culis los víveres que no podremos llevar. Los portadores se precipitan riendo sobre las latas y los tubos que Sarki y Ang-Tharkey lanzan al aire a brazadas. ¡Es una propina inesperada! En cambio, Oudot, que cura a los heridos, empieza a echar de menos algunos productos esenciales. Para colmo de males, las agujas se caen al suelo, las jeringuillas se rompen. Oudot lucha con mis arterias, que se le escapan.

La situación es grave: no quedan más que dos ampollas de *acetylcholine*. Después de poner dos inyecciones a Lachenal, y las que corresponden a mis brazos y a mi pierna derecha, será forzoso detenerse. Acostado como un moribundo, en un estado de extrema excitación, comprendiendo que estas sesiones ponen a prueba mi estado general más allá de todo límite, acojo sin inmutarme una noticia que aflige a los demás.

Mientras los últimos fardos salen del campamento bajo la dirección de Ang-Tharkey, Lachenal inicia la marcha, pero al cabo de pocos metros los culis abandonan su camilla. Luego prueban el

trineo, sin resultado.

Oudot hace traer el *cacolet*.

—Hay que evacuar, cueste lo que cueste —dice con resolución.

Antes de instalar a Lachenal le pone una inyección de morfina.



El 10 de junio, bajo el monzón, los heridos dejan el campo de base sobre la espalda de los portadores.



Para mí han encontrado un cuévano de mimbre. Los sherpas me cogen y me envuelven las piernas con un saco de dormir recubierto con un «pie de elefante».

Todo está húmedo, empapado. Una lluvia fina se filtra por todas partes. Al estruendo de los aludes, cuyo eco resuena en las peñas que nos rodean, se une el ruido continuo de las piedras que se desprenden bajo el efecto de las intemperies. En la morrena por donde caminamos, la tierra, reblandecida, se hunde bajo los pies desnudos de los portadores; grandes piedras se derrumban a nuestro paso. Después de una derrota no me imaginaba de otra manera la retirada de los supervivientes: es un desastre, un sálvese quien pueda.

La columna, compuesta por los dos enfermos, Oudot, Terray, Ichac, Couzy, Sarki y ocho culis, avanza con desesperante lentitud. Estamos inquietos. ¿Conseguiremos cubrir antes de la noche la etapa prevista? Según el horario de la subida, la cosa parece posible, incluso fácil, pero al ver a los portadores padeciendo bajo el peso de los heridos, resbalando sin cesar en este terreno de la morrena en que cada paso es un problema, empezamos a dudar de ello.

Las horas pasan, las nubes suben, la lluvia cede un momento. Sarki es enviado delante con un mensaje: no tenemos lámparas eléctricas ni víveres, pues Ang-Tharkey, poco consciente de nuestras dificultades, no había previsto nada para el grupo de retaguardia.

Estamos perdidos en un lugar sin forma, sin color, sin límites. A las paredes de la morrena han sucedido unos enormes bloques rodeados de una vegetación espinosa que complica más nuestro avance. Los portadores se muestran muy animosos y prosiguen sin exhalar una queja. La noche llega. Cargamos las baterías de tres lámparas que encontramos entre nuestros bagajes, y los *sahibs* guían a los culis en medio de la nieve y de la lluvia, que vuelve a caer con más fuerza que nunca. Son más de las ocho cuando heridos y portadores, agotados, desanimados, llenos de angustia, se detienen al pie de una chimenea resbaladiza por la que han bajado después de una escalada acrobática.

Lachenal y yo estamos instalados bajo la concavidad de una peña. Mis compañeros consideran que nuestro estado no nos permite ir más lejos esta noche. Terray decide quedarse con nosotros mientras Couzy, Ichac y Oudot se alejan en dirección al campamento. Apenas acaban de dejarnos, se cruzan con Sarki, acompañado de Foutharkey, que por toda ayuda traen... ¡una cantimplora de café! El primero viene a reunirse con nosotros y el segundo acompaña a mis amigos hasta las tiendas, a las que llegan tras de una hora de marcha. Allí encuentran a Schatz y a Noyelle y les ponen al corriente del trágico vivac de los heridos, a quienes resulta imposible trasladar de noche por un terreno tan peligroso. Inmediatamente, Schatz se ofrece para traer víveres y material. Dawatoundu lo acompañará.

Debajo de nuestra peña, la situación no es de color de rosa, a pesar de los esfuerzos de Terray por alegrar el ambiente. Lachenal sigue aún bajo el efecto de la morfina, y yo estoy furioso por no poder llegar al campamento que me parece tan próximo.

De pronto, cuando ya no esperábamos a nadie, llega Schatz. Con el rostro chorreando agua, los ojos sorprendidos fijos en mí y una ligera sonrisa en los labios... nos anuncia que nos trae sacos de dormir, colchones, ropa de abrigo y víveres. ¿Qué más hace falta? Un hornillo de alcohol deja oír en

seguida su simpático ronroneo. Nadie ha tomado nada desde la mañana, y el olor de las latas abiertas hace estremecer las alas de la nariz de Terray, que no puede esperar más. Entre tanto, Dawatoundu ha hinchado los colchones neumáticos; confieso que si la comida no me tienta gran cosa, aprecio mucho la comodidad de los colchones.

Toda la noche lloviendo; es imposible dormir. Tengo mucho frío y me castañetean los dientes. Estoy atormentado por la inquietud y, casi no me atrevo a confesarlo, por el miedo, el vergonzoso miedo, el terrible miedo.

Por la mañana parece que el tiempo mejora. La formación de las nubes ha cambiado y tienen tendencia a arrastrarse por las paredes al subir. En Chamonix, cuando sucede esto es que va a hacer buen tiempo.

Me resulta penoso volver a meterme en el cuévano de mimbre, y, por su parte, Lachenal no se instala con suma satisfacción en el *cacolet*. Tenemos prisa por llegar al campamento, y a cada momento pregunto:

—¿No llegamos?

Y siempre me responden, como a los chiquillos:

—¡Dentro de cinco minutos!

Por fin divisamos una exigua llanura en cuyo extremo aparecen los techos amarillos de las tiendas.

El cielo está por completo despejado cuando llegamos al campamento en que Ichac, Noyelle y Oudot nos acogen.

Pero no hemos llegado todavía al final de nuestras penas. El puente construido por Schatz tal vez no aguantará hasta la noche: ya no está más que a treinta centímetros del agua. Además, habrá que reforzarlo para atravesar con las cargas y los heridos.

Ningún culi se ofrece a llevarnos, e incluso los sherpas encuentran la empresa arriesgada y discuten entre sí. Por último, Adjiba se decide. Desde ambas orillas, los demás le ayudarán. Desde la tienda oigo los ecos del paso de Lachenal. Adjiba regresa y me colocan sobre su espalda. Con paso firme se dirige hacia el puente, compuesto de cuatro o cinco troncos atados con lianas y sujetos lo mejor posible a las orillas. El río borbotea y pasa a ras del puente. Un vapor muy denso sube del agua, moja los pies de los portadores y hace fáciles los resbalones. Querría cerrar los ojos, pues la sensación de mi impotencia es espantosa, pero no puedo evitarlo: voy mirando y murmurando al oído de Adjiba, a pesar de que me lleva con mucha precaución:

—¡Despacio, Adjiba!

¿Podrá mantenerse en equilibrio sobre este puente oscilante y resbaladizo? Oudot, que vigila el paso, no deja traslucir, a pesar de su ansiedad, más que una sonrisa sin expresión que intenta ser alentadora. En cuanto nos hallamos sobre el puente advierto la inestabilidad de nuestra posición. Adjiba calcula sus movimientos y adelanta los pies con mucho cuidado.

—¡Despacio, Adjiba!

El agua fluye violentamente, formando remolinos que me causan vértigo. Los sherpas de la otra orilla están ya cerca y temo que mi portador acelere el paso al acercarse a tierra firme.

Inconscientemente murmuro:

—¡Espacio, Adjiba!

Unos centímetros todavía: un contacto, un asidero, una tracción..., ¡ya estamos! Exhalo un suspiro de alivio, pero a la vez me invade un violento deseo de llorar: inevitable reacción nerviosa después de semejante prueba. Adjiba me conduce en seguida a una tienda y me instala en ella mientras el resto de la caravana atraviesa sin novedad el torrente, cuyo nivel sube por momentos. Los culis se colocan en fila para pasar. Dos horas más tarde, todo está transportado. La expedición no quedará bloqueada en las montañas del Annapurna... Mañana por la mañana, la impetuosidad de las aguas se llevará el puente.

Oudot no tarda en examinarme. Teme que la última noche de frío y humedad haya empeorado el estado de las llagas. Los pies de Lachenal están muy hinchados; se han perdido en parte los progresos de los días precedentes. En cuanto a mí, es la mano derecha la perjudicada por este aciago vivac. Oudot me había afirmado que las mutilaciones no pasarían de las primeras falanges; hoy anuncia que deberán cortarse por los menos dos. Estas emociones me hacen sufrir terriblemente.

Todo el mundo se reúne en la tienda para comer. Schatz, que anteayer exploró las gargantas del Miristi, explica que no hay esperanza de marchar por ellas para dirigirse a Baglung y al valle del Gandaki. Este itinerario, que nos evitaría un rodeo, es en absoluto impracticable. Gigantescas murallas cortadas a pico sobre el torrente parecen prolongarse a lo largo de muchos kilómetros; así es que, apenas nos metiéramos por estas gargantas, nos veríamos obligados a subir otra vez hasta las crestas, es decir, a pasar por donde vinimos el 27 de abril.

Decidimos enviar a Panzi a Nueva Delhi para expedir los telegramas redactados hace algunos días.

Casi no tomo parte en la conversación. Cuando no me requieren prefiero dormir y abstraerme del presente. Pierdo de día en día las fuerzas, y las próximas etapas me infunden un ansioso temor.

Oudot, después de examinarme, confiesa que es difícil prever la evolución de un herido cuyas llagas ocupan una superficie tan grande. Con los ojos medio cerrados, oigo cómo le explica a Ichac que una gangrena seca puede transformarse en una gangrena gaseosa, que impone grandes e inmediatas amputaciones. Ichac se pone a temblar cuando nuestro amigo le explica que las toxinas emigran de las partes gangrenadas hacia las partes vivas, se esparcen por todo el organismo y provocan una septicemia general. A veces se concentran en un órgano, por ejemplo en el hígado, después de la aplicación de un antibiótico como la penicilina.

Durante este tiempo, Terray confecciona con mucha destreza una silla especial, hecha con palos unidos por alambres, en la que los pies pueden permanecer al mismo nivel que el resto del cuerpo, lo que suprime la causa principal de sufrimiento al herido. Los sherpas copian para mí el artefacto hecho por Terray. La lluvia no cesa de caer sobre las tiendas, con un ruido infernal; da la impresión de que la tela acabará rompiéndose bajo las enormes gotas, que parecen verdaderos proyectiles.

Después de una noche mala, despierto lentamente y oigo decir que el tiempo mejora. ¡Si pudiera mantenerse hasta la noche! Hoy habrá que subir de los 3700 a los 4600 metros por pendientes muy

escarpadas y, según me dicen, sin esperanza de hallar ningún emplazamiento para el vivac antes del collado del 27 de abril.

Al menos, en las sillas especiales se va bien. Gracias a la ingeniosidad de Terray, Lachenal y yo vemos llegar las etapas venideras con algo menos de inquietud.

Los culis suben de un modo regular. No existe ni señal de camino, y hay momentos en que la pendiente es tan abrupta que obliga a marcar peldaños en la tierra. En medio de la niebla, muy densa ahora, el espectáculo de estos hombres silenciosos que hacen increíbles esfuerzos para cubrir la etapa prevista antes de la noche, resulta irreal, fabuloso. Las sombras aparecen y desaparecen... Las siluetas se difuminan. Esta retirada me parecería un sueño y estos hombres unos fantasmas si el traqueteo de la silla no provocara en mi cuerpo infinitos sufrimientos. Procuro permanecer inconsciente y embrutecido. Lachenal duerme sobre la espalda de su porteador. Yo le envidio. ¿Cómo se las compone para dormir?

Un poco antes del mediodía, el grueso de la expedición ha dejado atrás los largos corredores cubiertos de hierba y alcanza la carena del C. A. F. <sup>[109]</sup>. Los culis querrían acampar aquí; dicen que más arriba no hallaremos ningún emplazamiento mejor. Ichac y Oudot no les prestan atención. Hacen avanzar a los heridos y avanzan también con los sherpas... Los culis no tienen más remedio que seguirlos. La marcha, la larga marcha hacia el collado del 27 de abril, empieza.

Resulta imposible la visión más allá de los diez metros. Los porteadores avanzan en fila india. Cuando caminan, encorvados bajo sus cargas, sienten calor, pero en cuanto se detienen les castañetean los dientes: no llevan, por todo abrigo, más que una ligera manta. Intento adaptarme al balanceo de mi porteador, pero nunca es igual: vacila, da un paso más largo o más corto, o incluso un salto en los pasos difíciles. Intento alargar los brazos para resistir, ayudar o protegerme. Abajo, muy abajo, oigo mugir al Miristi en sus gargantas infernales.

Hacia el atardecer llegamos a un lugar en que los pastores acampan; el único antes del collado del 27 de abril, que es inútil pretender alcanzar esta noche. La prudencia aconseja pernoctar aquí. Lo único que pido es que me pongan pronto en una tienda donde pueda permanecer inmóvil.

El amanecer es sombrío, y nos ponemos en camino bajo la lluvia; la visibilidad no alcanza a los veinte metros. Hoy habrá que proseguir la marcha de flanco y franquear una serie de torrentes, cosa bastante difícil.

Este día es muy triste para mí. Tengo la sensación de que mi estado empeora. Me siento falto de recursos y profundamente descorazonado. Schatz me anima diciéndome que la cresta no está ya muy lejos. Ichac, al que oigo apenas, aunque no está más que a algunos metros, chilla:

—¡Maurice, ya estás en la vertiente del Krishna!

Mi alegría no es excesiva, a pesar de que la cosa tiene importancia. Cuando paso ante Ichac lo veo filmar con su cámara; me parece una locura: no se verá nada; no hay ninguna luminosidad, y para el color se necesita mucha.

Iniciamos el descenso para alcanzar la depresión del collado. Los porteadores bajan la pendiente a saltos, y las violentas sacudidas me producen un dolor intolerable. Aunque parezca imposible, llueve todavía más fuerte. En medio de la bruma intentamos hallar el emplazamiento del campamento;

mis compañeros siguen buscando mientras los portadores continúan hasta la brecha señalada por un *chörten*.

No comprendo lo que sucede: había quedado entendido que nos detendríamos en el collado. Los que van delante creen sin duda que tendremos tiempo de alcanzar el bosque, a más de dos horas de distancia, pero olvidan a los que los siguen. Protesto. Proseguir me parece una locura, y además no me siento capaz de resistir otras dos horas. Me encuentro sin fuerzas, como si estuviera a punto de morir, y preferiría que me dejaran tranquilo en cualquier parte. Pido a Ichac que detenga a todos y los haga volver al campamento por el que acabamos de pasar. De mala gana, la vanguardia vuelve sobre sus pasos, y los sherpas instalan las tiendas sobre la tierra mojada.

Último día de la dura prueba: hoy debemos bajar cerca de 2000 metros para alcanzar el Chadziou Khola en el campamento de los Pastores. No sé cómo se las arreglarán los culis, y sobre todo los que llevan a los heridos, para atravesar los declives increíblemente escarpados del recorrido. Desde el primer momento, al salir de la brecha, un culi resbala y rueda pendiente abajo unos cincuenta metros. ¿Acabará precipitándose en el torrente, 2000 metros más abajo? ¡No! Consigue agarrarse y permanece tendido en el suelo. La mochila que lleva cae también por la pendiente, lo mismo que un *container* que se abre. La mochila rebota, describe una gran curva y desaparece en el vacío. El hombre queda sólo aturdido. Se levanta y sube hacia nosotros. ¡Es un tibetano de Tukucha, uno de los pocos que han consentido en llevar un par de botas de la expedición!

De pronto oigo un grito terrible. No puedo ver lo que pasa, pero lo comprendo por las exclamaciones: un gran bloque de piedra se ha desprendido en el corredor sobre Lachenal. Terray, que estaba allí, ha conseguido desviar su trayectoria, pero la piedra ha tocado al porteador de Lachenal, que ha caído sin poder protegerse, pues tenía los brazos envueltos en la manta, y la nariz es la que ha recibido el golpe. Tiene el rostro lleno de sangre y una gran equimosis. El accidente no es muy tranquilizador para el futuro.

Ichac, Rebuffat y Schatz bajan el gran corredor herboso, el famoso dominio de las marmotas descubierto por Gastón al subir. Al llegar a los primeros árboles se detiene, y el resto de la columna baja con prudencia. Para determinar quién es el dueño de la mochila caída en el Chadziou Khola, van a hacer el inventario de todos los bultos llevados por los portadores.

—Me parece que era la mía —dice Schatz—. ¡Para una vez que se me ocurre poner dentro la estilográfica y la cartera!

Schatz tiene los ojos fijos en un porteador..., levanta una mochila que esconde otra y ve escrito con todas sus letras en el bolsillo principal: «M. Schatz».

—No cabe duda —dice Ichac, que procede por eliminación—, debe de ser la de Gastón.

Rebuffat no acoge la noticia sonriendo... Estos días de retirada son también muy duros para él: su conato de congelación le molesta al andar. Está sentado con aire de desengaño, haciendo el balance de todo lo que pierde, cuando Ichac tiene de pronto una idea luminosa:

—¡Gastón! ¡Mira donde estás sentado!

El interpelado se levanta como movido por un resorte y lee en la mochila que le servía de asiento: «G. Rebuffat».

Por último, como en los lindos cuentos en que todo acaba bien, la mochila perdida era la única que no tenía dueño: contenía ropas de repuesto.

Nos metemos en el bosque, que es muy espeso y complicado. Caminamos por un paisaje submarino, en una selva húmeda, malsana, en la que uno espera ver surgir los más repugnantes monstruos. Al subir habíamos visto aquí unos rododendros gigantescos cuyo color rojo era magnífico.

Llegamos al famoso «arco triunfal», bóveda natural formada por flores. Los primeros culis se han detenido. ¿Por qué no? Parada general, y al cabo de un momento los fuegos chisporrotean.

Oudot opina que lo más penoso de la etapa queda por hacer y quiere proseguir a toda costa. Me pone otra vez inyecciones de morfina y de *spartocamphre*. He adelgazado tanto, que me hacen muchísimo daño y pierdo el sentido durante unos minutos.

Noto las miradas de los sherpas y de los culis clavadas en mí. ¡Qué espectáculo debo de ofrecer! En sus ojos hay un sentimiento nuevo que no había advertido hasta ahora. ¿Es compasión, pena o una benévola indiferencia? Antes de proseguir el camino, los sherpas ponen sobre mis rodillas una corona de las flores más hermosas que han podido encontrar. Su gesto me conmueve infinitamente. Desde ahora en adelante, en el curso de esta larga retirada, no se olvidarán de obsequiarme con flores cuando la ocasión se presenta.

Empieza el descenso entre los árboles muertos a través de la selva impenetrable. Los sherpas van delante, y a golpes de *koukris*<sup>[110]</sup> cortan las ramas y los bambúes que obstruyen el paso. El suelo está mojadísimo y todo el mundo resbala. ¿Quién no se habrá caído hoy? Couzy, Ichac, Oudot, Schatz y Terray se adelantan para reconocer el terreno. F. de Noyelle nos precede siempre en una etapa, tal como estaba previsto. Rebuffat se queda con Lachenal y conmigo. Las inyecciones de Oudot surten efecto. Estoy aniquilado, pero noto menos el dolor; la mayor parte del tiempo dormito con los ojos medio cerrados... Lachenal sigue inmediatamente detrás. Los últimos pasos antes del torrente son muy vertiginosos. No apostaría ni uno contra mil a salir con vida. Pasamos por una pendiente casi vertical; una pista minúscula la atraviesa al sesgo y los culis han de cogerse a los troncos que la jalonan.

Mi porteador no sabe cómo hacerlo: no puede moverse ni hacia delante ni hacia atrás. Por último pega su barriga a la pared y avanza de lado, paso a paso. La silla en la que estoy atado cuelga literalmente sobre el precipicio. De vez en cuando, los sherpas clavan sus piolets en la tierra mojada y se aferran a ellos para sostener mejor a mi porteador. El menor choque repercute dolorosamente en mí. Con los ojos fuera de las órbitas, veo a mis pies el espumeante torrente del Chadziou Khola, en el que puedo caer a cada momento. Si el porteador resbala no hay remisión: él podrá pararse tal vez, pero ¿quién podría retenerme? No tengo fuerzas para resistir el miedo. Sí, ahora sé de verdad lo que es el miedo. Lachenal está aterrorizado también, pero por fortuna tiene los brazos libres y puede ayudarse de vez en cuando.

Cada paso me parece una liberación, porque me acerca al término. Antes de llegar, una última prueba: a lo largo de cinco metros, la pista, ya minúscula, desaparece del todo. Una estrecha cornisa bordea un bloque rocoso, y hay que poner en ella los pies de trecho en trecho. Mi porteador prosigue,

valeroso, su maniobra. Admiro sin reserva a estos hombres que no retroceden ante una empresa tan arriesgada. Sigue adelantando de lado, aferrándose a las menores presas y confiando sus pies a los otros portadores hasta la hendidura siguiente.

Llegamos por fin al Chadziou Khola, y hemos de atravesar, vadeándolo, este torrente crecido por las lluvias del monzón. Lachenal ha pasado ya el peligro. A pesar de su espanto, parece muy dueño de sí, pero yo no soy más que un guiñapo humano. Sosteniéndose mutuamente y apoyándose los unos en los otros, los portadores consiguen resistir a la impetuosa corriente. Subimos cien metros por una selva intensamente perfumada y veo a lo lejos el campamento de los Pastores.

Los portadores se detienen antes de emprender la subida, el último esfuerzo. Pocos minutos después le pido al mío que me lleve hacia el campamento lo antes posible. Inicia un escarpado declive y toma una dirección que me parece equivocada. Al venir habíamos atravesado de flanco, pero los sherpas que me acompañan parecen muy seguros. El camino empieza por una pendiente herbosa tan pronunciada que es preciso adoptar una técnica semejante a la de las marchas sobre hielo. Los sherpas insisten, pero llegamos a un terreno de verdadera escalada. Le grito, nervioso, a Ichac para que intervenga, porque nos exponemos a una caída espantosa. Los portadores son muy tercos: pasamos por una especie de comisa que domina una pared casi vertical. La roca es inestable. Encima de mi porteador, estoy colgando sobre el abismo, a más de un metro de distancia de la roca, y puedo contemplar el fondo del desfiladero. Los sherpas se aturdíán y me explican que mi porteador no puede dar la vuelta, que es preciso continuar... No puedo más y pido socorro... Pero la suerte hace días que me favorece.

Después de unos pasos más, el terreno mejora y volvemos a encontrar la hierba y luego el sendero que deberíamos haber seguido desde el principio y por el que sube Lachenal. Llegamos al campamento en el momento en que la lluvia cesa.

No deseo más que una cosa al penetrar en mi tienda: paz, tranquilidad... Tengo apenas la fuerza necesaria para hablar, pero, sin embargo, le confío a Oudot que la parte difícil ha terminado ya; hasta Lete tendremos buen camino. Recuerdo cerca de este pueblo un bosque de alerces, y unas hermosas praderas con algún que otro bloque granítico. Tal lugar se parece, en mi recuerdo, a otros de Chamonix, y durante toda la retirada pienso en este bosque como en un refugio acogedor y lleno de poesía. Me gustaría hacer en él un alto de importancia. Mis compañeros aceptan. Al fin y al cabo, es inútil que todo el mundo suba de nuevo a Tukucha para pasar otra vez por Lete. Reagrupamos toda la expedición en este bloque antes de empezar las largas jomadas de regreso a la frontera de la India a través de los valles nepaleses.

—¿Dónde está mi piolet? —le pregunto a Schatz.

Tengo mucho empeño en encontrarlo, porque es el único que ha subido a la cumbre del Annapurna. Lachenal perdió el suyo. Schatz pasa revista a todos los piolets que están en manos de los sherpas y no consigue hallarlo. Esta pérdida, que no tiene gran importancia en sí, me causa una pena muy grande; tenía intención de darlo al Club Alpino a mi regreso<sup>[111]</sup>.

Hoy hacemos una etapa corta: Oudot calcula que antes del mediodía llegaremos al bosque de Lete; así es que no hay que apresurarse. Es mejor aprovechar los escasos rayos de sol que aparecen

por milagro. Los culis marchan primero, y luego dejamos nosotros el campamento de los Pastores.

Llegamos todos en grupo a Choya. La recepción es entusiasta: sus habitantes se precipitan a nuestro encuentro y miran a los heridos con curiosidad. El gannate de Dawatoundu debe de secarse de emoción al recordar las delicias de la subida... Ang-Tharkey explica a Ichac y a Oudot que sería excelente instalar el campamento aquí, pues encontraríamos agua, leña, aprovisionamiento.

—*Good place!* —subraya nuestro *sirdar*.

El *tchang* es bueno también en Choya...

Sin embargo, los *sahibs* no parecen convencerse. ¡En marcha! De mala gana, la tropa se pone en camino, y poco después llegamos a orillas del Krishna Gandaki. Sus aguas, antes claras y límpidas, estás ahora negras y sucias y arrastran su espuma con un ruido infernal.

Atravesamos un puente sin demasiados incidentes y, tras de una hora de marcha, nos detenemos por fin en el lugar de reposo en que hacía tanto tiempo soñaba.

Mis compañeros escogen un sitio bastante espacioso, cubierto de musgo y limitado por tres enormes bloques de granito. Unos alerces de un verde tierno nos rodean. El paraje es fresco y acogedor. El viento zumba al jugar entre las ramas de los inmensos árboles y, cerrando los ojos, creo estar en Chamonix, en el bosque de Prin o en la Pendant.

Las tiendas son instaladas a capricho de los sherpas.

El sol es tibio; Oudot decide examinarnos en el exterior. Uno de mis pies empieza a supurar. Las manos están estropeadísimas y desprenden un olor nauseabundo. Todos los vendajes aparecen llenos de pus. Oudot acude a sus últimas reservas para curas porque sabe que le traerán material de Tukucha. Por primera vez, nuestro cirujano coge las tijeras y empieza a «mondar». Los pies no me hacen sufrir demasiado, pero las manos están tan sensibles, que el menor contacto me arranca gritos de dolor. Me desplomo sin resistencia. Oudot decide acabar y me pinta las llagas con *mercurochrome*.

—Quédate fuera mientras «hago» a Lachenal —me dice.

El estado de Lachenal mejora. Ha soportado muy bien las pruebas de la retirada. Su moral es sólida desde que estamos en el valle, y conserva muy buen apetito.

Por la tarde, Ichac, Oudot y Schatz se encaminan a Tukucha, donde son recibidos por Noyelle y G. B. Rana. Por la noche hablan largamente, pero sin alegría, bajo las pocas tiendas que quedan en pie. La situación de sus compañeros heridos es el tema de la conversación. Oudot opina que debería operarme antes de llegar a la frontera de la India, que no alcanzaremos hasta la primera quincena de julio.

Al día siguiente, la liquidación del campamento se lleva a cabo en medio de un círculo de culis y de chiquillos, que permanecen allí horas y horas mirando con codicia los tubos de leche vacíos o las latas viejas. Noyelle se ocupa de pagar a los porteadores: ¡gran distribución de rupias! Hacia el final de la tarde, Oudot termina sus preparativos y regresa a Lete a reunirse con sus heridos.

Veinticuatro horas más tarde, todo está dispuesto. Mis compañeros pueden abandonar este pueblo, que nos ha acogido con benevolencia y nos ha hospedado durante dos meses. Los culis y los



habitantes del pueblo saludan a los *sahibs* con gritos varias veces repetidos. ¡Es la despedida! Hacia las cuatro de la tarde llegan a Lete.

El estado de los heridos, el mío sobre todo, se ha hecho alarmante. Oudot, que llegó la víspera, juzga la situación muy crítica.

Desde esta mañana está operando y ha repetido sus dolorosas inyecciones. El espectáculo que ofrezco es cada vez más desolador. He perdido veinte kilos y mi delgadez es extrema. La fiebre no cesa de subir. ¡Esta noche, 40,9 grados!

—Treinta y nueve —me anuncia Ichac, imperturbable.

No reacciono ya con nada. Casi siempre estoy sumido en la inconsciencia, en el coma.

—Penicilina a altas dosis —ordena Oudot.

Mis ojos se cierran irresistiblemente.

Muy cerca, de la bruma salen unas sombras. Se inclinan hacia mí..., se desvanecen... sin ruido.

El silencio es impresionante.

El sufrimiento desaparece. Mis compañeros me rodean sin decir nada. He realizado mi hermosa tarea. Tengo la conciencia tranquila. Reúno mis últimas energías y, desesperadamente, en una larga y última oración, deseo la muerte liberadora.

He perdido la fuerza de vivir.

¡Abandono!

Insoportable sensación para un ser que ha vivido hasta entonces sobre un pedestal de orgullo.

No es hora de preguntas. Ni de lamentos.

¡La muerte! La miro cara a cara.

La imploro con todas mis fuerzas.

Bruscamente, la vida de los hombres se abre ante mí. Los que se van para siempre no están nunca solos. Adosado a la montaña que me vela, descubro horizontes que jamás había visto. Allá abajo, a mis pies, millares de hombres viven un destino que no han elegido.

Poder sobrenatural del que va a morir. Intuiciones extrañas que me identifican con el mundo. La montaña dialoga con el viento que silba en las aristas y acaricia los follajes.

Todo puede terminar bien. Desde ahora en adelante permaneceré aquí, bajo unas piedras y una cruz.

Me han dado mi piolet.

La brisa es suave, perfumada.

Mis compañeros se van; me saben en lugar seguro. Con pasos lentos, desolados, se alejan.

Los veo.

La procesión se alarga por un estrecho sendero. Volverán otra vez a las llanuras y a los hermosos horizontes.

En silencio...

# Capítulo XVIII.

## La procesión en los arrozales

Un pequeño dolor suplementario. Grito... ¡Ichac me da su primera inyección! Está muy emocionado. La lluvia cae, cae... Triste atmósfera para emprender el camino. Oudot ha vacilado antes de dar la orden, pero estamos ya a 19 de junio. Es preciso marchar.

Lachenal y yo somos instalados en las parihuelas que G. B. Rana ha fabricado para nosotros. Antes de volver a caer en el embrutecimiento, doy una última mirada al bosquecito...

La caravana se pone en marcha. Rebuffat, que ha encontrado un caballo, caracolea delante. Vadeamos un torrente que baja del Dhaulagiri. Los culis se apoyan, hombro con hombro, para resistir la fuerza de la corriente. Ichac y Oudot se desnudan y atraviesan, muy dignos, en calzoncillos. Los últimos acontecimientos los han hecho adelgazar y exhiben unos cuerpos de adolescentes.

Al llegar a Dana tenemos la sensación de dejar verdaderamente las altas montañas: campos de maíz, plátanos, calor; es el regreso hacia los grandes valles. A pesar de todas nuestras penalidades, nos causa una impresión de tristeza abandonar —y sabemos que para siempre— este país en el que hemos vivido la gran aventura.

Unos tras otros, los culis nos dejarán a pesar de nuestros ofrecimientos. Panzi no quiere seguirnos ya. Soporta mal el clima de los valles y suda a chorro. Pero tiene también otra razón para marcharse: ha ganado muchas rupias y considera que son ya suficientes. ¿Qué haría de una fortuna todavía mayor?

El día 20 por la tarde seguimos un camino fácil. El sol, al que hacía mucho no veíamos, hace aparición por unos minutos. Nos detenemos bajo unos plátanos enormes. Es la hora de la comida: pesada ceremonia para mí; la sola idea de comer me repugna. Oudot se ha convertido en mi verdugo; exige que me alimente, y mis compañeros batallan para hacerme tomar algo. Ichac y Terray lo han probado todo, y tan pronto intentan convencerme con argumentos como con sentimentalismos. Finalmente se enfadan y me amenazan.

—¡Con este régimen no vivirás muchos días!

¡Si supieran lo indiferente que me deja su argumento! Cuando han acabado sus inútiles discursos, Oudot comparece. No pierde tiempo en circunloquios y me ordena tomar lo que me presenta.

—Has de comerte estos riñones. Dentro de un momento volveré a ver si has acabado... Supongo que no querrás que te los hagamos comer a la fuerza.

Y Sarki me corta los odiosos riñones con sus dedos sucios y pegajosos; luego los clava en el cuchillo para presentármelos. Durante largos minutos mastico, como un chiquillo... ¡Me es imposible tragar! Oudot volverá..., ¡es el coco! Ya está: consigo engullir un pedazo y tengo la sensación de que me ahoga y de que lo vomitaré en seguida. ¡Todavía he de embuchar todo esto! Al cabo de un momento, Oudot se acerca con mirada severa.

—No hagas tonterías, Maurice.

Y, volviéndose hacia Sarki, le dice que prosiga.

En cada comida sucede lo mismo...

Debajo de los plátanos respiro un aire fresco. Unos pollos regordetes y apetitosos se pasean,

inocentes. Si pudiera comer pollo sería un cambio agradable; estoy ya cansado de los viejos carneros, cuyo solo olor me marea. Van a preguntárselo al campesino, que está conforme en vendernos uno a condición de que lo cojamos nosotros mismos. Apenas ha acabado de hablar, G. B. Rana coge su fusil y tira. El pollo, partido en dos, va a terminar su existencia en una cazuela y poco después Ang-Tharkey me lo trae triunfalmente. ¡No sucede con frecuencia que el Bara Sahib quiera comer algo!

Mis culis, oriundos de Dana, son de una habilidad extraordinaria. Entre los cuatro me llevan como si fuera una cerilla. En mi equipo hay un tuerto de unos cincuenta años que se muestra amabilísimo conmigo. A cada parada me hace comprender que ya no falta mucho, que conoce bien los caminos.

La confianza que tengo en su fuerza y habilidad me infunden valor: si un culi tropieza, Lachenal y yo podemos ir a parar centenares de metros más abajo. A veces, la parihuela toma una posición inclinada y debo apuntalarme con las rodillas y los codos. Cuando no lo consigo, llamo; un sherpa corre a mi lado y evita la caída.

Estos sustos continuos me fatigan los nervios, y reclamo la presencia permanente de un sherpa. Me envían a Sarki, que no se apartará ya de mí. Me trae agua fresca, plátanos; me ayuda a comer; hincha el colchón para que las piedras del camino no se me claven: he adelgazado tanto, que la más pequeña aspereza me lastima.

Una noche, al pie de una gran cascada, cerca de Banduk, el campamento es instalado bajo una lluvia pertinaz. Tendido bajo mi tienda y escuchando apenas el monzón que se desencadena, procuro conciliar el sueño. Pienso en la pesadilla de este descenso y me parece imposible soportar un calvario tan prolongado. Mis vendajes exhalan un olor que incomoda a todo el mundo, aunque nadie dice ni una palabra, y muchas veces estoy a punto de desmayarme.

Ichac duerme a mi lado y acabo por adormecerme también. En plena noche me despierto de pronto. La oscuridad es absoluta. Una fuerza extraordinaria me obliga a incorporarme. Una angustia horrible me oprime el corazón; la sensación de la nada se apodera de mí y tengo la impresión espantosa de morirme. Un timbre estridente, ensordecedor, no deja de sonar. ¿En dónde estoy? Doy un alarido... La luz se enciende y, con un alivio inmenso, compruebo que estoy en una tienda, y vuelvo a recobrar mi lugar en la expedición. Ichac está asustado.

—¿Qué te pasa?

Intento explicarle la horrible sensación de vacío que acabo de experimentar.

—Es una pesadilla —me dice.

Pero, de todos modos, deja la luz encendida y me habla con dulzura para tranquilizarme.

Al día siguiente, a primera hora, se lo cuento a Oudot, el cual me explica que la morfina provoca a veces tales reacciones... Desde este momento no aceptaré nunca más morfina, y preferiré soportar los dolores más intensos antes que ser aliviado con ella.

Al acercarnos a Beni nos informan que hay allí epidemia de cólera; es preciso evitar este pueblo, y para ello debemos utilizar un puente que atraviesa en toda su anchura el Gandaki, desbordado y rugiente. Pero el puente, de unos sesenta metros de longitud y suspendido a quince metros sobre el

río, nos preocupa bastante. Lo constituyen dos largas cadenas y unas varillas retorcidas y oxidadas que sostienen unos viejos tablones carcomidos. La longitud del puente provoca oscilaciones alarmantes que alcanzan gran amplitud. Habrá que servirse del *cacole*. Transportan primero a Lachenal, que al cabo de pocos metros empieza a dar alaridos de dolor. Otros sherpas ayudan a Adjiba, que lo lleva, y apartan las varillas para que no golpeen los pies del herido. Cuando me toca el turno intento soportarlo todo con la máxima valentía, pero, por más que los sherpas apartan las varillas y Adjiba camina con la mayor prudencia, el balanceo me marea.

En el otro lado me reúno con Lachenal, y los dos hacemos un hermoso dúo llorando de dolor en presencia de los culis, avergonzados.

G. B. Rana tiene la intención de hacer atravesar a su caballo a nado. Atan una a otra muchas cuerdas de nylon, y desde la otra orilla todo el mundo tira del animal. El desgraciado, adivinando el peligro, resiste con obstinación. No obstante, es precipitado en el río y desaparece entre las aguas. Tiran con vigor de la cuerda. De vez en cuando aparecen las orejas, una pata, la grupa..., ¡es un cadáver lo que llegará! Pero no. A pocos metros de la orilla, una cabeza surge: gradualmente, el caballo encuentra tierra firme y se adelanta hacia nosotros con una calma olímpica.

Se hace tarde. El campamento es instalado cerca del torrente. El cólera hace estragos también en esta orilla, y al día siguiente, después de una memorable sesión de «mondadura», no tardamos en abandonar tan malsanos lugares.

Llueve todos los días, y al llegar la noche nos indignamos cuando se trata de encontrar albergue. Buscamos una casa, donde podamos estar reunidos, donde tengamos más sitio para movernos y, sobre todo, donde no haya que oír más el ruido exasperante de las lluvias torrenciales al caer sobre el techo de la tienda. Al llegar al minúsculo caserío de Kusma quedamos perplejos: ninguna casa adecuada. Las «autoridades», con las que hemos entrado en contacto, nos conducen... ¡a la pagoda! Nos instalamos sin cumplidos, y pronto en el lugar sagrado se eleva una infernal algazara de canciones que una niña no siempre podría comprender.

Algunos se dedican a pagar a los culis que han de volver a Dana y a reclutar a los que nos seguirán a Tansing. Schatz reúne el material y cuenta los fardos. Couzy, que ha sido nombrado rancho por unanimidad, mete la nariz en cada uno de los *containers* abiertos.

Una grave incertidumbre pesa sobre la expedición: ¿tendremos suficientes culis para marchar? Cinco etapas, según nos dicen; en realidad, estaremos más de diez días.

Terray, siempre activo, se dispone a cortarme el cabello. Apenas ha empezado, grandes gritos se elevan a tres metros de nosotros.

—¡Mirad, mirad! —aúlla Couzy—. ¡Una araña enorme!

—Nunca había visto ninguna tan grande.

—¡Atención!

Nuestro amigo, que había sido picado anteayer por un escorpión, inicia una prudente retirada.

—Es magnífica —dice Ichac—. Hay que cogerla sin estropearla. Se la enseñaremos a los futuros viajeros al Himalaya.

—Espera un momento —dice Oudot, que busca una ampolla de cloruro de etilo semejante a la que ha empleado para la anestesia de un caballo—. Toma, puedes hacer una buena faena y liquidarla

limpiamente y sin dolor.

Ichac, enarbolando la ampolla, persigue a su araña, que da unos saltos de treinta centímetros y se esconde en un agujero. En el momento en que su asesino iba a desistir, reaparece en la hierba.

—Esta vez no te escaparás.

El cloruro de etilo se esparce sobre la araña, que queda inmóvil. Unos minutos más tarde es puesta en una caja y sujeta con alfileres. El cuerpo mide veinticinco milímetros, y con las patas extendidas, diez centímetros.

Al día siguiente, unos cincuenta enfermos esperan la visita del Doctor Sahib. Tienen enfermedades de todas clases, en general flemones o fiebres inexplicables. Oudot necesita mucho tiempo, muchos medicamentos y sobre todo mucha paciencia. Ha preparado un cuestionario:

1.<sup>a</sup> ¿Qué edad tienes?

2.<sup>a</sup> ¿Duermes bien por la noche?

3.<sup>a</sup> ¿Tienes apetito?

4.<sup>a</sup> ¿Dónde te duele?

5.<sup>a</sup> ¿Tienes tos?

...

Estas preguntas son transmitidas a Noyelle, que las traduce a G. B. en inglés, ayudándose con algunas palabras del indostaní. G. B. las traduce, a su vez, al *gurkhali*. Las respuestas siguen el camino inverso, pero, después de tantos intermediarios, son muchas veces pintorescas. Los sherpas se tronchan de risa. No comprenden más que una parte de la conversación, la que empieza en indostaní, pasa por el *gurkhali* y vuelve al indostaní. En este ciclo, las transformaciones resultan un sainete.

Oudot tiene un enorme prestigio. Vienen de lejos para verle y se ha convertido en una especie de semidiós. Admiramos la conmovedora ingenuidad de esta gente, que con toda confianza pone su salud, y a veces su vida, en manos de un desconocido. Es la primera vez que un médico los examina. Cuando están enfermos, consultan al hechicero del pueblo, al charlatán y al curandero, y la gran panacea sigue siendo la boñiga de vaca aplicada sobre las llagas.

Los pacientes no son siempre muy dóciles, pues están sometidos a sus principios religiosos. No les gusta que Oudot los toque. Lo más difícil es examinar a las mujeres. Animadas por un excesivo sentimiento de pudor, no consienten por nada del mundo que las toquen, y menos que las obliguen a desnudarse. Oudot consiguió una vez quitar todos los oropeles de una joven nepalesa. Cuando estuvo medio desvestida, Sarki, que le ayudaba, salió discretamente de la tienda, pero la muchacha no consintió de ningún modo en llegar más lejos.

Es preciso dar medicamentos a todos. Oudot les regala específicos siempre que puede; si no, les distribuye pastillas inofensivas cuyo efecto es sobre todo psicológico. ¿Pero qué uso harán de ellas? Se tragan sin parpadear las pomadas antisolares o las más compactas cataplasmas, y hacen intercambio entre ellos de los medicamentos recetados para diferentes enfermedades. De todos modos, soportan con mucho valor las curas del cirujano.

Un día comparece un desgraciado muchacho con una fractura doble y abierta de muñeca. El radio emerge de un montón de pus. Tiene el brazo horrible; la mano, hinchada y deforme. Oudot se reserva. El enfermo está muy grave. Por el mismo complicado procedimiento, se entera de que el accidente tuvo lugar hace catorce días. Propone entonces a los padres la amputación del brazo, único medio de salvar a su hijo, pero éstos rehúsan y le hacen comprender lo que desean: un vendaje. Tanto peor. Oudot administra morfina al enfermo, y luego intenta colocar el hueso en su sitio. Lo consigue de una manera dudosa, y finalmente le pone una venda y lo enyesa.

—¿Qué será de él? —le pregunto ansiosamente a Oudot—. Nadie podrá renovar el vendaje, y dentro de unos días la llaga volverá a supurar.

—No podía hacerse nada más; quizá dentro de quince días esté muerto.

Pronuncia estas palabras con un aire fatalista que no deja de asustarme, pero comprendo que tiene razón. No podemos razonar como si estuviéramos en Europa: estamos todavía en la Edad Media. Pienso en todos estos desgraciados luchando contra las epidemias, de las que no tienen medios para precaverse: ni médico ni vacunas. Se muere fácilmente en estos países, y la selección es severa. Durante las largas jornadas de regreso encontramos a menudo fúnebres comitivas con parihuelas idénticas a las nuestras, lo que resulta un espectáculo poco alentador para Lachenal y para mí...

Los muertos, precedidos de trompas que despiertan mil ecos en las montañas, son amortajados con sudarios de colores extraños. La familia y los amigos del difunto siguen a éste sin mostrar excesiva tristeza. La muerte es un tránsito. No tiene nada de aflictivo; ¿acaso el hombre no ha de reencarnar bajo otras formas más perfectas? Todos estos cadáveres son enterrados a orillas del Krishna Gandaki. La crecida del monzón arrastrará los cuerpos, que alcanzarán así el gran río sagrado, el Ganges. Recuerdo la inhumación infinitamente conmovedora de la linda muchacha a la que Ichac puso a nuestra llegada el bonito nombre de «Ofelia de Rani Ghat».

Oudot se ocupa todos los días de los heridos de la expedición y está siempre pendiente de su cantina farmacéutica. Ésta se halla o mucho más adelante, y es preciso alcanzarla, o mucho más atrás, y hay que esperarla horas y horas. Pero ni Lachenal ni yo tenemos mucha prisa por ver operar a nuestro amigo.

Gradualmente, la penicilina inyectada a altas dosis surte su efecto y mi fiebre baja. El espectro de la septicemia general está alejado. Empiezo a hablar y a mirar lo que sucede a mi alrededor.

Un día, en Putliket, en la verde hierba, Oudot se entrega a sus habituales faenas sobre mí.

—¡Pero no grites de esta manera! —me dice.

—Cuidado, amigo Oudot...

—Voy con el mayor cuidado posible. ¡Atención! ¿Te hace daño?

Me contraigo con todas mis fuerzas ante el dolor y aprieto los dientes.

—Puede pasar; no he sentido nada.

—¡Ah, muy bien! —dice Oudot. Y da un buen tijeretazo.

—¡Ay!

He notado una percusión en todos mis huesos, y Oudot me anuncia:

—Primera amputación. ¡El dedo meñique!

He sentido una sacudida en el corazón. ¡Un dedo meñique no sirve para gran cosa, pero, de todos modos le tenía aprecio! ¡Primera amputación! Por poco derramaría una lagrimita. Oudot coge el dedo meñique entre su índice y su pulgar y me lo enseña:

—¿Quieres guardarlo quizá como recuerdo?

—¡...!

—¡Esto puede guardarse muy bien...! ¿Cómo? ¡No pareces muy entusiasmado!

—No tengo ningún empeño: guardar un dedo meñique, todo negro y podrido... no tiene ningún interés...

Oudot tira negligentemente el «recuerdo» sobre la tapa de un *container*.

—¡Qué poco sentimental eres!

Ahora el «surco» entre las partes vivas y las partes muertas se distingue muy bien. Oudot trabaja con una legra<sup>[112]</sup>, y a diario una o dos falanges saltan de los pies o de las manos. Todo esto se hace sin anestesia, al aire libre, donde se puede y como se puede.

Un día, Oudot opera en una casa indígena; otro día, al lado de la carretera, en medio del polvo que es imposible evitar; a veces, junto a los arrozales, a pesar de la humedad y las sanguijuelas; o si no en pleno campo, bajo la lluvia, al amparo de un vago paraguas que el ordenanza de G. B. Rana sostiene con mano temblorosa. Oudot limpia, corta y cura sin tregua.

Mientras estas sesiones tienen lugar y los heridos soportan su miseria, en medio de un mal olor que revuelve el estómago, rodeados de sangre, del pus que gotea de los vendajes, de las moscas que se aglomeran a centenares sobre las llagas, asistimos, paradójicamente, a cómicos espectáculos.

El monzón ha derramado sus primeras lluvias, la estación de trasplantar el arroz ha llegado y toda la mano de obra disponible está en los arrozales. El problema del transporte se hace angustioso para la expedición. Mis compañeros están preocupados: cueste lo que cueste, hay que evacuar estas regiones. Oudot ordena a G. B. Rana que use de su autoridad y emplee medidas enérgicas para reclutar culis, recordándole que estamos bajo la protección del Maharajá y que éste no toleraría que permaneciéramos detenidos sin poder abandonar el país. G. B. hace todo lo posible, pero sus esfuerzos no son eficaces.

Nuestra actitud se hace más tajante. Por más que ofrecemos una puja sobre la paga normal, nos damos cuenta de que, a menos de alcanzar precios fabulosos, cuanto más nos acerquemos a las zonas densamente cultivadas, más aumentarán las dificultades, hasta acabar en una imposibilidad total. A pesar de su repugnancia por representar el papel de negreros, mis compañeros se ven obligados a utilizar el sistema del «reclutamiento voluntario». El método es sencillo y consiste en coger la mano de obra en donde se encuentre, asirla por el fondo del pantalón y depositarla con la mayor suavidad debajo de los fardos o de las camillas. Los portadores cocean unos minutos, pero todo acaba en sonrisas. Tendrán derecho a un número de rupias que borrarán todo el enfado de los unos y todo el remordimiento de los otros.

Los sherpas han comprendido la maniobra, y supongo que no es ésta la primera expedición al Himalaya que usa de tal método. En los pueblos se pasean inocentemente, mirando hacia el cielo, pero prontos a saltar sobre el primer indígena que les parezca capaz de transportar carga.

Instalado en la aldea de Garomboree, bajo el alero de una casa situada en pleno centro y agotado por una sesión en el curso de la cual he soportado diversas amputaciones, miro con ojos apagados la calle central, pedregosa y llena de animación. Los sherpas están de caza... Un porteador del *suba* de Tukucha, que me trajo la víspera un estupendo sable de plata cincelada, se ha juntado a ellos. Ha abrazado nuestra causa y vocifera más que ninguno con su voz de trueno; su dentadura de salvaje me aterroriza: siempre temo que vaya a comerme algo... De pronto, Sarki, Ang-Tharkey y Adjiba desembocan de un callejón vecino empujando a cuatro trasplantadores de arroz. Éstos no comprenden lo que les sucede: en un periquete se han visto despojados de todos sus utensilios y, después de algunos empujones «amistosos», se encuentran aquí. Unos tras otros, los «voluntarios» van llegando al lugar del combate, y el alistamiento marcha rápido.

Ahora caminamos en fila india bajo la lluvia... Los sherpas divisan un pescador. La tarde cae y reina una calma extraña y apaciguadora en esta verde decoración. El pescador se dispone a regresar a su casa con una red bien repleta, y marcha con paso lento delante de nosotros. Adjiba toca con el codo a Foutharkey y Sarki, y después de proveerse de un garrote se acerca con pasos cautelosos. Un brusco impulso: ya no hay red, ni caña de pescar, ni zurrón de accesorios. Algunos segundos después, el pescador se encuentra llevando uno de los palos de mi parihuela y caminando al paso de sus nuevos colegas. ¡Pobre pescador! Los sherpas dulcifican la voz y le explican que deberá ir así hasta Tansing, pero que a cambio de ello obtendrá un número considerable de rupias. El pescador llora, ruega... Si no se lo impidieran, se pondría de rodillas y suplicaría. Ya que no hay nada que hacer, acaba por sonreír y parece pensar: «Me han hecho una buena jugarreta».

Todos los días, en el curso de la retirada, se reproducen análogas escenas, porque cada noche un buen número de culis deserta, renunciando a las rupias que les tocan.

La situación se hace crítica. La expedición está repartida en varios pueblos: la vanguardia, separada a veces de la retaguardia por dos días de marcha. Algunos grupos quedan inmovilizados en lugares desiertos en los que es imposible encontrar culis.

En Darjing, donde llegamos el 29 de junio, veinticinco culis faltan a la llamada. Un antiguo suboficial gurka, que ostenta una magnífica gorra, desempeña desde hace dos o tres días un papel extraño y sospechoso. Ronda alrededor de la expedición sin causa que lo justifique y sus conversaciones con los culis se traducen siempre en un determinado número de desertiones... Los solivianta y siembra la confusión entre ellos. Ichac viene junto a Oudot y a mí, y nos dice:

—Si ejerce mala influencia sobre ellos, señal de que puede tener también autoridad.

—Sí, pero si la utiliza de esta manera vamos a acabar como Harrer<sup>[113]</sup>.

—Tal vez podríamos concertarnos con él y utilizar su ascendiente —sugiere Ichac—. ¿Por qué no lo tomamos a nuestro servicio? Nos serviría de sargento reclutador.

Contratamos, pues, a nuestro militar a razón de diez rupias por día, pero no es un individuo muy recomendable. Nos consigue culis haciendo presión sobre los *subas* de los alrededores y muestra una afición inmoderada por el *tchang* y por las graciosas nepalesas. Por la noche, unos grupos vociferantes se entregan a unas danzas descabelladas hasta hora avanzada de la noche. Al día siguiente, nuestro sargento reclutador aparece demudado y con la mirada mustia; pero luego yergue la cabeza y marcha al asalto de los porteadores voluntarios...



Durante días y días, y por los más extraordinarios terrenos, descendemos los altos valles nepaleses para alcanzar las tierras llanas. Después de haber bordeado el Krishna Gandaki durante una semana entera para llegar a Kusma, nos hemos visto obligados a abandonar la ruta seguida al venir: las aguas de este gran río han crecido en tal proporción, que resulta problemático, si no imposible, atravesarlo. Dejando en Kusma el Gandaki, franqueamos importantes colinas para alcanzar la cuenca del Andhi Khola, que fluye paralelo al Gandaki y cuyas riberas siguen siendo practicables. En Tansing volveremos a encontrar nuestro primitivo camino.

La expedición parece haberse transformado en un organismo deficiente, un cuerpo sin energía que se estira sin grandes ánimos por unos caminos cuyo trazado escapa a nuestra lógica. Un solo deseo nos sostiene: llegar a la India lo más pronto posible. Este descenso interminable a lo largo de los valles nepaleses, bajo las incesantes lluvias y con el húmedo calor del monzón, no deja de ejercer una influencia nefasta sobre los organismos. Mis compañeros han perdido su energía y se arrastran lamentablemente sobre los muretes de los arrozales; avanzan sin decir nada, con la mirada abstraída, sin prestar interés a nada.

Couzy y Terray cierran la marcha. Noyelle va en cabeza; cuando nos acerquemos a la frontera, marchará a Gorakpur para organizar con los ferrocarriles indios el viaje de regreso... Oudot, Ichac, Lachenal, Rebuffat, Schatz y yo ocupamos el centro. Lachenal está más nervioso cada día; no puede admitir el menor retraso e insulta a los culis.

A veces, en los descansos nos encontramos. Está leyendo la única novela policíaca de la expedición, a pequeños sorbos para saborearla mejor; por lo visto, es la historia de un hombre sin cabeza..., pero no sabré nada más.

—¡Cuánto tiempo se pierde!

—Un poco de paciencia, Biscante; no es tan fácil como parece. ¡Piensa en el reclutamiento voluntario!

—¡Y este G. B.! ¿No crees que podría moverse un poco más?

—El calor deprime a todo el mundo después de tantas fatigas.

—¡Ah! —exclama Lachenal, que tiene los nervios agotados—. *No puedo soportar más* a todos estos tipos que nos rodean, que gesticulan, que berrean en una jerga de la que no se entiende una palabra. Si les dices que vengan, dejan las cargas. Les demuestras que quieres beber, y te traen plátanos, ¡Ah! ¡Mi casa de Chamonix, mi mujer y mis críos!

—Ahora ya no falta mucho. Después de Tansing, dos jornadas más y llegaremos a la India. Entonces no contaremos ya por días, sino por horas. Yo todo lo que pido es una buena clínica con una sala de operaciones moderna, medicamentos en abundancia, vendajes cambiados a menudo... ¡y grandes, así!

Y es que el algodón escasea, y Oudot recupera todas las partes utilizables. El alcohol ha desaparecido, y mi agua de colonia sirve para desinfectar las agujas.

—Suerte de que tenemos al *toubib* —dice Lachenal—. ¿Qué habríamos hecho sin él? ¡En primer lugar, tú ya no estarías aquí! ¿Pero no te parece que podría ser un poco más... amable? ¡Qué barbaridad de daño hace a veces! Lo que pasa es que los cirujanos, cuando están embebidos en su

faena, no se preocupan de saber si la gente está dormida o no, y cortan, abren y pinchan... ¡Somos unos pobres tipos!

¡Qué precioso dúo hacemos! ¡Qué agradable resulta compadecerse de sí mismo! Me acuerdo con terror del período de coma que atravesé los últimos días. Ichac me daba inyecciones animosamente día y noche.

—¿Te acuerdas, Biscante, de la historia del termómetro?

—No; he oído hablar de ella, pero estaba perdido en la naturaleza, a una milla de vosotros, y me consumía con Gastón en una vieja choza de campesino.

—Ya sabes lo difícil que resultaba tomarme la temperatura..., sobre todo con el pequeño termómetro americano. En su calidad de enfermero, Matha tenía la delicada misión de efectuar esta operación mañana y noche.

»Pronto se le acaba la paciencia, ya lo sabes... Cuando no consigue ponerlo en seguida en su lugar, empieza a echar pestes. Aquel día, al cabo de cinco minutos y a pesar de mis protestas que le indicaban que no iba por buen camino, no había conseguido nada. Gritos, insultos, frases histéricas de protesta. Matha vuelve a probarlo otra vez. ¡Nuevo fracaso escocedor!

»—¡Basta, basta, Matha!

»Ichac pateea y grita:

»—¡Esto no es cosa mía! ¡Al fin y al cabo, Oudot, el *toubib* eres tú!

»Y sale tan furioso, que si la puerta de la tienda no hubiera sido de tela habría producido un terrible estrépito.

»Oudot sigue la maniobra desde hace unos momentos. Está nervioso también y lo veo entrar como un torbellino, con mirada aviesa.

»—¡Yo no puedo hacerlo todo! ¡No hay nada más sencillo..., infantil, automático!

»Coge el termómetro, lo enarbola... Toma impulso y se abalanza, sin apuntar, con el arma en la mano. Yo berreo:

»— ¡Asesino!

»Ichac, que ha vuelto a entrar, arrepentido, tiene una idea luminosa:

»—Llamemos a Lionel.

»Me inquieta la sugestión. Pero ¿por qué no Lionel?

»— ¡Lionel, Lionel!

»Nuestro amigo se acerca arrastrando los pies. Todos sabemos cuánto le interesa la vida de la Naturaleza... Ha estudiado, con prodigiosa curiosidad, la actividad del *yak* y su aclimatación posible en los Alpes; contempla con benévola mirada los animales que le inspiran interés...

»—Espera, ya te lo pondré yo, ya verás...

»— ¡Espacio!

»Lionel se inclina con cuidado:

»—¡No te muevas, no tengas miedo...!

»Y con gran tacto lo consigue al primer intento, en medio de la satisfacción general».

Lachenal, que se ha divertido mucho con esta historia, me pregunta:

—¿Y desde aquel día es siempre Lionel quien te toma la temperatura?

—¡No! ¡Lo reservo... para las grandes ocasiones!

# Capítulo XIX.

## Gorakpur

Mis compañeros se han ido acostumbrando a la vida nómada que llevamos desde hace muchas semanas. A veces caminan sobre los resbaladizos muretes que separan los arrozales; las parihuelas, demasiado anchas, avanzan por en medio de las plantaciones. Recuerdo a aquellos caballeros de la Edad Media a quienes, en mi imaginación de niño, veía pisar, por capricho, unas cosechas abundantes... A veces vamos también en fila india, siguiendo los senderos dibujados a través de extraños campos de maíz, un metro más alto que nosotros.

En los descansos, los culis, acurrucados en derredor, fuman todos de un mismo cigarrillo. Su religión les impide tocar con los labios este tabaco que proporciona un placer impuro, pero han encontrado la manera de sortear la dificultad: cogen la punta del cigarrillo entre el índice doblado y el pulgar, pegan sus labios alrededor de este pequeño horno, aspiran, y así disfrutan, sin tocar el tabaco, de un placer que ya consideran inocente.

El tiempo mejora al acercarnos a Tansing. Lo que nos molesta cruelmente ahora es el sol. Las moscas se aglomeran sobre mis pringosos vendajes y no puedo hacer más que mirarlas.

Un brahmán se acerca y me dirige una larga oración. Respondo indolentemente con unos «*Atcha! Atcha!*». Creo comprender que es un adorador del sol. ¡Ha venido en mal momento! ¡Que se vaya a la porra con su sol!

Gesticula sin cesar, prosiguiendo en sus largas demostraciones. Acabo por cansarme y miro distraídamente el cielo lavado por las lluvias recientes. De pronto, un objeto me intriga: si no me equivoco, lo que el brahmán lleva bajo el brazo es un paraguas... Entonces demuestro gran interés por sus explicaciones, y al cabo de un momento le hago entender que su sombrilla podría serme útil. Nuestra conversación continúa a la sombra sedante del paraguas, que lleva trotando al lado de la parihuela.

Dos horas más tarde llegamos al final de la etapa, y mientras Sarki me hace engullir un impresionante número de plátanos, oigo gritar a Ang-Tharkey, que despide al pobre brahmán a puntapiés.

Le pregunto a nuestro *sirdar* qué es lo que sucede, y éste me responde poco más o menos:

—¡Bara Sahib, no es un porteador, es un ladrón! Quiere que le paguen cuatro rupias. ¿Qué carga llevaba?

Mi brahmán, viendo que me preocupo por su suerte, viene a chapurrear no sé qué, y Ang-Tharkey añade:

—Bara Sahib, dice que ha trabajado durante todo el camino, que esto le ha cansado mucho y que es normal pagarle su trabajo.

—*Give him two rupees!*<sup>[114]</sup>

¡Amarga desilusión!

Tansing se acerca; esta vez no hay miedo de que los porteadores nos abandonen, porque todos desean ir a la «gran ciudad» y corren alegremente.

—¡Aquí está Panzi!

—¡No es posible!

Panzi, que se había marchado hace ya mucho tiempo y por el cual empezábamos a preocuparnos, se acerca despacio con una amable sonrisa, como si hubiera estado ausente unos momentos.

Todo el mundo acude a recibir a nuestro buen sherpa, que acaba de efectuar un trayecto de diecinueve días, no parándose más que cuarenta y ocho horas en Delhi.

—¡Traigo el correo!

Todos exclaman:

—¿El correo?

¡Es increíble! ¡Vamos a recibir por primera vez noticias de Francia!

Las cartas son distribuidas en el acto y los rostros desaparecen detrás de los papeles.

—Mi mujer no se encuentra muy bien —me confía Ichac—. La última carta es antigua ya..., no sé cómo debe de estar.

—Escuchad, dicen que se organiza otra expedición al Himalaya.

—¡Qué ánimos tienen!

—¿Son muchos?

—¿Adónde van?

Las preguntas y las respuestas se entrecruzan.

No todas las noticias son buenas, y algunos prosiguen su marcha preocupados, incluso inquietos.

A lo lejos se divisa una verde colina. Sarki me señala un punto con el dedo:

—¡Tansing! Bara Sahib. ¡Tansing!

¿Llegaremos al final?

Al día siguiente, después de un buen chaparrón, bajamos por un camino difícil, lleno de hoyos. Los porteadores no andan, sino que corren, vuelan. A unos centenares de metros: Tansing. Llegamos ya a los primeros arrabales, con sus bazares y la muchedumbre abigarrada y curiosa. Atravesamos la ciudad y llegamos a la espaciosa explanada en la que estableceremos el campamento. Terray remueve las cargas con ardor y canta como un loco —buena señal— la única canción de su repertorio: «Al alegre son de las balalaikas...».

Los ánimos renacen.

Por la tarde, para variar, Oudot opera. En el curso de esta sesión cae mi último dedo gordo del pie y el pulgar de la mano derecha.

Empieza a llover y me hacen entrar en la tienda. Durante una hora oigo, atemorizado, los gritos de Lachenal, al que Oudot hace las primeras amputaciones. Los sufrimientos de mi compañero me trastornan, sobre todo cuando se resiste y dice: «¡No! ¡No!», como si no pudiera consentir en perder lo que tanto valor tiene para él.

Un día más tarde, las «autoridades» son recibidas en el campamento. El gobernador me causa una excelente impresión y parece muy bien dispuesto. ¿Por qué no habría de facilitarnos el reclutamiento de los culis? Prometido. Estamos a 4 de julio: dentro de unas horas, los porteadores se presentarán a nuestra disposición. ¡Qué alivio!

La misión de G. B. termina, en principio, dos días después en Butwal, pero me gustaría que nos acompañara hasta Katmandú. Nos será útil, pero además pienso que encontrará en ello una recompensa bien merecida. G. B., por su parte, está de acuerdo conmigo y me promete hacer lo necesario junto al Maharajá.

Unas horas más tarde, nuestro oficial nepalés irrumpe radiante en la tienda y me anuncia que el Maharajá le autoriza a trasladarse a la capital.

Antes de encaminarnos a Butwal, nuestra última etapa, me gustaría arreglarme un poco. Pido un barbero, pues tengo una barba de viejo profeta. El ordenanza de G. B. se encarga de irlo a buscar, y regresa poco después acompañado de un gurka de aspecto patibulario y de una suciedad repugnante.

Lo veo encararse no sin aprensión, pero pienso con delicia en la hoja de afeitar que rozará suavemente mi piel... Traen agua, y mi gurka empieza a enjabonarme. Emplea un jabón primitivo que tiene la propiedad de no hacer espuma, y me frota vigorosamente la cara. Los diez dedos y la palma de la mano trabajan con tal ardor, que el masaje resulta doloroso.

—*Bechtari! Bechtari!*<sup>[115]</sup> —le digo.

Pero el hombre parece muy seguro de si mismo. Pronto la barba está preparada. Revuelve en su caja y saca de ella un instrumento que no me acaba de gustar. Es una hojita de acero cortísima, sostenida por dos tronquitos de bambú. El conjunto es bastante dudoso. El barbero me coge el rostro con sus malolientes manos y empieza a «cortar». La hoja levanta el pelo, que los dedos arrancan concienzudamente, uno a uno... Doy alaridos... Refunfuña y no presta atención a mis protestas.

Oudot echa una mirada al interior de la tienda con expresión casi triunfal. Le grito:

—¡Prefiero una amputación a los cuidados de este salvaje!

Al cabo de una hora, las mejillas y la barba están relativamente correctas. ¡Atención, el bigote! Le doy mucha importancia a su forma. Pone todo su cuidado, noto la hoja, ¡pero esta vez sí que corta...! Doblo los labios: ¡ya no hay nada!

La sesión ha terminado. Mi verdugo tiene la desvergüenza de pedir una enorme suma. Marcel Ichac le da con gran majestad tres rupias y ruega a Sarki que lo eche fuera.

Lachenal debe salir con un primer grupo, conducido por Rebuffat, hacia Butwal, y yo en un segundo convoy. Todo está tan verde alrededor, que no reconozco el camino que seguimos al venir, hace tres meses.

Por la noche llegamos a la cima de una colina. Ichac está a mi lado.

—¡Mira, Maurice! —me dice.

Y pide a los sherpas que coloquen mi parihuela de cara al país que dejamos. En esta hora en que el día va a desaparecer, una melancolía indefinible se desprende de todo lo que nos rodea. ¿Es tal vez la visión de los altos valles, de las inmensas montañas que se divisan en el horizonte, el recuerdo de los esfuerzos casi inconcebibles que desplegamos en esta naturaleza, o la impresión de que la realidad se convierte en sueño...? Ichac y yo permanecemos silenciosos.

Dentro de unos minutos estaremos en contacto con otros hombres. La maravillosa aventura que nos liga a estas montañas pertenecerá pronto al pasado. Los porteadores se disponen a levantarme de nuevo. El largo cortejo debe reemprender la marcha. Con mi antebrazo intento tocarme el rostro, que me parece lleno de arrugas, y mis cabellos, que deben de haber encanecido.

Aparto los ojos, lleno de emoción, y, traqueteando, sin pronunciar palabra, vamos en busca de un albergue para la noche.

Al día siguiente, antes de llegar a Butwal, encontramos a Noyelle que regresa de su misión a Gorakpur.

—*¡Allo, boys!* —nos dice de lejos en cuanto nos ve.

Un momento después está a nuestro lado.

—¿Cómo estás? ¿Hace calor en la India?

—Deprimente: un verdadero baño de vapor.

Nuestro amigo nos anuncia que los vagones estarán en la estación de Nautanwa el 6 de julio, o sea el día siguiente.

No hay ni un minuto que perder. Bajo una gran tempestad y una lluvia torrencial, llegamos a nuestro antiguo campamento de Butwal, en donde encontramos a Lachenal. La última parte de la tarde se dedica a nuevas operaciones, durante las cuales estoy a punto de desmayarme varias veces.

Las cargas quedan reunidas. Pero ¿estarán mañana los camiones para llevarnos al término del ferrocarril indio, donde deberemos estar a las diez de la mañana? Le pido a G. B. que haga todo lo que esté en su mano. Nuestro oficial no vacila en ponerse en camino, en plena noche y a través de una selva malsana, para dirigirse a Betari. ¡En la mañana del 6 de julio, los camiones llegan! Victoria de G. B., al cual felicito.

Pagamos a los porteadores y salimos hacia Nautanwa atravesando una selva llena de monos, a los que nuestra presencia no asusta lo más mínimo.

El neumático de un camión revienta. El nuestro se avería. Pero todo tiene arreglo: de dos vehículos averiados hacemos uno que funciona.

Llegamos por fin a Nautanwa y nos instalamos en los dos vagones que nos están reservados, que nos parecen verdaderos palacios. Al principio de la tarde, todos los bultos están cargados y el tren se pone en marcha en dirección a Gorakpur.

Forjamos muchos proyectos. Todos queremos volver a Francia cuanto antes. Mis compañeros, que han demostrado durante tres meses una paciencia y un valor ejemplares, harían ahora cualquier cosa por ganar veinticuatro horas. Pero los diferentes deseos personales son difíciles de conciliar. Por mi parte, haré todo lo posible por cumplir la promesa de visitar al Maharajá del Nepal.

Oudot, Ichac y Noyelle me acompañarán a Katmandú, y los otros se dirigirán a Delhi, donde nos esperarán unos días.

Lachenal, para evitar los fuertes calores, subirá a una estación de altura, por ejemplo Mussorie.

Mientras dura este breve consejo, Oudot no pierde el tiempo: con unas tijeras «monda» una vez más los pies y las manos, a pesar de un calor de 45 grados a la sombra y de verdaderas escuadrillas de mosquitos.

¡Gorakpur está cerca! ¡Aprisa con Lachenal! Antes de dos horas, la expedición se separará y Lachenal quedará privado durante más de una semana de los cuidados de nuestro amigo.

En el vagón, en que vamos dando bandazos, resulta difícil operar: Oudot aprovecha las paradas para efectuar las amputaciones.

Entre estación y estación se prepara el trabajo: hay que deshacer los vendajes, escoger el material, preparar los medicamentos, tener dispuesto el par de tijeras para que Oudot pueda entrar en acción nada más parar el tren.

—Te toca a ti, Biscante —dice Oudot, que tiene prisa—. Sarki...

Hace un gesto que significa: «Limpia todas esas porquerías alrededor del Bara Sahib».

Lachenal, previsor, se ha quitado el vendaje él mismo y presenta su primer pie al verdugo. En la estación anterior a Gorakpur caen dos dedos de su pie derecho. Los otros tres deberán ser cortados en el mismo Gorakpur.

—Cuidado, Oudot, cuidado.

—Te aseguro, Biscante, que hago todo lo que puedo. Es imposible hacerlo mejor. ¡Aprisa!

Lachenal se sujeta el pie con las manos. Con los ojos fuera de las órbitas implora a Oudot.

—Gorakpur —dice Schatz—. Ya llegamos.

El tren aminora su marcha. Couzy, Rebuffat y Schatz se preparan, junto con algunos sherpas, a saltar al furgón. Todo el material tendrá que ser cargado rápidamente en otros vagones enganchados al tren de Luknow, que sale dentro de una hora.

Oudot suda la gota gorda. Corta y recorta sin hacer caso de los clamores del pobre Biscante: no le queda más que media hora y ha de cortar todavía un dedo. Ya son muchos con éste. Pero las tijeras son demasiado grandes.

—¡Matha, en seguida, las tijeras pequeñas!

El tren se detiene en este momento con unas sacudidas brutales.

—¡Ah! ¡Las tijeras se han caído en el interior de la portezuela!

Oudot está desesperado.

—Mientras yo continúo, procura recuperarlas.

—¡Es imposible! ¡No puedo desmontar una puerta enorme en un minuto!

—Tanto peor; continuaré con éstas.

La cosa no le hace mucha gracia a Lachenal; sin embargo, hay que quitar este pulgar...

—¡No quiero...! ¡Cuidado, cuidado! —dice entre sollozos.

Algunos indígenas se asoman a la portezuela.

—¡Fuera de ahí! —ruge Oudot.

No saben lo que quiere decir, pero obedecen, que es lo principal.

—¡No, Oudot, no!

Esta vez, a Oudot se le ha acabado la paciencia. Se detiene y clava la mirada en Lachenal.

—¡Exageras demasiado! Podrías ser un poco más complaciente.

Al oír esta palabra, Lachenal se queda sin voz.

«Si se trata de ser complaciente —se dice—, ya puedes cortarme los brazos y las piernas».

El tren sale dentro de unos instantes. Un gran gentío circula sin cesar por los andenes, estorbando nuestros movimientos. Lionel Terray, apenas acabados los vendajes, se precipita sobre Lachenal y lo coge en sus brazos. Tenemos el tiempo justo de gritar:

—¡Adiós, Biscante! ¡Ánimo! ¡Hasta Delhi!



Ahora hay que limpiar un poco: el olor nauseabundo hace retroceder incluso a los indígenas. Sarki y Foutharkey emprenden la tarea: abren la puerta de par en par y, con una especie de escoba vieja, hecha con ramas, barren todo lo que hay en el suelo. En medio de un montón de basura rueda un cierto número de dedos de todas las medidas, que caen al andén ante las narices de los desconcertados contempladores.

Silbidos, sacudidas en el vagón, clamores, el tren arranca. Desfilamos entre una barrera humana... Tengo aún tiempo de divisar a Terray, que nos hace señales de despedida agitando un par de zapatos.

Mientras la monótona canción de las ruedas sobre los carriles rima en mi pensamiento, sueño en la capital retirada del mundo hacia la que nos dirigimos ahora, verdadera ciudad de las Mil y Una Noches.

## Capítulo XX.

### Hay otros Annapurna

El tren de la compañía india «O. T. R.» corre hasta perder el resuello: en el departamento, Ichac, Noyelle, Oudot y yo estamos acostados sobre largas banquetas y permanecemos silenciosos, refrescados por las bocanadas de aire que nos llegan del ventilador. Los pensamientos vuelan, la noche cae despacio.

Después de veinticuatro horas de viaje a través de la llanura del Ganges, con una comodidad que nos parece imposible, llegamos a Raxaul. Estamos en la frontera de la India y el Nepal. El trasbordo de nuestro equipaje en la estación nepalesa se efectúa rápidamente bajo la dirección de Sarki y de Panzi, que nos acompañan a Katmandú. Sarki no se ha separado de mí después del Annapurna. Trabajo no le ha faltado... Recuerdo muchas veces el famoso viaje de enlace de treinta y seis horas —del campamento del Annapurna a Tukucha—, del que dependía la suerte de la expedición. Katmandú era para él un espejismo, un sueño en el que no se atrevía a pensar. Esta recompensa la ha merecido cien veces, lo mismo que Panzi, veterano de las grandes expediciones al Himalaya, cuya abnegación y tranquila bondad hacen de él un personaje muy atractivo. Ang-Tharkey, el *sirdar*, no ha podido venir con nosotros; una gran inundación sobrevenida en su país le llenó de inquietud, pues tiene allí una numerosa familia. A petición suya, lo dejamos marchar directamente hacia Darjeeling. La escena de la despedida en Gorakpur fue particularmente conmovedora. Los sherpas recibieron su salario y una generosa propina, así como todo su material individual, de gran valor para ellos. Incluso en Europa es ultramoderno. Uno después de otro, vinieron a saludarme al estilo indio, juntando las manos. Algunos, como Foutharkey, se inclinaron despacio, con gesto respetuoso; luego, tocándome con una mano, apoyaron su frente en mis vestidos. Sus rostros expresaban tristeza, a pesar de la alegría por haber terminado con esta expedición, que será memorable para ellos. Su pena parecía sincera.

Un oficial enviado por el Maharajá tiene la misión de atender y asegurar nuestro viaje a Katmandú. Mala noticia: el tren no sale hasta el día siguiente. Quedamos decepcionados pero no sorprendidos: el parque de locomotoras del Nepal se compone de tres unidades. Sin embargo, la espera se acorta gracias a la iniciativa de nuestros tres agentes de enlace: Noyelle, G. B. y el oficial nepalés. Un tren de mercancías sale esta noche, a las tres; se le enganchará un vagón de lujo que el ministro de Asuntos Exteriores, el general Bijaya, hijo del Maharajá, ha puesto a nuestra disposición por telégrafo.

Por la noche, en medio del ruido de los saltamontes y de otros bichos, nos instalamos lo mejor que podemos en los lujosos departamentos. Mientras mis compañeros duermen a pierna suelta, el tren arranca: las sacudidas son tan fuertes, que temo ser proyectado fuera de mi *bedding*. ¡La vía tiene sesenta centímetros de anchura! El minúsculo vagón parece hacer equilibrios; se balancea y cabecea de un modo mareante. No consigo pegar ojo; atravesamos una selva insalubre y tupida.

Al comienzo de la mañana llegamos al término de nuestro viaje. El oficial del Maharajá nos hace servir un desayuno reparador. Fuera nos espera un camión para el material y un *station-wagon*

americano. Me hacen sentar delante en el coche, posición que desde hacía un mes no adoptaba, pero mi delgadez no me permite apreciar tal comodidad como suponía. Debíamos recorrer en algunos minutos los treinta kilómetros que nos separan de Bhimpedi; en realidad, emplearemos más de dos horas. La carretera es estrecha pero no está mal. Unos puentes prefabricados permiten atravesar los numerosos ríos. Esta carretera nepalesa es la única del país, y sus habitantes están muy orgullosos de ella; constituye una arteria de vital importancia que da acceso a Katmandú. Gradualmente vamos subiendo, a menudo por muchas curvas. En el camión van los sherpas, que están encantados. Muchas cosas aparecen cubiertas con chapas onduladas; es el regalo más deplorable que el industrialismo occidental podía ofrecer a estas poblaciones. A las once llegamos a Bhimpedi, donde nos esperan caballos y *dandies*<sup>[116]</sup>. La carretera acaba aquí, y para llegar a Katmandú hay que seguir por un camino de montaña inaccesible a los coches.

Oudot, molesto por unos dolorosos forúnculos, escoge un *dandy*, como yo. El camino sube serpenteando desde el primer momento por una pendiente bastante pronunciada.

Los *culis*, de una habilidad pasmosa, ordenan su paso de modo que no sintamos las sacudidas y efectúan los relevos sin moderar la marcha. Continuamos durante todo el día. El *dandy* es demasiado pequeño para mí y me veo obligado a ponerme hecho un ovillo, protegiendo como puedo mis vendajes. Me es imposible pasar mucho tiempo sentado. Oudot me pone inyecciones de *solucamphre* para animarme. De vez en cuando, unas *rest-houses* surgen en el camino. Son casas de reposo puestas por el Maharajá a disposición de sus invitados. A la una de la tarde penetramos en un fuerte ocupado por gurkas. Los nepaleses están muy orgullosos de esta posición. Almorzamos en la *rest-house* instalada en lo alto del fuerte y volvemos a marchar, porque el camino es largo todavía hasta Katmandú y hay que atravesar dos collados.

Mi postura se hace insoportable; el único recurso es el que empleaba en los tristes días de Lete: refugiarme en el embrutecimiento, olvidar los dolores. Tengo la impresión de que se nos hace tarde. Un collado a 2000 metros permite franquear las alturas que obstruyen el horizonte. Al levantar la cabeza veo unos inmensos cables que atraviesan todo un valle. ¿Es posible..., un teleférico? Sí, es un teleférico, y me entero de que es el más largo del mundo. Mide cerca de treinta kilómetros y aprovisiona la ciudad de Katmandú y sus alrededores, o sea más de 150 000 habitantes.

Mis compañeros, que tienen buenos caballos, se han adelantado. Creo que me esperarán al empezar la carretera. ¿Una carretera? Quedo sorprendido cuando me anuncian que un coche me conducirá a Katmandú. ¿Cómo habrá venido este coche? ¡Imposible por el mal camino que hemos recorrido!

Por frases sueltas obtengo algunos informes.

—Los traen los *culis*.

Me dirijo a Oudot.

—¿Empujan los coches por este camino? ¡No puede ser, fíjate en la pendiente! Hay sitios en que no caben dos personas. Y, además, el puente metálico que acabamos de cruzar apenas llega a un metro y medio de anchura.

—No los empujan..., los llevan.

—¿Es increíble! Dicen que incluso hay camiones... ¿Y los dos collados a más de dos mil metros?

Mis interlocutores me explican:

—Los coches son colocados sin ruedas en grandes plataformas, llevadas por cincuenta o sesenta culis. La mayor parte del camino que seguimos se evita utilizando el cauce de los ríos, por donde los culis van descalzos. Los dos collados inevitables son cruzados de aquel modo, por lo cual el camino se hace en ellos más espacioso y las curvas más amplias. Los culis coordinan el paso y, doblados bajo su carga, entonan canciones rítmicas para animarse. De aquí que haya podido construirse en Katmandú una red de veinte kilómetros de carreteras, por las que circula un centenar de coches.

La noche cae. Nos acercamos al collado penosamente, porque los culis no han descansado hoy. Dicen que desde este lugar se descubre una gran parte del macizo del Himalaya, y que abajo, en la desembocadura del famoso valle del Nepal, la llanura de Katmandú, baluarte histórico del país, yergue sus centenares de pagodas, templos y palacios. Esta brusca aparición debe de ser extraordinaria, pero, por desgracia, es noche cerrada cuando llegamos al collado, y el tiempo está muy nublado. No sé cómo los porteadores consiguen marchar. No es cuestión de detenerse, aunque mi fatiga es tan grande que desfallezco. Mi posición me recuerda las jaulas de Luis XI...

¡Distinguimos a lo lejos luces eléctricas! Mañana me enteraré de que hay una central instalada junto al Bragmati. Las horas transcurren, las luces se acercan con una lentitud desesperante. En plena noche atravesamos pueblos dormidos. ¿Cuándo acabará todo esto? Ya no tengo fuerzas ni para quejarme.

Cerca de la medianoche llegamos a un pueblecillo en que se agitan unas sombras. Comprendo que es el final. En efecto, un poco más lejos está estacionado un coche americano. Hay que pagar a los culis y trasladar el material a un camión.

Me acomodo con Oudot en el coche. En aquel preciso momento se dan cuenta de que uno de los neumáticos está reventado. Un cuarto de hora para cambiar la rueda. Empieza a llover. ¡En marcha! Una tempestad espantosa se desencadena sobre nosotros y una lluvia diluviana tamborilea sobre la carrocería del automóvil. La carretera es muy mala, y las ballestas están rotas.

Una avenida, un gurka que presenta armas, y llegamos, a la una de la madrugada, a la *rest-house* del Maharajá. Gritos de bienvenida nos esperan. Ichac, Noyelle y G. B. vienen a buscarnos, y reconozco con gran alegría a nuestro ministro en la India, M. Christian Belle. A pesar de la ausencia del embajador, M. Daniel Levi, que se halla actualmente en Francia, no ha vacilado en hacer este viaje para presentarnos él mismo al Maharajá. Este excelente amigo, que conoce ya nuestras aventuras, queda trastornado al darse cuenta de mi estado.

Por primera vez después de tantos meses, podré disfrutar aquí de algunos días de descanso... ¡Hay muebles! Una mesa, una nevera... Disponemos de cuarto de baño... Y esto no es nada en comparación con lo que nos espera en la mesa: ¡una botella de vino de Alsacia! Presa del vértigo, me dispongo en el acto a hacer de él un uso inmoderado; pero los *maîtres d'hôtel* con turbante, muy dignos, me sirven el precioso líquido con tanta gravedad que recobro los buenos modales. Tengo la agradable sorpresa de saber que dispondré de una cama. En principio, quedaremos aquí hasta el 11 de julio inclusive, lo que significa para mí tres días de descanso y de alimentación sana, y para mis compañeros, tres días de visita a la prestigiosa capital.

Katmandú es el centro de la vida nepalesa, la cuna del país. Mis compañeros se disponen a

recorrer la ciudad. Oudot «monda» mis cuatro llagas y me dice que pase una parte del día con los pies y las manos sin vendar. ¡Qué problema! Es preciso no tocar nada, conservar los cuatro miembros descubiertos y protegerse de las moscas y mosquitos. El tiempo se me hace muy largo en tal postura, me obsesionan estos portadores de gérmenes. Las moscas son mucho mayores que las de Europa, y encarnadas por debajo; cuando se posan en algún sitio, se adhieren firmemente y no se van a pesar de todos los movimientos que se hagan. Mis temores son justificados: cuando Oudot deshaga mis vendajes en Delhi, se dará cuenta de que mi pie sirve de alojamiento a unos gusanitos que se agitan en todas direcciones... Al acercar su pinza el cirujano, vuelven a meterse en su agujero. Al llegar a París, los gusanos se habrán hecho enormes, más gruesos que una aguja de hacer media... y habrá media libra de ellos. Desesperado al ver que nada me perdona, quedaré horrorizado por la visión, a pesar de las paternas explicaciones de Oudot, que me dirá que los gusanos limpian las llagas mejor que ningún producto moderno, hasta el punto de que a veces son puestos intencionadamente sobre algunas de ellas.

Mis amigos vuelven encantados de su visita. Han visto numerosas pagodas adornadas con motivos de madera tallada y con estatuillas en extremo originales. El Nepal conoció un día un período artístico muy floreciente.

Al día siguiente nos preparamos para el *darbar*<sup>[117]</sup>. Noyelle nos dice que la recepción se dividirá en dos partes: la primera será la ceremonia oficial; la segunda, una entrevista de carácter más íntimo. Estamos todos muy excitados por el *darbar*, del que hace tanto tiempo oímos hablar. ¡Ante todo, es preciso ser muy puntuales! Ni un minuto de anticipación ni un minuto de retraso; el protocolo es estricto. Aparte Christian Belle, que llevará el uniforme de ministro plenipotenciario, iremos vestidos con los famosos *smokings* blancos que trajimos desde París. ¡De montañeros y exploradores, debemos transformarnos en pocos minutos en hombres de mundo, de corte incluso!

—Mi pantalón está algo arrugado —dice Oudot.

—Hazlo planchar —responde Ichac—. ¡Demonio, nunca podré abrocharme estos gemelos!

—Estoy preparado —dice Noyelle, nuestro diplomático.

Un barbero más hábil que el de Tansing se afana conmigo y consigue afeitarme sin lesiones. Debe de ser un artista, porque no tengo más que la piel y los huesos.

A la hora prevista, nuestros dos enormes coches penetran en el recinto del palacio. En la verja de entrada, unos gurkas presentan armas. Seguimos por una magnífica avenida de un jardín a la francesa; luego damos la vuelta a unos estanques.

Unos jinetes se adelantan: es toda una unidad a caballo. Van vestidos de rojo, usan bigotes caídos y llevan largas lanzas. Desembocamos en una plaza y llegamos ante el palacio del Maharajá. Mis compañeros bajan y dan órdenes para que vengan a buscarme en una silla de manos. Unos soldados se acercan corriendo y me ayudan a sentarme; luego subimos la escalinata del palacio y somos recibidos por Su Alteza Mohun Schmscher Yung Bahadur Rana, Maharajá del Nepal. Se adelanta a recibimos ataviado con un uniforme blanco, constelado de extraordinarias condecoraciones y de joyas de valor inestimable. En particular, luce un diamante central de diez centímetros en una diadema de piedras preciosas de tamaño poco común. Sus bigotes a lo Francisco José aumentan

todavía su dignidad.

Se acerca a mí, bondadoso, con paternal mirada, y lo saludo al uso indio, juntando respetuosamente mis dos vendajes. Me dice que se alegra de recibirme en su palacio y de poder felicitarme, lo mismo que a mis compañeros. Concluimos de subir la escalinata y penetramos juntos en la gran sala, resplandeciente de luz. Los Grandes del Reino están reunidos allí a centenares y se apartan para dejarnos paso. Atravesamos la sala y alcanzamos en el fondo, junto al trono, los sitios que nos están reservados. El Maharajá en persona hace colocar la silla de manos de manera que yo pueda asistir con comodidad a la ceremonia. Doy una ojeada alrededor. Todos llevan un uniforme igual al del Maharajá, aunque sin tanto esplendor. Estos broches de diamantes, de esmeraldas y de rubíes despiden destellos en todas direcciones. Resulta extraño pensar que en nuestra época puedan existir tesoros tan fabulosos y cortes tan anacrónicas.

Como llevamos unos minutos de anticipación sobre el horario previsto por la etiqueta, tengo tiempo de examinar a los príncipes herederos, colocados por orden de sucesión: Baber, Kaiser..., cuyos nombres se completan siempre por Schmscher Yung Bahadur Rana. Son una quincena y están sentados, inmóviles y silenciosos. El Maharajá, cuya función oficial es la de Primer Ministro, tiene un cargo hereditario que transmite, según reglas muy precisas, a sus hermanos o a sus hijos. El rey del Nepal, Tribhuvana Schamsher Yung Bahadur Rana, es casi invisible, incluso para sus súbditos, y representa el poder espiritual. A la derecha hay otra hilera de príncipes, vestidos con iguales rutilantes uniformes, sentados en un orden muy definido; luego los ministros, jefes de ejército, todos los altos personajes y notabilidades del Nepal.

Ichac, sentado a mi lado, murmura:

—¡Es extraordinario! ¿Cómo te va?

—Bastante mal... No sé si podré resistir mucho rato.

Efectivamente, en esta posición vertical, mis llagas empiezan a supurar a través de los vendajes. Ichac, por su parte, está muy preocupado: la etiqueta es severa, una de las más severas del mundo, y no es correcto que una misma persona pueda asistir a la recepción y actuar de fotógrafo. Pero en este país se tiene enorme aprecio por la fotografía, y los asistentes disimulan estas pequeñas faltas de etiqueta. De vez en cuando, un relámpago: es Ichac, que se ha levantado discretamente y ha hecho una foto. Luego vuelve a transformarse en invitado. Los fotógrafos oficiales de la corte tienen unas máquinas inmensas, con trípodes, que regulan con minucioso cuidado, como si tuviesen miedo de que se les cortara la cabeza si no quedan bien las fotografías.

Miran a Ichac con condescendencia. «Un aficionado, sin duda... —piensan—. No es posible hacer fotos al vuelo».

Christian Belle se levanta y pronuncia un discurso en inglés dirigido al Maharajá, dándole las gracias en nombre de Francia por la autorización excepcional que nos ha concedido de penetrar en el interior del reino. Desde ahora, la montaña más alta conquistada por los hombres está situada en el Nepal.

En señal de gratitud, le hace entrega en nombre del Presidente de la República de una tapicería de Aubusson de estilo moderno. Pero en el Nepal esta forma del arte no es conocida, y la sorpresa es general cuando explicamos que no es una alfombra para poner en el suelo, sino una especie de

bordado que se cuelga en la pared, como un cuadro. El silencio, absoluto hasta ahora, es interrumpido por pequeños murmullos de admiración.

Todo vuelve al orden cuando el Maharajá se levanta y responde a nuestro ministro. Está muy satisfecho de haber concedido la autorización, que no podía ser mejor empleada. Este permiso, excepcional en verdad, demuestra cuán dispuesto se halla a favorecer entre Francia y el Nepal las buenas relaciones que establecieron en otros tiempos su padre y Silvain Levi, el gran sabio francés especializado en el estudio del sánscrito.

Mientras habla, los príncipes herederos se miran furtivamente consultando su reloj. No quedan más que unos segundos del horario previsto. ¿Se faltará a la etiqueta? ¡No! El Maharajá ha terminado. Después de unas palabras de cortesía, la ceremonia se acaba y los dignatarios desaparecen como por encanto...

Dentro de unos minutos comenzará la ceremonia oficiosa. Va entrando ya gente vestida de menor etiqueta, traje negro, gorro de piel, y por única insignia la de los gurkas, dos *koukris* de oro entrelazados. El Maharajá reaparece en la sala, llevando como sola condecoración la del Gran Oficial de la Legión de Honor. El tono general ha cambiado: mis compañeros conversan con grupos de ministros o príncipes herederos, que admiran el tapiz expuesto sobre una mesa. El Maharajá se acerca a mí y hablamos de una manera muy cordial. Le digo la gran simpatía que me inspira su país, tan mal conocido desde el exterior, y le confío la excelente impresión que me ha producido el oficial que nos ha acompañado, G. B. Rana. Éste es nombrado teniente en el acto y ve su paga aumentada al doble. Tímidamente, muy emocionado y a respetuosa distancia, se deshace en muestras de gratitud y, doblado por la mitad, saluda al Maharajá de la extraña manera que ya conocemos.

Detrás de la dureza de estos guerreros, que tal vez no sean siempre blandos de corazón, como lo demuestra su historia, me sorprende hallar tanta amabilidad y bondad. De pronto se produce el silencio y entran unos personajes, portadores respetuosos de unas cajitas. ¿Qué sucede? El Maharajá se levanta; me transportan al centro de la inmensa sala y la Corte me rodea. El embajador de Inglaterra, el embajador de la India y sus agregados, que acaban de llegar, están también presentes. Con ceremonia y gran majestad, el Maharajá abre los estuches y me comunica que por encargo del Rey, que se halla indispuerto, me va a condecorar con la más hermosa recompensa gurka del país, concedida sólo a las tropas en tiempo de guerra: la valerosa Mano Derecha Gurka.

Muy emocionado, pronuncia estas sencillas palabras:

—Sois un valiente, os acogemos aquí como a un valiente.

Ninguna condecoración podía conmoverme más que la de los valerosos guerreros gurkas. Aunque estoy a punto de desfallecer en mí silla de manos, intento contestar algunas palabras. Le expreso mi agradecimiento por esta distinción inesperada y le digo que, a través de mí, es la expedición entera la que recibe tan alta recompensa. El Maharajá me felicita entonces por la condecoración que acaba de concederme; luego los príncipes herederos, los ministros y los diplomáticos desfilan ante mí: *Congratulations*. Se forman pequeños grupos, y el Maharajá y su hijo, el general Bijaya, se me acercan, me preguntan cómo me encuentro o me interrogan sobre el reino de las nieves eternas: esta aventura del Annapurna los intriga e inquieta. Esperemos que si alguna desgracia les sobreviene no nos la atribuyan a nosotros, que hemos infringido la ley divina.

Es hora de marchar, no puedo más... He cumplido mi deber hasta el fin. Mis compañeros lo comprenden y nos despedimos de nuestro huésped. Su Alteza y sus hijos, seguidos de otras personalidades, nos acompañan con toda pompa hacia la monumental escalinata. Tengo prisa por acostarme; en el momento de bajar los escalones oigo unas órdenes breves; los coches se adelantan y se detienen. Una música resuena entonces, una especie de vals cuyas notas podrían ser familiares a los oídos franceses. Todo el mundo se cuadra. Cuando la pieza concluye, me vuelvo, algo sorprendido, hacia el ministro de Asuntos Exteriores y me dispongo a decirle: «¡Qué delicada atención han tenido al hacer tocar música francesa!». Suerte que no lo hago, porque el ministro se acerca a mí y me pregunta en voz baja:

—¿Qué le ha parecido nuestro himno nacional?

—Magnífico, y muy emocionante para nosotros los franceses.

Ahora se oye *La Marsellesa*. Todos quedamos sorprendidos y emocionados al escucharla en un país tan lejano. Se deben de haber requerido laboriosos preparativos para poder ejecutarla.

Todo vuelve a quedar en silencio. El Maharajá se despide de nosotros y, después de saludarlo respetuosamente, nos dirigimos a los coches. Los dignatarios están alineados en la gran escalinata. Una breve orden, y el coche arranca lentamente mientras se oye de nuevo *La Marsellesa*.

Por la noche, mis compañeros cenan en la Embajada de Inglaterra y hacen llegar a Tilman, actualmente en la región del Annapurna, un mensaje de simpatía. Al día siguiente, después de un bien merecido reposo, visito con mis amigos una de las antiguas capitales, Badgaon, donde volvemos a encontrar las pagodas hindúes, cuya riqueza no deja de sorprendernos. En el centro de Katmandú, en la plaza, al lado del templo, admiramos una estatua de Kali, la diosa. Mis compañeros van a ver la famosa *stupa*<sup>[118]</sup> budista de Swayambhounath, coronada de una torre formada por círculos concéntricos de metal.

Un día después, el 12 de julio, es el de la marcha definitiva. En el cuello de cada uno de nosotros es colocada, según la tradición, una guirnalda de flores perfumadas, y dejamos la *rest-house*. El Maharajá nos colma de atenciones y hace lo necesario para que mi regreso se efectúe sin sufrimientos ni fatiga. Me colocan en una especie de camilla muy cómoda llevada por ocho hombres, y el movimiento traqueteante, bien conocido, vuelve a empezar. El camino sube hacia el collado.

G. B. me acompaña hasta el primer recodo. Nos ha servido lealmente. En testimonio de mi agradecimiento personal, le regalo mi propio revólver, que no me ha abandonado nunca en los años de la guerra. Es un arma desconocida aquí y le ha conmovido el obsequio, que toda la vida le recordará nuestra aventura.

G. B. no puede decidirse a dejarme. Me saluda con mucha emoción, camina un momento a mi lado; luego pierde terreno lentamente. El camino sube hacia la colina y se perderá pronto en la selva... Las guirnaldas de flores embalsaman... El rostro de G. B. está impregnado de infinita tristeza.

Mientras las lágrimas se deslizan por sus morenas mejillas, contemplo el fondo de montañas azuladas. Los grandes gigantes de la tierra están reunidos allí, centelleantes, erguidos hacia el cielo como una inmensa súplica.

Mis compañeros están mucho más lejos. El monótono traqueteo vuelve a empezar y me arranca



de lo que pronto no será más que un recuerdo.

En la suave somnolencia a que me abandono, intento imaginar el contacto con los primeros civilizados que encontraré en el avión de regreso, y el choque terrible de nuestro aterrizaje en Orly: los parientes, los amigos...

Sin embargo, me es imposible imaginar la violencia de la emoción que experimentaré en realidad, la brusca depresión nerviosa que se apoderará de mí en aquel minuto. Los espectáculos de cirugía de campaña, la carnicería repugnante que hacía retroceder a los más rudos indígenas, han ido embotando nuestra sensibilidad y no nos damos ya cuenta exacta de su horror; el dedo que salta con un ruido seco y es lanzado como un accesorio inútil, la sangre que se derrama y que brota a chorro, el pus que esparce un mal olor insoportable, todo esto nos deja casi indiferentes.

En el avión, antes de aterrizar, Lachenal y yo nos haremos hermosos vendajes para «la llegada»..., pero, nada más bajar la escalerilla de hierro, todas las miradas amigas que se dirigirán hacia nosotros llenas de compasión harán caer en un instante nuestra máscara de impassibilidad.

No deberíamos tener lástima... Sin embargo, las lágrimas que asoman, las miradas de intensa emoción me vuelven de pronto a la realidad. Extraño consuelo, que me descubre nuestra terrible miseria...

Mecido en mi camilla, pienso en esta aventura que está terminando, en esta victoria inesperada. Siempre se habla del ideal como de un fin al que se tiende siempre sin alcanzarlo nunca.

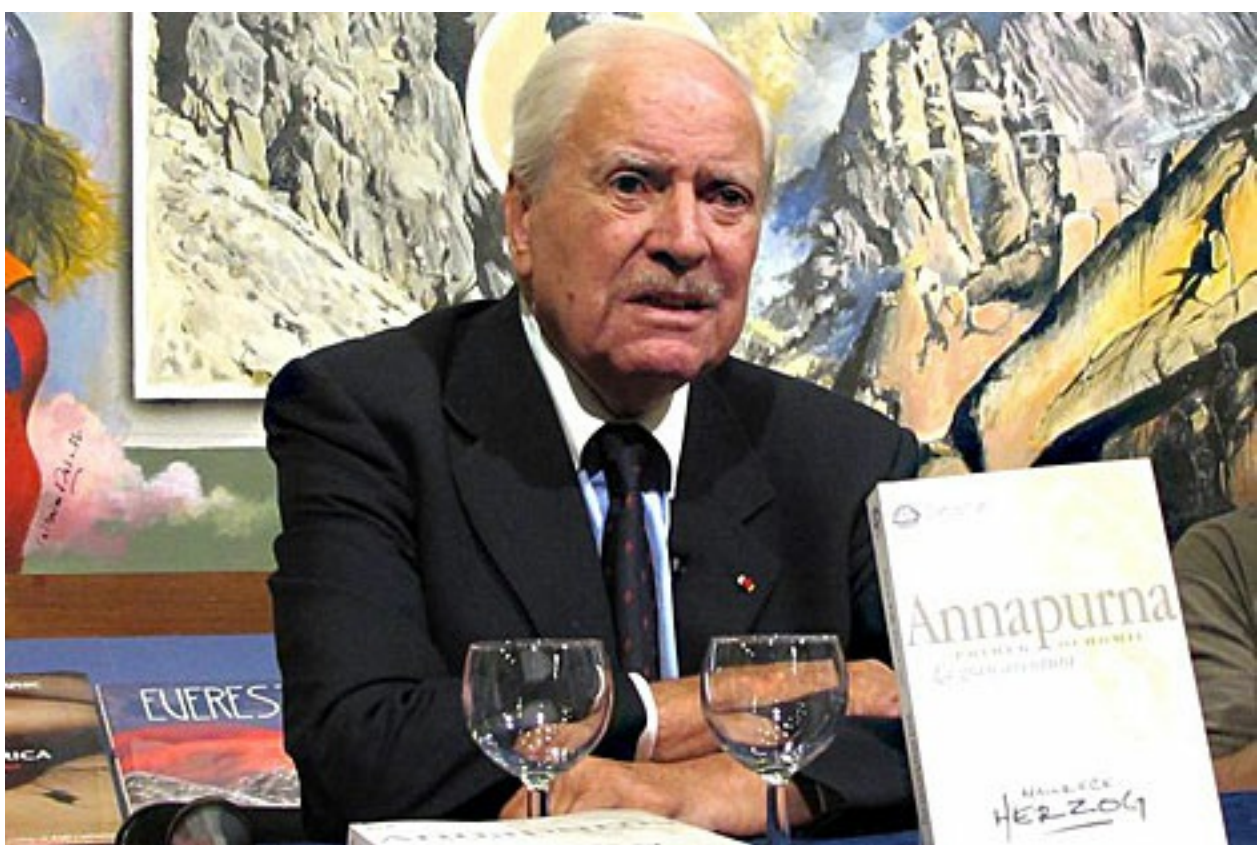
El Annapurna, para todos nosotros, es un ideal realizado; en nuestra juventud no nos absorbían los relatos imaginarios ni los sangrientos combates que las guerras modernas ofrecen a la imaginación de los niños. La montaña fue para nosotros un campo de batalla natural en el que, jugando en las fronteras de la vida y de la muerte, buscábamos la libertad que oscuramente anhelábamos y que necesitábamos tanto como el pan.

El Annapurna, hacia el que hubiéramos ido todos con las manos vacías, es un tesoro sobre el cual viviremos... Con esta realización, una página se dobla... Una nueva vida empieza.

Hay otros Annapurna en la vida de los hombres...



Terray bajando en brazos a Lachenal del avión.



MAURIZE HERZOG (Lyon, Francia. 15 de enero de 1919), es un alpinista y político francés. El 3 de junio de 1950 alcanzó, en compañía de Louis Lachenal, la cumbre del Annapurna, en la cordillera del Himalaya, convirtiéndose en los primeros seres humanos en ascender una montaña de más de 8000 metros. Hasta entonces, un total de veintidós expediciones de diversos países lo habían intentado sin éxito. El ascenso fue también extraordinario por la circunstancia añadida de que fuera explorado, reconocido y escalado en un sólo intento, a lo largo de los dos meses de la temporada de escalada. El impacto de tal logro solo fue superado cuando el Everest fue escalado por vez primera en 1953.

# Notas

[1] Médico. <<

[2] Los sherpas son budistas de un alto valle del este del Nepal. Son montañeros y semiprofesionales de las expediciones al Himalaya. Se les ajusta por contrato y son imprescindibles compañeros. <<

[3] Juego de palabras bastante malo que designa por contracción «las Himalayas». Para los alpinistas, el Himalaya es una especie de paraíso forzosamente separado del mundo. <<



[4] Cualquier clase de beneficio, sin excepción, servirá para alimentar un fondo de reserva destinado a las próximas expediciones. <<

[5] Marcel Ichac. <<

[6] Unión Aeronáutica de Transportes, asociada a Air France. <<

[7] Vieja Delhi es la antigua ciudad indígena. Nueva Delhi, la capital administrativa. <<

[8] Palanquines. <<

[9] Tres *annas*. Hay dieciséis *annas* en una rupia, y una rupia vale setenta y cuatro francos. <<

[10] Los *sikhs*, según sus principios religiosos, no deben cortarse nunca ni un pelo de su cuerpo. <<

[11] Jefe. <<



[12] Zona insalubre que se extiende al pie de las primeras cadenas y que ha sido bautizada con el nombre de Andén del Himalaya. <<

[13] Cerca de cuarenta kilos. <<

[14] «Bara Sahib, ¿quiere usted un paraguas?». En estos países, los paraguas se usan tanto para protegerse del sol como de la lluvia. <<

[15] Pequeño río afluente del Ganges, que remontaremos hasta Tukucha. <<

[16] Literalmente: hogar de reposo. Casa de un solo piso rodeada de terrazas. <<

[17] Propiedad de Su Alteza. <<

[18] Biscante o Biscantin, cidra en el dialecto saboyano. Apodo de Lachenal. <<

[19] Kholā: río o torrente. <<



[20] Chales en los que se envuelven las mujeres indias. <<

[21] Santón. <<

[22] Literalmente: comer. <<

[23] Serpiente, en dialecto saboyano; en el lenguaje corriente significa corto de alcances. <<

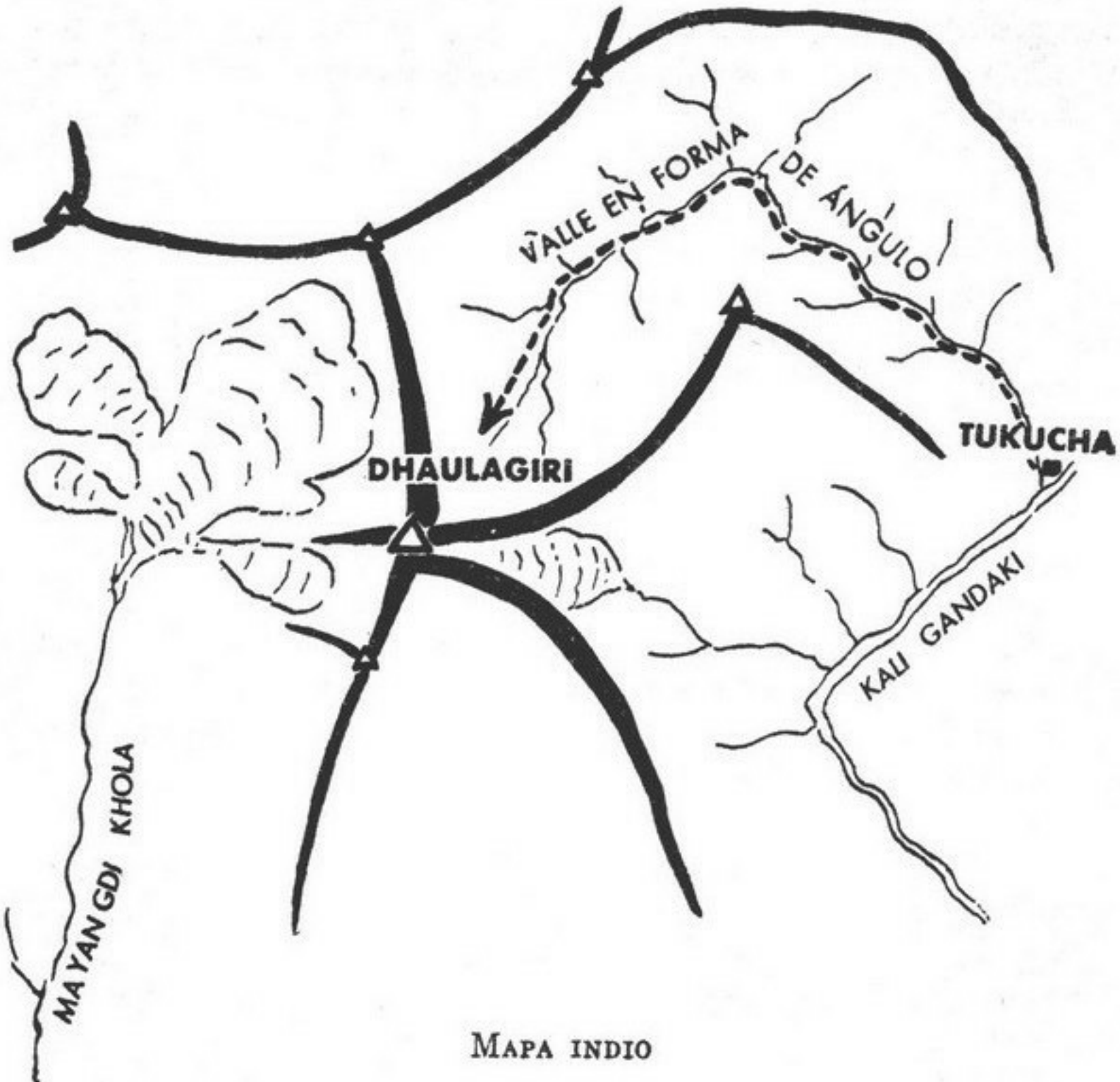
[24] Oudot desinfectaba el agua con cloro. <<

[25] Cada porteador, delante de lo que le dicen ser su nombre, escrito por el *babú* (escribano público), apoya su pulgar impregnado en tinta. <<

[26] El hombre fuerte. <<

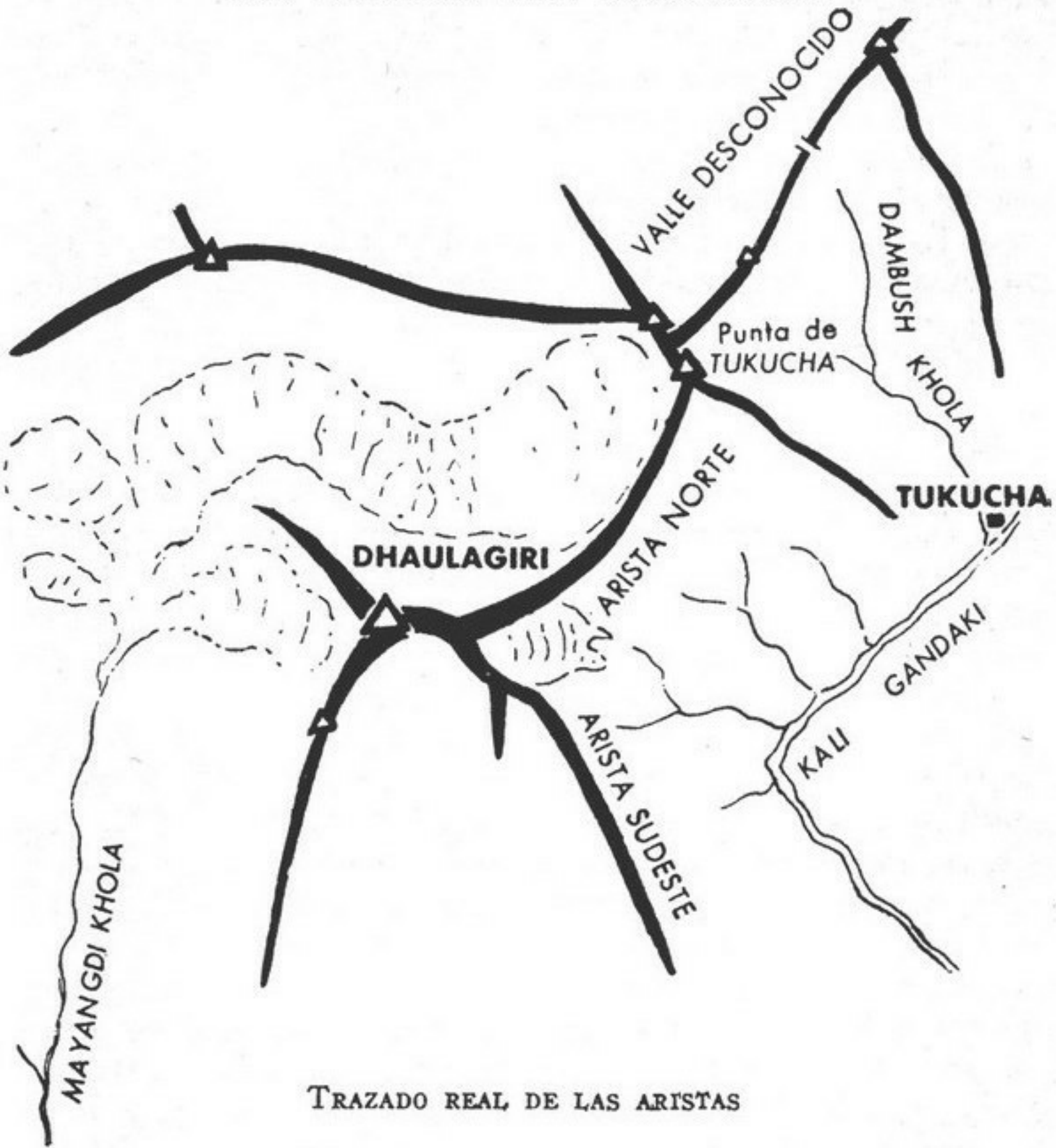
[27] Véanse los croquis del capítulo III:

## LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI





# LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI



TRAZADO REAL DE LAS ARISTAS

[28] Guías cazadores. <<

[29] Montañas azules. Esta cadena infranqueable forma un inmenso biombo entre Tukucha y el Annapurna. Para alcanzar el Annapurna es preciso rodear las Nilgiris por el Norte o, a lo largo del Miristi Kholá, por el Sur. <<

[30] Couzy era llamado así por su delgadez y su rostro demacrado. <<

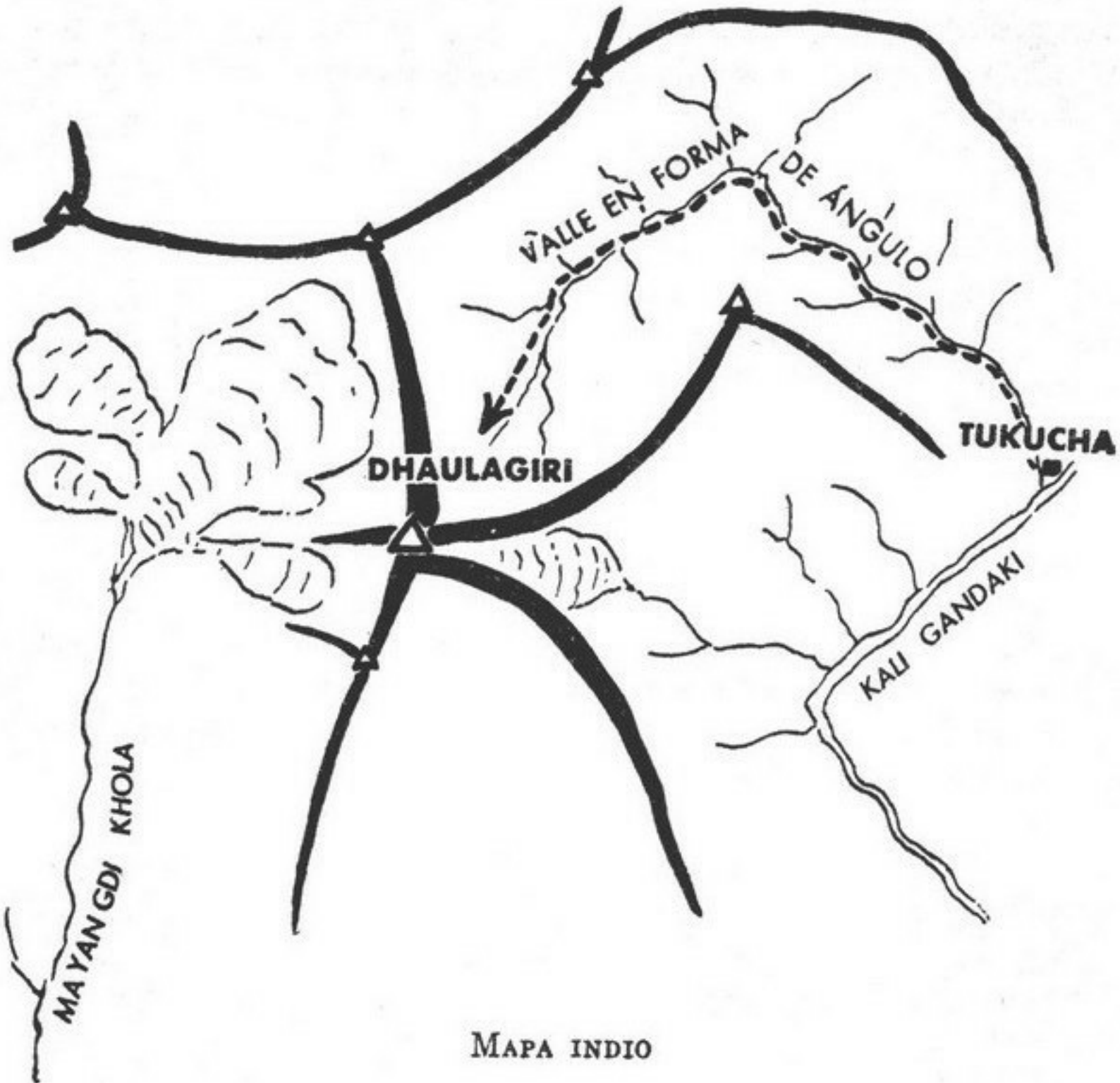
[31] Aparatos emisores-receptores portátiles. Su alcance es más o menos de dos kilómetros. <<

[32] «Buenos días... ¿Té para Bara Sahib...?». «Sí, gracias». <<

[33] El glaciar Este, situado entre la arista norte y la arista, sur, parece a primera vista una vía de aproximación común a las dos aristas. <<

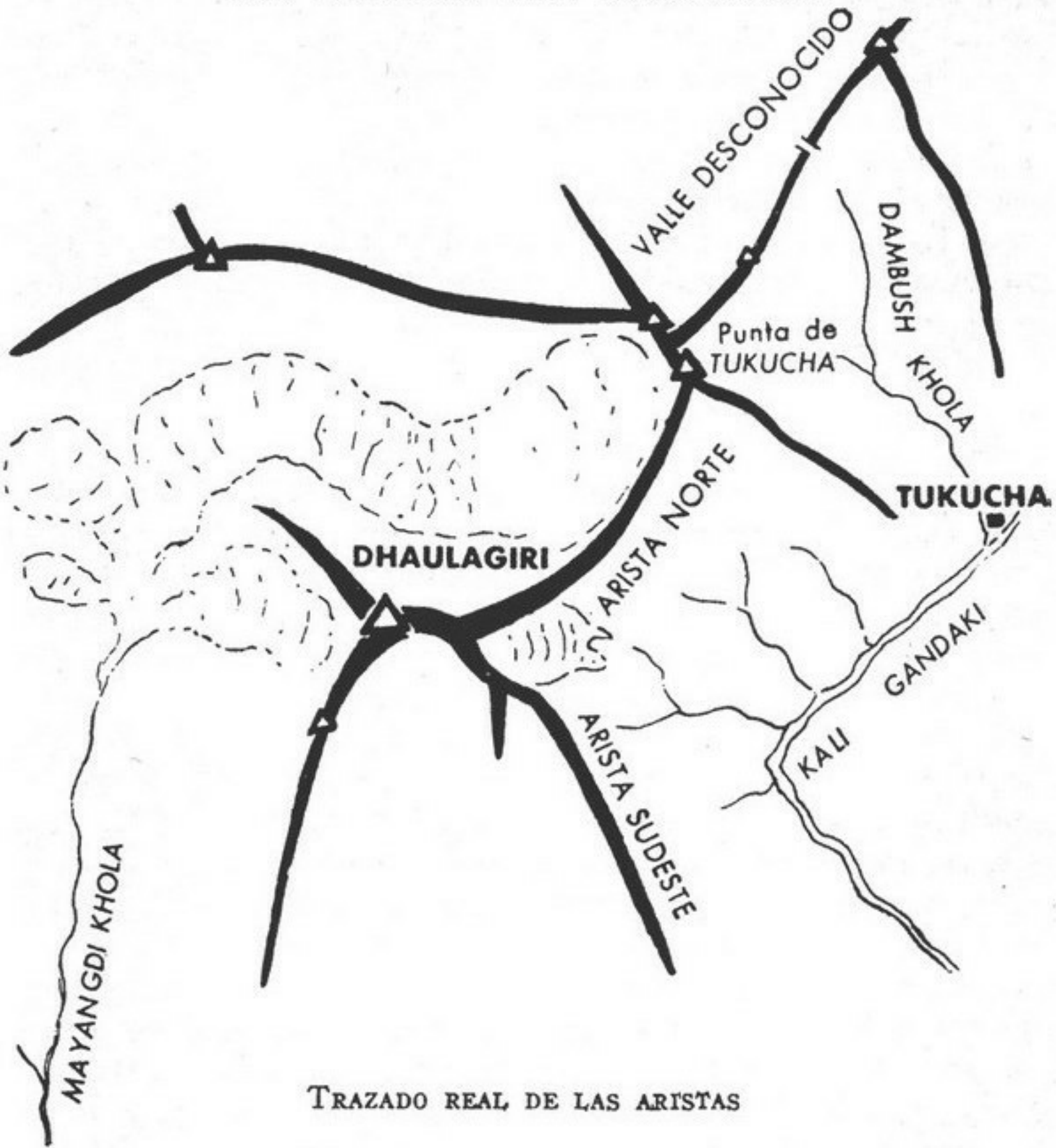
[34] Véanse los croquis del capítulo III:

## LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI





# LAS ARISTAS DEL DHAULAGIRI



TRAZADO REAL DE LAS ARISTAS

[35] El monzón empieza a primeros de junio. <<

[36] Conjunto compuesto de una tienda de nylon de dos plazas, dos sacos de dormir, dos colchones neumáticos cortos, un hornillo de alcohol ligero y cubiertos. Pesa unos diez kilos. <<

[37] Es de Thinigaon. Un amigo del «Gran Hombre» (el prefecto). <<

[38] El espolón derecho de la Punta Walker en las Grandes Jorasses, la ascensión más difícil de los Alpes. <<

[39] «¿Cansado, sir?». <<

[40] «Sí, señor» «¿En dónde?» «Aquí, Bara Sahib». <<

[41] La nieve sobre los glaciares puede esconder siempre una grieta. Es un peligro permanente; cuando no se puede hacer de otra manera, como aquí, se buscan los puentes de nieve que constituyen el único medio para atravesar las grietas. Deben tomarse precauciones especiales. <<



[42] Este término designa las clavijas para el hielo, el martillo para clavarlas, el mosquetón para pasar la cuerda, etc. <<

[43] «jId!». <<

[44] Célebre recorrido de hielo en el macizo del Mont Blanc. <<

[45] «Felicitaciones por el thar». <<

[46] «G. B., ¿arroz?» «Gracias, señor». <<

[47] «Un soldado para Tansing. ¿Cartas?». <<

[48] Encargado de la estafeta de Correos. <<

[49] Este test penoso nos ha dejado mal recuerdo: consiste en soplar en un tubo y mantener en él una presión de cuatro centímetros de mercurio. La sesión comprendía una veintena de tests diferentes. <<



[50] Otro 8000. Exactamente, 8120. Está situado al este del Annapurna. <<

[51] «La sabiduría está en la flor de loto». <<

[52] Desde este lugar, la frontera del Tíbet está a una jornada. <<

[53] Torrente que desciende del collado de Tilicho y bordea la Gran Barrera. <<

[54] Harina de cebada o de maíz tostada, alimento tradicional de los tibetanos. <<

[55] Monumento religioso que casi siempre tiene la forma de una campana vuelta del revés. <<

[56] Primera autoridad local. <<

[57] «No, hay americanos, ingleses...». <<



[58] «Quince rupias». <<

[59] El camino por Muktinath economiza una jornada. <<

[60] Sobre el Muktinath Himal, frente a la Gran Barrera. <<

[61] En la montaña, los excursionistas dejan señal de su paso con unas cuantas piedras apiladas. <<

[62] Estudio de los suelos helados. <<

[63] El jefe de los sherpas. <<

[64] «Todo está dispuesto». <<

[65] Palafreneros. <<



[66] En realidad no se trata más que de un *cairn*, señal constituida por piedras sobrepuestas. <<

[67] Técnicamente, las dificultades sobre roca están escalonadas del grado 1, el más fácil, el grado 6, el más difícil, casi en el límite de lo imposible. Sólo algunos escaladores llegan al sexto grado. La mayoría de las grandes ascensiones clásicas de los Alpes son del grado 4. En el Himalaya, en donde la altura hace más penosos los esfuerzos, se procura en general evitar las dificultades, que no acostumbran pasar del grado 4. <<

[68] Recipiente. <<

[69] Latas «fuerte», en términos de la expedición, significan la alimentación substancial que constituía los platos fuertes. <<

[70] Propina. <<

[71] Los clientes del guía: «señores», en dialecto de Chamonix. <<

[72] Suelas de goma cuyos dibujos en relieve aumentan la adherencia. <<

[73] Bajada con la doble cuerda. <<



[74] Apodo de Marcel Schatz, llamado así en los medios alpinos por su afición a organizar. <<

[75] Hombre largo. <<

[76] En este momento pensaba:

- 1.º que la adaptación y la rapidez de adaptación varían según los individuos;
- 2.º que la adaptación está influida en gran medida por un conveniente entrenamiento anterior;
- 3.º que más allá de una altitud-crítica personal, que va elevándose progresivamente, el individuo se desmejora, y debajo de ella se restablece;
- 4.º que la altitud-crítica en cuestión, de resultados del sistema seguido desde el principio, debía de hallarse en este momento, para la mayoría de nosotros, entre los 5000 y los 6000 metros.

Véanse sobre esto los estudios del doctor Oudot en la Presse Medicale:

- a) Observaciones fisiológicas y clínicas en alta montaña (año 59, número 15, 7 marzo 1951, págs. 297 a 300).
- b) Acción de las inhalaciones de oxígeno en alta montaña (año 59, número 17, 17 marzo 1951, págs. 326 y 327). <<

[77] «Vamos a ir ahora». «Sí, señor». «Todos los *sahibs* marcharán». «Sí, señor». «Esto rápidamente a Tukucha para todos los *sahibs*...». <<

[78] «Vete, Sarki. ¡Buena suerte! Es muy importante...». <<

[79] Saco de tela blanca ligera, utilizado como sábana en los sacos de dormir. <<

[80] Término que designa un islote de rocas en medio de un glaciar. <<

[81] Canciones de los montañeros suizos y del Tirol. <<



[82] Escalón cómodo en el cual pueden colocarse los dos pies. <<

[83] Con la cuerda tensa. <<

[84] Creíamos todavía haber llegado a los 6600 metros, tal como señalaba el altímetro. <<

[85] Este sherpa había hecho durante el camino —entre Tukucha y el actual campamento base— un excesivo consumo de tchang y de alcohol de quemar. <<

[86] «No, gracias; para el *sahib* solamente». <<

[87] Saco de nylon en el que pueden meterse las dos piernas para protegerse del frío. <<

[88] Ancha grieta que separa la parte viva de un glaciar de la nieve adherida a la pared. <<

[89] Desde Choya, a unos 2500 metros, subió sin un día de interrupción hasta los 7000. <<



[90] «¡Bara Sahib! ¡Otros *sahibs* llegan!». <<

[91] «¡Bara Sahib! ¡Escucha!». <<

[92] Kangchenjunga. <<

[93] Caminar sobre el hielo hincando la punta de los crampones para no resbalar. <<

[<sup>94</sup>] Se parece al Bec d'Oiseau (pico de pájaro) del Grépon, en el macizo del Mont Blanc. <<

[95] Cuarenta grados, poco más o menos. <<

[96] Muchas veces, la nieve queda blanda por debajo, pero el hielo transforma su superficie en una corteza quebradiza. <<

[97] «—Mañana por la mañana, Lachenal Sahib y Bara Sahib irán a la cumbre del Annapurna.

—Sí, señor.

—Eres el *sirdar* y el más experimentado de los sherpas. Me gustaría mucho que vinieras con nosotros.

—Gracias, señor.

—Debemos obtener juntos la victoria... ¿Quieres venir con nosotros?

...

—¡Muchas gracias, Bara Sahib...! Pero mis pies empiezan a helarse...

—Sí.

—... y prefiero regresar al campamento IV..., si es posible.

—Naturalmente, Ang-Tharkey. Como prefieras... En este caso, baja en seguida, porque se hace tarde.

—Gracias, señor». <<



[98] «Salam, señor..., buena suerte». «Salam, y bajad con cuidado». <<

[99] Raymond Lambert, guía de Ginebra, tuvo que ser amputado de la parte delantera de ambos pies, que se le helaron en el curso de una dramática ascensión. <<

[100] «Ahora... Doctor Sahib... ¡Aprisa, muy aprisa!». <<

[101] «Aguantadme fuerte, porque...». <<

[102] «¡Aïla! ¡Cuidado...! ¡Cuidado!».

<<

[103] En este momento, Lachenal y yo salíamos del campamento V y nos dirigíamos hacia la cumbre.

<<

[104] Oudot y Noyelle tenían intención de subir al campamento III para instalar las tiendas que Gastón y Lionel habían recuperado. Para Oudot, esta subida debía constituir una experiencia primordial en cuanto a la utilización del oxígeno. <<

[105] En realidad, 150 metros. <<



[106] Conjunto de tela fuerte y tirantes que permite transportar a un herido, sentado en la tela, en la espalda del porteador. <<

[107] «¡Sarki...! ¡Cuidado...! ¡Cuidado!». <<

[108] «Vamos a radiar el boletín meteorológico especial para la Expedición Francesa en el Nepal.  
»El monzón se extiende a las regiones del este del Himalaya y alcanzará su área hacia el 10 de junio». <<

[109] Al subir, Schatz había dejado como señal en este sitio un banderín del Club Alpino Francés. <<

[110] Puñal corvo. <<

[111] El piolet fue hallado dos días más tarde. <<

[112] Instrumento de cirugía que se utiliza para raspar los huesos y separar las partes vivas de las partes muertas. <<

[113] Harrer, miembro de una expedición alemana que, en el curso de una extraordinaria aventura, atravesó el Himalaya, bajó el curso del Brahmaputra y acabó por instalarse en Lhasa, en donde, según dicen, era ingeniero jefe (?) y luego gran jefe del ejército tibetano (!)... Sigue todavía en el Tíbet. <<



[114] «Dale dos rupias». <<

[115] «¡Espacio, espacio!». <<

[116] Sillas de manos. <<

[117] Audiencia solemne de los soberanos en la India. <<

[118] Monumento funerario que encierra las cenizas o las reliquias de los budas. A veces es, sencillamente, conmemorativo. <<